

28-29 (64)

July 18/85

9234

Specy 1847

3481

LA
ESTRELLA DE VILLALAR.

Por la Gr^a Viuda de Burgomere y hijos
Eduardo Burg y Acuña

3781

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

IV

ESTRELLA DE VILLAR.

MADRID 1861.

IMPRESA DE PASCUAL GRACIA Y ORGA,
Plazuela del Biombo, núm. 4.

9234 y



LA
ESTRELLA DE VILLALAR
NOVELA HISTÓRICA

DE
D. ELEUTERIO MOERIU Y SAGREDA.

M. C. GOMEZ EDITOR,
MADRID, 1862.



LA
ESTRELLA DE VILLALAR,
SEGUNDA EPOCA DE LOS COMUNEROS
DE CASTILLA.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

Dan E. LL. y S.

EDICION DE LUJO, ADORNADA CON PRECIOSAS LAMINAS LITOGRAFIADAS,
APARTE DEL TESTO.



ADMINISTRACION:
Plazuela del Biombo, núm. 4, cuarto segundo.
MADRID 1861.

LA

ESTRELLA DE VILLALAR,

SEGUNDA EDICIÓN DE LOS CUENTOS

DE CASTILLA.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

D. C. LL. y R.

EDICIÓN DE FULO, ADOBEADA CON PRECIOSAS LAMINAS LITOGRAFADAS,

APARTE DEL TEXTO.



ADMINISTRACION:

Plaza del Comercio, núm. 4, cuarto segundo.

MADRID 1861.

LA ESTRELLA DE VILLALAR,

SEGUNDA EPOCA DE LOS COMUNEROS DE CASTILLA.

CAPITULO I.

En donde el autor sin andarse por las ramas, entra en materia.

LA série de acontecimientos con sus puntas de novela, que comienza en este capítulo, puede tomarse si se quiere, como una continuacion de los sucesos históricos á que hace referencia la que con el título de *Los Comuneros de Castilla* (1) conocerán la mayor parte de nuestros lectores. La época de la que hoy al público ofrecemos, es la que tiene su principio poco tiempo antes de la batalla de Villalar, encerrando el triste periodo de la decadencia de las Comunidades y los últimos esfuerzos que estas hicieron en defensa de las libertades pátrias.

(1) Escrita por D. V. Garcia Escobar.

Por la Gra Vinda de C. y E. hijos
Eduardo Llor yavedo

Sin mas preámbulos ni introducciones que á nada conducirían sino á alcanzarnos la antipatia de los que se dispongan á seguir la marcha que vamos á emprender, damos comienzo al cuadro del modo que allá en viejos pergaminos tuvimos la fortuna de leerlo.

—Gracias al diablo que hallamos un punto en donde poder descansar despues de tan larga jornada.

—Bien haya la feliz idea de construir esta choza en tal sitio, y feliz fuera la de haberla hecho más á propósito para descansar de nuestro fatigoso viaje.

—Nuestros caballos han traido buen paso y á no ser por la facilidad ambulatoria que la naturaleza les ha concedido, á estas horas vos y yo habríamos caído en las garras de algun milano flamenco.

—Vamos, vamos, no hablemos con tal descaro en lugar extraño. Sabe Dios si en esta miserable choza se albergará alguno de tantos que debieran de estar... Pero, pues, hemos llegado, llamad.

Efectivamente, nuestros dos caminantes, habian terminado allí su jornada.

Y apeóse uno de ellos, mientras el otro permaneció á caballo, con el casco calado y el embozo hasta los ojos como temiendo que los resplandores risueños de la aurora que entonces comenzaba á colorear con sus mágicas tintas el cielo y la tierra, llegasen á iluminar tambien su rostro.

El otro, con marcial desenvoltura, dió algunos golpes en la frágil puerta.

Los ladridos de un mastín respondieron al llamamiento.

—Voto vá—esclamó con donaire escuderil, el apeado caminante—ni una mosca se mueve en esta casa más que el perro.

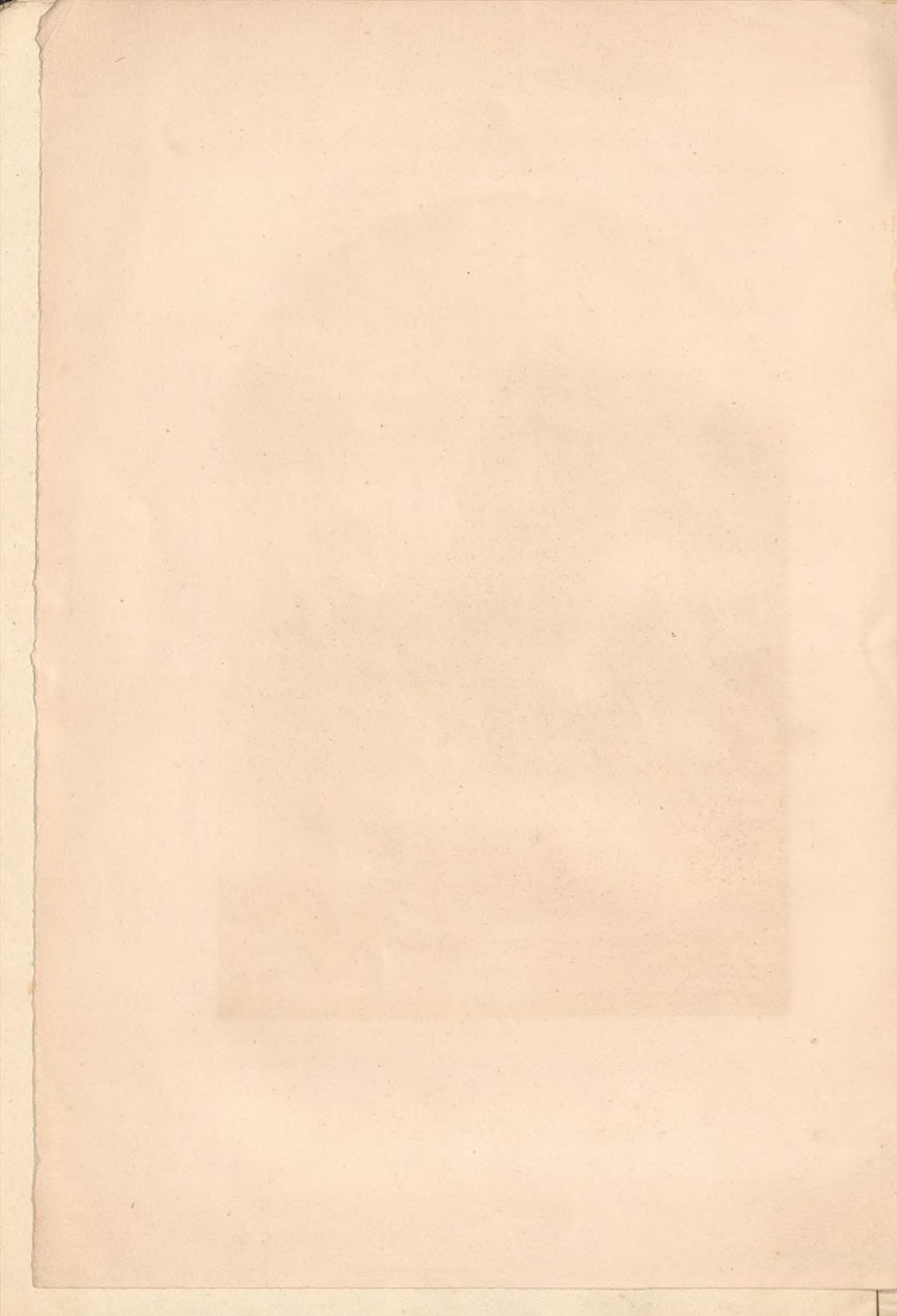
Y aplicaba el oido de cuando en cuando con afanosa inquietud.



C. Miquel, dib. y lit.

Litog. Heraldica.

Y aplicaba el oído de cuando en cuando con afanosa inquietud.



—Trescientos mil de á caballo carguen conmigo si nó despiertan los moradores de este albergue.

En tanto iba viniendo el día, el azul del cielo tomaba cada vez más ese color hermoso que nos encanta, y hace estremecer de gozo el espíritu al contemplarle en medio de las armonías de la naturaleza que despierta. Los pajarillos trinaban placenteros como queriendo distraer á nuestros personajes, y los aromas de las flores embalsamaban el ambiente puro y fresco de aquella mañana... Distraídos se hallaban los recién llegados, quizá con lo mucho que les haría pensar su situación apurada, cuando el espectáculo de la naturaleza no les causaba admiración, ni siquiera les conmovía.

Dos ó tres golpes volvieron á sonar y se reprodujeron los ladridos.

—Valiente guardian, despierta á tus amos, que los que aquí esperan están ya para dar al traste con su paciencia, y despues con este pedazo de madera que nos impide la entrada.

El embozado manifestaba su impaciencia, y los caballos dieron de pronto la señal de que alguna persona se acercaba á aquel lugar.

—Nos han seguido,—murmuró con desaliento uno de los viajeros.

A poco rato, por la vereda que conduce á la choza, caminaba en direccion á ella un hombre.

—Aventura tenemos, y no hay que andarse por las ramas,—dijo el que antes se habia apeado,—lo que en un año no sucede, suele en un día suceder.

Cubrióse tambien con el embozo de su ferreruero, puso mano á la toledana y esperó los acontecimientos.

—Ah señores,—gritó desde lejos el aldeano, pues tales trazas tenia el que iba en direccion á la cabaña,—¿qué se les ofrece á vuestras mercedes? No llamen en vano, no se can-

sen en balde, porque antes vuestra paciencia dará fin que ver abrir esa puerta.

—¿No hay nadie dentro?

—Si tal; pero digan la intencion que llevan vuestras mercedes, y en qué calidad á llamar se atreven á tal hora.

—Osadas preguntas son que merecian otra respuesta, pero, pues á vuestra sencillez otra cosa no es dada, os diré que venimos como vienen ó pueden venir viajeros que acaban de correr á escape tendido catorce leguas, y quieren descansar. Lo demás, ni decírseos puede, ni á tal extremo nos obligará vuestra prudencia... Conque no gastemos razones y tiempo sin motivo; si algo podeis en esta morada, mandad que abran esa puerta, y no al caso nos lleveis de precisaros á abrirla.

El embozado se impacientaba cada vez más, y hubo de decir con ira reconcentrada:

—Con mil rayos, acortad razones y alargad obras, que el tiempo es tesoro que entre las manos se escapa.

—¿Ois, buen aldeano?

—El interpelado hizo sonar dos palmadas.

El mastin, en vez de ladrar á un desconocido, parecia acariciar á alguna persona á quien debia ver con frecuencia.

—Blas... preguntó una voz trémula desde adentro.

—Abrid buen Pascual.

—Y la puerta crujó sobre sus duros goznes.

Un anciano ya encorvado hácia la tierra, de aspecto venerable barba crecida, frente ancha y espaciosa, mirada espresiva y noble continente apareció abriéndola.

—Entren vuestras mercedes señores,—dijo el llamado Blas contestando á la estrañeza con que el anciano contemplaba aquellos hombres.

—Gracias á todos los Santos,—esclamó el más jóven de los dos viajeros.

—Vengan los caballos,—dijo Blas despues de haber visto

apearse al caballero, y los llevó á una especie de corral formado con cercas que habia á las espaldas de aquella angosta morada.

Los dos desconocidos sentáronse en los taburetes que el anciano Pascual les ofreció mientras con la mirada fija parecia querer investigar su historia.

—Dispensad, señores,—si no he contestado cuantas veces he oido llamar, porque desde hace algun tiempo he tenido que adoptar esa costumbre. La continuada guerra en que hemos vivido por estos reinos, háme enseñado á vivir así... ¿Y á donde bueno?...

—Aun no sabemos: quizá á Zamora, tal vez á Salamanca, en fin, segun los deseos de mi señor.

Ya se habia este quitado el embozo, y su talante gentil, su noble apostura, su respetable continente hicieron buena impresion en el alma del anciano, por lo que se traslucia en su semblante.

—Estoy entre los mios,—esclamó al ver el traje de los oficiales castellanos, y al querer reconocer á alguno de los comuneros en el mas entrado en años de los dos huéspedes.

—¿Y si os engañais?—replicó uno de ellos.

—Ah, por fortuna ó por desgracia no están para mi tan desconocidos los defensores de nuestras libertades.

—En buenhora, pues, hemos llegado á esta casa en donde los nuestros nos reciben, y libres de asechanzas enemigas podemos desahogar nuestro abatido espíritu.

Blas apareció curioseando con sus ojos lo que pasaba por allí.

—Valiente debe ser el rapaz que ante nuestra vista se halla.

—Oh, si, valiente y decidido: sus primeros vagidos los exhaló tal vez al tronar de los cañones y entre el estrépito de los combates. Ahí le teneis anhelando defender su patria y sacrificarse por su libertad.

Por la Gr^a Vinda de C. J. e hijos
Eduardo Ruiz y Alvedo

—Si, señor caballero; una espada y un caballo son mi deseo constante y ojalá que de mi solo dependiese la libertad de Castilla entera: mi sangre daría porque despues me llamasen con gloria el libertador de Castilla.

—Brios tiene el mancebo,—dijo el que allí desempeñaba el papel de escudero.

—¿Y serías capaz de venir con nosotros?

—¿A donde?

—A donde la guerra nos llamase.

—Al infierno tambien, siempre que fuera para andar á cuchilladas con esos pícaros flamencos que á tan mal traer nos llevan.

—Ah—ya lo veis, señores: pues con toda esa bravura y ese alarde, alguna cosa sé yó que le detendria por unos instantes, alguna cosa que le hace no despreciar la vida.

Blas bajó los ojos como ruborizado y el anciano sonrió dulcemente.

—Amores campestres, dijo con gracioso desenfado el escudero.

—De repente cambió la escena por la entrada de un nuevo personaje que llamó la atencion de todos.

—Padre, padre—esclamó con voz apagada una bellissima aldeana al penetrar en aquel recinto.

Era de cándido rostro y esbelto talle. Sus ojos de color azul de cielo miraban asustados á los actores de aquel cuadro. Vestida con natural descuido, parecia alguna de aquellas imágenes hermosas que creemos ver en el campo entre las mágicas ilusiones de un ensueño, adormecida junto á un arroyuelo manso ó jugueteando con sus ondas.

—María, ¿qué te asusta? preguntó conmovido aquel á quien ella habia llamado padre.

—Los incógnitos personajes se levantaron de su asiento. El mastin anunciaba la proximidad de alguna persona.

—Muchos, muchos ginetes flamencos se dirigen por la vereda abajo y van á llegar.

—Dios bendiga tus hechiceros lábios, angel de amor—esclamó sin dejarla terminar la frase uno de los huéspedes—Al caballo Hernán...

En un santi-amen, sacáronse los caballos y se dispusieron para el viaje.

Después de una precipitada despedida emprendieron nuestros dos personajes un escape tendido de tal manera que parecían llevados en alas de impetuoso huracán.

Maria se arrodilló ante un cuadro de la Virgen y pronunció con celestial acento estas palabras:—Madre mia, si son pobres perseguidos, libralos de sus perseguidores y dales la paz y la tranquilidad del alma.

El anciano Pascual la contempló enternecido, y no pudo articular ni una palabra.

Blas tuvo un arranque de entusiasmo y con los ojos humedecidos dijo con voz trémula:—¡Ah! Maria, Maria... ¡qué buena eres! Dios premiará la bondad de tu corazón.

A poco rato habia un sinnúmero de caballos parados á la puerta de la pobre morada.

Uno de los ginetes, según parece, habia en otras ocasiones visto á la sencilla aldeana y cayó en la tentación de entrar.

—Esperad aquí,—dijo,—y el diablo cargue con vosotros si no teneis la suficiente paciencia.

De insolente mirada y atrevida apostura el flamenco entró echando votos y ternos en la casa.

Advirtióle Blas que se reportase, pero aun sirvió la advertencia para escitar mas la osadía del soldado de Flandes.

El pobre Blas iba perdiendo los estribos, y estuvo á pique de mover allí una que fuera sonada, á no ser por respeto á Pascual que le contenia con sus miradas espresivas.

El flamenco creyó mas oportuno ir pacíficamente... y se sentó.

Colgada de un clavo habia quedado una escarcela de los huéspedes recién fugados.

El militar intruso no hacia mas que mirar al interior por si divisaba á la niña.

Pero la niña estaba escondida en el último y mas retirado rincon, como el pajarillo que se oculta entre las ramas hasta que pasa la tormenta.

Blas pudo cubrir con su cuerpo la escarcela, porque era grande el peligro si se apoderaba aquel hombre de un objeto que quizá encerraria interesantes documentos.

Cansado de esperar y ya agotado el sufrimiento, salió de allí el soldado maldiciente, renegando del viejo, del jóven y hasta de la linda muchacha que se negaba á verle los bigotes.

—¿Nada?—le preguntaron al salir sus camaradas.

—Nada,—respondió con despecho.

—En la montaña estarán,—gritó alguno de los ginetes.

—Pues á la montaña... á la montaña,—repitieron todos, aguijoneando á los caballos y corriendo como desenfrenados hácia una sierra que á corta distancia se distinguia, y que se levantaba majestuosa terminando aquella parte del horizonte.

CAPITULO II.

Ayes del alma.

La tarde del mismo día en que aquellas escenas sucedieron era una de las mas apacibles del mes de mayo. La cabaña de Pascual tenia su puerta de par en par: el sol iba á trasponer la próxima montaña, y sus rayos de despedida coloraban con mágica palidez la morada silenciosa del anciano labrador.

Maria estaba trabajando con afán, y Pascual se hallaba sentado en un sital, en frente de ella y contemplándola con esa mirada que solo tienen los padres para sus hijos, una de esas miradas que quieren decir:—«Ahí está mi felicidad: ese corazon que late enfrente de mí, encierra todas las aspiraciones de mi vida... por ella y para ella todo.»

Por la Grā Viuda de C. F. e hijos
Eduardo Cruz y Arvedo

De pronto observó que dos lágrimas rodaban por sus mejillas, y que palidecía poco á poco.

—Maria... Maria.. ¿qué tienes, hija de mi alma?

La entristecida niña dejó el trabajo y corrió á besar la venerable frente de aquel hombre que habia penetrado con una mirada el sentimiento que dominaba en su corazón.

—Blas quiere abandonarnos, quiere partir, y sospecho...

—Tal vez, hija mia, en esa ausencia está la suerte feliz que la Providencia Divina le depara.

—Ayer mismo le sorprendí pensativo, le pregunté la causa, y me dijo con una serenidad que heló toda mi sangre:— Maria, la libertad me llama á su defensa. Yo quiero ser de los que esponen su vida por la patria: arde mi pecho en entusiasmo: me presentaré á cualquiera de los bravos capitanes que tan glorioso nombre alcanzan, y seré lo que todo hombre por cuyas venas circule sangre española...

La desconsolada criatura no pudo continuar.

Los suspiros y las lágrimas apagaron su voz en la garganta.

—Y se marchará, se marchará tal vez para siempre,—repetía acongojada.

—Si el impulso de su patriotismo le arrastra á la guerra, no reprimas su noble ambicion; que vaya y que vuelva con gloria. Aquí tal vez moriría ignorado: se aburriría de esta vida silenciosa y tranquila. El estrépito de los combates le entusiasma y hace latir su corazón... Conformidad, alma inocente, Dios le hará volver á nuestro lado.

—Si, yo rezaré mucho para que vuelva y para que arma enemiga no le hiera... ¡Pobre Blas!... ¿y si le matan?...

¡Ah... no, no, que no se vaya! Virgen mia... que no se vaya. Y miraba al cielo con esa amargura que siente un alma que por primera vez vá á separarse del ser que encierra todo cuanto amor cabe á los diez y ocho años en un corazón puro y cándido como el de aquel ángel.

—¿Has guardado la escarcela?...—preguntó Pascual por variar el rumbo que iba tomando aquella tristísima escena.

—Si, señor padre, la he guardado en la caja como me encargásteis esta mañana.

En esto apareció Blas allá por la arboleda que está próxima al camino.

Venia cogiendo las florecillas que al paso encontraba, y formando con ellas una corona.

Maria con la rapidéz de una exhalacion salió á la puerta y quiso devorar la distancia con los ojos.

El, cuando aun su voz no podia oirse sino con dificultad la llamaba con el dulce acento de los enamorados.

Y las montañas repetian cien veces el nombre de Maria. Otras tardes se alegraba ella de que la llamase, y su corazon se estremecia, pero en esta ocasion la sombra de algun presentimiento embargaba su espíritu y anublaba su tersa frente, haciéndola repetir: —y no oiré ya su voz mas grata para mí que el fresco murmullo de esa fuente... no la oiré...

Llegó Blas, besó la mano al buen Pascual, y colocó despues la corona en la frente de la amada de su corazon.

—Siempre el mismo—dijo ella con angelical sonrisa—pero no has visto mis ojos.

—¿Lágrimas?... qué sucede, qué pasa?

—Que te vás.

—¿Quien te lo ha dicho?

—Tú...

Blas quedó pensativo. No habia dicho aun que se iba: lo hizo sospechar, pero habia imaginado decirlo en esta ocasion. De manera que se sorprendió al ver aquella adivinacion, aquel presentimiento de un alma enamorada.

—Oye, Maria. Padre,—continuó por fin dirigiéndose á Pascual, á quien él llamaba padre, y á Maria que le escuchaba con triste ansiedad,—yo siento en mi corazon algo

que me lleva á otro mundo de bullicio, de estrépito y de algazara: la vida de soldado debe ser mi vida. En vez de los instrumentos de labranza quiero empuñar la espada ó llevar el arcabuz.

—Yo te amo más que á mi vida, Maria, más que á mi vida, eso lo sabes tú muy bien, pero ambiciono gloria para que tengas orgullo al llamarte mi esposa.

—Ay... eso es que no me amas... ¿Orgullo, no lo tendré con ser tuya, nada mas que con ser tuya?...

—Cielo mio, si; pero yo quiero que te envidien tus compañeras y que hablen de mi en el mundo.

Yo veo tiranizada mi patria por gente estraña y voy á unirme con los que defienden su libertad.

Pascual escuchaba estupefacto el diálogo y comprendía la lucha que al corazon de Blas estaba martirizando.

—¿Y... cuando, cuando, será mi muerte?—preguntaba la enamorada doncella, con los ojos fijos en los de su amante: queria leer en ellos hasta los mas recónditos pensamientos.

El no contestaba.

Tambien sufría horriblemente.

—Dime... es acaso mañana?

—Los Comuneros segun me ha enterado Gil que estuvo en Torre-Lobaton, van á Toro muy pronto en donde acaso tendrán un encuentro con las tropas reales.

—Y tú irás á buscar allí la muerte...

—Voy á buscar la gloria para ti.

—No, no la quiero á riesgo de tu vida.

Pascual levantaba los ojos de cuando en cuando, enterrecido... y movía la cabeza despues de leer algunos pergaminos.

—¿Y tu madre?—continuó Maria preguntando de manera que iba tocando una por una las fibras del corazon de Blas...

—¿Y tu anciano padre?

—Mi hermano queda al cuidado de los dos.

—Conque deveras has resuelto dejarme morir en la ausencia.

—No, luz de mis ojos, tú viviras para mi: yo volveré á esta casa. Dios sabe con cuántos honores. Santiago protegerá mi decidido entusiasmo... ¡Oh! si; en medio de la pelea veré tus ojos azules siempre brillando como las estrellas en el cielo; y veré tu rubia cabellera coronada de azucenas y flores silvestres como ahora; y tus manos llevarán la corona que ha de premiar al valiente.

Y cuando escuche los himnos de victoria, estremecido de júbilo creeré verte entusiasmada, con el color de esas mejillas mas encendido que nunca... Y tus labios pronunciarán mi nombre con indefinible emocion entre el estampido de los cañones y el silvido de las balas.

—Ah... calla, Blas mio, calla.

La niña llevó la mano al corazon y cayó desplomada sobre un asiento como herida por un presentimiento desgarrador.

Blas, quedó atónito; y sin saber lo que le pasaba.

Pascual llamó á la pobre mujer que estaba á su cuidado.

Acudió asustada la infeliz y procuró volver en sí á Maria.

Con todo su corazon se arrepintió el jóven aldeano de haberse dejado arrastrar por el entusiasmo patrio.

El anciano parecia conmovido, de pié junto á la pobre criatura como una de esas venerables figuras que la Biblia nos traza con tan sublimes rasgos.

Al otro lado estaba Blas asustado, pálido y estrechando una de las manos de Maria. La otra mano la tenia entre las suyas la entristecida Juana, que estaba arrodillada á los pies de la pobre niña.

El dia habia dado su último adios á la tierra con el crepúsculo que es como la postrer mirada del moribundo sol.

La noche habia llegado con sus tristes armonias y su estrellado cielo: la luna asomaba su disco por entre dos coli-

Por la Gr^a Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Avelledo

nas, reflejando su fulgor en la corriente de un riachuelo desconocido para la geografía. Su pálido resplandor iluminaba aquel cuadro de amargura,

Pobres son la pluma y el pincel para dar colorido á aquella escena de melancólicas tintas. La noche clara y serena con un cielo tan puro como el alma de la inocente niña, la luna, el ambiente, los semblantes y la posición de los personajes que formaban el cuadro es imposible de trazar perfectamente.

Un ruiseñor acababa con sus melodiosos gorgoros de dar á la escena esa inconcebible armonía de la naturaleza con los afectos que se sienten.

Pasado algún tiempo, María volvió de su parasismo.

Había sufrido mucho.

Estrechó fuertemente la mano de Blas al retirarse apoyada en el brazo de Juana que iba diciendo:—¿Si para esto venis, cuánto más valiera que os quedarais en casa, mancebo trastornador?...

—Es que se vá á la guerra,—le interrumpió María casi sin poder articular una palabra...

—Pues Dios y el santo de tu devoción han de volverle acá, no te apures, consuelito nuestro, no llores y ten resignación. La fortuna le llama tal vez por ese lado, y será un bien lo que tú imaginas ser un mal, y que, en fin, no hay mal que por bien no venga.

La hija de Pascual suspiró tristemente, y después de entrar en su reducido departamento, se dejó caer sobre el lecho con indefinible angustia.

—Blas,—dijo el anciano después de haber visto entrar á su hija, sacando de su dolorosa meditación al futuro guerrero,—antes de marcharte á la guerra sabrás un misterio de tu vida.

—De mi vida...

—Calma, calma, Blas; que es cosa de historia y no muy breve.

—Ah, por Dios, empezad pronto; ahora mismo.

—Escucha pues,—prosiguió Pascual, viendo la ansiedad conque le exigía aquella revelación.

Y cerrando la puerta, sentáronse y comenzó de esta manera.

CAPÍTULO III.

CAPITULO III.

Una historia interesante.

Veinte años hará, poco más ó menos que dió principio la historia que vás á oír. Armate de resignacion á toda prueba para escucharla, porque en ella representas sin saberlo un desgraciado papel.

Veo por la altivez de tu carácter, por el brio y la ambicion que te dominan, cuán cerca estás de descubrir á todo el mundo que no es tu estirpe la del pobre labrador á quien llamas padre, á quien has tenido como tal hasta hoy.

En esa misma casa de campo que ahora habitas, vivian el venerable Andrés y su mujer la honrada Magdalena. Habian, con sus escasísimos bienes, formado una especie de posada, en donde se albergaban los caminantes, y en donde

no era la primera vez que se habia refugiado algun pobre fugitivo escapado de las garras de los rapaces aventureros que entonces invadian estas tierras.—

Pues señor, una noche, que no era de las más bonancibles, oyeron golpear fuertemente á la puerta, y despues de largo rato decidiéronse á abrir.

Yo me encontraba allí á aquellas horas, como tenia de costumbre.

—Mala nube dispare cien mil centellas sobre nosotros,—dijo con ronca voz uno de los varios personajes estraños que se introdujeron en la casa.

—Hola, hola... parece que ha tenido buen gusto el amo—replicó otro al ver á la pobre Magdalena temblando junto al hogar.

—Linda es la aldeana.

Vi entonces que un tropel de aquellos sospechosos hombres la rodeó y observé la siniestra catadura de los tales.

Dos de ellos llamaron sobre todo mi atención y puse atento oido á cuanto hablaban. Imaginate cual seria mi sorpresa al escuchar este misterioso diálogo:

—Buen paso llevan los caballos.

—¿Y la dama pudo escapar...?

—Pues no lo viste, voto á San...!

—Yo no sé ni atinar puedo, como no cayó él en nuestras manos...

Qué presa...

—La direccion que tomaron es dudosa, pero por de pronto tenemos prenda que nos asegura que han de sentir el no haber tenido la honra de caer en nuestras manos.

—Voto á Luzbel... Las últimas palabras que oimos á la dama encubierta fueron:—cuidad de ese niño, como si mi vida fuera la suya...

—Y entramos despues nosotros... Cómo se habian de

*Por la Gra Vuida de C. f. e hijos
Eduardo Ruiz y Arcevedo*

figurar a los dos amantes el desenlace que tuvo el drama así que penetramos en la casa.

—Buena la hicimos—continuaban aquellos infames bandidos—la encargada del niño se atóroló, tu fuiste á la cuna y en un santiamén...

—Y el pícaro, ni chista siquiera.

—«Habrá muerto: replicaba el otro con curiosidad.»

Separáronse un poco, tocaron al niño y Dios les inspiró la idea de dejarlo en un rincón oculto de la casa.

—«Que lo encuentren ahora sus dueños y señores—repetía uno de aquellos seres sin corazón, con el más inaudito sarcasmo.—Vámonos pronto. Yo quiero vengarme de la esquivéz de la tapada, y ya ves, cuando vuelva á su nido y pregunte por el hijuelo y lo busque... se encontrará sin vida... Lágrimas, suspiros... Ea, hubiera sido más dulce conmigo.

—«Infames»—murmuraba el conmovido Blas—y bien... acabad...

—Oye, oye: uno á otro se decían:—mal corazón, alma de tigre, y así concluyeron el diálogo saliendo de esa casa que habitas con los que pasan por tus padres, porque lo son adoptivos, disparando cada blasfemia y echando cada voto como gente sin conciencia y sin ley de Dios.

Aquel niño llevaba en sus pañales bordados el nombre.

—¿Qué nombre? preguntó con afanosa impaciencia, el joven campesino.

—Se llamaba Blas...

—¡Santo Dios!

El asombro se pintó en el semblante de Blas, apenas oyó su nombre.

Se contrajo su frente, y en su mirada vaga daba á conocer el confuso tropel de ideas que sombreaban en aquel instante su pensamiento.

El creía hallarse entre los misterios de un ensueño som-

brío... fijaba de vez en cuando la vista en el rostro de Pascual, como queriendo asegurarse de que no era una ilusión cuanto había oído.

De repente le dirigió la palabra en estos términos. —

—Y ¿cómo no me habeis hecho antes semejante revelación?

—¡Ah! porque los que se llaman tus padres, te aman como si lo fuesen, y temen hijo mio, perder tu amor por cualquiera de esos accidentes. Tu hubieras empezado á alimentar ambiciones desmedidas y quizá tu indiferencia hacia ellos hubiese sido la recompensa de sus cariñosos desvelos. Ahora quieres ir á la guerra, bien; pero antes yo he consultado con Andres lo que habia de hacer. — Díselo todo, me ha contestado tristemente, —yo no tengo fuerzas para tanto.

—¿Conque el infame delito de aquellos bandoleros me arrancó del seno de mi madre?

—Aun sigue la historia. Yo no dejé marchar de ese modo á aquella gente, pues cuando ví que la embriaguez les habia entorpecido ya la razon, y que los vapores del vino les hacian incapaces de todo, me acerqué al primero que se me presentó y le pregunté de donde venian entonces...

—¿Y qué dijo?... ¿qué respondió?...

—No supo contestarme. Nada sacaba en limpio, y cuando dirijí otra pregunta á los que habian cometido el crimen me respondió uno de ellos: —Figúrate que dos enamorados que dos amantes van todos los dias á ver á su hijo y que llegan otro dia y... vamos será cosa de ver... repetia el inhumano mezclando sus palabras con el aliento embalsamado por el licor.

—Ah... infames, murmuró con reconcentrada ira Blas, —ahora comprendo cuanta es mi desgracia... ¿Y mis padres? ¿Y aquella mujer?... ¡Oh! busquemos el fin de este misterio. Sepamos quien soy yo. Esto es horrible... ni un

vestigio siquiera... nada... nada. Mi existencia envuelta entre tinieblas... Cuánto debo á esos infelices seres que la providencia puso en mi camino para velar por mí!

— ¡Y vas á abandonarlos!

— Voy á buscar un porvenir que es suyo, un porvenir que les pertenece. Mi alma, mi vida para ellos. El honrado Andrés, la virtuosa Magdalena... ¡Oh!... mi hermano velará por los dos... Son tan buenos... Si, si; quiero correr mundo... y en él tal vez vendrá á mis manos la revelacion de alguno de esos secretos de mi familia. Bien sabe Dios, que si anhelo una fortuna es para los pobres viejecitos de mi corazón. Y allí para cuando vuelva, que será pronto, ¿no es verdad? haré edificar una casita ahí mismo, donde ahora la tienen, con su emparradito en la puerta, un jardinillo rodeandola, con muchas flores para Maria que es tan amiga de las flores. Entonces viviremos juntos. Mis padres adoptivos, en una habitacion con ventana á la ermita y al riachuelo, y vos y la señora Juana en otra al lado mismo y vereis... vereis que felices vamos á ser.

— Blas, no delires con los ensueños de un mañana que tan lejos está. ¿No ves, hijo, no ves cuán cerca estoy yo de buscar por descanso la tierra?... ¿no ves que ya se inclina mi cabeza como el tronco del árbol que á impulsos del vendabal vá desprendiendo de la tierra sus raices, para caer sobre ella cansado de vivir. Tu alma llena de juventud vé los colores de la aurora de la vida, mientras que yo no puedo ver otra cosa que las sombras de la noche...

Y era una realidad aquel contraste.

Blas pugnaba por apartar de su mente las ideas que nacieron con la anterior historia, y habia fijado su pensamiento en el porvenir.

En sus ojos fulguraba la vida, esa vida que destellan los ojos á los veinte años. Erguida la cabeza y con la mirada expresiva é indagadora, cuanto le rodeaba era poco para él.

Ambicionaba dilatar su vista en otros horizontes, ensanchar su espíritu en otro mundo en donde le esperaban esos choques violentos que desgarran el corazón, y anublan el cielo de las ilusiones.

El anciano Pascual había por el contrario atravesado ya el áspero sendero de la vida, y la fría experiencia había helado todo el fuego de sus ilusiones, toda la animación de sus esperanzas.

Su mirada era grave, glacial, detenida: en ella aparecía el alma como esas estrellas para nosotros distantes, y que toman la forma de leves nubecillas.

La frente un poco inclinada hacía la tierra como un tributo de respeto á la que iba á cobijarle en su seno.

Allí estaba compendiada la historia de toda la humanidad.

Porque la historia de toda la humanidad se encierra en esos dos períodos de la vida.

La juventud, las ilusiones, el amor, las esperanzas, el porvenir, por una parte.

La decrepitud, los desengaños, las sombras de un bien pasado, y solo una esperanza, la del eterno reposo en el seno de Dios, por otra.

Esos son los dos extremos.

Y suceden otros hombres, y vuelve la serie á dar principio, y cada uno de nosotros es el eslabon de la inmensa cadena del tiempo.

No somos dados á las meditaciones filosóficas, pero hay ocasiones en que por nada de este mundo las perdonamos.

Ante aquellos dos seres, principio y término de nuestra mundanal jornada, se nos ocurrió decir lo que cualquiera hubiera dicho en nuestro lugar.

Pero volvamos á lo que más debe interesarnos.

Es el caso que Pascual abrazó con toda su alma á Blas, y que este con lágrimas en los ojos y conmovido hasta donde

*Por la Sta. Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Acevedo*

podía estarlo su sencillo corazón, murmuró algunas palabras que según parece, querían decir: Ni en medio de los campos de batalla, ni entre el bullicio de los placeres olvidaré la bondad de vuestra alma, la rectitud de vuestros consejos. Y en cuanto á Maria, antes dejará de latir el corazón, que olvidar su cándida pureza.

—Mira, no te despidas de ella, hijo mío, sería un momento demasiado cruel para su alma.

—Grande es el sacrificio... pero me marcharé sin oír de sus labios el *adios*, que tal vez me dejaría sin fuerzas para salir de estos campos.

—¿Y cuándo vas á dejarnos?

—Una partida de Comuneros ha de pasar dentro de algunos días por el camino que conduce á Villalar... y entonces me uniré á ellos.

Dicho esto, despidiéronse los interlocutores, y Blas se encaminó á su casita triste y preocupado por la terrible revelación que llevaba grabada en su corazón con caracteres de fuego.

Pascual estuvo mirándole atravesar la arboleda silencioso, y cuando le perdió de vista, dirigiendo sus ojos al cielo, exclamó con profético acento: —Dios guíe tus pasos: El coronará tus deseos y te dé su bendición desde su santa gloria.

Cerró la puerta... y oyó una voz apagada y misteriosa en la habitación de su hija.

Era ella, Maria, que pedía al cielo en sus oraciones tranquilidad para su espíritu y ventura y bienandanza para el amado de su corazón.

En la imaginación de Blas ardían ya los vívidos destellos de la gloria que esperaba alcanzar, gloria que disipaba las oscuras sombras que había en su alma desde que oyó el relato que aquel anciano le había hecho.

La luna al reflejar en aquel semblante animado por la esperanza le daba un aspecto de triste melancolía.

A aquellas horas y cruzando el solitario robledal, y parándose á contemplar distraído la fuentecilla que corría jugueteando entre las juncias, ó á escuchar los trinos del ruiseñor que cantaba entre las ramas, parecía uno de aquellos pobres trovadores que esperaban por allí á la dama de sus pensamientos. Tan desigual era su paso, tan agitado se hallaba su espíritu, tan embebido andaba en sus meditaciones el mismo aldeano que otras noches pasaba por aquel sitio, ó cantando algun romance popular ó repitiendo alguna dulce palabra de su enamorada Maria!...

CAPÍTULO IV**Se despeja una incógnita.**

Harto conocemos la responsabilidad que arrostramos, el peligro que corremos cruzando los campos de Castilla en la época á que se refiere nuestra historia.

A riesgo estamos de caer en manos de los Comuneros, si no les damos el santo y seña establecido, ó en las de las tropas flamencas si otro tanto no sabemos.

Pero nosotros, como los lectores que nos siguen, somos inviolables para todos ellos, vamos envueltos en la invisible nube de la imaginación, y las alas del pensamiento nos llevan á buena distancia de sus tiros.

Sin temor, pues, de ser llevados ante el tribunal misterioso del Santo Oficio, ni de ser atormentados cruelmente

por un quitame allá esas pajas, podemos ir y venir, hablar y murmurar de todo el que malas mañas haya, y aun si es preciso habérmolas frente á frente con todos los soldados del mismísimo César.

Desde que salieron corriendo á más y mejor por aquellas veredas, atravesando sembrados y dejando atrás al viento en velocidad los dos ginetes (que sentados estuvieron en la casa de Pascual, habíamoslos dejado sin mas temor por nuestra parte, y no era poco, que el de que sus perseguidores, aquellos soldados que tambien pudimos ver allá, les hubiesen seguido la pista.

Pero á estas horas, aquellos y estos caminan en direccion opuesta por mira Providencial sin duda.

Han trascurrido tres dias desde aquella jornada.

Y como no es justo que dejemos pasar por alto la averiguacion, un si es no es curiosa acerca de quien son los desconocidos personajes que con tal misterio se presentaron á nuestra vista, sigamos sus huellas.

Refugiáronse en un caserio entre los confines de la provincia de Valladolid y de Zamora.

Allí seguramente eran conocidos, cuando en un instante se reunieron los mozos y las zagalas mas apuestas, y fueron á una especie de plazoleta rodeada de árboles.

Muchas llegaban colorado el rostro y triste la mirada; otras con verdadera admiracion.

Una infinidad de aldeanos llegóse á ellos, saludó con respeto y esperó á corta distancia.

—¡A Toro!—esclamó con júbilo el más respetable de los dos ginetes;

—¡A Toro!—gritaron los aldeanos corriendo á sus casas en busca de armas; y el que hacia de alcalde en aquel pequeño concejo, mandó tocar las campanas como en una festividad nacional.

—¡Santiago, Santiago y Libertad!—clamaban los viejos

Por la Yra Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Guir y Acuña

con voz trémula y conmovida por el entusiasmo.—Sí... sí, hijos, libertad para el pueblo.

Las muchachas se acercaban á sus madres con temor y respeto, mientras estas recibían el abrazo de algún hijo que daba su *adios* con patriótico aliento.

La esposa lloraba al despedirse de su esposo, de entusiasmo y de dolor á un tiempo.

La madre veía marchar á su hijo, y le estrechaba antes en sus brazos como queriéndole dar fortuna y valor.

Las zagalejas enamoradas oían el sonido de las campanas y se estremecían de júbilo y de pena...

Los niños se acostumbraban á murmurar el nombre de *libertad*, y cantaban himnos guerreros cuando tales sucesos presenciaban.

Aquí se veía á una cándida aldeana, fijos los ojos en su amante, y diciéndole con sus miradas: el cielo te proteja: vuelve pronto.

Cuentan que aquel día fué de memorable recordación para la aldehueta, y que aun en el tronco de algún árbol se leían algunos años después en toscos caracteres los nombres de aquellos defensores de la patria, y la fecha de su partida.

El escudero de nuestro personaje trabó conversacion larga y seguida con las muchachas sin novio, y tal vez les prometería volver por allá después de esterminar algunos enemigos.

—¿Cómo te llamas tú?

—Gila me llamo para servir á Dios y á su mercé,—respondió una encantadora niña, bajando los ojos y poniéndose colorada como una amapola.

—Pues mira, Gila, te has de poner un collarcito con perlas del birrete del señor de Haro. Y á tí, buena moza, cuyo nombre ignoro, he de traerte un encaje flamenco para cen-

—Por la felicidad que os deseo, juro que he de cumplir lo prometido. Y vos, buena vieja, echad á un lado las arrugas y el rosario, y decidme qué tal os parece mi talante.

—Bravo mozo y arriscado como un rey moro.

—Abuela, compáreme con cristianos, que á fe á fé que no me parezco á moro alguno en eso de tener muchas mugeres. Una me sobraría hasta por encima de los hombros, con que á buena parte venis para que no sea predicar en desierto.

—¡Hernan!—gritó nuestro incognito caballero.

Este acento acabó con la charla escuderil del llamado Hernan y con la atencion de las muchachas y el chisquero de las viejas.

—A vuestras órdenes repitió corriendo hacia su caballo y montando en él, no sin volverse de cuando en cuando para saludar á las muchachas.

—¡Por los ojos de aquella morena, que me pesa dejar la conversacion!...

Ya estaban todos los mozos reunidos y con armas. Quien limpiaba el cañon de su espingarda, quién preparaba la mecha para su arcabuz. Allá frotaba uno con su sayo la hoja de un viejo alfange; mas allá ostentaba orgulloso su partesana un robusto jóven con tantos deseos de emplearla utilmente como de lograr la victoria.

Brillaban á los reflejos de un sol hermoso los aceros, y los vistosos briaes rojos y azules de las muchachas formaban un contraste digno de admiracion.

Las campanas volvieron á resonar en el pintoresco valle.

La guerrera comitiva púsose en guisa de marchar y con silencioso paso fué sirviendo de avanzada en parte y en parte de retaguardia á nuestros dos ginetes.

Tres caballos que de la aldehuela salieron sirvieron de exploradores para evitar algun encuentro inesperado.

Ya estaban allá por los olivares y á un volvio el rostro hacia la pobre aldea que dejaban cuyas casitas blancas parecian

alegres palomas posadas sobre la verde alfombra de aquellos campos.

Los que en ella permanecían dirijian sus miradas de amor y fraternidad hácia los que alcanzaban la gloria de servir á su patria en tan honroso trance.

Palabras tiernas y suaves como el suspiro de la brisa en hermosa noche de verano salían del centro de aquel grupo.

Aun se agitaban los cendales de las sencillas aldeanas... y con ojos humedecidos por el llanto decían: la Madre Santísima de Dios los volverá á sus hogares.

—¡Ah!.. leal servidor—esclamó, dirijiéndose á Hernán su respetable compañero de viaje—voto á cien rayos! La escarcela... perdida tal vez en la carrera que hemos llevado estos días... Y los secretos graves que en ella guardó, á merced de la curiosidad de cualquier malvado. Maldita cien veces la fatalidad de tal pérdida...

—Señor, quizá en aquella casa de donde tan á escape salimos.

—Importáme mas que la vida el recobrar aquella prenda.

—Pues si en tal sitio os la dejasteis, por mi cabeza y por la derrota del bando imperial, os prometo que ha de hallarse en vuestro poder antes de tres días.

—Cuanto quieras, Hernán, cuanto quieras por tal servicio.

—Vuestro aprecio.

—No lo necesitas. Desde que te conozco le has conseguido. ¿Vas á ir solo?...

—Solo con mi fortuna.

—No te arriesgues...

—A todo.

—Hernán... camino de Torre-Lobaton, á buscar al valiente capitán Padilla que marchará sobre Toro según noticias.

—Allá seré con la ayuda de Dios:

—El te acompañe, servidor leal.

—¡Hola!—gritó Hernan dirigiéndose á sus compañeros.—Si empieza la funcion dejádmela sin concluir que yo reclamo mi parte como cada hijo de vecino.

Todos volvieron la cabeza, saludaron á Hernan y le vieron con asombro torcer la direccion de su caballo y aguijonearle de manera que parecia no tocar las herraduras al suelo en el escape que emprendió.

La crin tendida al viento y el fuego que al brioso animal impulsaba por su natural instinto, dieron á Hernan el aspecto de uno de esos héroes de novela que van como en rauda torbellino buscando á la cautiva castellana á quien los moros llevan en sus ligeros corceles.

—Anda pobrecillo, anda Lucifer... que ya descansarás.

Cada palabra de estas era un golpe de acicate para el fatigado alazan y aun le parecian pocos cuantos esfuerzos hacia por contentar á su dueño.

De pronto, allá muy lejos un tropel envuelto en nubes de polvo se adelantaba hácia él y como en su persecucion venia.

Torció á la izquierda é introdujose por aquel laberinto de olivares á fin de desorientar á los que en su concepto tras él apresuradamente llegaban.

Dejémosle en este apurado lance ya que hasta aqui le hemos seguido nosotros tambien, y pues distinto camino toma desandemos lo andado y busquemos en buen hora al otro personaje cuya importancia parece que se va descubriendo á medida que avanzamos en la narracion de los hechos.

Por la *Gra Viuda de C. F. i hijos*
Eduardo Ruiz y Acuña

CAPITULO V.

Alarma.

Cerca de Torre-Lobaton se hallaban como á cosa de tres horas los denodados hijos de la aldea cuando vinieron á incorporarse á ellos las tropas de Saïamanca que venian de refuerzo.

Reconociólas su gefe que era el que al frente de los aldeanos estaba y mandó hacer alto en la falda de una elevación que por aquel sitio tenia el terreno.

Un caballo de los salmantinos salió al encuentro del que enviaba el capitán.

Cruzáronse las contraseñas; sonaron por ambas partes los clarines y se desplegaron al viento las banderas de la Comunidad entre los clamores de los valientes soldados.

¡SANTIAGO Y LIBERTAD!... fué el grito que resonó por aquel valle ameno.

Los enemigos de la dominacion alemana que acababan de llegar de Salamanca eran los que llevaban el gran pertrecho de artillería que tanto juego habia hecho en apuradas ocasiones.

Abrazáronse mutuamente las gentes de una y otra seccion y la algazara y el mas completo regocijo tuvieron expansion entre ellos.

Descansaron algunos instantes colocando en pabellones las armas y cada cual hablaba de la prenda que acababa de dejar ó de su afan de entrar en liza; ó bien ensartaba una coleccion de agudezas descargadas sobre los caballeros que militaban bajo las banderas del Emperador.

Alli acamparon hospedándose cada cual donde Dios le deparó un asilo.

Estuvieron en faz de campamento dos ó tres dias hasta recibir el aviso del capitan Padilla acerca de la direccion que en adelante habian de tomar. Como ya se sabe por la historia, don Pedro Giron habia desaparecido desde que la voz de traicion se oyó en las filas de los Comuneros.

Los valientes salmantinos se hacian lenguas de tan villana accion y desconfiaban ya de todo el mundo.

Un dia al rayar el alba se recibió un mensaje del general para que aquellas tropas se pusieran en movimiento hácia Toro á donde afluian todas las fuerzas de Castilla.

El mensajero buscó al capitan don Francisco Maldonado y fué conducido á la presencia de nuestro personaje hasta ahora desconocido.

El buen capitan, de rostro grave é imponente, mirada de imperturbable tranquilidad vistió la férrea armadura y montó su alazan orgulloso de llevar en sus lomos tan bravo adalid.

Los ojos de Maldonado giraban á veces inquietos y una

leve sombra parecía anunciar en su semblante alguna de aquellas ideas que amargan y conturban el ánimo mas sereno, el espíritu mas fuerte.

A veces dirigia una mirada indagadora al camino por donde suponía que había de llegar Hernan.

—Hola —dijo al ver en su presencia al castellano Gil Osorio—¿buenas nuevas?

—No muy buenas... Sabeis que Tordesillas?...

—Ha resistido con brio la acometida.

—Y ha sido presa del enemigo por las escasas fuerzas que la custodiaban.

—¡Ah!... ¡Vive Dios! que la fortuna nos ha ocultado el risueño semblante... pero ahora...

—¿Cuando salimos?

—Esta tarde, para tropezar mañana al grueso del ejército cerca de Villalar... El Ilustrísimo Acuña...

—Ya tiene aviso para salir de Zamora con los suyos.

—¡Adelante! Santiago sea con nosotros...—dijo con entusiasta acento el capitan Maldonado...

—¿Vuestro amigo don Pedro?...—preguntó el mensajero...

—Mañana se reunirá con nosotros, llevándonos el último refuerzo de artillería.

—¿Cuánto vá que el pobre Hernan ha caído en las enemigas uñas? Tres días y medio hará que á todo escape se separó de nosotros, y Dios le haya dado fortuna para escabullirse, que valor le sobra para sostener combate con dos ó tres legiones de esos aguiluchos de Flandes.

Esto decía á otro soldado uno de aquellos que le vieron marchar, con verdadera pena y acariciando desesperado el cañon de su espingarda, —lástima de chico,—proseguia, —valiente y decidido como el primero.

—¿Y el capitan Bravo?—preguntó Maldonado al mensajero.

—Como sabeis que fué llamado á Torre-Lobaton, salió de Valladolid con unos cuantos valientes...

—Nada he alcanzado con mi escursión,—murmuraba para sí Maldonado,—siempre en el aire mis proyectos...

Y empuñando la espada que del cinto llevaba pendiente, repetía con iracunda saña,—¡Oh!... es preciso que yo encuentre al miserable que así ultrajó la honra de mis abuelos.

—Señor...

—Oída esta interpelacion, pudo llegar á dominarse un poco y conoció que hubiera acabado por revelar á propios y extraños un secreto de familia que él solo sabia y alguna dama á quien él nombraba mucho cuando, en ocasiones como esta, hablaba consigo mismo en alta voz.

Triste y cabizbajo permanecía el famoso caudillo bajo el peso de aquel misterioso arcano.

En tanto, los adalides de Castilla echaban sus cuentas, y creían que ya habia terminado su esperanza de habérselas con los contrarios.

—Sabe Dios,—decía un veterano bigotudo y con más alientos que el Cid,—si tendremos ya treguas para tratar de una paz deshonrosa. Los imperiales no han podido con la fuerza lo que ahora quieren conseguir por la astucia. Mal arcabuz estalle y me haga añicos, si no hay en este negocio alguna mujer que lo vaya enredando todo.

—Preciso es creerlo así por cuanto hay hombre muy formal que ha visto al célebre Condestable departir en coloquio no muy áspero, antes bien dulce y sabroso, con la esposa del Almirante,—replicó un rapaz con aire de hombre esperto.

—Cate vuestra merced lo que yo digo,—interrumpió el antiguo soldado,—pues no faltaba más, sino que á nuestro bravo capitán lo engatusase otra sierpe maligna, y entonces podíamos ya tocar á retirada. Siempre la mujer... siempre la mujer... ¡Señor!... ¿cuándo hemos de vernos libres de

Por la Gra Viuda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Acuña

esa calamidad?... Que un hombre llegue á sacrificar la honra de su patria por los mentirosos halagos de esos diablillos...

—Siempre habrá Cleopatras en el mundo, amigo Díaz, nunca faltarán sirenas engañadoras que al hombre estrechen y le coloquen entre Scila y Caribdis...

—¡Bravo! bien por el soldado dicharachero y humorista, versado en historia profana y en filosofía de poco más ó menos. Pero, ¡voto á la espada de san Jorge, que ya pasa de castaño oscuro tanta demora! Señores, si por la tardanza en acudir con nuestras fuerzas á nuestros hermanos ha de suceder en Toro lo que ha pasado en Tordesillas, depongamos las armas y vuelva cada cual al seno de su familia.

Hubo muchos que formaron círculo alrededor de aquel tribuno militar, y los murmullos del descontento iban ya cundiendo en las filas por el mismo afán de pelear que les acosaba.

La señal de la partida ne se dejó esperar mucho tiempo.

Vitores, vivas, aplausos, gritos de entusiasmo respondieron á la órden.

Moviéronse, entonces, los apiñados grupos en direccion al centro.

Ordenáronse las haces y dispusiéronse á marchar.

El choque de las armas al tomar cada cual la suya, y ese ruido de los campamentos producido por las palabras de unos, la risa de otros, las canciones á media voz de estos, el llamar aquellos á sus camaradas: un ¡vival que se escapa por aquí, una maldicion al enemigo por allá, los pasos presurosos de todos, el tropel al colocarse en sus puestos, formaban ese bello cuadro del movimiento en toda su expresion.

A una señal del jefe rompieron la marcha los corredores de á caballo, y siguieron los infantes encerrando en su centro á la artilleria con sus cajas de municiones y todos sus pertrechos.

Las nubes iban encapotando el espacio con sus pesadas sombras.

El genio de la guerra cabalgaba en alguna de aquellas cenicientas nubes, rodeado de sus funestas compañeras la muerte y la desolacion.

Empezaba á cerrar el temporal y gruesas gotas se desprendian de las nubes azotando de frente á los soldados.

La tierra iba humedeciéndose, y cada vez más pegajosa impedía la ligereza en el paso á aquellos valientes castellanos.

La lluvia espesaba cada vez más, y la hueste de Maldonado se veía imposibilitada para llegar oportunamente al sitio del peligroso combate.

Horrible ansiedad dominaba á los soldados.

Cuando el espíritu valiente y denodado desea que la materia corra como la electricidad y obstáculos materiales lo impiden, debe suscitarse una lucha espantosa.

—Y tal vez nuestro auxilio esté echándose de menos entre nuestros hermanos,—decía Maldonado á uno de los oficiales de su hueste... y añadía luego con voz atronadora,— ¡Adelante, hijos míos, adelante!

Poco era lo que caminar podían por lo resbaladizo del suelo...

Aquí un pobre soldado levantaba cada voto que oirse pudiera de los cuernos de la luna, mientras otro renegaba de todos los judíos imperiales habidos y por haber.

La noche llegó á sorprenderles á cuatro leguas de Villalar, cuando oyeron á los lados, pero muy lejos todavía, ruido de armas y caballos, y un confuso tropel que mas parecia de gente que se divierte en una funcion popular, que de soldados que esperan el terrible encuentro del enemigo.

—¡Ah, somos perdidos!—esclamó un jóven salmantino que siempre habia sido ave de mal agüero para sus camaradas.

—¡Perdidos!—respondieron estos á una voz.

—Creo que nos cortan la retirada por todas partes... sospecho ¡por el alma de Caifas! que hemos de tener sarracina larga.

Un silencio sepulcral reinó mientras daba sus órdenes el jefe.

Los corredores de á caballo á duras penas pudieron salir á explorar el campo.

La ansiedad era terrible.

La noche avanzaba oscurísima y triste.

—¡SANTIAGO! ¡SANTIAGO! Y ¡LIBERTAD!—repitió un eco lejano.

—Y un «viva» espontáneo, de verdadero júbilo se alzó entre los soldados.

—¡Son ellos, son los nuestros!...

Gritos de loco entusiasmo, aplausos y voces descompasadas contestaban al eco y la animación volvió á los semblantes de los antes entristecidos y mustios.

La confianza vino de nuevo á restablecer la calma entre aquellos decididos campeones.

Súbito, por la retaguardia se oyen los espantosos gritos de «¡traición... traición!»

Reina de nuevo el desórden. Se turba la tranquilidad de aquellos pechos valerosos: empuña cada cual su espada y prepara su arcabuz ó su mosquete.

Es indescribible aquel momento. Cada cual corre á sus filas...

Maldonado las recorre impávido, y todos permanecen silenciosos.

Allá entre los aldeanos que cubrían la espalda habia ocurrido alguna novedad.

Como un contagio se habia propagado la noticia de una traición, y ya no habia quien contuviera á aquellos hombres.

Veamos la causa.

En la lóbreguez de aquella noche habíase oído una voz de «¡alto... alto!» y un ruido como si los demonios se hubiesen conjurado contra los mortales, dejando sus profundas calderas para entretenerse con los que habitaban la miserable tierra.

Rompiendo el grupo compacto de la retaguardia habían penetrado dos caballos con sus ginetes. Los gritos de sorpresa tomaron graves proporciones, y no parecía sino que el enemigo se había internado en las filas sembrando la muerte á diestro y siniestro...

La desesperacion se apoderó de los más arriesgados; y hubo hombre que dió con todos sus pulmones la voz de «fuego.»

Cuando se espera al enemigo, ó por mejor decir, cuando se le desea, cualquier acontecimiento inesperado promueve en un campamento la alarma y el rebato que allí habia. Como las olas de un mar tempestuoso movíanse en todas direcciones aquellos valientes.

Si alguna vieja hubiera oído desde su casita aquel confuso tropel y aquello que parecia arrastrar de cadenas y gritos de endemoniados, hubiera rezado más de un Ave-Maria, porque los malos espíritus no llegasen hasta su morada y en noche como aquella tan propia para las congregaciones de esos señores, que por nada de este mundo dejan de dar un mal rato á las viejas.

Pues señor, sabida la causa cesó el trastornador efecto que aquel suceso ocasionara, y restablecióse el orden, como no podia menos de suceder.

De sorpresa y de admiracion fué para algunos lo que antes habia sido sobresalto y deseo de combatir, cuando vieron á las dos personas que tanta confusion movieron en el ejército.

*Por la Frª Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Acevedo*

Lo cierto es, que fueron muy bien recibidos; que los caballos cayeron sin aliento; y qué no tardaremos en volver á enterarnos de por be de cuanto pueda interesarnos en el curso de la narracion comenzada.

Entre tanto, veamos de distraer nuestra atencion, y sigamos nuestro caminando una mirada á la aldea de Pascual, que tal era el nombre con que se conocia el caserio que rodeaba á la cabaña en donde pasó la primera escena de esta historia.

La desesperacion se apoderó de los más arriesgados; y habia hombre que con todos sus palcos se volaba al viento.

Cuando se espera al enemigo, ó por mejor decir, cuando se le busca, cualquier acontecimiento inesperado promueve en el campamento la alarma y el rebato que allí habia. Como las olas de un mar tempestuoso moviéndose en todas direcciones.

Si alguna vez hubierais oído desde un castaño que contaba so tropel y apuro que parecia arrastrar de cadenas y gritos de enojados, hubierais creído más de un Ave-Maria, por que los males espíritus no cesaban hasta su muerte y en noche como aquella tan propia para las congregaciones de esos señores, que por nada de este mundo dejan de dar un mal rato á las viudas.

Fues señor, sabida la causa causó el trastornado efecto que aquel suceso ocasionara, y restableciéndose el orden, como no podia menos de suceder.

De sorpresa y de admiracion los para algunos lo que antes habia sido sobrepasado y hecho de combatir, cuando vieron á las dos personas que tanta confusion movieron en el ejército.

Por la familia de D. Juan de los Rios
 Juan de los Rios
 Juan de los Rios

CAPITULO VI.

Una sorpresa.

Volvamos á la casita de Pascual, en donde ha de haber acontecido algun suceso desagradable desde que la dejamos por la curiosidad de saber á donde se encaminaban los dos huéspedes perseguidos.

Era un domingo á la caída de la tarde y se habian reunido en el umbral de la casa los mozos y las muchachas de las cercanías: ellos con sus trajes nuevos como en día de fiesta, y ellas con sus mas vistosos briales y con flores en el sencillo tocado, flores menos frescas que sus coloradas mejillas.

Aquella tarde habia allí mucho jolgorio, mucha alegría. Se bailó, se cantó hasta no poder más. Las compañeras de

Maria, al verla tan retirada, sentada en un rincón, sin levantar sus ojos de la tierra mas que para dirigirlos al cielo, comenzaron á animarla y á preguntar la causa de tal retraimiento.

Pero Maria no pudo responder.

Blas habia llegado mas triste que otras veces. La alegría de aquellas gentes, sus demostraciones de júbilo la entristecian. —Todos los que aquí se hallan son felices, muy felices mientras yo... —murmuraba para sus adentros el desgraciado amante de Maria.

Interrumpió su meditacion hablaba uno de los muchos mozos que le observaron, apenas entró.

Era rechoncho y de cabeza enorme, chato hasta lo sumo, piernas cortas y en forma de compás, alto de hombros y moreno de color. Vestia pardo sayal y tenia trazas de ser lo mas zumbon y chocarrero que se conocia en la comarca. Cerró los ojos para empezar la charla, sonrió con franqueza campesina y puso la mano sobre uno de los hombros de Blas, viniendo por la espalda.

—¿Quién?—preguntó el interpelado tan espresivamente.

—Voto á ños que ya no es conocido el *Chato*.

—¿Eres tú... buen amigo?

—Yo, por vida de los moros y moras que pisaron esta tierra! Válgame San Jorge, y cuanta es tu melancolia! Apuradamente soy yo bueno para que nadie esté á mi lado con esa cara que tú pones. Eh... ¿no vés á tus compañeros como bailan y cantan y rien?... ¿Porqué has de estar de esa manera? ¿Has tenido con Maria alguna desazoncilla de enamorado hasta la locura?... Ella tambien está cabizbaja: mirala: no te atreves... ¡Ah!! pazguato rematado... y cómo habia yo de componerte si conmigo vivieses. ¿Hánte hecho las brujas alguna revelacion terrible?... Nada: ni una palabra. Tú acabarás en loco y entonces el diablo que se acerque á ti... tú en aquella sierra y yo en la de enfrente para hablar-

te... ¿A qué vienes á la fiesta? á ser como la mala nube que amenaza disipar nuestra alegría... Oh!... malaventurado doncel y cuantos puntos calzas de amante cortesano. Dijéronme que abandonar querías nuestra aldea, y casi casi no lo creí... Pero el tío Andrés, tu pobre padre, me lo ha dicho llorando, y esa es la mejor prueba de la verdad. Vaya con lo que nos quieres... ¡Buen estilo de amar á tu Maria!!... Así dejas el tranquilo hogar de tus padres?... Vamos, vamos, el espíritu malo en forma de bruja te se ha aparecido alguna noche, y cádate embrujado, hechizado y deseoso de volar á otros mundos. ¡Ay! Blasico, Blasico, mucha mudanza es esa.

Algunas muchachas habian acudido á escuchar la relacion del *Chato* y se extrañaban de oírle aquella entonacion un tanto grave y demasiado seria para su dicharachera boca.

—Cállate por Dios y por lo que mas quieras en este mundo—esclamó el entristecido Blas.

—Mal talante de enamorado trae para la pobrecica Maria—dijo alguna de las más vivarachas del corro.

—El demonio de los celos le habrá soplado al oído... Infeliz Maria, la compadezco.

—No, chicas, no,—interrumpieron algunas en voz baja—es que se vá... segun parece.

Entonces corrieron todas á unirse con las dos ó tres que acompañaban á Maria á quien colocaban flores en la cabeza.

—Gracias, gracias... amigas de mi alma, gracias de todo corazon.—Esto decia ella con acento angélico y sin perder de vista al objeto de tanto dolor, de tantas amarguras.

Aquellas muchachas alegres y risueñas procuraron consolarla, pero fué inútil. Así es que el baile se habia suspendido, el añafil ya no resonaba en el vallecito, ni los cantares iban á unirse con los últimos trinos de las avecillas.

El *Chato* llegóse saltando y corriendo á aquel coro de ángeles y serafines, como él decia, y con su voz áspera y nada agradable, empezó á disolver el grupo.

Por la Gr^a Viuda de C. y hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo

—Ea, ea... nada de sinsabores, día llegará en que todos tengamos que sentir.

La noche se acerca, el tiempo vuela más que el rayo. añafilero, la última; y tú, chiquillo—dijo cogiendo los brazos del que tocaba el tambor y haciéndole tocar, vuelve á tu tantarantan... y tú, Gila, canta nos aquella de

Fuentecica son mis ojos
que nunca secarse há;
cuanto mas tiempo se pase
mas lágrimas correrán.

¡Ay, correrán.

Tan... taran... tan, tan...

Cantó la aldeana y volvió á componerse el baile y la zambra...

—Otra más... otra más de esas tuyas tiernas y sabrosas..

—gritó el *Chato* con entusiasta frenesí y echando el sombrero á los pies de la lindísima zagala.

—Allá vá,—dijo ella sonriendo amorosa y cerrando los negros ojos como para recordar alguna canción.

Y entonó la siguiente con voz fresca y armoniosa:

Flores que junto á la fuente
la dulce brisa esperais...
cuando venga el amor mio
con él la brisa vendrá.

Ay... si... vendrá.

Tan... taran... tan, tan...

El tamboril resonó alegre, confundido con el sonido del añafil, entre las voces de los aldeanos que ensalzaban con exclamaciones de júbilo, el candor y la dulzura de la muchacha que habia cantado con tan celestial acento.

Pascual, el buen Pascual contemplaba á su hija triste y macilenta y dirigia al cielo sus miradas como implorando su clemencia para aquella pobre criatura.

Aquella danza, aquel cuadro pintoresco en el umbral de la casita era todo por ella, para distraer su tristeza. Pero cantares como el último acrecentaban su dolor.

Aun estaban cantando la última copla y ya iba á anoecer: bailaban aun alegres y risueños los aldeanos cuando un grito espantoso se oyó y una voz que se acercaba rápidamente...

—Pára... ¡he!... ¡he!... pára... Lucifer... Lucifer...

Las madres cogieron á sus chicos que asustados metieron la cabeza entre las faldas.

Las zagalejas corrieron precipitadas á esconderse en la casita y los mas atrevidos mozos enarbolaron los garrotes hasta saber lo que era.

El Chato con temerario arrojo se lanzó hacia el sitio de donde la voz venia y se le oyó decir tambien...—Pára... ¡alto!...

Colócase en medio de la senda, levantó los pequeños brazos cuando vió venir hácia él un caballo desbocado y al jinete próximo á dar con su cuerpo en tierra. Pero al llegar á donde él estaba, con extraordinaria fuerza agarrose á las bridas y á pesar de ser arrastrado algunos pasos consiguió pararlo...—¡Valiente eres, vivan los valientes!—esclamó el jinete á quien ya conocerán nuestros lectores.

El pobre Lucifer cayó rendido, respirando por su abierta nariz como á punto de rebentar.

—Sublime carrera... nunca fuiste tan oportuno al desbocarte!—repetia con fatigado aliento nuestro conocido Hernan.

—No habeis metido mal cisco—decia el Chato mirando al infeliz caballo con ojos de compasion.

—¿La casa de Pascual?

—¿Es que la buscabais por fortuna?

—¿Está muy lejos?...

—Bendita es vuestra estrella: No está cincuenta pasos de aquí. Y á quien...

—Eso no es del caso ahora. Llevadme á descansar mi molida humanidad y por Dios que he de dar buen premio á vuestro servicio.

—Esto nada vale. Haz bien sin saber á quien. Mañana lo hareis por mi.

—Jurolo por la cruz de mi espada... y por la muerte de mis perseguidores...

—Veniais.

—Hasta media legua de aquí, perseguido por ocho soldadotes flamencos. Hubiérame parado á recibir la muerte entre sus manos ó á dejar sobre la tierra sus ocho cuerpos sin cabezas, si la misión que traigo...

—Bueno, bueno, más no hay que hablar, que harto aporreado venís. Vamos, vamos.

—Lucifer, pobrecillo mio, levanta.

—Después de largo rato consiguieron que el acalorado animal se levantase y se encaminaron á la casita de Pascual, en donde aun habia muchacha que temblaba como una azogada y chiquillo con la cara entre las sayas de su madre.

El susto pasó, y todos rodearon á Hernán con la curiosidad mas inaudita.

Los muchachos contemplaban con asombro el brillo de las armas, el color de la pluma del negro birrete, el empolvado traje y sobre todo el lazo que llevaba como insignia de la comunidad.

Las aldeanas encontraron en el objeto que tanto las habia asustado, un garrido mancebo mas propio con sus ojos para enamorar, que para darlas el miedo y la zozobra que aun tenian convulsos sus labios de clavel.

Ofreciéronle un asiento, no sin que antes diera un abrazo al venerable Pascual y una mirada al soslayo á Maria.

Blas habia corrido asi que le reconoció á presentarse y ofrecerle su auxilio en cuanto necesitase.

Todos los concurrentes sin poder saciar su curiosidad fueron despejando, y ellas acompañadas de sus madres y de sus amantes y los que no se hallaban en este caso agrupados y cantando alegremente, desfilaron luego, cada cual yendo á su morada... Allá á lo lejos y ya cerrada la noche, se oia el sonido del añafil y las canciones de los que aun no eran llegados á sus casas.

En la de Pascual estaba Hernan sentado junto á la puerta y rodeándole, sentados tambien, el padre de Maria, esta que tenia algun presentimiento triste por la llegada de aquel hombre, Blas y el *Chato* que ya estaba prendado de la apostura y gallardía del gentil mancebo. Sus pequeños ojos no le dejaban de mirar ni un instante y permaneció émbobado con el aire marcial del recién llegado doncel.

No faltó la buena Juana guluzmeando allá por su rincón cuanto en la casa acontecia.

Maria corrió presurosa á su cuarto y sacó la escarcela, persuadida ya del objeto que traia á aquel jóven á horas tan intempestivas y de tal manera hácia aquel lugar.

—Bendita sea vuestra mano—dijo al tomarla, —gloria se-reis de vuestro padre y noche serena y apacible para el na-vegante que viva con la luz de vuestros ojos...

Maria dió las gracias con una cándida sonrisa que impresionó á Hernan.

Quería decir con ella: no teneis derecho para requebrarme de ese modo: está delante quien puede hacerlo porque le autorizo con mi amor.

Aquella sonrisa fué comprendida por Hernan, que se levantó de improviso, dió un abrazo á Blas y—dichoso mil veces rapazuelo—le dijo con acento jovial y franco.

Se habló de cómo habian echado de menos la escarcela,

Por la Gra Vuida de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Arceño

de las aventuras de aquella jornada y de cual era el término á que se encaminaban.

Blas comenzó á temblar, no sabemos si de emocion ó de pena, al escuchar la última parte de la conversacion: trataba Hernan de encaminarse á buscar de nuevo á su señor y á sus compañeros.

Esta noche—interrumpió el jóven aldeano, no será posible que marcheis: mañana al ser de día podreis emprender vuestro camino. Mira—dijole al *Chato* sacándole de su embebecimiento—toma el caballo de su merced: llévalo á casa y guia tambien al caballero, que algunos momentos han de transcurrir hasta que llegue yo allá.

Hernan comprendió,—porqué en estas cosas era ducho, que estaba de mas en aquel sitio y respondiendo á la intimacion, despidióse de todos, hizo la señal de partida al *Chato*, el cual muy orgulloso y satisfecho le sirvió de guia por aquellas veredas y llevó el caballo asido por las bridas.

—Aunque esté cien leguas no he de montarle—murmuró Hernan dirigiéndose al fatigado animal.

El *Chato* le miró cariñosamente como si quisiese decir, bien merece tal descanso.

Dejémoslos llegar hasta la casa del tio Andrés y volvamos á ver lo que pasa en la de Maria.

Difícil posicion era la en que Blas se encontraba.

Quería la bendicion de la persona que mas amaba en la tierra, por que allá por su cabeza brotaba sin duda el pensamiento de marchar quizá dentro de algunos dias. Iba á pedir noticias á Hernan para disponerse á salir de la aldea.

—Yo, no sé cuando me tocará marchar, Maria; para entonces quiero ya que sepas hasta donde llega mi desgracia...

—Desgraciado te llamas cuando te quiero tanto.

Niña inocente, no sabia que hay á veces en la vida de ciertos hombres circunstancias que les hacen considerar como insignificante el amor de la mujer. Blas entonces se referia á la historia terrible de su nacimiento.

Si—continuó él—aun tardará algunos días mi viaje, pero antes reciba yo la bendición de tu padre y la tuya que serán la estrella de mi fortuna.

La noche había cerrado ya por completo y la escasa luz de una lamparilla alumbraba aquella escena.

Blas se arrodilló á los pies de Pascual; y Maria también tristemente afectada. La figura del anciano labrador se levantaba majestuosa entre aquellos dos jóvenes y puestas las manos sobre sus cabezas, algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Aparecía como el árbol que presta su sombra protectora á dos tiernas florecillas que huyen de los rigores de un sol ardiente.

—Dios de bondad que lees en sus almas: Señor Omnipotente que calmas la impetuosa cólera de los mares ensoberbecidos, que envías el iris de paz tras la devastadora tormenta, vuelve, vuelve la calma á estos corazones. Haz que pronto brille el iris de paz en la intranquilidad que les amenaza. Guía tú al que irá á luchar por la libertad de su patria, dá valeroso esfuerzo á esta criatura para que pueda resistir los rigores de la separación. Señor, Señor, envíales tu bendición desde el alto trono de tu escelsa gloria.

Maria cogió la mano del triste anciano, confundiéndose en ella los besos y las lágrimas. Aquella mano que tanto bien prodigaba al infeliz desvalido, al desgraciado menesteroso, veíase satisfecha ahora con los suspiros de un alma pura é inocente.

Blas se abrazó al cuello del venerable Pascual y estampó un beso en sus canas, corona de la virtud concedida por los años.

¿Qué no has de volver?...—dijo sollozando la enamorada Maria...—Si; has de volver, ¿no es verdad?

Blas apretó entre las suyas la cándida mano de su amante al pronunciar un... «sí» que le partía el corazón.

Pascual penetró los sentimientos del jóven y procuró reprimir su dolor.

—Abrázame—le dijo—tú serás siempre bueno como has-ta aquí. No te olvidarás de nosotros, que nos quedaremos pensando en tí y pidiendo al Señor suerte para tu porvenir.

Diéronse un tierno abrazo y pronunciaron un «adios» imperceptible, callado, adios que llegó á los corazones sin que los oídos lo escuchasen.

Maria quedó sin saber lo que le pasaba como quien despierta de un ensueño sombrío, fijos los ojos en la luz que brillaba mas que nunca.

Cuando volvió en sí de su éstasis, corrió á la puerta, estaba ya cerrada, prestó oído y no oyó las canciones que casi todas las noches entonaba Blas por aquellos caminos.

Dejóse caer abatida sobre un sitio y apoyando los brazos en la mesita que adornaba la habitacion, sostuvo con las manos la cabeza de la cual cayeron deshojadas algunas flores.

—Pobres flores: ya no volvereis á ser lo que habeis sido, flores de mi alma, tan tristes como yo, ayer brillabais alegres al sol de la mañana y hoy marchitas venís á aumentar mi desconsuelo.

Maria estaba haciendo la pintura de sus ilusiones, ayer tan risueñas, hoy desapareciendo una por una ante el infortunio sombrío.

CAPITULO VII.

¿Volverá?

Al alborecer del siguiente día, cuando aun soñolienta la aurora difundía sus misteriosos fulgores sobre la tierra con esas tintas que separan el día de la noche, cuando empezaban á despertar las flores colorándose ruborizadas al contacto de la luz del nuevo día, cuando los pajarillos comenzaban á trinar aquí y allá y un perfume de amor se exhalaba en todos los objetos y un himno de ternura entonaban cuantos seres constituyen el armonioso conjunto de la naturaleza, cuando, en fin, el cielo y la tierra son un eterno cántico hacia el Dios de lo creado, cántico que sube al trono del Señor en alas de las purísimas auras y entre la embriagadora esencia de las flores; la casa del tío Andrés, en donde ha-

Por la Gr^a Viuda de C. J. e hijos
Eduardo Guay y Acevedo

bia quedado el huésped aquella noche, estaba como nunca en movimiento.

Corria la honrada Magdalena de aquí para allí, aturdida y sin tino.

El buen Andrés no tenía un punto de reposo. El *Chato* se ocupaba en preparar las municiones de boca para los que hubiesen de marchar.

—El hermano adoptivo de Blas veía asombrado aquel tropel, aquellos preparativos y no quería sospechar lo que en realidad iba apareciendo.

—Pero de veras se vá—le preguntó al Chato después de largo silencio.

—¿Quién? el jóven huésped... Vaya si se vá... y trás él marchárame yo.

—No pregunto yo eso: mi hermano, Blas...

—Hasta ahora eso parece, pero no digais que no vuelve en seguida á la triste Magdalena, vuestra madre, porque pudiera costarla caro.

—¿Y Maria?...

—Ahí vereis... ahí vereis: se le han metido en la cabeza los humos de ser un gran señor y hétenosle convertido en aventurero... Quiera Dios que no tenga que sentir.

En esto, llamó Blas á su hermano adoptivo y con voz conmovida le encomendó el cuidado de aquellos dos ancianos. Díjole que él no se alejaba de allí porque ansiaba dejar su compañía, que un horrible misterio se le había revelado, y en su desgracia sentía una voz imperiosa que le impulsaba á partir.

La infeliz Magdalena sospechaba el engaño y miraba los semblantes de todos con avidez inesplicable.

—Ay, Dios mio... Blas no volverá en mucho tiempo, quizá no le volvamos á ver,—pobre hijo de mi alma.

—Volveré, madre mia, mañana mismo. He de acompañar á nuestro huésped hasta la ermita de San Miguel...

Abrazó á Magdalena y á Andrés.

Hernan apareció ya dispuesto para marchar. Vamos, vamos, no parece sino que ha de salir para no volver. Si Santiago oye mis votos no pasará mucho tiempo sin que estemos de vuelta y entregados al descanso.

¿Pero qué Blas, mi Blas no vuelve mañana?...

El *Chato* penetró la distraccion de Hernan y con desembarazada soltura interrumpió—sí, señora; pero este caballero habla por sí y por sus compañeros de guerra.

—Loado sea Dios—esclamó la madre.

Ya preparados los caballos y dispuestos los ginetes á marchar, eran objeto de las miradas de todos cuantos pasaban por la encrucijada.

El caballo blanco que Blas montaba, parecia deseoso de emprender la carrera.

El grupo que habia en la puerta de la casa mirándolos con interés, formaba un contraste extraordinario con los dos ginetes. Allí se quedaban los ancianos, simbolizando la tranquilidad de la vida, la paz del hogar, las horas serenas del último período de la existencia. Allí se quedaba el jóven que no envidia el bullicio del mundo ni el ruido de las grandes ciudades, ni la gloria entre el crugir de las armas. Otro ser dedicado á las faenas del campo, sencillo, franco, cuya figura no corria parejas con su buen fondo. Y este decia para sus adentros:—Yo me iria con ellos; pero quién cuidaria esas tierras, quién regaria esos árboles que veo crecer dia por dia.?—No habrá por que decir que tal personaje era el *Chato*, que con las lágrimas en los ojos hubo de entrarse en la casa, por que ellos no le delatarán á los de la recelosa Magdalena.

—«Adios»—dijeron casi todos á un tiempo.

Adios repitieron los cercanos montes.

Quien sabe si aquella palabra habria resonado en el cora-

zon de la infortunada criatura que en aquellos momentos soñaría en ese «adiós.»

Los caballos emprendieron al escape tendido.

Los ginetes á larga distancia aun volvian la cabeza... y del grupo que los miraba salian palabras tiernas nacidas del corazon.

—Dios guie al apuesto mancebo, decia Magdalena.

—Y Andrés y el *Chato* murmuraban para sus adentros:

Dios guie á los dos.

Cuando ya se perdieron de vista entraron en la casa.

El sol derramaba ya á torrentes su luz bendita y la tierra volvía á la vida los seres de la creacion. Allá en una humilde cabaña, veíase una columna de humo estenderse por el espacio, mas allá el rebaño saltaba y triscaba por las montañas; ó las limpias ovejuelas se inclinaban á beber en la corriente del cristalino arroyo.

Aquí los cantos del labriego respiraban agradecimiento á Dios por la cosecha...

El cielo de purísimo azul formaba el fondo de tan brillante cuadro.

Pero allá á la falda de un montecillo hay una casita que ya conocemos y en ella y á su puerta, sentada y trabajando una linda muchacha que no nos es desconocida.

Con decir que de cuando en cuando dirigia una mirada que iba á perderse allá muy lejos por donde solia venir Blas nada nos queda que añadir para llamarla Maria.

Allí pasaba trabajando las horas.

A un lado la venerable Juana y Pascual, unas veces leyendo, otras dirigiendo á los trabajadores en sus operaciones agrícolas.

El perro iba y venia de la vereda á la casa y de aquí para allá: llegábase á Maria y la acariciaba á su manera.

Si ella sonreía, el animal saltaba de contento.

Si le recibia triste y abatida el pobrecillo daba un ahullido



C. Mugica, lit.^o

Lit. Heraldica.

Andrea estaba enfrente de la casa de Pascual y contemplaba su
imágen en la corriente.....

apagado é imperceptible y se sentaba á sus pies.

—¿No sabeis lo que ha pasado hace algunos dias, Señor; y tú Maria no lo sabes tampoco.?—dijo rompiendo el silencio Juana por distraer de su meditacion á aquella. Pues, yo no se si será patraña, pero lo cierto es que parece verdad. Ya sabeis que Andrea, la muchacha que estaba perdidamente enamorada del hijo de Anton el Romo, andaba huyendo sola por esos vericuetos sin que hubiese alma cristiana que se le acercase; pues dicen que su amante la dió una manzana hechizada y que la pobre chica sufre ahora las terribles consecuencias de aquel hecho. Malditos hombres!...

Yo bien decia. Y cuenta que á él lo tiene engatusado ahora, y que por eso lo ha llevado á cabo, la Ramona, esa habladora sin vergüenza, traviesa y descarada. Ella le inspiró tales pensamientos al hijo de Anton... No, no: pues si por mi cuenta corriera, ya tenia buena jerga el tal chichuelo. Pobrecilla Andrea, cada vez que la veo con los ojos desencajados, pálida y con la cabellera suelta, mirando á la luna y sonriendo, no sé, vamos, no sé lo que haria con todos los hombres...

Mira, allí está muda, mírala como baña sus pies en el arroyo.

En efecto, Andrea estaba enfrente de la casa de Pascual y contemplaba su imágen en la corriente...

—Cómo pasa, cómo pasa...—decia la infeliz:—así pasa todo:... el amor las flores,—todos... todos pasamos... ay... qué felicidad.

Y lanzó un suspiro amargo como su dolor.

Maria dejó su asiento y fué á buscar á la desdichada loca.

—Andrea, Andrea-repitio la hija de Pascual hasta ser oida.

—La loca se volvió bruscamente, levantose de la orilla del arroyo, en donde estaba, y se dispuso á correr por aquellos campos. Pero al fijar sus desencajados ojos en los de Maria, quedó estática, con los labios entreabiertos, enarcado el en-

Por la Gr^a Vinda de C. ^s f. e hijos
Eduardo Cruz y Acero

trecejo, y con las manos cruzadas: despues cogió la crucecita que ésta llevaba pendiente de un collarcito de ambar y la besó.

—El juramento—decia la infeliz,—el juramento... Creéstú que le volverás á ver cuando se vaya...?

Aquellas palabras, por una vana coincidencia, habian venido á caer sobre el corazon de Maria. Tambien se había de marchar Blas, tambien quizá fueron una revelacion sobrenatural las palabras de la loca.

—Uno, dos, tres, cuatro, veinte... un mes, un año; cuatro... y no parece aunque me muera... ya, ya está ahí... oye, oye, es su dulce suspiro.

Y era el aura que jugueteaba entre las ramas.

Siéntate, siéntate aquí á la sombra de este sauce: vamos á cantar hasta que llegue, si no nos interrumpe su amoroso suspiro... y el de ella... ay... el de ella.

—No te sobresaltes, Andrea mia, ¿quieres venir conmigo?

—Angel de mi vida... á dónde quieras, menos á aquella casa... aquella casa donde vivian mis padres...

—¿Pues no viven, no te buscan, no te quieren?

—Es que yo no puedo ya ser querida por ellos... yo tengo la culpa de su muerte.

—Hermanita mia, no; ven á mí.

Yo te quiero.

—Déjame la cruz...

Y se abrazó á Maria, dió un doloroso quejido, besó la cruz y la frente de la entristecida criatura.

—¿Vienes á mi casa?

—No, que ella está en todas partes... y él en ninguna: solo aqui, ángel mio, solo aqui.

Y señalaba al corazon.

Jamás habia estado como hoy la demente: ni con nadie habia cruzado una palabra siquiera desde que trastornada la razon, recorria los montes y la orilla del arroyo dando desgarradores quejidos.

—Ven á buscarme todos los dias... pero vuelve, si, vuelve. Yo te esperaré en estos cañaverales y cantaremos nuestra felicidad...—decia la loca.

Pascual y Juana observaban la actitud de aquellos dos seres y se entristecian amargamente.

—Yo te llamaré, te llamaré todas las tardecitas para que me oigas, así...—Se detuvo, y despues de un rato preguntó, ¿cómo te llamas?

—Maria...

—Pues bien, yo llenaré estos valles con tu nombre... y verás, verás... Pero júrame que has de volver!

—Oh... si te lo juro... te lo juro...

—Besa la cruz... y dame un abrazo.

Maria lo hizo así.—Andrea dió un horrible suspiro y pronunció un *adios*, nacido del corazon.

Y la desgraciada loca corrió ligera como la corza por la orilla del arroyo, hácia un punto en donde ella habia formado una cruz de piedras.

Arrodillóse y estuvo así largo espacio de tiempo.

Maria no la perdió de vista ni un momento siquiera!

Llegó á su casa, en donde impaciente la esperaba su padre, porque en la comarca se referian cosas terribles de la loca.

La loca, desgraciada criatura, en quien el infortunio habia grabado su profunda huella!

Por eso en la aldea parecia como un ser misterioso y se le atribuia cuanto malo puede hacer una infeliz demente.

Dejemos á esta desventurada hija de la desgracia y no abandonemos el hilo de la narracion.

Habia llegado el sol casi al término de su carrera y lanzaba sus postreros rayos débiles y pálidos, como el ósculo de amor que daba á la tierra, despidiéndose hasta el siguiente dia.

Maria no sosegaba, su corazon latia con desigual impul-

so. Salía y entraba con afanosa curiosidad desde la habitación á la puerta de la casa.

Devoraba con sus ojos el espacio que mediaba entre ella y el punto por donde solía aparecer su amante.

Pero pasó una hora y otra hora y nadie llegaba á recibir los suspiros de su alma.

La noche corría sobre la tierra su melancólico velo.

Las auras movían las hojas de los árboles con dulcísimo aliento.

El cielo estaba sereno y puro como la frente de un ángel.

El arroyuelo murmuraba suaves acentos que llegaban al alma entre las demás armonías de la noche, y reflejaba el fulgor de las estrellas claras y hermosas.

Maria escuchó con afán el susurro de las hojas, el murmullo del agua cristalina: las voces lejanas del caminante que entonaba alguna canción, los pasos del vecino aldeano que iba á entregarse al descanso.

Después del martirio de aquellas horas, llegó al extremo su dolor.

Un grupo de aldeanos atravesaba por delante de la casa de Pascual.

Los que le componían iban, sosteniendo el siguiente diálogo.

—Pero Gil, qué habrá sucedido á Blasico que sin encomendarse á Dios ni al diablo, se ha puesto en camino.

Él hace algún tiempo que pensaba dejar la aldea.

—Ya, pero ahora, en época de guerra y como se van poniendo las cosas, por nada de este mundo abandonaba yo mi casita y mis tierras.

—Ni á aquel pedazo de cielo á quien amas como á tu vida.

—Tienes razón... Y él se ha marchado esta mañana.

—A escape ha pasado en compañía de otro ginete por delante de mi huerto.

Aquí suspendieron su conversación los compañeros de

Blas por que de repente habian oido un «ay» que les habia herido amargamente: un «ay» prolongado y cuyo eco se repitió en el valle como un gemido lastimero.

—La loca...—digeron algunos,

—La loca á estas horas se retira á su cueva.

Algunos de ellos empezaron á temblar. Quién decia que era algun alma del purgatorio, quién que alguna víctima de la loca. Unos opinaban que lo mejor seria apretar el paso, otros que descubrir lo que era.

Pero al llegar ya á la puerta de la casa de Pascual, supieron la causa y que ellos sin voluntad habian dado motivo á la triste escena que en ella presenciaron y para cuya descripcion no es bastante la pluma que nunca pudiera dar una sombra de aquella desgarradora realidad, ni el pincel trazaria con todos sus rasgos cuadro tan interesante y doloroso.

Con lágrimas en los ojos y pidiendo á Dios la tranquilidad de Maria, salieron de allí los labradores acusando á Blas de ingrato y de cuantas cosas en concepto de ellos merecia por su conducta sospechosa.

—Pero dicen que volverá—interrumpió uno de sus defensores.

—Lo que yo sé decir es que su proyecto es volver como el humo. Echarase á volar por esas tierras, y si en la guerra tiene suerte, adios padres, amigos, adios Maria: si te he visto no me acuerdo.

—No murmuremos... Anton...

Y poco á poco fuéronse perdiendo las voces; y la calma reinó en aquellos campos.

Hora es ya llegada de que alcancemos alguna noticia acerca de la situacion en que se hallaban los Comuneros y cual era el resorte de que pensaban hacer uso las tropas imperiales para acabar de una vez con sus aguerridos contrarios.

Por la Grta Vinda de E. G. e Hijos

Eduardo Ruiz y Acuña



Pasemos, pues, á inspeccionarlo sin dar auxilios á unos ni á otros, aunque de bien poco sirviera en esta ocasion si la historia nos refiere los hechos con exactitud.

Vamos á ver lo que la crónica nos dice en este punto y procurando no pecar de minuciosos, transcribiremos cuanto en ella leamos que se relacione con el asunto principal, y no carezca de interés para los que deseen conocer ciertos acontecimientos del periodo de nuestra historia, en que sucedieron los hechos que se relatan en esta leyenda.

CAPÍTULO VIII.

Don Juan de Padilla, por causas que la crónica se encarga de investigar, entretúvose en Torre-Lobaton.

Su intento era retirarse á Toro en donde concentraría todas las fuerzas para continuar despues su marcha vencedora.

Habia enviado emisarios á todas las ciudades aliadas para que no retardasen el refuerzo que de ellas podia esperar animoso.

Zamora, Leon, y Salamanca habian de llegar á socorrerle.

La famosa Toledo, á cuyo frente se hallaba á la sazón la ilustre heroína, esposa de Padilla, tenia reunidos algunos recursos y encargó se entregasen á su esposo...

Eran los que llevaban tal comision los dos hermanos Aguirre, vizcaíños, que no cumplieron su encargo por lo que mas adelante diremos.

Don Juan de Padilla esperaba con ansiedad que llegasen los enviados por su esposa.

Pero un incidente de esos que deciden tal vez de la suerte de un pueblo, incidente que nada significa á primera vista, defraudó las esperanzas del general de la Comunidad.

En Torre-Lobaton andaban descontentos y desalentados los Comuneros por lo mucho que se les habia hecho esperar.

Un dia al amanecer, diversos grupos recorrian las calles en confuso torbellino.

En todas partes se murmuraba, en todas partes el disgusto más extraordinario se manifestaba abiertamente.

Allá junto á la casa de uno de los jefes, habiase reunido uno de los círculos mas numerosos.

—Mal camino llevamos, buen Ruiz; el negocio se dilata— dijo un robusto mozo dando una palmadita en el hombro á otro de sus compañeros.

—Eso ya lo tengo dicho desde que entramos en esta tierra—respondió con satisfaccion el interpelado.

—¡Voto á cien mil lanzas! que no comprendo el retardo en emprender la marcha.

—¡Oh!... cómo se conoce que no estás enterado de ciertos asuntos que á mi ver llegan á servir de muralla contra nuestros deseos.

—Habla... si lo sabes...

—Pues, señores.—dijo el que tanto interés despertaba en sus camaradas...—el caso es grave: ello debe ser una gran cosa que todos ignoramos, pero que no hay duda que debe tener inmensa importancia...

—Medrados estamos con tus explicaderas, zarramplin. Malos demonios te acompañen á su casa—decia uno.

—Valiente cháchara tiene el mancebo. Más le valiera cuidarse del caso en que nos hallamos:

—Harto me cuido—repuso él con grave ademán y requiriendo la espada...

—Vaya, vaya, si sois en las armas lo que en la lengua sois, no dejareis de hacer un papel de gran provecho.

—Probarlo puedo cuando os acomode!... voto á un millon de venablos contestó con desenfado marcial el llamado Ruiz. Salga el que se atreva á sostener lo contrario.

—Paz, amigos, paz entre nosotros: guárdense las fuerzas para el día de la prueba y veamos que nos trae el emisario que viene hacia la plaza con tal prisa.

En un instante, los soldados rodearon al emisario, haciéndolo caer sobre él una lluvia de preguntas.

—¿Qué pasa?... ¿qué traeis?... ¿á dónde vamos?

—¿Salimos hoy?

—¿Vienen los refuerzos?

—La animacion brilló en los ojos de todos: la curiosidad tomó grandes proporciones en aquel grupo inmenso que se apiñaba enrededor del recién llegado.

—Es secreta la comision que traigo...—dijo en alta voz el emisario; y un eco prolongado y confuso sucedió á sus palabras.

El tumulto crecia por momentos.

Padilla, con grave continente, rostro sereno é imponente ademán, apareció en una de las ventanas del castillo.

Su presencia calmó aquel oleage que ya se encrespaba y ensoberbecia hasta el punto de sacar las espadas todos instantivamente.

Una señal de paz, bastó para que Padilla templase aquellos espíritus, dispuestos al desorden y al tumulto.

El emisario atravesó por en medio de los soldados y subió hasta la habitacion en que se hallaba el general.

*Por la Gra. Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo*

Pocos momentos despues suena el clarin, refúnese el ejército, y se comunican las órdenes.

Se habia dispuesto la retirada á Toro.

Algun soldado temerario, escuchó la conferencia del emisario con el general, y pasados algunos minutos ya no faltaba uno que lo ignorase.

Las tropas reales avanzaban por distintos puntos á sorprender á los Comuneros. Gritos de furor se oyeron que llegaban á hacer el cuadro mas terrible.

Esclamaciones desmesuradas se escaparon de los labios...

—¡Ah!! ¡por el alma de Caifás! que era de esperar este suceso.

—Mal saetazo me atraviase el corazon de parte á parte si no lo sospechaba.

—Nos han vendido: ¡nos han vendido!

—¡Estamos entregados al enemigo miserablemente!!

—¡Mueran los traidores... mueran!...

—Mueran los enemigos que existen en nuestras filas.

—Mueran...

Y la confusion crecia.

—Ordeu, gritó Padilla, presentándose en la puerta del castillo, rodeado de sus escuderos.

—Hoy mismo salimos en direccion á Toro.

Nadie se atrevió á desplegar los labios. Tal era el efecto que el ilustre caudillo causaba entre los soldados.

Silenciosos y con mucho orden, fuéronse desplegando por la poblacion, prepararon sus armas y dispusiéronse á partir.

Retiróse de la puerta el esforzado jefe de los Comuneros y atravesó varios salones del castillo, siempre sereno y tranquilo su espíritu, siempre firme y denodado su corazon.

—Ni los recursos que esperaba de Toledo: ni las fuerzas del valiente Maldonado... nada... Pero es preciso salir de esta fortaleza, es preciso que lleguemos á Toro.—Asi iba dis-

curriendo, mientras se dirigia á la sala de armas el valeroso Padilla. Sus escuderos le seguian á cierta distancia.

Llegados á la sala, vistió la ferrea armadura, ciñó la espada que tanto habia brillado en los combates, calose el casco cuyas plumas acariciadas por el viento se desplegaban altaneras, y antes de calzar la espuela, un venerable clérigo entró con paso grave y triste ademan, y dirigióse al sitio en donde Padilla se armaba para salir al campo.

—Padre, haced que enciendan las luces en la capilla y disponeos á darme con vuestra bendicion, la del cielo.

—¿V. S. piensa hacer hoy la salida?

—No hay tiempo que perder: los auxilios no llegan, y antes de mucho, habiamos de vernos cercados por las tropas imperiales.

—Pues, mirad: héme entregado estos dias al estudio de los astros, por amor á V. S. mas que por nada.

—Y que os han dicho los astros.

—Hánme dado el juicio de que en tal dia como hoy los caballeros han de ser vencedores y las comunidades vencidas y abatidas; por eso no salga hoy V. S. de Torre.

—No hagais alto en vuestros juicios, padre mio, vanos, salvo á Dios á quien ofrecida mi vida tengo por el bién comun de estos reinos, y porque ya no es tiempo de ir atrás, yo determino morir por la causa de la libertad; y Nuestro Señor haga de mí aquello que mas fuere á su servicio (1).

—Cúmplase, pues, la voluntad del Altísimo.

Los escuderos y la gente de armas que habian presenciado aquella escena quedaron ya como aterrados y sin aliento.

Era imponente el cuadro.

En el estenso salon, bajo su abovedada techumbre y á la escasa luz que á través de espesas nubes con dificultad el

(1) Sandoval.—Historia del Emperador Carlos V.

sol despedía, los personajes de aquella escena semejaban seres misteriosos, sombras fantásticas que inmóviles esperaban un soplo para desaparecer.

El respetable capellan en medio de aquellos guerreros y en aquel sitio en donde solo las armas habian resonado, en donde solo trofeos militares habia por adornos, tenia un aspecto que le hacia aparecer como inspirado por Dios al dirigirles la palabra.

Las armaduras colgadas en las paredes, reflejaron el ruido de los pasos al salir del salon los personajes de aquella escena.

—Nuño...

—Señor...

—¿Qué te parece del aviso?—preguntaba Padilla poco despues á uno de sus mas antiguos y leales servidores.

—Que no debiera V. S. dejar de tomarla en cuenta.

—Tu tambien... Pero es imposible: bien lo vés. Cúmplanse los decretos del cielo.

—Hoy es mártes...

—Pero tambien es San Jorge nuestro patrono... Nuño, estoy decidido á dar treguas al descanso. El oficial de guardias, que suba.

Pocos momentos despues resonaba el clarin en Torrelobaton.

Los soldados entraban respetuosamente en el castillo.

La capilla se hallaba iluminada con profusion.

La voz del sacerdote elevaba sus preces al Omnipotente.

La campana dejaba oir sus vibraciones lentas y acompasadas. Allí estaban postrados de hinojos los defensores de la libertad y de la independecia del pueblo castellano.

Concluida la oracion, y poseidos los soldados de ese fervor religioso que tantas fuerzas inspira, recibieron la bendiccion del sacerdote.

El entusiasmo subió de punto al escuchar el ruido que

producian las armas cuando los que las llevaban del alaron del suelo la rodilla;

Salieron de aquel lugar sagrado ordenados por filas, y atravesaron el puente pidiendo ya la presencia de su general.

No se hizo esperar mucho tiempo. El clarín lo anunció.

Y un viva espontáneo y entusiasta pobló el espacio.

Sobre la brillante armadura llevaba Padilla un sobretodo de riquísimo terciopelo negro, bordados en su fondo delfines de plata.

Aquel recuerdo de su esposa querida le acompañaba á las batallas como un escudo protector.

Serian las once de la mañana del 23 de abril, día de San Jorge, cuando rompieron en buen orden la marcha las tropas de la comunidad.

Desplegadas las banderas, abría paso la infantería y la retaguardia iba cubierta por Padilla que habia dispuesto encerrar en el centro la artillería.

El viento era impetuoso.

Las nubes oscurecian cada vez mas y la lluvia espesaba por instantes (1).

Así, abandonaron aquella ciudad, último testigo de sus victorias.

Dejemos en tal punto á esta parte de las dos que se disputaba el campo.

Ya sabemos en donde se hallaba Maldonado y que el sobresalto que á sus tropas acometió de improviso, fué ocasionado por dos ginetes á quienes no desconocemos tampoco. Hernan y Blas eran, cuya despedida presenciarnos y por cuya suerte nos interesamos manifiestamente.

(1) Histórico.

Por la Gra Uuida de C. G. e hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo

Veamos en que estado se hallaban las tropas de los gobernadores, cual era su determinacion, y á qué extremo pensaban llevar aquella cuestion de armas.

Asentados sus reales en Peñafior, esperaban el regreso de los corredores apostados á la vista de Torre-Lobaton.

Era su intento cercar á Padilla en este punto y evitarle la retirada.

La libertad de Castilla se veia asediada por las águilas feudales, que se preparaban á sacrificarla en aras de su despotismo cruel.

¿Habia llegado acaso la hora de muerte para los derechos conquistados con sangre en los campos de batalla?

¿Era qué iba á su ocaso el sol de nuestras libertades?

O es que la Providencia en sus altos designios presenta á los pueblos, medios de prueba que purifiquen la santidad y la justicia de su causa?

Terrible medio de prueba esperaba á nuestro pueblo.

Llegados á Peñafior, los corredores enteraron á los jefes de la direccion que llevaba Padilla; y al punto resonó la señal de alarma y levantar el campo.

Disciplinados y en gran número aparecieron en son de guerra los soldados imperiales confiados en sus fuerzas mas que en otra cosa.

Ansiosos de pelear acudieron á la señal de marcha y en número de dos mil cuatrocientos ginetes, salieron de Peñafior, siguiéndolos lo mas distinguido de la grandeza de Castilla.

El pueblo veia amenazados sus derechos por el impetuoso torrente del feudalismo, que aun hacia los últimos esfuerzos por enseñorearse de nuestra patria...

El momento decisivo era llegado.

Y antes de presenciar la espantosa lucha, dejando el estrépito de las armas que pudiera estorbar nuestro propósito,

veamos de buscar algo en la narracion que nos haga olvidar el belicoso alarde con que se aprestan al combate los hijos de un mismo pueblo, impulsados tal vez por extranjeras influencias. Y supuesto que tanto es el poder de la imaginacion, con el auxilio de sus invisibles alas, atravesemos la distancia que nos separa de la célebre ciudad que duerme arrullada por la mansa corriente del cristalino Tormes.

CAPITULO IX

En las estrechas calles de la inmortal Salamanca reina una soledad que asombra. La noche es ligada con sus misteriosas enredos; y el ángel del silencio parece que ha tendido con callado vuelo sus transparentes alas sobre aquel pueblo tranquilo. Solo de cuando en cuando, escuchan en pálido el grito de alerta, que el vigilante continúa lanza al viento. Tal vez durante el día, la animacion de los soldados y demás gente de armas de la Comandancia, habría llevado a los corazones toda la vida, todo el bullicio de que ahora se veian privados los moradores de aquel pueblo. Atravesamos el magnifico puente que la Roma conquistadora dejó como recuerdo a las generaciones presentes.

Por la Vía Pública, B. J. E. Hijo
 Eduardo Ruiz y Arce

había algo en la narración que nos había olvidado
 el silencioso alarde con que se aprestan al combate los hijos
 de un mismo pueblo, impudentes tal vez por estranjerías in-
 fluencias. Y supuesto que tanto es el poder de la imaginación
 con el auxilio de sus invisibles alas, atravesemos la distancia
 que nos separa de la célebre ciudad que dueña arrullaba
 por la mansa corriente del cristalino Tormes.

CAPITULO IX.

Se complica la trama.

En las estrechas calles de la inmortal Salamanca reina
 una soledad que asombra.

La noche es llegada con sus misteriosos encantos; y el
 ángel del silencio parece que ha tendido con callado vuelo sus
 transparentes alas sobre aquel pueblo tranquilo.

Solo de cuando en cuando, escuchar se puede el grito de
 «alerta» que el vigilante centinela lanza al viento.

Tal vez durante el día, la animación de los soldados y
 demás gente de armas de la Comunidad, habría llevado á
 los corazones toda la vida, todo el bullicio de que ahora se
 veían privados los moradores de aquel pueblo.

Atravesemos el magnífico puente que la Roma conquista-
 dora legó como recuerdo á las generaciones presentes.

Tranquilo el Tormes á nuestros pies se desliza.

Y si las ninfas despertaran de su mitológico letargo, cuántas cosas contarían de tantos y tantos sucesos como habrán presenciado desde su líquido palacio.

¡Con qué imparcialidad referirían la historia de la ciudad de inolvidables recuerdos!...

Ellas habrán oído los himnos triunfales del romano: habrán visto al esclavo, colocando piedra sobre piedra, al construir aquel monumento, que desde las aguas del Tormes se levanta majestuoso y sóberbio.

Habrán escuchado los atabales y añafles de los sectarios de Mahoma, y habrán aprendido los acentos orientales de sus poetas.

Habrán visto sentados á las orillas del río á muchos de los grandes génios que allí labraron la corona que mas tarde laureó su frente.

Pero dejémoslas dormidas: no es tan poderoso nuestro acento que llegue á despertarlas, para oír sus melifluas cantinelas.

Aunque sin luz ni guía, recorramos las calles de la ciudad.

Todas las puertas estan cerradas. Aquí brilla en una habitación baja la luz de una lámpara y á sus fulgores oscilantes en un sillón de baqueta se entrega tal vez al estudio entre montones de libros y pergaminos, un venerable personaje y crea alguna de las obras que hoy consultamos con respeto y admiración.

Allá en una alta ventana, una dueña impaciente espera acaso al mancebo atrevido que á las altas horas de la noche no ha vuelto á casa, y camina en pos de aventuras amorosas.

Mas allá, y al oír nuestros pasos, se cierran con sigilo las hojas de una ventana y una sombra se desliza por la tortuosa callejuela mas próxima.

En esta otra plazoleta la ronda se halla muy entretenida conversando acerca de lo que pasó noches anteriores y nom-

Por la Gra Vinda de C. J. e hijos.
Eduardo Ruiz y Acevedo

brando al Santo Oficio como si ellos fueran de la casa.

Nada de eso debe llamarnos la atención.

Allá junto á la plaza, en una de las esquinas de las calles que en ella desembocan, existe un edificio de pesadas formas y cuya arquitectura, entonces moderna, no tenia otras señales que las que distinguen la de la época de los reyes católicos.

Atrevido y grave ostentaba sus formas y las sombras de la noche y las nubes que cubrian el cielo aun le hacian mas imponente y misterioso.

En aquel edificio que parece que encerraba cierto aire de majestad y de belleza ocurre algo que nuestra curiosidad procurará investigar.

Hay una puerta de pequeñas dimensiones por la parte posterior y en esta noche se abre y se cierra con frecuencia.

Una sombra enlutada, hombre embozado al parecer, como dirian los curiales, salia y entraba con una linterna en la mano.

Observaba con detenimiento el campo: recorria un pequeño espacio y volvia como impaciente á penetrar en la casa.

A una parte del edificio en forma de mirador asomábase tambien con señales de intranquilidad otra sombra negra.

Miraba al hombre de la linterna y volvia á entrar en su estancia entonces á oscuras:

Acercándonos á ella, hubieramos podido oir el acento de una mujer que esclamaba al dejarse caer sobre el mullido almohadon de uno de los sillones.

—Dios mio, hasta cuando tendré que sufrir este horrible martirio...

Luego suspiraba y pronunciaba un nombre que jamás concluia sin que los sollozos lo impidiesen.

Oyéronse algunas palabras en la calle.

Y como lanzada por impetuoso torbellino de ideas, saltó

del sillón, corrió al mirador y al ver quizá lo que esperaba, por que otro hombre hablaba con el de la linterna, exclamó. «Ahora veremos.» como si por un momento hubiera descansado su espíritu, de la continuada lucha que sostenía...

La puerta se cerró y atravesando largos pasadizos, interminables crugias y angostas escaleras, los dos hombres llegaron á la habitación de la dama.

Uno de ellos dejó la linterna sobre una mesa cubierta con riquísimo terciopelo carmesí.

El otro esperó con respetuosa deferencia una señal de la dama para aproximarse.

La habitación, á los débiles resplandores de la linterna, asemejaba envuelta en mágica nube.

Las paredes de un color verde claro tenían, dibujados sabiamente por el artista, los retratos de ilustres guerreros.

La dama, sentada junto á la mesa, y con impaciente ademán, era uno de esos tipos de belleza que aun á los treinta años conservan la morbidez de sus formas, la frescura de los diez y ocho abriles.

Rayaba en los treinta y cinco y había en su frente esa aureola que distingue á la desgracia con resignación.

La sonrisa del dolor callado y profundo asomaba á sus labios.

Los negros ojos lanzaban esa mirada intranquila que revela los embates del corazón apenado: cansados de llorar, aparecían brillantes y hermosos, cual suele el sol aparecer entre negras nubes después de una tormenta.

Negros cabellos enortijados, con natural descuido, estaban prendidos por una toquilla menos negra que ellos.

—Habla... Mendo... habla y dí si le has visto—exclamó apenas tuvo delante al esperado personaje.

De bizarra apostura y marcial continente era el interrogado. Vestía el traje de la servidumbre de algún magnate, y en la franqueza de su mirada espresiva, inspiraba á primera

vista la confianza más decidida y pronta á depositar en él cualquier secreto por interesante que fuese.

Dicen que anoche estuvo en un continuo delirio... Yo no he podido verle—respondió Mendo.

—¿Y la herida... la herida?

—No esperan los doctores resultados funestos.?

—Así sea, Dios mio, así sea... ¿Y estaré mucho tiempo sin que le vean mis ojos?

Pronto, señora, muy pronto dejará el lecho.

—Gracias, Dios mio, gracias.

Y de mi hermano, ¿qué sabes?... ¿qué noticias se reciben de los Comuneros?...

—Se dice que cercarán á don Juan de Padilla en Torrelobaton...

—Seria horrible...

—Vuestro hermano va á socorrerle, como sabeis, y acaso se vea envuelto por las tropas imperiales...

—Dios no lo quiera. En Tordesillas hirieron al desgraciado don Diego... Ya ves como estará mi alma. Solo faltaba que mi hermano... ah... no, no, Dios no puede enviarme ese horrible castigo... Es una lucha espantosa la que sostengo, Mendo. No voy á poder resistir por mas tiempo.

Mi hermano al frente de una seccion de Comuneros: mi esposo defendiendo el partido del Emperador... ¿Cuál de los dos será la víctima?... Ah... fuerzas, señor, fuerzas para continuar, si es vuestra santa voluntad que siga padeciendo tan cruelmente.

¿Quién sabe si mi hijo... ¡Oh!... ¡qué horror!... Piedad, Señor, piedad de esta infeliz mujer.

Y cayó arrodillada junto á un reclinatorio sobre el cual habia un crucifijo.

El pobre Mendo, conmovido y turbado, acudió á prestar auxilio á la infortunada mujer que ante su vista se hallaba.

Comenzó á llamar á las doncellas y á todos cuantos ser-

vidores conocía en la casa, los cuales llegaron presurosos á socorrer á la señora...

—¿Qué es esto? doña Inés—esclamó una dueña acudiendo á su rosario de cuentas gordas.

Ah... malaventurado mancebo... algún noticion la habreis traído que á tal extremo la llevó. Mala peste con vuestra curiosidad y vuestra noticiera persona. Callároslo podiais y no armar este tumulto y este desasosiego... Libreme Dios de averiguar lo que sea; pero sin duda el hermano de la señora habrá tenido algún mal encuentro: tal vez está ya sufriendo los hierros en oscura prision. ¿No es verdad? Vámonos si yo lo decia. A buena parte vienen para que yo no sepa lo que ha de suceder.

Mientras así picaba en su charla importuna la dueña, las doncellas habian conseguido reanimar á doña Inés que volvía á recobrar en sus lábios los colores de fresca rosa; y á sus ojos tornaba el brillo que tanta espresion diera á su rostro moreno.

—Si señor, si señor,—continuó la vieja refunfuñando.—¿Pues qué no pensais en que á grandes calamidades somos llamados en estos tiempos? Fray Pablo lo dijo el otro dia en su sermón, y plegue á Dios que á mi no alcance la ira del Señor. Dios te salve Maria... llena eres de gracia...

Y continuó para su mente el Ave-Maria, mientras las jóvenes de la servidumbre de doña Inés procuraban consuelos á su señora.

—Dejad, abuela, las oraciones: rezeallá en su cuchitril;—dijo Mendo—y preste, si algún auxilio puede prestar á su señora, que harto necesita de ellos mas que de aves de mal agüero como vos buena vieja.

—Miren el relamido y cómo insulta las honradas locas: pues si de tal modo obra, tales bienes concéderale Dios.

—Procurad que él no os deje de su mano y no hareis poco.

Por la Gra Uinda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Acuña

—Eso procuro y confío en su infinita clemencia.

Doña Ines mandó despejar á la servidumbre después de haber recobrado la animacion en su semblante.

Solo quedaron en su compañía Mendo y la acartonada dueña, que miraba de reojo al que momentos antes la habia prodigado tan floridos piropos.

—Ah... señora mia, y cuanto he de satisfacer hoy la ansiedad con que siempre me preguntais...

Pues habla sin recelo.

—Si... señora: yo os diria cuanto he guluzmeado por esas calles... pero...—murmuró la vieja echando una ojeada tan espresiva sobre Mendo que con ella abarcó rápidamente todo el cuerpo del mancebo gentil.

—Es de mi confianza... puedes hablar sin reparo—repuso doña Inés.

—Ya... ya entiendo: parece que la remilgada dueña se nos viene con sus puntas de reservada y sigilosa; pues señor, gran novedad: es la primera que he visto de su género poco amiga de revelar secretos para que entre el mayor número se depositen mejor las misteriosas revelaciones. Pláceme esa condicion, y así os imitaran todas, que mucho habian de agradecerlo cuantos hombres os entregan su confianza.

¿Hacemos las paces...?—añadió Mendo como epilogo de su peroracion.

Doña Inés sonrió dulcemente al oir las anteriores palabras.

—La dueña, que se llamaba Martina, tendió su rugosa y temblona mano al apuesto doncel y con trémula voz dijo después de toser secamente—¿Cuando ha habido guerra entre los dos?

—Como me contestabais con tal aspereza.

—Pues no era todo verdad; porque hemos de simpatizar extraordinariamente.

—No lo dudo. Pero el tiempo vuela y yo he de escribir

aun esta noche algunas cartas por encargo de mi señor al de Benavente y no puedo contar mas horas en esta morada.

—Mendo, mañana á estas horas te espero como siempre. Dile cuanto sufro... ¡Ah!... él lo comprenderá así que vea mi rostro... ¿Que quiero, que necesito verle, que mi corazón late para él y con una mirada suya se tranquiliza. Su anciano padre?

—Obstinado en no acceder á sus fervientes deseos.

—Seguiremos luchando: esta vida es una continuada lucha: el día del descanso será el de la victoria... Adios, Mendo, no le abandones, háblale mucho de mi para que no me olvide.

—Señora, que Dios envíe sobre vos sus bienhechores consuelos.

Y saludando afectuosamente á Martina, salió de aquella estancia calóse el negro birrete, dió al aire el embozo de su ferreruero, y el mismo hombre que hasta allí le habia conducido, le acompañó hasta aquella puerta que antes vimos.

—No tardes en revelarme esos misterios que ha poco iniciabas...

—Se trata, doña Inés, de un asunto muy grave.

—Habla, Martina.

—El padre de vuestro don Diego...

—¿Que... le van á hacer viajar á remotos países para arrancarle de mi lado?...

—No, señora. Hoy al salir del rosario, estaba allí Celia la niña mimada de sus amos y señores... y como aquella boquita de serafín es un pico de plata...

—Te dijo sin duda...

—Que habia proyectos en la casa, pero proyectos muy formales. Y añaden que hasta el mismo Emperador ha de tomar parte en el asunto.

—Pero de que se trata?...

—Claro está: se quiere tratar de boda.

—¿Quién?

—Don Diego...

—Eso será imposible... ¿Cómo?... ¡Ay! ¿Todavía más, señor, todavía más?

—Ya sabéis que vuestros amores han permanecido en el misterio: que leves sospechas por parte del padre de don Diego, tan espantosa discordia produjeron en aquella casa. Que la ciudad entera narró al siguiente día la historia escandalosa de una familia, y que desde entonces las sombras de la noche protegen á vuestro enamorado esposo; pues bien, ahora para evitar toda facilidad de que podáis arrastrarle á vuestro lado... le inducen á contraer enlace con una hija del señor conde de Benavente.

—¡Ah!... no: no: Nadie tiene derecho á usurpar un corazón que me pertenece: un corazón que es mío, mío y nada más... Y él, cómo ha de consentir... Primero dejará el sol de enviar á la tierra sus rayos bienhechores... antes dejará de ser quien es, que olvidar por un momento á la que tanto le ama á la madre infortunada que llora en la soledad de desventura horrible... ¡Ah!... Cómo ha de vivir la avecilla solitaria sin aire que respirar en el espacio. Los dos nos amamos con loco frenesí, con arrebatadora locura: una desgracia arrancó de nuestros brazos á un ser mas amado que nosotros mismos. Mis labios se vieron privados de estampar en su frente virginal besos mas dulces que la sonrisa de los angeles...

—Quién será capaz de arrancarme el corazón... Quién vendrá á desgarrarle... Donde está el alma noble que sacie sus instintos asesinando á una mujer enamorada, á una esposa amante hasta el desvarío... á una madre sin consuelo... Si esa alma existe en la tierra, que venga y mire mis ojos: que venga y comprenda las amarguras de mi alma...

—Vamos, doña Inés, no os afectéis de ese modo. Podeis

estar muy segura de su amor y eso os basta. ¿Qué más queréis.

—Quiero la tranquilidad de mi corazón. Hemos sido muy desgraciados...

Doña Inés al pronunciar esas palabras inclinó la frente abatida y enjugó algunas lágrimas que por sus megillas resbalaban.

Cuántos y cuán diversos pensamientos cruzarian entonces por su mente.

Quién sabe si la imperiosa voluntad de un padre separaria á don Diego de su lado para siempre: acaso no volveria á estrechar su mano ni á oír de sus labios esas frases que caen como bálsamo de consuelo en el alma enamorada...

Dudas que desgarraban su corazón la atormentaban horriblemente.

Esposos ante Dios... ¿porqué no habian de serlo ante los hombres!...

Leyes duras, durísimas, leyes de la preocupación y del amor propio mal entendido llevaban el desconsuelo á aquellos dos seres amantes,

Don Francisco Maldonado, hermano de doña Inés, habia llegado á comprender la injusta oposicion del padre de don Diego, y se mostraba ahora mas opuesto que él.

Pertenecian ambos á distintos partidos y la sangre no podia mezclarse...

Y la opinion que cada cual sostenia con las armas en la mano, era el origen de tanta lucha en el hogar doméstico, de tantos y tan amargos sinsabores en la vida.

Don Diego y doña Inés se amaban y habian recibido la bendicion de un sacerdote hacia ya mucho tiempo.

Por evitar disgustos habia permanecido este hecho en el misterio mas profundo.

Dejemos á doña Inés pensativa y abstraída en sus medi-

Por la Gra Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Alcedo

taciones, apoyada la frente sobre la mano y el brazo sobre la mesa.

Y como la luz de la linterna que alumbraba aquel patético y novelesco cuadro se vá estinguiendo y la buena Martina se nos ha dormido á lo mejor, sentada en un sitial, abandonemos esta morada y busquemos, ya entrado el día por las puertas de su casa, otras escenas que algo nos digan á propósito de nuestro asunto.

Allá por la anchurosa escalera que conduce desde la entrada á las habitaciones principales de la casa en que nos hallamos, subia y bajaba con gran prisa un jóven de la servidumbre, deseoso de topar á alguno con quien habérselas para entablar un diálogo curiosísimo y ameno. Miraba á todos lados y crecía su impaciencia hasta el punto de hablar consigo mismo.

Dios ó el diablo le depararon la feliz ó infortunada casualidad de que el mayordomo de la casa, habiendo abandonado el blando lecho, le saliese al encuentro.

—Hola, hola... negocio llevamos de gran cuantía, señor mayordomo, cuando con tal prisa dejamos las delicias de Morfeo—dijo el mancebo hablador.

—No es cosa, curioso rapaz, no es cosa.

—Duéleme en el alma no poderos ayudar. ¿De qué se trata? ¿Hay malas noticias? ¿Las hay buenas? Nuestro amo y señor, don Francisco...

—Chiton, por todos los santos.

—Qué... ¿ocurre algo?...

—Venid acá... ¿Dormís mucho?

—Vaya una pregunta... como cualquier cristiano.

—¿Teneis buen oído?

—Ni una mosca se mueve sin que yo... pues no faltaba mas...

—Es qué...—murmuró el viejo con intencionada sonrisa...

—¿Qué es?

—Tengo para mí que por las noches no reina la tranquilidad en esta casa; y como á mí se me antoje...

—Pues, ¿qué pasa?

—Oigo en algunas de ellas el ruido del cerrojo de esa portezuela que dá al campo... y hánme dicho que la luz de una linterna...

—¿Y á mí me lo contais?... Ignoro...

—Es que estoy autorizado por el señor para disparar mi arcabuz sobre la primera sombra que aparezca en adelante.

—Y bien. ¿Qué temeis?...

—«La honra de mi hermana es vuestra vida» —dijo el amo al partir—y yo aprecio mucho mi vida...

—Pues otro tanto me sucede á mí; pero estoy in albis de cuanto vais zurciendo con esa bendita lengua.

—Ya lo sabreis: no os mezeleis en nada y creed á este viejo; porque la mejor noche, me coloco en la saetera de mi cuarto y el primer bulto que se aprocsime cae como una piedra... y que reclame luego.

—Y si por ventura?...

—Nada, ¡voto á mil legiones de brujas y demonios!...

—¿Pero qué cuentan de los amorios de la señora con don Diego?

—¿Y qué os importa á vos, ni qué me importa, ni á nadie?

Asaz pregunton estais y os pueden costar caras las averiguaciones.

—Lo que yo puedo aseguraros es que doña Inés no duerme... La hechicera embrujada Martina me lo tiene dicho ya mil veces.

—Bueno es saberlo. Hoy vendrá á mi interrogatorio, y si no canta...

—Valiente cosa hareis. Dueña infeliz...

—Calle el que así compadece á la vieja marrullera que talvez sea causa de cuanto está aconteciendo.

—Pero...

—Chiton. Llevó el dedo á la boca en señal de silencio.

Y el interlocutor calló.

Doña Inés y la dueña bajaban, ambas enlutadas.

Los murmuradores abrieron paso y se miraron con esa expresion de ojos que significa:—¿Qué tal? ¿no decíamos?..

Apenas salieron las dos, cuantos criados habia en la casa se unieron á los anteriormente dichos y movieron una de preguntas y respuestas que no habia más que pedir.

Desde aquel instante, quedaron propuestos infinidad de planes para contribuir á aclarar aquel misterio.

Se citó el apostadero para las altas horas de la noche.

Se convino en el modo y manera de sorprender al portador de algun recado ó á la persona interesada.

La conspiracion era temible.

Doña Inés tenia una emboscada prevenida que no podia ser mas formidable.

Dentro de su casa y entre sus mismos servidores, enemigos pagados.

Uno de los mas leales no estaba allí.

—¿Y Fortun?... ¿Y Fortun?—dijeron algunos.

—Duerme hasta muy tarde...

—Tiene privilegio concedido por doña Inés.

—Hola, hola, pues no hay que pasar desapercibido este hecho—refunfuñó el mayordomo.

—Doña Inés y Martina acaban de salir á misa. Acabemos nosotros de combinar el plan de ataque—gritó uno de tantos.

—Si, si: y cuando venga don Francisco se le enterará perfectamente del estado del asunto.

—Que no le sabrá á mieles...

—Antes digo yo que á acibar...

—Y el que ande en tales juegos de manos, que se prepare á rendir cuentas.

—Mientras nosotros le contamos uno por uno los palos que llevará sobre sus costillas...

—¡Já, já, já!... Pues á ello... con sigilo y maña. Desde esta noche: antes que todo, el honor.

—Admirable, admirable, repitieron todos palmoteando y riendo.

Disolvióse el grupo, y cada cual se entregó á sus ocupaciones ó á requebrar de amores á las doncellas que de cuando en cuando atravesaban por delante de ellos con tan risueño motivo.

Cómo habia de sospechar doña Inés que en un momento se habia formado una nube tempestuosa en su propia casa y que la tormenta podia dejarla desolada y triste como solitario desierto?...

A las pocas noches de haberse convenido en la estrategia que habia de emplearse para salir airosos, el tiro de un arcabuz se oyó por la parte de la casa que al campo caia.

En la ciudad se referian aventuras extraordinarias.

Quién al pasar habia visto un cadáver tendido delante de la puerta.

Quién decia que desde sus ventanas habia observado cómo dos hombres le habian precipitado en la corriente del Tormes.

El honor de la hermana de Maldonado habia sido espuesto á públicas murmuraciones por los mismos que hacian alarde y daban tan espresivas apariencias de guardarlo.

Aquel tiro habia resonado en el corazon de doña Inés porque era la noche en que esperaba á don Diego.

Espantosa realidad venia á desvanecer las sombras de su esperanza.

Al oir el estampido, cruzó las manos y cayó de linojo, esclamando con acento desgarrador:—¡Dios misericordiosos ten piedad de mí!!

*Por la Gr. Vinda de C. f. e. hijos
Eduardo Ruiz y Acuña*

Alborotados corrían de aquí para allí en la casa, cuantos al servicio estaban de doña Inés; unos con el susto, temblando, otros por la curiosidad conducidos.

Nadie daba razón de lo que allí pasaba.

Martina menudeaba las oraciones con voz gangosa, que era un contento de Dios.

Todos se hacían de nuevas como si la sorpresa les dominase.

Y aquella casa era una confusa Babel.

Entre el viejo mayordomo y alguno de sus cómplices se cruzaron allá en un rincón apartado del edificio las siguientes palabras.

—Buen susto hemos llevado...

—No le tuve flojo... si nos descuidamos... A mi aun me duelen las muñecas... Con qué fuerza nos ataron aquellos hombres de hierro.

—Cartera mano ha sido la tuya.

—Pues no, como que he servido entre los escopeteros de las Comunidades.

—Y qué... no le vistes el rostro.

—Yo creo para mí que ha de haber cosa de encantamento

—¿Por qué?...

—Veto vá, ya hablaremos en otra ocasión. Nos está ob-servando la acartonada Martina.

—¿Crees qué fuera el mismo don Diego?

—Tal es mi convicción, buen Jorge.

—Aprieta, valiente.

—Apretad de corazón, leal mayordomo—respondió uno de los interlocutores, estrechando con su mano la del otro.

Despidiéronse ambos personajes con la mayor tranquilidad, mientras el sobresalto hacía latir el corazón á muchos de los que habitaban la casa.

Como estaría el alma de la desventurada doña Inés.

La infeliz no se atrevia á preguntar ni á oir el mas leve rumor de cuanto habia pasado en aquella espantosa noche.

Y sin embargo queria saberlo, saberlo á toda costa.

No tardará mucho en recibir noticias que la tranquilicen ó recrudezcan su dolor.

Entonces nosotros tambien aclararemos este misterio que hasta ahora no hemos podido comprender todavia.

CAPITULO X

CAPITULO X.

El padre y el hijo.

Alborecia una de esas mañanas frescas de la estación primaveral, con todos los encantos que la naturaleza puede ofrecer en esa poética y hermosa edad del año.

La soñolienta luz del alba, coloreaba con sus misteriosos rayos, los cristales de colores de una de las habitaciones de que constaba la casa del ilustre Marqués de Astorga.

Algo de extraordinario acontecia en aquel sitio pocas horas despues de haber asomado el sol.

Llegaban de continuo personas de distincion que se hacian anunciar al noble marqués.

Con silenciosos pasos cruzaban las alfombras de aquellos departamentos.

Apenas el marqués tuvo noticia de que esperando se hallaban varios nobles personajes no se detuvo un punto y salió de su estancia á saludarles con afectuosa demostración.

—Qué ocurre, señores, que con tal interés honrais mi casa?

—Mañana hemos de salir para reunirnos en Peñafiel con los nuestros—dijo uno de los nobles salmantinos. La decisiva es, según los antecedentes que nos remite por conducto de su emisario, el conde de Cifuentes.

—Ah... si... y ya es preciso dar por terminada esta contienda y que los enemigos del Emperador inclinen su altiva frente ante sus vencedoras lanzas. Algunos descontentos de la nobleza siguen engrosando las filas de la Comunidad y pretenden servirse del pueblo para llegar al poder y al favoritismo por su medio.

—En Tordesillas han llevado excelente lección. Nada hicieron los esfuerzos de Acuña, clérigo con espada, ni el temerario valor de los soldados por defenderse... Pero yo tengo la firme convicción de que el pueblo pelea por su causa con denuedo y vigor—replicó uno de los hidalgos castellanos.—Y debemos conocerlo: si no contamos con el pueblo... nuestra caída es cierta. El gran Carlos, que de tanta grandeza viene para nosotros rodeado, si no logra alcanzar las simpatías de los hijos del pueblo...

—Se apoyará en la fuerza de las armas: impondrá su ley castigando á quien no la acate y así su glorioso reinado será pacífico...

—Y sangriento...—continuaba el mismo que disientia antes de la opinión general.

Sentados se hallaban aquellos próceres debatiendo no con mucha templanza tan grave asunto, mientras los del otro bando discutían tal vez el mejor medio de defensa.

—Sepamos ante todo si podemos contar con vuestro hijo—interrogó el mayor de los nobles después del de Astorga.

Por la Gr^a Vnida de C. J. e hijos
Sebastián Ruiz y Acevedo

— La herida se cicatrizó completamente y el brazo está dispuesto á blandir la espada en defensa de su causa.

En la rugosa frente del de Astorga observaria algun psicólogo profundo que el anciano marqués sentia impresiones desagradables al tocar este punto de la conversacion.

No hablaba con entereza y seguridad.

Temblaba más de lo que naturalmente le hacia temblar el peso de los años.

—Rodrigo—esclamó con trémula voz.

Apareció en el dintel de la puerta un lindísimo paje de quince años lo más.

—Mi hijo don Diego—prosiguió con imperioso acento el marqués.

Continuaron los magnates el comenzado razonamiento, sosteniendo la necesidad de acallar la voz de las facciones populares, que en tal desórden mantenían los reinos. Se hablaba de ejemplares castigos, de cadalsos para poner aquellos en práctica.

Pero afortunadamente, no así se acalla el grito de libertad de un pueblo valiente y aguerrido, de un pueblo que respiró el aura de la independencia desde que brilló el sol de Covadonga.

No así se oscurece el brillo de la espada que supo conquistar palmo á palmo el suelo que dió alientos á los que en sus manos la llevaban, para gloria y honor de nuestra España querida.

Los cadalsos, los ejemplares castigos para sofocar el grito de libertad é independencia, inspiran mas valor á los leales; y por cada uno que sucumba nacen millares de valientes cuya potente voz purificada por el martirio de los que fueron victimas, llena los espacios y todo lo inunda.

Cuán desacertados caminaban los magnates por el sendero de los triunfos... La historia podria decirles hoy:—Ved el fruto de vuestras crueldades: mirad ese suelo regado con

sangre de los mártires: aquí ha crecido el árbol de la libertad y á su sombra cantamos hoy las glorias de los que por ella sucumbieron.

Eso les diria hoy la historia: eso repetimos al recorrer con pasmados ojos la crónica de las Comunidades de Castilla.

El pajecillo volvió á presentarse ante la reunion.

—No está don Diego—dijo con sonora voz.

—Qué no está... ¿Pues dónde á tales horas se habrá encaminado?

—Nadie le ha visto salir—repuso el paje.

—Quizá—esclamó con cierta gracia un primo del de Benavente—estará empeñado en alguna aventura de galanteo; que algo se cuenta del buen don Diego por acá y no poco se sabe sobre el caso.

—Callad, callad: vive Dios, que me avergüenzo al imaginarlo siquiera.

Entre los criados del marqués corria la noticia de que la noche anterior habia sido asesinado un hombre en los alrededores de la casa de doña Inés Maldonado, y que habia sido su cadáver sepultado en las aguas del Tormes.

Y no tardó mucho en llegar á oídos del padre de don Diego, quien al punto dispuso que saliesen en todas direcciones los escuderos y demás criados para saber lo que habia de positivo en tal desgracia.

Su sobresalto pudo haberle sido de fatales consecuencias.

Cundió la noticia entre los circunstantes.

—¡Oh!! la vida... la vida será asi mucho más corta...—esclamaba el noble marqués entre las amarguras que estaba experimentando su corazón....

Procuraron sus ilustres amigos calmar su inquietud, haciéndole observaciones que el corazón acongojado no escucha ni puede escuchar.

—No morir entre las armas enemigas y tal vez exhalar el último suspiro á manos de algun alevoso traidor... Mi cora-

zon presajaba ya esta catástrofe que acercará mas y mas el último día de mi vida.

Así se quejaba el de Astorga mientras los próceres, sus amigos, murmuraban de la ligereza del hijo.

El carácter altivo del marqués perdía entonces los rasgos de su orgullo ante el desgraciado suceso que ya su mente veía como una realidad.

La desgracia abatía su espíritu y ante ella todos somos iguales.

Su corazón de padre respondía á los acentos del infortunio.

Ni las frías reflexiones, ni las conjeturas vagas que se le hacían bastaban á calmar su intranquilidad.

Aquel hombre que no había temblado en los campos de batalla, se estremecía ahora como un niño, ante la sombra de tamaña desventura.

Conviniéron sus ilustres compañeros en volver para deliberar la determinación que se tomaba, y si les acompañaría ó no el padre de don Diego en su expedición militar á Peñafior, centro de operaciones entonces de la nobleza castellana.

Los sucesos de la noche anterior lo habían de decidir porque eran de vida ó muerte para el de Astorga.

Y allí quedó entristecido, atravesando con pasos desiguales el largo y espacioso salón, dirigiéndose de cuando en cuando á las ventanas ó llamando á sus servidores para preguntarles si algo sabían.

Veamos si nosotros podemos aprovechar la ocasión y saber cuanto pasó en la noche del suceso.

Era triste y sombría.

Don Diego se sentía mucho mejor que otras noches y ansiaba salir de su estancia y deseaba estrechar á su esposa querida.

Acompañado de uno de sus criados, de aquel Mendo á

quien ya conocemos, salió envuelto en su ancha capa y protejido por las misteriosas sombras de la noche.

Llegaron al punto prefijado para hacer la señal.

Aparece el hombre con la linterna: se acerca Meudo á hablarle.

Aproxímase don Diego, y súbito se oye un tiro.

—Traidores,—gritó desesperado don Diego.

Cae uno de los tres que formaban aquel grupo.

Los otros dos penetran en la casa por la portezuela falsa.

Al mismo tiempo bajaba el mayordomo por la escalera secreta, acompañado de otro criado, sin duda para reconocer el cadáver.

Pero se encontró á los dos hombres que se habían introducido en la casa...

—Soco!—quiso gritar el celoso guardian de honras ajenas.

—Silencio, traidor infame—dijo el que llevaba la linterna, subiéndose el embozo hasta los ojos para no ser conocido.

El otro criado intentó correr; pero tropezó con uno de aquellos hombres que le agarró fuertemente la mano hasta hacerle esclamar, «perdon.»

—Silencio y conservais la vida.

Atáronlos á un poste y allí los dejaron renegando de su estrella...

Entretanto continuaron subiendo la escalerilla secreta hasta llegar á la habitación de doña Inés.

Hallábase inclinada sobre su oratorio, y Martina rezando á consecuencia del formidable miedo que aun le duraba.

La claridad del dia entraba ya por las ventanas, difundiendo esos mágicos colores que llevan al alma el placer mas sublime ó la melancolia mas sobrenatural.

Un golpe sonó en la puerta.

Doña Inés miró asustada.

*Por la Grta Cuida de C. G. e hijos
Eduardo Ruiz y Alvedo*

La palidez de su rostro formaba contraste con el negro traje que vestía.

Volvieron á llamar.

—Martina, Martina.

—Señora mia, ¿qué ocurre?... ¿ha vuelto vuestro hermano?

—¡Abrid!!

—Ave Maria Purísima... ¿quién ha de ser á estas horas? sino es algun espíritu de los que vuelan por la noche y ahora se retiran cansados y satisfechos de su escursión.

Dándose golpes de *mea culpa* salió temblando á abrir.

—Ay... Santa Verónica me valga! —esclamó retrocediendo asustada al ver, ó por mejor decir, al no no ver con claridad á los dos personajes.

—Diego—gritó en el colmo de la alegría doña Inés...

—Inés de mi alma...

Aquella infortunada mujer habia recibido una de esas impresiones que paralizan los latidos del corazon.

Sin sentido casi, se arrojó en los brazos de su esposo...

Y los suspiros de su pecho iban envueltos en quejidos del alma.

Lloraba esas lágrimas de placer que son tan puras, que dilatan el corazon y esparcen en nuestro ser un bálsamo de dulzura que nos trasporta á otro mundo de ilusiones y de venturosa calma.

—Ah... todo cuanto he sufrido, por un instante como este.

Hé pasado horriblemente hasta ahora los momentos que has tardado.

—Nada temas.

—¿Pero qué ha sucedido? Mira como tiemblo.

—El pobre Mendo ha caído á nuestros pies asesinado cruelmente.

—¡Desgraciado!...

—Y tú...

—Para mí sin duda se habría dispuesto la emboscada.
— ¡Ay!... hubiera sido una cosa horrible... tú... mi vida, mi esperanza...

—Por fin te vuelvo á ver á través de mil peligros.

—Y ya no nos separaremos jamás... ¿No respondes? Vas á partir?

—Ayer oí algunos rumores acerca de una expedición á Peñaflores... Los Comuneros van á recibir nuestra última acometida tal vez... Se cree probable la terminación de la guerra, despues de lo acontecido en Tordesillas.

—Dios quiera que la guerra, termine sin que haya mas sangre.

—Aconseja á tu hermano que desista de su empeño.

—Es imposible. Diego, es imposible. Y cuando pienso que vuestra espada puede cruzarse y que el esposo ó el hermano pueden sucumbir en la demanda, mi espíritu desfallece y mi corazón sufre tormentos horribles.

¿Y te irás muy pronto?...

—Tal vez mañana...

—Dios mío, por el amor que á tu Madre santísima profesas, no dejes que en la guerra fratricida se encuentren las armas de los dos seres que constituyen hoy mi vida despues del recuerdo de aquel hijo que en hora aciaga perdí para siempre. Señor, tu clemencia infinita se apiade de esta infeliz esposa, de esta hermana desventurada.

Y diciendo esto, reclinó la cabeza sobre el hombro de don Diego.

Martina presenciaba la dolorosa escena con lágrimas en los ojos, y Fortun, que era el otro personaje que acompañaba á don Diego, salió de aquella estancia profundamente conmovido.

Terminó aquel diálogo de amores, penas y recuerdos de mejores dias, y un «adios» resonó por los ámbitos de la sa-

la, adios cuyo eco es eterno en el corazon aun quando no llegue á los oidos.

Y don Diego salió de allí con el corazon oprimido por el dolor.

Recorrió al azar las calles de la ciudad, como si combalido fuese por pensamientos encontrados.

Subió por la orilla del rio arriba entregado á sus tristes reflexiones, pensando quizá que acaso no volveria á estrechar contra su corazon á la desconsolada Inés.

Desde el mirador estaba ella viéndole todavia y su corazon iba en pos del de su esposo.

Los separaba el infortunio cuando tan íntima era la union de sus almas.

Asi como hemos visto, escapó de las garras de una muerte traidora el hijo del marqués.

Y mientras tenia lugar la escena que acabamos de curiosear con los amables lectores que nos siguen, continuaba el de Astorga como era natural, azorado é impaciente.

Nada sabia de su hijo.

Lo único que habia llegado á su noticia era el asesinato de un hombre en los alrededores de una casa que don Diego frecuentaba á las altas horas de la noche.

Pero la sorpresa al verle entrar fué tan grande como intenso habia sido el dolor durante su ausencia.

Un movimiento de impulsión le hizo dar algunos pasos hácia él.

Salióle el hijo al encuentro y se abrazaron con ternura.

—Terribles momentos me has hecho sufrir.

—Perdon, padre mio.

—Llegarás á ocasionar mi muerte si persistes en tu empeño.

—Padre...

—Siéntate y descansa. Por fin vuelve á mi pecho la tranquilidad, temí por tu vida; pero pues salvo te veo, te suplico

por última vez que no desoigas mis consejos.

Tu nombre no puede, no debe ir jamás unido al nombre que lleva la hermana de un traidor á su patria y á su rey.

—El corazon no se domina tan fácilmente.

—¿El corazon? El honor de una familia, el nombre ilustre que en sus blasones ostenta...

—Son humo vano, padre mio.

—Basta: mañana hemos de salir en direccion á Peñaflores.

—¿Mañana?

—Si; y si volvemos ilesos, si conservamos nuestras vidas para defensa del Emperador y de la patria; unirás tu nombre al de una ilustre familia de la nobleza castellana.

—Semejante sacrificio...

—Sacrificio...

—Para mí lo es y muy grande.

—Y si mi palabra empeñada, si mi honra comprometida lo exigiesen de tí...

—Callad, padre mio, callad, porque eso es imposible... Cómo habia de ir mi corazon á donde la voluntad no le llamara? Ni la nobleza de vuestros sentimientos, ni la bondad de vuestra alma consentir podrán jamás que una infeliz mujer llore con lágrimas de amargura su desgraciada suerte. Ah... si la conocieseis... si comprendierais la virtud celestial de su corazon de ángel...

—Silencio: basta de inmoderados elogios. Será lo que el honor y el deber decidan.

—Por la fé de caballero os juro que no faltaré á mi deber.

Estas palabras fueron pronunciadas por don Diego con una espresion marcada é incomprensible para el marqués.

—Mañana es el dia señalado. Al rayar el alba saldremos sigilosamente en busca de las tropas imperiales.

—Y cuando hayamos combatido por la causa que tan decididamente defendemos, cuando hayamos probado una vez más que somos dignos de ceñir la espada de nuestros ante-

Por la Gra Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Ruiz y Acuña

pasados; entonces, si, os revelaré un misterio que os hará penetrar la insistencia con que trato de contrariar vuestro proyecto.

—Nada bastará á disuadirme, ¿lo entiendes? nada.

—¿Ni la honra de una familia?

—¡Diego! ni una palabra más...

El esposo de doña Inés inclinó respetuosamente la cabeza, cruzó los brazos en señal de sumision y se entregó á tristes y dolorosos pensamientos, en tanto que el de Astorga le miraba con una espresion de firmeza incontrastable.

Lanzaban sus ojos esa mirada enérgica que aun á los setenta y cinco años revela una fuerza de voluntad á toda prueba y un carácter indomable unido al orgullo y altivez de la sangre que por sus venas circulaba.

Fruncido el entrecejo, como queriendo concentrar más las ideas que le llevaban á una pronta determinacion: alta la frente, ya hollada por el tiempo, y con las manos trémulas, si su hijo hubiera levantado los ojos y le hubiese visto, pudiera haber temido que se escapase la palabra que pugnaba por salir de aquellos lábios convulsos y descoloridos. Pero afortunadamente no se esteriorizó aquella manifestacion y variando por completo, dijo con suave acento:

—Haz que dispongan lo necesario para nuestra marcha; que esten prontos los escuderos y demas servidores que en nuestra compañía han de venir, y deja por siempre esos devaneos y locuras que á tu edad ya no corresponden y que tan azarosos momentos hanme dado sin motivo. Viste la ferrea loriga, procura ser en la lid el primero y olvida como debes á quien en sus venas tiene sangre de tus enemigos.

—Padre, la caridad evangélica que tanto me habeis aconsejado... Perdon á nuestros enemigos, que no dejan de ser hermanos nuestros.

—Audaz como nunca te hallo.

—La razon me inspira.

—La locura... No pasemos mas tiempo en balde. Que se cumplan mis deseos. Dios sabelo que ha de ser en lo futuro.

—Él guie mis pasos y nos conceda la felicidad.

Separáronse el padre y el hijo.

El primero quedó con la mirada fija en los cuadros de la alfombra como dominado por presentimientos desgraciados.

El segundo, salió de la estancia con paso firme y sereno. Llevaba en su mirada la inalterable voluntad de obrar segun su corazon le dictaba, segun la rectitud de su conciencia le aconsejaba en el caso de que saliera su vida del peligro á que iba á esponerla entre las armas del enemigo bando.

—Conservadme la vida para ella, y no consintais, Señor, que el acero de su hermano llegue á cruzarse con el mio... Terrible coincidencia!... Mis fuerzas decaen al pensarlo: mi valor se abate... mi espíritu antes belicoso y osado, desfallece ahora ante tan espantosa idea... Y habia de ser tanta mi desgracia... mi infortunio tanto... Ahuyentemos tristes, horrendos presagios... y con ánimo fuerte y denodado aprestémonos á la lid... á la victoria...

Asi iba discurriendo el meditabundo hijo del marqués de Astorga.

Apenas resonó su voz comunicando las órdenes de marcha para el siguiente dia, armas y caballos se aprestaron. Reinó gran movimiento; pero no se dejó que el pueblo llegase á apercibirse de aquellos preparativos.

Oíase el ruido que producian las armas al limpiarlas: el relinchar de los caballos que ansiaban la hora del combate. Los cánticos de guerra que en lengua ininteligible para nosotros cantaba algun escudero flamenco.

Y al siguiente dia, con sigiloso misterio salian poco á poco aquellos defensores de la causa imperial, mientras una enlutada matrona los veia partir desde un mirador, que no hemos olvidado, y llorando amargamente, murmuraba entre suspiros estas palabras con la ternura de un ángel:

—La Virgen guie tus pasos, amor mío... Señor, que no le abandone tu misericordia infinita.

Pocos instantes despues, se escuchaban los tristes suspiros de aquella desconsolada mujer que se retiraba del mirador, con la mas terrible agonía.

CAPITULO XI.

El día de San Jorge.

Veintitres de abril del año de mil quinientos veintiuno era la fecha del día en que nosotros vimos en uno de los anteriores capítulos á los Comuneros dispuestos á salir de Torre-Lobaton; y en este mismo día, ya bien entrado (1), y cubierto el cielo por densos nubarrones, en el orden que llevamos dicho, salieron de Torre en direccion á Toro.

(1) *Determinada ya la partida, salieron de la villa de Torre-Lobaton, martes 23 de abril del año 1521, despues de comer.*—Alcocer.—Historia de las Comunidades de Castilla.

Y segun resulta de los documentos compulsados por D. Antonio Ferrer del Rio en su historia de las Comunidades, el encuentro tuvo lugar entre tres y cuatro de la tarde y por consiguiente la salida debió ser entre once y doce de la mañana.

Por la Gra Uuida de C. G. e hijos
 Eduardo Cruz y Acuña

Triste y nada sereno era el día en que iba á encontrarse Padilla cercado de enemigos y precisado á presentar batalla aun sin esperar el refuerzo.

El camino de Torre-Lobaton á Toro en sus siete leguas presenta desigualdades en el terreno, que habian de dificultar no poco la marcha.

El cielo y la tierra parecian contrarios al proyecto del valiente general, del esforzado defensor de las libertades patrias.

La luz de aquel día era opaca y facilmente acometerles pudiera de sorpresa el enemigo por todos lados.

El ruido de la lluvia al azotar de frente las corazas podia debilitar hasta el tropel de caballos y gentes de armas con que el bando imperial se lanzase contra ellos.

Iban los soldaos de la Comunidad esforzándose por adelantar en la marcha, pero lo arcilloso del terreno les hacia resbalar.

La artilleria apenas podia salir de los lodazales que se formaban en el inmenso páramo que existe despues de haber atravesado la bellísima zona de floridos huertos que algo distante de la orilla del Duero se halla.

Es una llanura inmensa sin un árbol que preste sombra al caminante, sin una pobre choza á donde refugiarse pueda el cansado viajero.

No bastaban las voces de mando de los jefes, el animoso afan con que se alentaba á los pobres soldados.

Asi, con tan estrordinario esfuerzo marchaban las tropas sin que un rayo de sol viniera á infundir esa animacion, que, con su luz nace en el alma y que hubiera dado vida á aquel cuadro en donde pintarse podria el desaliento y la falta de esperanzas.

Habia llegado el momento decisivo: las tropas imperiales venian cerrando el paso á la vanguardia por Tordesillas;

por Medina de Rioseco á la retaguardia y por Simancas á los costados.

Hasta que muy cerca estuvieron unos de otros verse era imposible, antes bien oírse podían.

El refuerzo de Maldonado venia ya con gran trabajo á reunirse con sus compañeros.

De Dueñas y Palencia no fué posible que llegasen los auxiliares por interceptar los imperiales el paso.

Entusiastas vivas y ecos de frenética alegría llenaron el espacio al verse ya fortalecidos por las huestes salmantinas.

Eran varios los pareceres entre los próceres sobre si habían ó no de presentarles la batalla cuando ya próximos se hallaban de Villalar.

La opinion del marqués de Astorga que allí venia á pesar de sus años con firmeza de espíritu animando á los que no estaban por la acometida, era el rompimiento sin tardanza.

Apreta las las tropas de Padilla por las huestes enemigas y siendo mucha su infanteria, dificultábase mas la marcha y los peones con lodo á la rodilla dábanse por perdidos cada vez que los corredores de los caballeros venian sobre ellos de acometida.

La confusion era espantosa.

Por fin, la artilleria de los imperiales descargó sus proyectiles sobre los Comuneros con gran destrozo en las desordenadas filas.

Los cañones que la artilleria de don Pedro Maldonado y Pimentel (1) conducian, habianse hundido en un lodazal y todo trabajo era inútil para hacerlos jugar en aquel torbellino que les rodeaba.

La desgracia venia con todos sus horrores á sorprender á los populares.

(1) Sobrino del Conde de Benavente y con quien decíase que estaba este en inteligencia; aunque luego lo desmintieron los hechos.

Crecia más y más la confusion. Aquí la mortandad y el desórden ocasionado por la artilleria: allá terribles imprecaciones, entusiastas vivas, amargas quejas.

Los gritos con que los jefes alentaban á los soldados: el estampido del cañon: el choque de las lanzas, el relinchar de los caballos, las descargas continuas de mosquetería.

El ay del moribundo que veia escapársele la vida lejos de su hogar, la triste despedida que murmuraba, agonizando, el pobre soldado al oido de su compañero.

Aquí un veterano que cae pronunciando el santo nombre de *libertad*.

El grito entusiasta de los que le ven caer y la iracunda saña con que se lanzan á buscar la muerte entre las enemigas armas.

Allá una lucha parcial, sangrienta, horrible, hasta el punto de caer uno de los contendientes.

Pero la pluma se resiste á describir tantos horrores, tanta desolacion.

Y despues de aquel cuadro en que las sombras espantosas de la muerte daban al horizonte negros y rogizos colores; cuán tristes momentos esperaban á las madres, á las esposas, á los hermanos de todas aquellas víctimas.

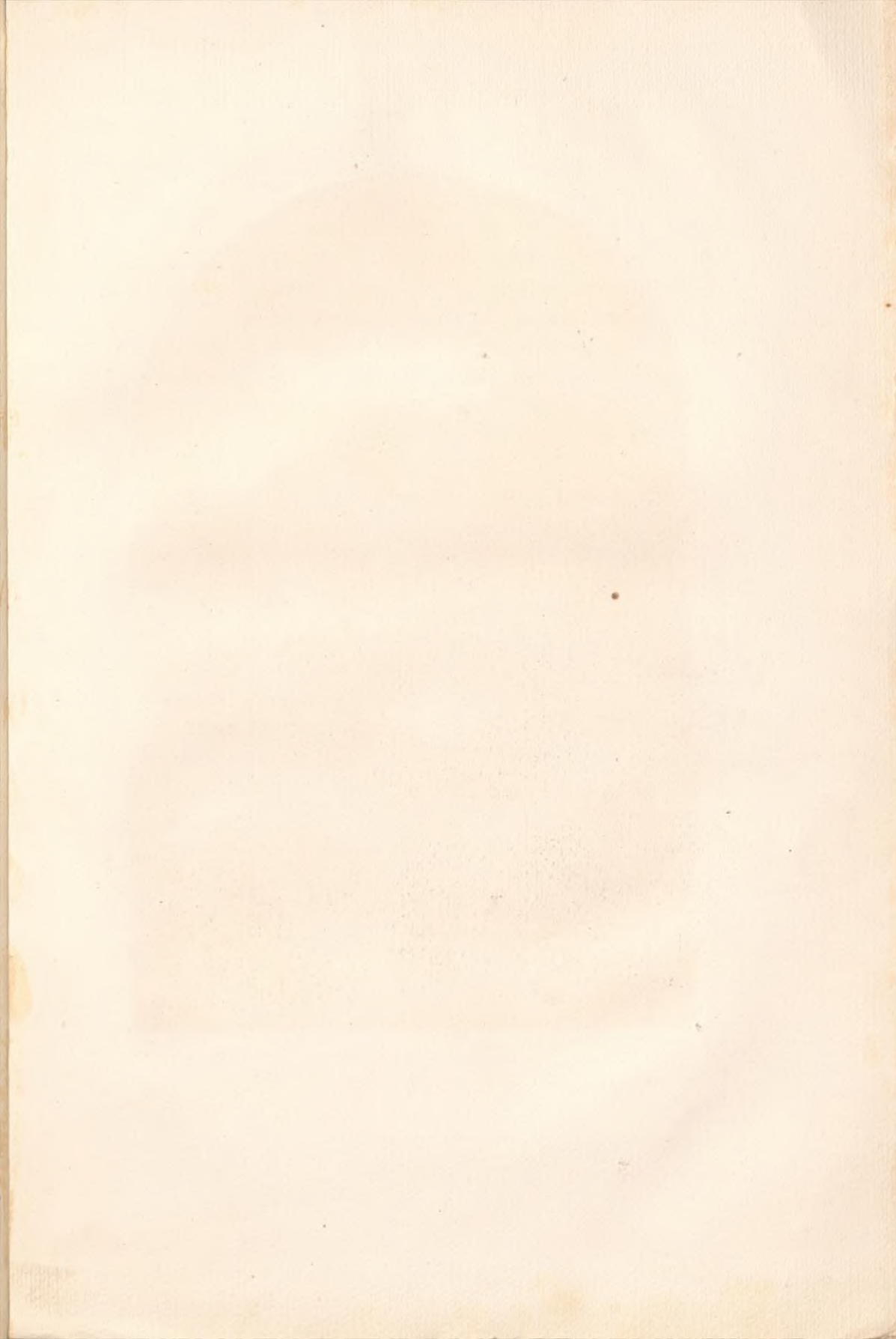
Pero dichosos mil veces los que perecieron con gloria; al menos las generaciones que les sucedieron han conservado y conservan un recuerdo de patriótico entusiasmo.

Las desgraciadas huestes de las Comunidades llevaban lo peor de la batalla...

Ya era imposible resistir lo impetuoso de la acometida.

La artilleria de los imperiales sembraba la muerte y la confusion con su metralla, y á centenares caian los defensores de la libertad del pueblo.

El animoso don Francisco Maldonado corria impávido, infundiendo valor á los soldados que á veces daban entrada al desaliento al verse tan perseguidos por la desgracia.





C. Mugica, lit.^o

Lit. Heráldica.

¡ Santiago y Libertad _gritaba desesperado.

—¡Vencer ó morir!! iba gritando con enérgico acento..

Y al escucharle los soldados, sentían hervir la sangre en las venas y con temerario arrojo llegaban á las enemigas filas acuchillando y dando muestras de heróico valor.

Allá con los segovianos descuella Juan Bravo el de indomable carácter, el que ni aun para morir en el cadalso quiso inclinar la frente ante sus verdugos. El que no doblegó jamás su voluntad, y en la guerra como en la paz dispuesto se hallaba á dar su vida por la libertad de su pueblo. Allí está, fulminando con su acero rayos que esterminan á cuantos enemigos le cercan.

Ancho círculo se ha abierto con su espada.

¡SANTIAGO Y Á ELLOS!—gritaba con poderoso acento y arremetia intrépido en medio de la confusion y el espanto.

Padilla observó cuan ganado llevaban el juego los imperiales y hubiera querido infundir su espíritu animoso en los que ya desmayaban con lo que apretaba el enemigo.

¡SANTIAGO Y LIBERTAD!—gritaba desesperado.

Y metióse con cinco de sus escuderos entre las gentes del conde de Benavente siendo la admiracion de todos por su osadia.

Salióle al encuentro don Pedro Bazan, el señor de Valduerna, y acometióle audazmente.

Pero tal golpe le dió Padilla que hizo saltar de su asiento al ginete, que mal herido quedó despues de aquel tremendo lance.

Entre las tropas de caballerós, allá ondean las blancas plumas de la dorada cimera del de Astorga, y mas allá en lo más empeñado del combate, su hijo, el apuesto don Diego Ossorio, dá muestas de incontrastable valor...

¡SANTA MARIA Y CÁRLOS!! era el apellido marcial de los próceres.

Y entre los Comuneros que ya no pueden presentar el frente y cuyo único recurso es solo el refugiarse en Villalár,

Por la Gra Vnidad de C. y E. hijos
Eduardo Ben y Acuña

aun quedan algunos rezagados que miden su esfuerzo con el de los contrarios.

—Hernan, Hernan: á estos.—gritaba desahogado un jóven valiente y temerario lanzándose con su caballo á la carrera contra un grupo de caballeros...

Hernan llevó tambien su caballo al escape y se arrojó á la pelea.

—Hola, hola... á combate estos villanos me retan... Mis escuderos, recibid á esos locos—esclamó don Diego cuando en tal manera vió á los dos ginetes.

Pero los escuderos estaban á alguna distancia y la demás gente que le rodeaba defendiase de otros contrarios,

A cuerpo descubierto, sin más armadura que el tosco sayo, sin más arma que una lanza que habia cogido de las muchas que en el combate por el suelo cayeron, y una espada pendiente del cinto, precipitóse ufano sobre don Diego, el cual con la sonrisa en los lábios paró el golpe que hizo retrocer un tanto á su caballo; y arrojando la lanza lejos de su lado empuñó la espada con iracunda saña...

—Con esas te vienes, villano sin juicio, pues pagarme has, incauto, la deuda con la vida...

Dió tiempo á que Blas, pues no era otro el combatiente, sacase su acero y se trabó el combate desigual y horrendo.

Don Diego estaba á la defensiva porque comprendia cuanta ventaja llevaba á su jóven contrario.

—¡Ah!! te estás divirtiendo conmigo?—Decia Blas mordeándose los lábios y menudeando los golpes que siempre eran bien recibidos.

Hernan habia hecho caer á uno de los que con él se las habian.

De pronto, los escuderos del de Astorga, vienen en tropel.

Cae herido el caballo de Blas.

—Uno solo, uno solo... cobardes!!!—esclamó don Diego

al ver la acometida de que iba á ser objeto el jóven aldeano.

Quedó igual el combate.

Admirado estaba el hijo del de Astorga al ver la bizarria del mancebo que ya habia logrado herir á su contrario.

Pero de repente, palidece el aguerrido aldeano; sus ojos despiden una mirada espresiva á los que la lid presenciaban: desfallecido y sin aliento esclama:—Enemigos de la libertad habeis vencido, pero la gloria... es nuestra.

Y cae desplomado al suelo.

Un venablo le habia entrado por la espalda produciéndole una herida mortal.

Rodéanle sus contrarios.

Acude Hernan presuroso y asustado.

No faltó algun individuo de los imperiales que pidiera furioso el esterminio de toda la raza popular.

—Que mueran los dos—gritó uno de ellos, de rostro avinagrado y mirada traidora.

—Quiero que se salve el herido: que vivan los dos... son unos valientes—dijo con imperioso acento don Diego.

—¡Son traidores! repitió el atrevido soldado.

—Y tú un cobarde!!... sin honor—esclamó don Diego.

—Los escuderos quisieron ya emprenderla con aquel verdugo; pero una mirada de su señor les contuvo estraordinariamente.

Continuaba la sangre de Blas enrojeciendo la tierra, y parecían inútiles cuantos remedios se emplearían para evitarlo.

El buen Hernan estaba con el corazon oprimido al ver á su compañero.

—Llevalle donde mejor esté para su curacion—gritó desesperado el hijo del de Astorga.

Los escuderos así lo egecutaron. Hernan no abandonó á su amigo en aquellos instantes.

En tanto corrian á la desbandada vencedores y vencidos. Estos luchaban con sublime arrojo, con irresistible tenacidad...

Muchos de los populares quedaban mal heridos en la tierra, pidiendo con lastimosas quejas confesion.

No eran atendidos y antes bien cebábase en ellos el afán de rapiña que dominaba á los imperiales hasta dejar sin vestidos á muchos (1).

Y allá venia caballero en un jaquillo, con los ojos vertiendo rayos de furioso fanatismo el dominico fray Juan Hurtado, gritando con iracundo acento á sus amigos los imperiales:—Matad á esos malvados: destrozad á esos impíos y disolutos: no perdoneis á nadie, eterno descanso gozareis entre los justos si raeis de la haz de la tierra á esa gente maldita: no repareis en herir de frente ó por la espalda á los perturbadores del sosiego (2).

Y estas eran las palabras de consuelo que oían los moribundos.

Y este era el último auxilio que les esperaba en aquellas horas de angustia y de agonía.

Pero allá en un grupo de ginetes y peones algo extraño sucede.

Entre los caballeros ha salido Alonso de la Cueva á recibir la desenfrenada acometida que preparaba el bizarro general toledano de cuyas manos saltó la lanza mil pedazos hecha.

Una herida en la pierna acaba de recibir, y por rendido habia de darse el que tanto habia luchado por sostener á sus soldados valerosos.

Juan de Padilla entregó á don Alonso de la Cueva una manopla y su espada de armas.

(1) Y á vivos y á muertos dejaron en carnes: *Sandoval*. Historia del Emperador Carlos V.

(2) Comunidades de Castilla por D. Antonio Ferrer del Rio.

Con atrevido empuje viene hácia el grupo don Juan de Ulloa un caballero de Toro el cual con despreciativo ademán preguntó quien era aquel hombre.

—Juan de Padilla—le contestaron algunos.

Y con audaz encono le dió una cuchillada por la vista que la tenía alzada.

—De cobardes traidores y villanos es vuestra hazaña—murmuró el gran Padilla que habia recibido una herida en la cara á consecuencia del golpe.

—Probáros puedo quien soy—replicó Ulloa.

—Murmillos de general descontento levantáronse contra el agresor y mal lo hubiera pasado á no haber ocurrido al poco tiempo la prision de Juan Bravo y de los Maldonados salmantinos.

Don Francisco Maldonado veíase rodeado por todas partes de enemigos, muchos de sus soldados por el suelo, herido su caballo y preso el arriscado general.

—No hay remedio: ha llegado el dia de luto para las comunidades, pero no el último para la libertad.

—Hernán despues de poner á salvo á su amigo Blas y de asegurarle los escuderos de don Diego que no le abandonarían; montó á Luzbel, que relinchando soberbio y entre una lluvia de jaras, venablos y otros proyectiles se lanzó á la carrera resbalando sin cesar por aquella tierra pegajosa.

Ya en el ocaso el sol de tan funesto dia asomó uno de sus postreros rayos por entre las negruzcas nubes, dando un color sangriento á la escena.

Triste y sombrío cuadro.

Hubiérase dicho que la guerra con sus negras alas y el quejido lastimoso que deja en pos de sí, atravesaba el espacio cabalgando en oscura nube, llevando en sus descarnadas manos la horrorosa luz que con rojizos resplandores iluminaba aquel cuadro de amargura y de muerte.

Hernán miraba con terror tantos cadáveres de sus com-

*Por la Prisión de C. G. y hijos
Eduardo Vives y Acuña*

pañeros, veía aquella tierra ensangrentada, y como llevado por un torbellino, corría desatentado buscando á su señor.

—Rayo de Dios!! Lucifer... corre... vuela. Allí está... vamos, vamos.

Cuando Hernan llegaba al círculo que rodeaba á don Francisco Maldonado, ya estaba este en calidad de prisionero y custodiado por la guardia de los imperiales.

—¡Ah!... cobardes—esclamó Hernan en el colmo de la desesperacion—no es tanto vuestro valor que cuerpo á cuerpo le hayais rendido en buena lid; pero salga el que á tanto se atreva conmigo y probaros sabré á donde llega el valor del mas humilde de los Comuneros.

Hubo flamenco que soltó una carcajada estrepitosa.

—Te ries, gordiflon de Belcebú... ven y provócame tú á risa con ese abdómen de todos los diablos, que yo te juro por el santo de mi nombre que habias de reir como un beodo entre las garras de Satanás... Venid venid, todos.. á mí! ¡Mi vida por la libertad del prisionero!...

—Valiente cosa nos das—esclamó con desprecio y en su idioma un aleman.

—Qué has ahullado tu, perro judío... si eres de esos monigotes que han venido á España para mengua suya y engordamiento de su bolsillo... Mal venablo os trapase el corazon, cobardes mujerzuelas!

Los gritos de la triunfal algazara apagaban las voces del enfurecido Hernan que ya corría peligro en la posicion que entonces ocupaba.

Maldonado se habia dirigido á uno de los gefes suplicándole que disculpase las insultantes palabras de su escudero por la situacion en que se veia.

—No quereis, miserables, llegar hasta mí; pues bien, á ti voy yo—y blandiendo la espada se dirigió al risueño aleman que se puso en guardia no bien le vió llegar con tan violento empuje.

—Toma.... riéte, mamarracho del infierno.—

Y tan soberbio golpe le descargó que á poco más, cara le hubiese costado la risa.

El alemán no esperaba aquella terrible cuchillada y así que pasó la primera impresion, despidiendo fuego por los ojos atacó á su enemigo que recibió una buena sobre el hombro.

No tardó en tomar la revancha y al pugnar esforzadamente por desarmar á su contrario, hizole saltar la espada y dos dedos de la mano.

—Que salga otro como este... que salga! voto á cien mil diablos.

El clarin indicó la señal de marcha y las tropas imperiales con soberbia arrogancia y entonando cánticos de triunfo, continuaron persiguiendo á los populares, que ya á la desbandada apelaban á los pies, pues que á las manos era imposible por la fuerza del mayor número.

Ya sin gefes y destrozados de tal modo, la suerte de la guerra se habia decidido por los enemigos de la libertad.

Los prisioneros fueron conducidos al castillo de Villalba.

Entre ellos y en calidad de tal iba tambien el arriscado Hernan, disparando cada mirada á sus enemigos que hubie-ra podido esterminarlos á haber sido rayos del cielo.

—No estaria yo en vuestros pescuezos—decia uno de los individuos de las tropas del Emperador.

—A buen seguro que no... Buenas bromitas tiene el Emperador con los traidores.

—Y con estos que son de lo fino.

—Tendremos fiesta en el pueblo...

—Y no durará poco.

—El alcalde Cornejo tendrá en qué divertirse algunos dias.

Así iban entreteniéndose, mientras caminaban, algunos

de los soldados que la custodia de los presos tenían encomendada.

—¿Te acuerdas tú, endemoniado de Satanás... vamos: á que no te acuerdas de qué cumple hoy años?—decía un veterano de las tropas reales, á quien faltaba un ojo, y cuya barba dividía una tremenda herida que llegaba hasta el extremo de la boca, dándole un aspecto repugnante.

—A ver... á ver... Pero aprieta el paso, que bueno lo llevan nuestros camaradas y por la cola de Satanás!..que aun hemos de dar caza á algunos de esos perdidos y mal aconsejados Comuneros.

—Pardiez! no lo recuerdas?—esclamó con estrañeza el lisiado, dando con el extremo de su partesana en el suelo hasta el punto de hundírsele en el lodo mucha parte de ella. —No te acuerdas de aquella noche en que corríamos, volábamos como halcones tras las palomas, en persecucion de aquellos dos personajes... Nuestra cuadrilla se habia portado bien en todo el dia. No hubo caminante á quien no desplumásemos si el negocio era de importancia.

La Santa Hermandad nos andaba á la husma, pero nosotros que en esto de burlar á la justicia hemos sido de lo más pintadito, hicimos nuestro negocio y... andando. Voto va mil rayos!.. Con que te olvidaste de la tapada... y de su amante... Te olvidaste de aquel chiquillo á quien abandonamos, despues de haberlo traído con nosotros como unos santos padres, en aquella otra casita.

—Moriria en aquel rincon! Fuego de Dios! si él conociese á sus compañeros de viaje... Sabes que no quiero hablar de esto mas..? Pues no me he de acordar? y bien alto que me grita la conciencia... Fué un pensamiento sin pizca de humanidad...

—La venganza es mas sabrosa que la miel... Yo habia seguido á la enlutada encubierta, en varias ocasiones, y su

apostura y gallardia, voto al alma de Judas, me llegaron á enamorar como yo suelo enamorarme...

—Bárbaramente...

—Esa es la palabra. Despues descubrí el nido de la paloma: comprendí la maraña y con mas celos que un tigre me lancé en busca de una presa.

—Y nos hiciste cómplices á todos.

—Tambien lo habia yo sido de vuestras tropelias...

—Si Dios es justo...

—Déjate de oraciones de vieja. Maldito terreno que hace resbalar la planta de tal modo. Hoy se han divertido las nubes con nuestros cuerpos y nos han ayudado á vencer á esos desalmados.

—Al castillo de Villalba vamos ahora á depositar estas alhajas... con tantos deseos como tengo de entrar en Villalar y hacer de las mias...

Y al decir esto brillaba el único ojo que le quedaba, como si gozándose estuviese en el botín y la rapiña.

—No te ha ido tan mal amiguito, no puedes quejarte.

—Poca cosa... gente pobre toda la que ha caido bajo mis uñas... Unas cuantas monedas á aquel moribundo que llamaba á su madre y á su hermana; y una cruz de plata al otro que cayó despues de la descarga...

—Aquel será el castillo. Buena huronera, amigo Tigre.

Tenian á la vista el castillo de Villalba.

Negruczcas sus paredes se levantaban de la tierra como la sombra del feudalismo amenazando á la libertad de los pueblos.

Estaba situado sobre una eminencia y se destacaba imponente y soberbio entre aquel horizonte de pesadas nubes.

Algunos de los que custodiaban á los prisioneros dispararon sus mosquetes mientras se dejaba oír el clarín.

Respondieron algunos disparos cuyos fogonazos brillaron en las almenas del castillo.

Por la Gra Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Lora y Acevedo

Y el sonido de otro clarín lejano contestó á las señas.

El estrépito de las cadenas y el ruido del rastrillo al caer resonaron en el espacio como símbolo de la fuerza tiránica que los señores ejercían sobre sus vasallos.

En aquel sombrío edificio estaba representada la majestad y la soberbia de los señores feudales.

Mas altos que los reyes querían vivir y buscaban una manifestación física que lo espresase.

Sobre las colinas colocaban sus aterradoras moradas. Un puente levadizo los separaba de sus vasallos para encontrarlos cuando sus servicios necesarios fuesen.

Después se aislaba su dignidad en aquel palacio, rodeándose de todo el aparato de fuerza y esplendor.

Horroroso sarcasmo que el pueblo no se atrevía á contemplar primero, hundido bajo tan grave pesadumbre, pero que después miró con anhelante osadía y comprendió que ofendía su personalidad consintiéndolo, y gritó con las armas en la mano, hasta derrocar tan injusto poder.

Aun estaba entonces la lucha en su principio.

Pero dejemos digresiones que á nada conducen: no distraigamos la atención de quien nos sigue en nuestra escursión á aquellos tiempos y aquellos lugares, y demos al olvido por un instante cuantas reflexiones se nos ocurren ante el poético drama de la historia, ante el poema brillante en que el pueblo ha representado el papel de mártir glorioso.

Sobre el puente están ya infinidad de soldados con teas encendidas que chisporrotean con lo húmedo de la noche.

Veíanse á sus rojizos fulgores los rostros con un aspecto siniestro y que horrorizaba.

—*Santa María y Carlos*, gritó una voz desde abajo.

—*Santa María y Carlos*, respondieron desde arriba cien y cien soldados.

La campana del castillo se volteó á aquellas horas en señal de triunfo y la algazara infernal que reinó en el instante, apagó sus vibrantes sonidos.

El humo denso que envolvía á todos los personajes de aquel cuadro en cuanto se reunieron los reciénllegados con las guardias del castillo, el color de aquellas luces, la campana, la confusa gritería, el ruido de las armas y el golpear de los caballos sobre el puente, presentaban la escena mas diabólica que puede soñarse.

Allá en lontananza algun relámpago iluminaba la inmensa llanura que á los pies del castillo se extendía.

Fueron recibidos los magnates con los honores que les correspondían y los presos llevados á los negros calabozos que aquel edificio contenía para escarnio de la humanidad.

—Hernan...—decía Maldonado dirigiéndose á su valiente escudero.

—Señor.

—Nuestra suerte á tal punto nos ha conducido...

—Ni aun siquiera os querían dejar esos girones con que cubris vuestro cuerpo.

—Mira: por si es mas suave contigo el trato de la enemiga saña, por si nos separan y no volvemos á vernos.

—Dios no lo quiera, señor.

—Grandes son los encargos que he de hacerte.

Tengo una hermana, Hernan... Si perdonan tu vida los amigos del Emperador, no seas atrevido, y vive por mí...

Hernan se enternecía por momentos, y ya tenía las lágrimas á punto de saltársele, cuando se aproximaron aquellos dos fariseos que llevaban antes tan delicioso diálogo y separándolos bruscamente empezaron á ligar con cordeles á Maldonado y á su escudero.

—Ahora nos atais por que indefensos estamos—dijo con reconcentrado furor Hernan.

—Haber vencido,—replicó Tigre con sarcástica sonrisa.

Lo mismo hicieron con Padilla y con Bravo.

Después fueron conducidos cada cual á su calabozo mientras celebraban su triunfo los soldados sorbiendo sendos

vasos de vino en compañía del espiritado alcaide de la fortaleza...

Allí se armó la de Dios es Cristo aquella noche. Los próceres se entregaban al descanso en las habitaciones superiores del castillo y los soldados cantaban y gritaban las alegrías de Baco bajo la bóveda que daba entrada al edificio. Hubo pependencias y golpes, botellas lanzadas al aire, voces de «mueran ahora mismo los desleales» y brindis que ponderaban las proezas de aquel día.

Pocos momentos despues, dormidos sobre la mesa y por el suelo roncaban á mas y mejor entre los pabellones de armas, los que antes ensordecian el espacio con sus gritos desaforados.

.

La jornada de Villalar habia terminado de tan aciaga manera para los populares, que no parece sino que allí habian de tener fin sus esfuerzos y que el valeroso aliento que infunde la libertad habia de espirar en aquella funesta lucha.

Ya veremos hasta que punto llegó la misericordia del emperador y como *trató* á los vencidos para calmar alteraciones y disturbios en los reinos.

Admiraremos la nobleza de los vencedores despues del triunfo.

Pero de asaz olvidadizo y lijero tacharnos podrán nuestros lectores cuando en pos de otras cosas discurrimos dejando á algunos personajes de este drama en la mas completa indiferencia.

Culpársenos podria en tales términos si obrásemos por nuestra cuenta y fuese nuestra la responsabilidad; pero los pergaminos y papeles empolvados que nos suministran datos para esta leyenda, asi se van presentando y por nada de este mundo trastornaremos el orden con que en ellos se ofrecen á nuestra investigacion los acontecimientos.

Y abandonando á Blas en aquel estado lamentable, al caballero que en la puerta de la casa de Pascual en buena ó malhora llamase, preso con su escudero Hernan; y dejando los sucesos políticos en tan crítica situacion, volvamos desandando camino en busca de nuestra sencilla casita y de sus honrados moradores.

CAPITULO XII

En todo el contorno que la casa del padre de María cercaba, no había otra conversacion que la aventura del arriero de Blas. Quiso lo atribuir á falta de amor á la muchacha, quise á vanidad y ambicion desmedida.

Unos augurabanle gran porvenir; sostenian otros que en mal punto se había entremetido para llegar á feliz cima.

Mediaba un dia de abril, el mismo capelmente que se cedió al de la accion que acabamos de presentar...

María está distribuyendo á los labradores de su casa la racion que les corresponde.

—Habeis trabajado mucho y el dia no os ayuda—dijo

Por la Gra. Vnida de C. y E. hijos
 Eduardo Irujo y Añedo

CAPÍTULO XII.

De cómo puede suceder en un día lo que en un año no sucede.

En todo el contorno que la casa del padre de Maria cercaba, no habia otra conversacion que la aventura del arriesgado Blas. Quién lo atribuia á falta de amor á la muchacha, quién á vanidad y ambicion desmedida.

Unos augurábanle gran porvenir; sostenian otros que en mal punto se habia entremetido para llegar á feliz cima.

Mediaba un dia de abril, el mismo cabalmente que sucedió al de la accion que acabamos de presenciar...

Maria está distribuyendo á los labradores de su casa la racion que les corresponde.

—Habeis trabajado mucho y el dia no os ayuda—dijo con candoroso acento la doncella.

—Pero ayuda á la tierra con la lluvia que viene á darnos esperanzas—respondió uno de los que allí se hallaban batiendo ya las mandíbulas.

—No habeis observado una cosa que á mi no se me ha pasado por alto—interrumpió otro con una franqueza que nos dá á conocer á cierto personaje á quien hemos podido ver y oir en estos campos.

—¿Qué es... qué es?
—Que el dia está nublado como los ojos de esa niña.

—Que cosas tiene el *Chato*—replicó el que preguntaba, al oir la contestacion.

Y el *Chato* estaba allí: que habia ido á prestar sus servicios á Pascual porque necesitaba mas brazos para el cultivo de la tierra.

Siempre risueño y decididor, con sus diminutos ojos contemplaba á la triste Maria.

—Claro está—continuó, mirándola de hito en hito—como que falta el sol para su cielo; pero mal año si no le vemos entrar pronto de vuelta de su guerrera expedicion. Magdalena, la madre del consabido enamorado viajero, tambien anda que bebe los vientos por saber algo de Blas... y yo podré deciros que creo que ha de volver como se fué y sin ganas de viajar de nuevo. Por el trago que sorbo os juro que quisiera verle entrar por esa puerta triunfante como Pelayo y echándonos cada párrafo de guerras como una cuaresma.

Maria miraba á la puerta y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No llores, Maria, no llores: te lo pido por el amor que tienes á tu Blas...

—Si no hay por qué. A estas horas ó estará tal vez lidiando como un valiente y tu recuerdo le dará más bravura que la del Cid ó si descansa en el duro suelo del campamento, invocará tu nombre como un consuelo para sus fatigas.

—¿Y si le hieren?... y si le matan?...

—¿Quien piensa en eso?... —

El *Chato* al pronunciar estas palabras se estremeció aunque aparentando serenidad y calma.

—El ha ido á defendernos—continuó con acento firme—si señora; yo he oido hablar á Hernan, aquel jóven en cuya compañía marchó, y sé que defiende una causa justa. Por que habeis de saber que maldecidos estrangeros invaden nuestras tierras y quieren arrebatarlos lo que es nuestro.....

Y mañana vendrán al honrado Pascual y á mi amo, el tio Andrés, y les sacarán más sisas para medrar ellos, no más que para sus bolsillos... Pues bien, eso es lo que no quieren nuestro defensores...

—¿Qué vivan!! —gritaron los infelices labriegos entusiasmados, levantándose de la mesa á cuyo alrededor comian.

Muchos hubo que sintieron nacer el fervoroso deseo de partir en su busca.

Volviéron á sentarse, deseando mucha suerte á los Comuneros, tal vez en el mismo dia en que la *justicia* de los vencedores daba su inapelable sentencia para los vencidos.

Si vierais continuaba el *Chato*—cómo el jóven de que os he hablado se enardecia al tratar de este asunto, hubierais cogido el azadon y la hoz y echado los hubierais para seguir el escape de su caballo... Yo de mí sé deciros que si no me tirara tanto la tierra en donde nací, y no tuviera que arreglar ciertas cuentas pendientes, en un santi-amen hacia mi lio, que bien poco me cuesta, y... adios... labranza... pero ya sé vé, á uno le dejan encargos los que se van; y no depende uno de si mismo...y... vamos: que le tiene uno cierto apego á esta manera de vivir...

Con qué atencion le escuchaban todos como á un oráculo.

Y cómo se enorgullecia él de aquella deferencia...

—¿Sabeis quien es el que va en contra nuestra?

—Quién... quién... —

—Pues nada menos que el señor conde de Haro y todos los nobles que tienen castillos y fortalezas...

—¿Y cuando han querido bien ellos al pobre sino para hacerle morder la tierra?—murmuraba alguno de los que habian sufrido los desaguizados de los señores de Horca y Chichillo.

—No: pues yo os aseguro que si fuera rey algun dia—esclamaba muy satisfecho el *Chato*—habia de arreglar las cosas de modo que no me levantase el grito ninguno de esos halcones encastillados. Pues no faltaba mas sino que vinieran á ponerme la ley... Harto habian ellos de respetar la mia, porque lo contrario supiéales á desnucamiento...

—Je, je... no haria mal rey el *Chato*—decia chanceándose uno de los mozos.

—A fé á fé, que no lo pasaríamos mal nosotros—murmuraba otro con la cuchara en la boca.

—No tendrias entonces en tus dientes ese pedazo de pan; que bueno y asaz blanco le comerias, tragon sin tasa...

—Y qué me harias á mí?—preguntó un chicuelo, saltando delante del *Chato* que se reia á más y mejor.

—¿A tí?... ¿á tí?... Señor guardian de todos los frutales del reino.

—Bueno, bueno—gritó el muchacho saltando y mordiendo una camuesa con mas apetito que todos juntos—qué rico estaré entonces... Ah! tendremos guerras, muchas guerras tambien; yo quiero ser como Blas: montar á caballo y andar á matar moros...

—Qué moros, hombre, cristianos peores aun que ellos.

—Pues lo mismo es.

La respuesta arrancó una carcajada estrepitosa en aquella reunion.

Solo Maria se quedó mirando con tristeza al niño.

Levantado el rústico mantel, dejaron su asiento los campesinos y se dispusieron para el trabajo.

16
Por la Gr^a Viuda de C. G. e hijos
Edmundo Cruz y Acevedo



Una pobre mujer con dos niños en brazos acostumbraba á llegar á aquellas horas á la puerta, pidiendo limosna.

Maria, como de costumbre, la hizo entrar.

La mendiga bendijo el pan que las cándidas manos de la doncella la daban, y besando á sus hijos, dijoles con maternal dulzura:—Benedicid al alma caritativa que os da el sustento.

Los niños miraban al cielo y murmuraban con su acento candoroso:—Dios te dé su bendicion, Maria.

Ella entonces los besaba con frenesí.

Los aldeanos atónitos contemplaban aquel cuadro; y unos enjugaban sus humedecidos ojos, y otros decían enternecidos:—Los ángeles deben cantar su virtud desde la gloria.

Y el *Chato* sin poder articular palabra, exclamaba con entusiasmo dirigiéndose á Pascual que gozaba con indefinible placer:—Hijas como esa son la recompensa de los buenos padres.

Aquella misma tarde y á la caída del sol, acaeció un hecho que no debemos pasar por alto en atencion á lo mucho que impresionó á todos cuantos lo presenciaron, y por la sencillísima razon de que apareceríamos descuidados é inactivos si de él no diesemos cuenta.

A la puerta de la misma casa de Pascual se había sentado, sin fuerzas ya, un infeliz cuyo traje hecho girones, cuyo rostro macilento y abatido y cuyas manos manchadas por algunas gotas de sangre, indicaban mil desgraciadas circunstancias que á lástima y compasion movian.

Maria habia salido á recorrer con su anciano padre aquellos campos y nada sabia de lo que en su casa estaba aconteciendo.

El *Chato* y sus camaradas diéronse á correr hácia la casa y aun poco les parecia lo extraordinario de la carrera.

Rodearon al desfallecido jóven, prodigándole toda clase de atenciones.

La señal de los Comuneros —dijo el *Chato* señalando el lazo que llevaba en su ropaje aquel hombre.

El muchacho á quien antes hemos visto, disparado con la velocidad de una centella, corrió en busca de los dueños de la casa.

Juana que estaba por allá dentro salió presurosa y con voz trémula hizo que entraran á aquel desgraciado.

—En casa hay un soldado—gritó el chico saliendo al encuentro á Maria y á su padre.

—¡Un soldado!—esclamó Pascual con asombro.

—Y lleva sangre en los vestidos... y viene de donde... Blas...

Maria no supo contenerse; y corrió desolada; pálido el rostro y sin poder respirar siquiera...

Aquellas confusas palabras dejáronla sin aliento.

Cuán tristes ideas se atropellaron en su mente durante el corto camino que hasta llegar á su casa anduvo.

Alguna de nuestras jóvenes lectoras colóquese en las circunstancias que á Maria rodeaban, ó recuerde si en iguales ó parecidas se ha visto, y díganos si posible es describir la angustiada situacion de aquella alma al oír las ininteligibles palabras que á ella le parecerian la noticia de que Blas habia llegado herido mortalmente y estaba espirando; lo menos, bajo el techo mismo que presenciara tan dulcísimas escenas de amor.

Llegó, pues, mucho antes que su padre: miró con ojos desencajados al herido y no vió en él á Blas.

—¿Está herido?...—preguntó sin descansar, pero algo mas sosegada aunque no tranquila, por que era imposible ante aquel espectáculo.

—En la mano únicamente —respondió el *Chato*.—Pero se conoce que le han perseguido con insistencia y que ha corrido mucho.

—El jóven hizo una señal afirmativa.

—Mas pareceme reconocer en esa cara... no me engaño, no...—repetía el *Chato* observando detenidamente al herido.
—Alguno de vosotros se acuerda de haber visto aquí esa fisonomía?... Venid, venid acá señor Pascual, mirad á ese jóven.

Pascual que entonces llegaba al mismo sitio observó con tristeza aquel semblante...

—Vuestro nombre...

—Pablo...

—Pablico el hijo de Anton el Romo—esclamó Juana haciendo aspavientos.

Maria y los concurrentes le miraron con mucha atención.

El *Chato* con satisfecha gravedad se dirigia á todos, diciendo—¿no veis lo que yo decia?... pues... pocas veces engañarme suelo. Este es el chico de Anton, que á la muerte de sus padres salió de su casa para andar corriendo aventuras, y miradle ahí cómo vuelve á su nido mas fuerte que una roca.

—Sí, sí: no os acerqueis mucho á él. Ave-Maria Purísima... ese es el que hechizó á la pobre Andrea—murmuró Juana.—

Los campesinos ensacharon el círculo y como temerosos retrocedieron.

Pablo miró con estrañeza á Juana y á los que de su presencia huir querian.

—Eh... qué cosas os cuenta el diablo buena vieja: á fé de *Chato* que eso que decís solo os lo ha contado Luzbel en los ratos de charla y plática sabrosa que con él tendreis nocturnamente.

—¿Andrea?... ¿qué habeis dicho de Andrea?—preguntó Pablo con interés.

—Que se ha vuelto loca.

—¡¡Loca!!

—Y á vos se atribuye la causa.

—A mi?... Pobre Andrea... bien sabe ella que no... Loca, loca... Y he llegado, Dios mio, al hogar donde nací para ver quizás arrodillada ante la sepultura de mis padres á esa infeliz criatura invocando su nombre.

—Yo os juro—esclamó levantándose del asiento en que se hallaba—por la salvacion de mi alma, que cuanto se dice contra mí en ese desgraciado suceso, es falso.

Ante aquel juramento, que tanto era de respetar para aquellas sencillas gentes, inclinaron todos la cabeza y se persuadieron de la inocencia de Pablo.

Era solemne, en verdad, la escena en que el jóven erguida la frente tostada por el sol de las batallas, y con la mano ensangrentada y hecho girones el empolvado traje, levantaba su voz entre aquel grupo de infelices labradores con la energia que sus cansadas fuerzas permitirlo pudieran.

Pascual le abrazó con ternura, suplicándole que diera á su espíritu la calma que tan necesaria le era en aquella ocasion.

Después de algunos instantes comenzaron las preguntas de todos, inclusa Maria, que con intranquila curiosidad le interrogaba.

—De dónde venís?

—De Villalar...

—Triunfaron los nuestros?—preguntó el Chato decidido y animoso.

—A Dios pluguiera.

—Nos han vencido?

—Sí, por desgracia.

Todos enmudecieron.

—Y Blas?... volvió á preguntar temblando como las hojas á impulsos del viento.

—Blas—murmuró Pablo sin saber cómo salir del apuro—

Blas...

—¿Le habeis visto?

*Por la Gra Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Lora y Acevedo*

—No temais, no temais por él... muchos han sido los desgraciados, pero...

—¡Ah!... La candorosa doncella cubrióse el rostro con las manos y con una rapidez indescribible dieron todos en preguntarle sin darle tiempo de atender á cada uno.

—Pero Blas...

—Que ha sido de él?

—Decid lo que sepais.

—Hablad... y mala hube descargue sobre los enemigos.

—Yo lo ví en lo mas intrincado de la pelea: le hirieron el caballo, cayó...

Maria inclinó su cabeza sobre el hombro de Juana.

—Voto á ños! que si me hubiera marchado con él allá donde corriera peligro, lanzado me hubiera... pero nada, nada...

—¿Y Hernan?... que hacia, qué hacia entonces?

—¿Quién es Hernan?

—El jóven que le acompaña tan valiente y apuesto.

—¡Ah!... con él estaba en lo más intrincado de la pelea... y sino ha ido á dar cuenta de su vida al Eterno, preso estará con su Señor.

—Con su señor?

—El valiente don Francisco Maldonado...

—Mala ha sido la suerte del desgraciado Blas... ¡Oh! si dado me fuera correr ahora y arrancarlos del peligro... Si con mi vida devolver pudiera á aquellos infelices la paz y el sosiego. Cuando lo sepan Magdalena y el tio Andrés! Callad todos, callad, y cuidado con que se escape ni una palabra siquiera. Yo tengo para mi—murmuró el *Chato* al oído de alguno de sus compañeros—que cuando este asi se espresa, acribillado el cuerpo de heridas ha quedado nuestro querido Blas en el campo de batalla... y... ahora vereis.

El *Chato* caló su sombrero hasta las cejas, frotose las manos con ánimo decidido.

—Señores: hasta el valle de Josafat, dijo con resolución.

Todos quedaron atónitos viéndole correr hacia la casa de Andrés.

Poco tardó en volver, y presentándose frente á la puerta, en medio del camino con un lio en el extremo del cayado que al hombro llevaba, exclamó con voz ahogada.

—Adios amigos míos... adios. No hay que temer nada por mí.

Todos salieron á la puerta asombrados al oír aquellas palabras.

—A donde vas?—le preguntaron.

A donde mi buena ó mala ventura me conduzca.

—¿Pero qué es esto?—le preguntó Pascual.

—Que ó encuentro á mis amigos, ó... Dios solamente sabe lo que soy capaz de hacer—y abrazó tiernamente al anciano.

Maria levantó los tristes ojos y le dió las gracias en aquella mirada.

—Ese atrevido vá á cometer alguna locura—decía Juana lloriqueando.

—Nada nada: venga un abrazo Gilote y tú Bato y tú y tú... y todos... Y á Gil en particular estuvo hablandole al oído un rato nada breve.

—No llores tú, chiquillo... que eres capaz de hacerme retroceder en mi pronta determinación.

Y el muchacho le tenia asidas las manos sin dejarle marchar.

—Vaya... vaya: pues no te vas: no te vás...

—Hombre si volveré pronto... y te traeré un caballo, un almete y una lanza.

—Si...

—Aunque con las lágrimas rodando por las mejillas, soltóle por fin las manos.

El Chato, aprovechando la ocasión, emprendió su camino entre los tiernos saludos de sus camaradas,

—Mirad—dijo Pascual—cuando ya habían perdido de vista al nuevo aventurero—mirad esas estrellas que ya anuncian la hora del Ave-María.— Entre algunas nubes que aquí y allí flotaban ligeras en el espacio se veía la constelación que el anciano indicaba.

Descubriose la cabeza imitándole los honrados campesinos y el soldado, que también se hallaba aun midiendo con los ojos la distancia que había entre el punto en donde ellos quedaban y aquel por donde había visto desaparecer al *Chato*.

—Porque Dios guíe sus pasos!—esclamó Pascual conmovido.

Y dejáronse oír aquellas oraciones que las auras de la noche llevaban al trono del Eterno entre las armonías de la naturaleza.

La luna había asomado por entre algunas transparentes nubecillas.

Y allá en un montecillo lejano vemos nosotros la figura de un hombre, con el sombrero en la mano, y arrodillado. tendiendo los brazos hacia la deliciosa llanura en donde se hallaban situadas las casitas de Pascual y de Andrés.

Era el *Chato* que quizás por última vez dirigía una mirada á aquellos campos en donde había nacido, en donde tenía concentradas todas sus aspiraciones.

La amistad que en su leal corazón había germinado era el móvil que le arrancaba tan impetuosamente de su hogar querido...

CAPITULO XIII.

En donde se empeora el asunto.

Pablo refirió cuantos azares en la guerra le habían ocurrido y cómo se vió precisado á huir despues de haberle ya contado entre los muertos. Hallábase ahora restablecido y vivia en la casa de Pascual.

María y Andrea se veian con mucha frecuencia.

Todas las tardecitas ó la una ó la otra se esperaban á la orilla del arroyo.

En vano los padres de la desgraciada loca se dirigian á ella para que fuese á vivir en su compañía.

En vano María le insinuaba á veces que volviera á ser el encanto y la delicia de sus padres.

Siempre contestaba que sus padres habian muerto de dolor.

Por la Gracia de C. y F. e hijos
 Eduardo Lirio y Acevedo

Una de tantas tardes, Pablo, rodeado de todos los labradores de la comarca, hallábase sentado bajo el umbral de la casa de María.

Esta y su anciano padre le miraban con una curiosidad indefinible.

—Pero habeis visto á Blas? le preguntaba afanosa con angustioso acento la hija de Pascual.

—Que si lo he visto?... Pues si íbamos en la misma fila. Con qué bravura, con qué aliento se arrojó al enemigo... Voto á mil culebriasas!.. El iba al lado mismo del porta-estandarte... Avanzaba decidido apenas el clarín sonaba... «Vamos, vamos á ellos» gritaba con esforzado ánimo...

Con su lanza enristre acometia á los contrarios abriendo plaza á donde quiera que llegaba. Más de tres veces le vi en grave peligro, corri hacia él y ya el jóven que le acompañaba ayundándole estába con sus fuerzas, que no son pocas.

El corazon de la infeliz Maria respiraba agitadamente.

Con los labios entreabiertos como si dieran paso á un eterno suspiro, escuchaba la triste narracion.

—Y despues... ¿y despues?—preguntaba sollozando.

—Vi que caia su caballo herido... y que luego se perdia en un grupo de caballeros...

—Ay... ¡Dios mio! Yo no puedo más, es imposible sufrir tanto... dame fuerzas, Señor...

—A mí me acometieron enseguida con violento empuje tres hombres de armas, y me senti herido en un costado y en la mano derecha... No volví á ver á mi camarada...

Y todos miraron en seguida aquella mano.

—Nuestro capitan don Francisco Maldonado fué hecho prisionero.

—El que estuvo en esta casa con Hernan—dijo afirmativamente el padre de Maria...

—Desgraciado tambien...

—Todos lo hemos sido Maria, todos... y ahora, amigos,

dominarán en nuestra patria los extranjeros... y todos los tributos serán para sus señorías.

—Eso, eso nos decía el *Chato*... el otro día.

—Pobre *Chato*... que bueno es; qué bueno es —repitió Pablo.

Los campesinos se despidieron hasta el día siguiente y al marcharse quedaron algunos sorprendidos al ver á la loca.

—Maria... mira la loca que ya te espera —esclamó uno de ellos.

Pablo quedó estupefacto al oír aquellas palabras; dió un paso hácia delante, se abrieron desmesuradamente sus ojos, y no pudo terminar el nombre de Andrea porque la voz quedó ahogada en su garganta.

La veía por primera vez despues de su larga ausencia.

Cuantas veces habia salido Maria á-buscarla, nada le habia dicho á Pablo por no causarle la dolorosa emocion que ahora experimentaba.

—Dejadme, dejadme: ahora pueden mis fuerzas soportar los dolores del alma.

—No, hijo mio, no; por ella debes retroceder. Quién sabe si la impresion la mataria...

Maria corrió á abrazarla.

—Andrea... Andrea...

—Ah... ¿eres tú?...

—No te dije ayer tarde que te habias de alegrar mucho?

—Alegrías... yo siempre estoy alegre... ¿no vés cómo me rio?...

Y una carcajada histérica sucedió á sus palabras.

—Pues... mira... ¿á que no aciertas de lo que voy á hablar-te?

—De él, claro está, de él, que no volverá nunca... nunca... nunca...

Cruzó las manos y miró al cielo.

—Pablo...

—Yo no te he dicho ese nombre... yo no lo he pronunciado jamás... Ven, ven aquí, que no nos oigan...

Y con mucho silencio, llevando el dedo á los labios para indicarlo, la cojió por la mano y la llevó á los piés de un árbol frondoso que á orillas del arroyo desplegaba su verde ramaje...

—Ha estado en la guerra—prorrumpió entonces María.

—Quién?

—El...

—Tu amante...? tienes tú tambien quien te ame... todo el mundo debe amarte...

—No, vida mía, no... Pablo ha estado en la guerra...

—Y le han muerto, muerto... ay... le han muerto como á mí... todos están muertos... mis padres... Morir... en la guerra... pero porqué, Señor, porqué?

Y suspirando angustiosamente rompió en abundantes lágrimas.

—Verias tu á Pablo?

—Sí, le estoy viendo.

—En dónde?

—Míralo... donde están mis padres, en el cielo...

—De pronto una voz trémula y sofocada gritó «Andrea.»

—Ay... respondió ella con intenso dolor...

María quedó sobrecojida por el asombro.

—«Andrea»—volvió á decir la voz.

Y ella estrechó con fuerza las manos de María: quedó contemplándola embebecida y prestando oído á aquella voz que se acercaba cada vez mas.

Parecia que herian su corazon tales acentos.

—Tranquilízate—dijo María recibiendo un abrazo de la infortunada Andrea y besándola en la frente...

—Tengo miedo de mirar hácia allí...—y señalaba el punto por donde la voz se dejaba oír cada vez mas cerca.

Por fin un ay más intenso que los anteriores se escapó de lo mas recóndito de su corazon.

Aquel quejido parecia haber agotado sus fuerzas.

Cayó sin sentido, y Maria colocó sobre sus rodillas la cabeza de la loca.

Habia visto á Pablo que sin poder contenerse corrió pronunciando su nombre hasta el sitio en que se hallaba...

—Llegado allí, á sus ojos se presentó aquel cuadro de amargura que conmoviera al corazon mas empedernido.

Arrodillose ante aquellos dos ángeles y estampó mil besos en las frias manos de Andrea cuyos ojos vidriosos y sin expresion y cuyo rostro pálido y lábios cárdenos encerraban todos los indicios de la muerte.

Erizada la hermosa cabellera esparcida por la falda de Maria, tendidos los brazos y con fatigada respiracion, hubiérase dicho que habian llegado los ultimos instantes de la desgraciada criatura.

A los gritos de Pablo que llamaba á todos cuantos atravesaban las veredas y el camino, acudieron muchos moradores de aquellas casas de campo y trasladaron á la de sus padres á la desventurada Andrea...

Triste es la situacion y angustiosa por demás, pero dejarla nos toca por que llama nuestra atencion otra parte de esta historia no menos interesante que la que hemos presenciado.

Por la Gr^a Viuda de C. y hijos
Serafín Cruz y Alvedo

CAPITULO XIV.

Extraordinarios sucesos que engranan con el principal.

En la plaza de Villalar se está realizando un drama sangriento...

Reusamos de buen grado entrar con nuestros lectores á presenciar tan horroroso cuadro.

La muerte se cernia con todos sus espantosos preparativos sobre un cadalso.

En aquel cadalso iban á ser sacrificados tres valientes.

Tiembla nuestra mano y se estremece nuestro corazon al evocar la funesta idea de tan terrible acontecimiento.

El emperador Carlos V imaginaba sofocar en aquel cadalso el sacrosanto grito de libertad.

Y las generaciones que les sucedieron han probado cuan imposible era su descabellada tentativa...

En nuestros dias un artista de genio ha trasladado al lienzo aquel glorioso martirio, con toda la inspiracion que al arte pueden prestar esos hechos que pasan á la historia envueltos en la brillante aureola del amor patrio.

Pero nosotros apartamos la vista horrorizados con los efectos de la iracunda saña del vencedor.

Y pasamos á Salamanca en donde nos esperan notables acontecimientos que vienen á formar parte de algun interés en la presente leyenda.

La casa que habitaba el marqués de Astorga con su familia y en donde estaba antes de partir á la guerra cómo de incógnito, vá á ser nuestro paradero.

Acaba de salir por una de las puertas principales y allá al anochecer el paje que en otra ocasion hemos visto en la misma casa.

El paso que lleva nos indica que algun asunto de importancia y que gran prisa corre, le hace caminar tan lijero.

Vá entonando á media voz un himno marcial y con seductora gracia imitando el sonar de los clarines y el acompasado ruido de los atambores.

Marchando vá al compás de la música con que ameniza su caminata.

Una sombra negra se adelanta hácia él...

—Vaya!! aventura se nos cae del cielo. Párome y espero...

—Chis... chis...

—Qué significa llamarme con tal misterio?

El pagecillo queria aparentar serenidad, pero es el caso que las piernas le temblaban soberanamente.

La noche entrando, las calles á oscuras y una sombra negra, no indicaban para él cosa de este mundo.

—Rapazuelo... veníos acá, no hayais temor á cosa ninguna.

—Yo...—dijo al ver, á la luz que de una reja salía, el sem-

blante de una vieja muy cubierta con la toca y el manto.

—Dueñas, tenemos?

—Que quisieran serlo tuyas para dorarte el pico.

—Diga mucho en poquisimas palabras, que no estoy para cuentos ni consejos.

—A donde vais?

—En busca del doctor.

—Del doctor!

—No sabeis que en casa tenemos un herido?

—A eso venia á ver si por alguna de las muchachas que acompañan á doña Isabel la hermana de D. Diego, ó por cualquiera de los servidores que á esta hora salir suelen á sus recados, enterarme podria de quien es y quien le habia traído.

—Es un hombre: le ha traído su buena ó mala estrella.

—Eh... parlanchin sempiterno, dime si vino D. Diego.

—Y qué os interesa á vos buena vieja?..

—Si, soy Martina... Mal pecado si conocido me habias!..

—Pues vaya una estantigua que al encuentro me sale. No ha venido... y decid á vuestra señora, que no le espere porque largo tiempo á de correr por esos mundos.

—Y de mi señor... qué sabes...

—Nada bueno. Quiera Dios que no tengais que sentir.

—Ay!! Purísima Virgen!.. á tantos males añadir este... vamos no es para sufrido... lo que nos vá á suceder...

—Pero dejadme, que corre gran priesa mi encargo...

—Os acompaño.

—Brava compañía me depara el diablo.

Y empezaron á atravesar las tortuosas callejuelas: y harto y muy harto de preguntas quedó el buen paje acosado á diestro y siniestro por la curiosa Martina.

—Y de bodas en vuestra casa?

—Creo que las tendremos, pese á mi señor don Diego, tan pronto como de vuelta se halle... Yo lo siento, más que

si á mí me sucediera, porque con tanto como dicen que está enamorado de doña Inés y tan luengos años como van esos amoríos, mil ilusiones perdidas han de verse y mil ensueños sin realizar...

—Y no es eso lo peor... sino que...

—Vamos, qué?

La curiosidad del paje iba despertándose cada vez más.

—Si me ofrecieras callarlo?

—Como en pozo cerrado echábais el secreto.

—Pues cuidad lo que haceis, alma mía, ó no os lo digo...

—Acabad, que vuelan los instantes...

—Pues, hijo mío, están casados y un ministro del Señor les dió la bendición.

—Aprieta con lo que sale de cabildo...

—Es que hay más...

—Aun ha de tronar más recio?

—Es que allá por los primeros años de sus amores hubo fruto de bendición.

—San Pedro, san Pablo y todos los santos me acudan en este trance—dijo llevándose las manos á la cabeza el gracioso pajecillo...

—Anda, anda, que no es nada lo que arrecia el temporal...

—Te pasmas, angelito de mi vida, pues mucho has de hacer tú por ellos...

—Y vaya que si haré; pues soy pintadito para eso de estorbar voluntades de padres que á la razón no atienden... y que al punto nos salen con los títulos... Malhaya amen el orgullo y la soberbia...

—Bien, bravo mozo, bien—repetía Martina dando palmaditas en el hombro á Rodrigo.

Separáronse en cuanto este dió dos golpes en una puerta.

Ya tenemos uno más—iba diciendo Martina para su manto.

*Por la Grta Unida de C. 18. y e hijos
Eduardo Cruz y Acuña*

—Apenas hay lio en el asunto. Qué Alejandro cortará este nudo Gordiano?

Oh... pues como yo pueda resolverlo... Aquí de tus manías, Rodrigo... bien sabes que para estas cosas vales tanto como el primero... Pero, señor, si el negocio es fácil: lo revelo todo... y santas pascuas...

En este punto de meditacion estaba el paje cuando abrieron la puerta; y nosotros volveremos á ver al enfermo antes que el doctor lo haga; que mientras se dispone á salir ya tardará una buena pieza...

En una de las habitaciones mas retiradas de la casa, sencillamente amueblada y dispuesta, y en un magnifico lecho cubierto de riquísimo damasco amarillo, un jóven pálido y macilento descansa apoyando su cabeza en mullidos almohadones.

Próximo á la cabecera y sentada en elegante sillón vése á los resplandores de una lámpara de plata, la esbelta figura de una hermosísima muger que apoya su cabeza en una de sus manos.

Negros ojos que al mirar alcanzan al corazón de quien miran, labios ligeramente sonrosados y una espresion enérgica y expansiva admirábanse en aquella dama.

Su tocado con natural descuido embellecía la arrogancia de su figura.

Era uno de esos tipos que la raza árabe ha dejado entre nosotros, y que aparece en algunas mugeres del mediodía.

Sin cesar dirijia sus miradas al lecho con melancólica impresion.

Volvia la cabeza hácia la puerta con interés indefinible y prestaba atento oído á la respiracion del enfermo.

Algunas doncellas habia en un rincón de la estancia ocupadas en deshacer el tegido de un blanco lienzo...

La calentura dominaba aquella noche al jóven que en el lecho yacia postrado.

Oyéronse algunas palabras de las que pronunciaba en su delirio.

Y no bien llegaron hasta los oídos de la hermosa dama, levantose rápidamente, corrió las cortinas y escuchó como si de ellas pendiese la realización de alguno de sus ensueños de oro.

—Siempre... y no volveré... mis padres... Maria...

—Quién será esa muger...de quien será ese nombre?...— repetía doña Isabel, pues no es otra la dama en cuya presencia nos hallamos sin que ella se haya apercibido...

La hermana de don Diego Ossorio estaba pronunciando las mismas palabras que el pobre herido.

—Blas...—esclamó por fin doña Isabel, despues de luchar con mil ideas encontradas y respondiendo solo á la voz del sentimiento...

—Libertad, libertad para Castilla...—fueron las palabras que contestó el aldeano á quien ya tenemos aquí hace lo menos un mes y cuya curacion interesa sobre manera á cuantos le vieron conducir. El maestresala del marqués traía el encargo especial de don Diego para que le cuidasen como á su persona, porque un valiente como aquel, eso y mucho más merecia; y sus órdenes se han cumplido tan al pie de la letra, que su propia hermana se ha constituido en la enfermera más solícita que pudiera haber encontrado.

Las jóvenes de su servidumbre se admiraban de tanto desvelo, aunque no era de estrañar en ella cuyo corazon leal y generoso, cuya virtud nunca desmentida la impulsaba siempre á obrar como en la ocasion presente.

—Ese doctor... ¿No enviásteis á Rodrigo en su busca?

—Ha tiempo que ha salido, señora—respondió la confidente de doña Isabel, la linda Célia envidiada por todas sus compañeras.

—Creo que se agrava la calentura: su respiracion es mas débil.

Y decia esto con trémulo acento, convulsos los labios y agitado el corazon.

Momentos de impaciencia, momentos en los cuales se vive un año y el alma zozobran y conturbada manifiesta por los ojos su triste situacion eran para doña Isabel aquellos. Parecia que los latidos de su corazon respondian á los desiguales latidos del corazon de Blas.

Una simpatía, que ya pudiera traducirse por amor, despertábase en el alma de doña Isabel.

Oh! si entonces hubiera podido sofocarla, cuántas amargas horas se habria evitado, como hubiera conjurado la tormenta que amenazaba ya destruir con sus sombras las ilusiones que entonces crecian al blando y suave arrullo de la caridad...

La compasion, empezando á germinar en el alma de aquella muger, degeneró en apasionado sentimiento.

Continuamente recibiendo los suspiros de aquel jóven que por una rara coincidencia llegaba hasta las puertas de su casa con el precedente de su valor y natural bravura: sin cesar escuchando su voz simpática y dulce: viendo aquellas miradas de gratitud con que correspondia á los solícitos cuidados que se le prodigaban; todas esas circunstancias que en una alma deseosa de amor, pero un amor así debido á desgraciados sucesos, egercen una impresion profunda, intensa, indestructible se reunian para despertar en su pecho los impulsos de una pasion eterna.

Doña Isabel no habia amado jamás. Temia que llegase el instante fatal, comprendia que su vida se habia de concentrar en el objeto amado, con una pasion desenfrenada, de irresistible influjo... Que su espíritu se exhalaría en suspiros de amor para confundirse con el de su amante.

A su pesar, habia llegado la hora de la lucha. En sus ojos veíase reflejado ese sublime sentimiento que les dá más

vida, mayor animacion. La continua inquietud, la zozobra eterna en que su espíritu flotaba denunciaban á voces los efectos de una pasion como podria sentirla ella y nada más que ella.

Llegó el doctor, por fin, con su negro trage y su grave continente, embutida su cabeza en la gorguera y dándose la importancia facultativa que su carácter le imprimia.

Con paso lento y ademán imponente, adelantóse hácia la cama.

Todos le observaron con afán.

Doña Isabel le miraba como una muger enamorada mira cuando en los ojos del doctor va á leer una cruel revelacion que acabe con sus esperanzas ó una palabra que dé aliento á sus marchitas ilusiones...

—Señora, podeis retiraros—dijo con voz muy baja el doctor.

Un suspiro respondió á la indicacion y una mirada de amor al herido.

—Que vengan vuestros servidores y vos dejad esta estancia. Hay gravísimo peligro en esta noche.

—No, no le abandoneis, doctor.

—¿Quereis presenciar su muerte?

—¡Ah! callad: eso no es posible.

—El estado en que se halla no hace esperar otra cosa. Seria muy doloroso para vos, y no debeis permanecer aquí más tiempo: os lo exijo por lo que más ameis en este mundo.

No hubo fuerzas humanas que biciesen pasar á doña Isabel del dintel de la puerta que daba entrada á la habitacion.

Descorrió el doctor las cortinas del lecho: estuvo algun tiempo observando y á poco salió manifestando en su rostro la desconfianza y el disgusto.

—¿Qué me decis?—preguntó doña Isabel con viva ansiedad.

*Por la Gta Vnda de C. f. i. hijos
Eduardo. Cruz y Arvedo*

—Más aun que antes.

La desventurada hija del de Astorga, ya sin fuerzas, fué conducida á su aposento.

El doctor se habia sentado á la cabecera de la cama del herido.

Crecia su inquietud...

Blas estaba sin duda en los últimos instantes.

—Señora, podes retiraros—dijo con voz muy baja el doctor.
La suagris respondió á la indicacion y una mirada de amor al herido.
—Que vengas á nuestros servicios y vos dejad esta casa—dijo gravemente el doctor en esta noche.
—No, no—dijo la suagris.
—Queréis permanecer en vuestra casa?—dijo el doctor.
—No, no es posible—dijo la suagris.
—El estado en que se halla no hace esperar otra cosa—dijo el doctor.
—Muy doloroso para vos, y no debéis permanecer aquí más tiempo: os lo exijo por lo que más améis en este mundo.
—No hubo fuerzas humanas que pudiesen pasar á donña Isabel del hotel de la puerta que daba entrada á la habilitacion.
Después el doctor las cortinas del lecho: estuvo algun tiempo observando y á poco salió manifestando en su rostro la desconfianza y el disgusto.
—¿Qué me decís?—preguntó donña Isabel con viva ansiedad.

CAPÍTULO XV.

Cuyo final es un beso.

Un tropel inmenso de criados, pajes, y escuderos se ajita en continuo movimiento en la parte interior de casa del de Astorga.

No debe ser poco grave el suceso que tal confusion origina.

Aquí y allí, en el salon y en la sala de armas son muchos los preparativos.

Háblanse al pasar los escuderos rápidamente.

—¿Qué ocurre?—preguntaba el pajecillo hablador á Celia.

—¿No lo sabe el curioso diablillo?

—De más curiosa das tu prueba, con saberlo antes.

—¿No habeis oido el galopar de ese caballo que de llegar

acaba y no veis en el patio el grupo que se ha formado en poco tiempo al rededor del ginete? No veis el patio cuan lleno de las gentes de casa está. No teneis ojos para ver el color de la librea de aquel emisario.

Y Célia desde una galeria alta de la casa señalaba al patio...

El paje empezó á dar palmadas en señal de júbilo, sorprendido por aquel espectáculo que ante sus ojos tenia, y se dió á correr con tal precipitacion y ligereza tanta que saltaba los escalones de dos en dos.

Llegado al patio formó parte del inmenso grupo que rodeaba al emisario.

—¿Y el herido? —le preguntaron algunos de los que lo componian.

—Cada vez peor... ¿Pero decidme que significa esto?

—Que hoy llegan S. S. el ilustre Marqués y don Diego con todo el acompañamiento.

—Hoy empieza la noble defensa de una justa causa —murmuró para sí Rodrigo.

—Oid, oid lo que nos dice el buen Maestresala...

—Señores: no es posible que pueda yo daros una idea exacta de nuestra triunfal entrada en Valladolid... Figuraos á nuestros nobles señores ataviados con sus mas ricas preseas: aquellas hermosas plumas ondeando al viento: las banderas desplegadas, el oro y la plata brillando á los rayos del sol, los caballos briosos y soberbios con sus riquísimos penachos de colores, los clarines y atabales, la salva de mosqueteria atronando las calles, las campanas volteando sonoras: las armas refliegando tambien la luz del sol; el ruido del hierro y del acero que producian las espadas al chocar con las armaduras de los encubertados; la grana, el azul, el verde los distintos colores que alli se reunian, todo aquel conjunto de magnifica ostentacion que llevábamos por las calles con alarde

victorioso formaba el cuadro más brillante que podais imaginaros.

—Y el pueblo al ver aquello, os victorearia despues de haber sido vuestro enemigo mortal?

—Nada de eso, querido y nunca bien ponderado Rodri-guillo; las ventanas cerradas, las calles desiertas de pueblo, los moradores retirándose á sus casas y el silencio más pro-fundo por su parte...

—Yo hubiera hecho lo mismo; tenian razon.

—O no la tenian, impertinente chiquillo. ¿Pues qué no era nada la victoria que habiamos conseguido: no haciamos mu-cho con entrar sin hacer daño y sin más justicias, que doce designados para escarmiento?

Pláceme muy poco que así con tan importuna charla, deis muestras de no ser para vos digno de acatamiento y gran-des manifestaciones de júbilo, ver entrar en pacífica comitiva las ilustres personas de SS. SS. los condes de Benavente y de Haro los de Castro y Oñate con sus bandas de caballos, so-brecubiertas las armas de grana bordada de oro. ¿Es nonada admirar la nobilísima figura de nuestro gran almirante, del adelantado su hermano y el conde de Osorno, de verde li-brea? ¿Paréceos cosa para no vista la gran comitiva de capi-tanes generales, maestros de campo del ejército con las ban-deras desplegadas y los caballeros de brocado vestidos. Oh.. bien probareis ser un necio malandrin si dáis vuestro asenti-miento á la conducta observada por el pueblo vallisoletano...

—Lo repito ahora y mil veces, aqui y en presencia de los nobles señores: no era para menos el retraimiento y sombría situacion de los pobres vencidos.

—Oh!! mil jaras contra vos, chicuelo maldecido;

—Nada de fieros señor, Maestresala; que responderos sa-brá, quien como yo os escucha con la sangre de sus venas hirviendo como un volcan.

Por la Gra. Rda de C. ¹⁹ G. e hijos
Eduardo Ruiz y Alvarado

Los que le oían en tal manera contestar, le miraban con asombro, aun cuando ya conocían su carácter.

—Habremos de llamar á la dueña que haga de sus brazos devanaderas mientras ella hace el ovillo.

—Pardiez!.. miserable zumbon, que no sé cómo esta daga no os ha dejado ya sin lengua... Porque en esta edad me veis, autorizado os pensais para el insulto y la chocarrería, pues alto, señor mio, alto: que poco me importaría acabar mis quince años castigando á un deslenguado sin honra...

Tomólo á risa el aludido y con sus carcajadas de tal modo irritó á nuestro atrevido paje, que ya daga en mano se lanzaba contra su enemigo, cuando un grito unánime y el haberle salido al paso algunos de sus camaradas le contuvo.

La presencia de doña Isabel en la galería alta; su imponente ademan y el sonido de un clarín que allá á lo lejos se oía, fueron parte para disolver el compacto grupo y llamar la atención de todos.

No á timbales callados, como se fueron, al sonido de la trompeta y atabales entraron en la ciudad el marqués de Astorga y su hijo con todo el séquito marcial.

De su casa á recibirle salieron montados en briosos caballos cuantos quedaron para su guardia.

Cambiáronse los saludos por ambas partes, formáronse los que salían, en dos filas y victorearon al Emperador y á los defensores de su bando.

No eran muchas las ventanas que se abrían para ver entrar á los próceres aguerridos, ni en gran número los que á la calle se lanzaban para admirar la triunfante entrada.

Prueba fiel del ningún partido que en aquel pueblo tenían los imperiales.

Las aguas del Tormes reflejaban los sonidos de los clarines. y solo la servidumbre del respetable marqués daba al

viento las aclamaciones de «victoria por el Emperador» que de cuando en cuando se oían...

Entre los pocos vecinos que asomaban su cabeza por los callejones del tránsito, uno dejábase notar por el interés con que miraba los semblantes de todos los caballeros, y una vieja que con ojos escudriñadores y calados los anteojos movía la cabeza en todas direcciones.

—Allí... allí... viene...

—¿A donde, Fortun?

—Mirad, buena Martina, allá en la cuarta fila de encubertados... veis las plumas verdes y blancas ondeando en la refulgente cimera?...

—Sí... sí... aquel es... Don Diego... Bendita sea la santísima virgen... y como brilla el oro en su traje de terciopelo verde.

—Ah... señor... señor...—gritaba sin poder contener su alegría la buena vieja y con la mano llamándole la atención.

—Ira de Dios... silencio descosedora de asuntos, que nada habeis de hacer en buen hora. No veis que os estais haciendo visible para todo el mundo? Muger habias de ser para venir á tiempo con vuestras cosas...

—Ya me callo, ya me callo: no hay razon ni motivo para exaltarse en tanto grado, irascible Fortun. Voy, voy como un rayo á dar las noticias á doña Inés.

—Eh... dueña, dueña, oid, oid acá—dijo Rodrigo apartándose de la comitiva y llamando á parte á Martina—me he escabullido para haceros sabedora de una nueva que os va á sorprender...

—Qué, qué es, pronto pronto...

Y llevándola á la entrada de una de las casas próximas le dijo el paje con grave seriedad:

—¿Sabeis qua vuestro amo?...

—¿Mi amo? don Francisco, el hermano de doña Inés...

—Si, si, acabad...

—Ya os podeis figurar: como era uno de los caudillos...

—Ay!!... la Magdalena nos proteja...

—Los gobernadores han hecho ajusticiar á muchos...

—Virgen de los desamparados... Clementísimo Dios...

ay... ay... yo no puedo... Fortun... Fortun...

—Callad... callad por Dios..—decia el pajecillo sumamente apurado...

Fortun llegó á los gritos y sollozos de Martina.

—¿Qué hay... qué ocurre?

—A nuestro amo y señor que...

—Vamos... qué?

—Que le han ajusticiado...

Una espresion de terror y de espanto se dejó ver en el rostro de Fortun.

—Ira del cielo!—esclamó llevándose las manos á la cabeza con frénetica saña, mezclada de las más profunda pena...

—Quién se lo dice á doña Inés...

—Dios mio... que sea una pesadilla lo que acabo de oir.

Rodrigo se arrepintió de haber dado ocasion á aquella escena y con las lágrimas en los ojos retiróse silencioso y abatido.

En tanto el de Astorga, sin descalzar el acicate, hacia encender luces en su oratorio y acompañado de su familia y de todos cuantos habian salido al campo de batalla y aun de los que no salieron, daba gracias á Dios por haber vuelto sano y salvo, concediendo la Providencia en sus inescrutables designios la victoria á las armas imperiales.

Lo primero que hizo don Diego, despues de recibir el abrazo de su hermana, fué preguntar por el herido, y cuando oyó decir que en tan mal estado se hallaba, exclamó en un arranque de espontaneidad.—Pésame en el alma, hermana mia, y mi sangre diera por salvar á ese valiente jóven. Si vieras, Isabel, con que bazarria se lanzó contra nosotros, cómo indefenso venia á recibir la muerte al hierro de mi lan-

za... ¡Cuál arrojo era el suyo al defenderse de las acometidas de los nuestros!...

—¿De veras?—dijo doña Isabel con dolorosa emocion y cómo convenciéndose con satisfaccion íntima de que era justo el sentimiento que le había inspirado...

—Pero ¡ay! no quedan esperanzas de salvarle...

Don Diego enmudeció despues de mirar á su hermana que hablaba suspirando tristemente...

—Terrible dia fué el de San Jorge para los valientes Comuneros. ¡Pobre Inés...!

—¿Qué sucede, Diego mio, á esa desgraciada muger?

—Que su hermano ha sido una de las víctimas que espíaron sus culpas en el rollo de Villalar...

—¡Cielos!... y la clemencia... la clemencia...

—No la ha habido para ellos...

—Esa sangre debe manchar la frente de los vencedores...

—Sí, hermana mia... la sangre vertida en aquel cadalso, es un borron que empañará el sol de gloria que asomó para nosotros el memorable día del triunfo.—Estas palabras pronunció don Diego profundamente afectado, y de repente con ansiedad inesplicable dijo:

—Vamos á ver al herido.

Cruzaron el estenso salon, atravesaron la crujia que daba paso al departamento en donde Blas se hallaba, y en llegando recorrieron las cortinas...

Los ojos de Blas miraban con asombro á los dos personajes.

Su semblante tenia mas animacion; á sus labios habia vuelto el color.

Parecia que en su naturaleza obraba una reaccion decisiva...

Llamaron al doctor que en la biblioteca se hallaba estudiando, y pronunció con satisfactorio acento estas palabras.

—Ya tiene vida.

*Por la Gr^a V^{da} de C. G. e Hijos
Eduardo Ruiz y Acedo*

Don Diego le abrazó con placentera emoción.

Doña Isabel dirigió una mirada al crucifijo que había colgado en la cabecera de la cama, y cruzando las manos exclamó sollozando de placer;

—¡Gracias, Dios bueno, gracias!...

Se retiraron por unos instantes.

Y la noche de aquel mismo día, Blas estrechaba cariñosamente á don Diego que le sostenía entre sus brazos, y estampaba un beso de veneración y respeto en la mano de doña Isabel.

Aquel beso fué como el rayo de sol que da la vida, la luz, los colores á la dormida flor que le espera desde que deja de sentir su influjo á la caída de la tarde.

Aquel beso era la primera ilusión realizada para el corazón de la enamorada doña Isabel.

CAPITULO XVI.

De cómo puede una dueña ser participe físicamente en los dolores ajenos.

Parece cosa imposible, ó al menos inverosímil, que de tal manera hayan ido eslabonándose los acontecimientos hasta llegar al punto en que se hallan en las actuales circunstancias.

Pero tales y semejantes por lo difíciles acaecen cada día en el mundo, y no hay mejor drama ni mas interesante novela que la vida real y efectiva de los que venimos á este valle asaz bien llamado de lágrimas.

Si pudiera reunirse circunstanciadamente la historia de algunas familias, poco habria de poner por su parte el que quisiera presentar una novela sembrada de poéticos cuadros, de escenas altamente dramáticas, de peripecias asombrosas, de caracteres variados y bien sostenidos.

Y tal vez todo aquello se creería parto fantástico de la imaginación de un poeta, siendo realidad indudable.

Continuemos nosotros narrando sin entrar echándola de filósofos impertinentes.

Quisiéramos haber hecho al lector tan nuestro amigo, que nos supiera dispensar esas ligeras escursiones que vienen á justificarnos en determinados casos.

Y desde ahora para cuando volvamos á necesitar su indulgencia, por cualquiera circunstancia, creemos contar con ella, y proseguiremos impertérritos el comenzado camino.

No queremos tomar parte en la tristísima escena en que la desconsolada Martina participaría á su señora el funesto acontecimiento que le dejaba sin el apoyo de su hermano.

Tampoco nos interesan gran cosa los tiernos diálogos de doña Inés y don Diego, que deberían tener por objeto sus continuos afanes de revelar al mundo el misterio de su enlace.

Todos sabemos lo que es una entrevista cómo la que sin duda tendrían despues de su regreso don Diego y su adorada esposa; pero con la circunstancia del amargo dolor que ella sentir debía por la terrible nueva que se le acababa de anunciar...

Libre y salvo su esposo, libre y salvo, pero su hermano sacrificado en el cadalso por los amigos de aquel...

—¡Ah! decia al terminar la entrevista doña Inés...—es mucha, muchísima mi amargura... Sola, sola ya en el mundo: tus padres me rechazan, llamaranme ahora la hermana del ajusticiado... ¡Oh! qué horror...

Y la infeliz cubria su rostro con las manos, en medio de dolorosos suspiros...—Todo, todo nos lo arrebató la desgracia ensañándose en esta pobre muger... Un hijo, que hoy sería mi vida, mi cielo, mi dulce esperanza;... la ferocidad de unos aventureros nos lo arranca para siempre... para siempre... Quizás le dejarían morir de hambre, yerto de frio habrá tal

vez perecido el hijo de mis entrañas... Diego, Diego, esto es morir desesperadamente... Y ahora, ¿crees que no lo sé? aun me aguardan más crueles martirios... aun he de ser víctima de más angustias...

—Habla... Inés...

—Tu padre se propone una cosa horrible, espantosa... no, no: es imposible; tu lo revelarás todo, aunque haya de temer yo, desgraciada de mí, su injusta ira... Tú dirás que me perteneces, que vives para mí: que un vínculo más sagrado que la nobleza de sus timbres nos enlaza ante Dios...

—Demasiado sabes, Inés, que tu amor ha sido y es mi vida: que seria imposible y hasta criminal seguir ocultando por más tiempo este secreto... No, esposa mia, no temas. Pronto á la faz del mundo pronunciar debemos el dulce nombre de esposos.

—¡Ah! Diego mio...

Y doña Inés no pudo continuar: cojió la mano de don Diego y la besó con frenética locura.

El hijo del de Astorga salia de aquella estancia profundamente conmovido.

Antes de llegar al dintel de la puerta, se paró contemplando al fulgor de una lamparilla que ardía sobre la mesa, el semblante de su esposa, que abatida y sin aliento habia quedado sentada sin fuerzas para seguirle á él.

Despues levantándose con un esfuerzo extraordinario exclamó:

—¿Por qué hemos de ser tan desgraciados?

Y don Diego que aun la contemplaba estático, no pudo reprimir la dolorosa impresion de aquellas palabras.

—Inés, ya hará Dios sonar para nosotros la hora de la felicidad.

Ten resignacion, calma tu pena, no desconfíes de la Providencia... va á llegar el dia de nuestra ventura.

Por la Gra Viuda de ²⁰ C. J. e hijos
Eduardo Larz y Acuña

—Así sea,—murmuró ella, cruzando las manos y dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Salió de aquella morada don Diego, como es de suponer, llena el alma de aflicción, y dominado por pensamientos que anonadaban su espíritu.

—Vamos, Fortun—dijo al hombre que le esperaba.

Las diez dejaba oír la campana de la Iglesia, cuando la sombra de don Diego se deslizaba por la portezuela que daba al campo. Y no faltó dueña curiosa, ó vecino entremetido, que no dijese para su sayo: —buenos andamos, honor... Cómo se conoce que vive la señora sin su pobrecito hermano, centinela de su honra...

A poco rato de haber trascurrido aquella nocturna despedida, un coro de voces chillonas y desentonadas, gritaba en las habitaciones interiores de la casa de Doña Inés Maldonado.

Los vecinos cerraron sus ventanas: las viejas apagaron su luz y rezaron: los curiosos entreabrían las puertas por si husmear podían lo que á aquellas horas acontecía. Entre los gritos oíase uno más agudo y penetrante, cómo de triste y plañidora queja. Sonaban golpes no muy suaves.

Algunos momentos cesó el ruido: óyese cerrar una ventana.

Voces ahogadas de «favor al Rey»... se escuchaban con ligeras interrupciones.

El quejido, prolongado...

La ronda se acercó á la parte que caía debajo de la ventana.

Y tal maña se dió para buscar á los culpables, si los hubiera, que no pudo averiguar lo mas mínimo.

Nosotros sin ser de la justicia. ni menos sus auxiliares, veamos si algo inquirimos del particular.

Doña Inés, sobresaltada, mira con espanto á todos lados: presta oído atento á cuanto se oye: observa, finge allá en

su acalorada fantasía, horrorosos sucesos; tiembla, y se estremece acongojada.

Para su alma siempre atribulada y temerosa, el más leve ruido era presajio de alguna calamidad.

Con desiguales pasos y sostenida por dos doncellas, subia las escaleras la buena Martina, más asustada que si algun aparecido la hubiese llegado á hablar en su lenguaje: en completo desorden las poquísimas canas que su cabeza cubrian, caida la toca y el manto como si no lo fuese...

—Ay... doña Inés... ay... Santa María Magdalena... —decia con voz lastimosa.

—Qué es eso! qué os pasa?...

—Señora... Señora... que me han muerto.

—Quién?...

—Esos bribones sin ley ni Dios; esos malandrines desvergonzados.

—Vamos, sosegaos.

Martina sorbió ajitada el vaso de agua que doña Inés la sirvió.

—Ay!!... ya no sé como tengo fuerzas para hablar.

—Pero qué es?... —preguntaba con sobresalto doña Inés al verla tan quejumbrosa.

—Y no habrá en el Santo Oficio un lugar destinado para esos malnacidos?

—Sentaos, Martina, y no me tengais tan inquieta.

—Ya sabeis, señora mia, que desde aquella fatal noche en que apostados tras de alpuhas de las saeteras de la casa, intentaron asesinar traidoramente á don Diego, disparando aquel tiro, cuya esplosion nos dejó mortales; no he parado ni un instante por averiguar cuales eran los enemigos que en nuestra misma casa se ocultaban. Qué cosa me propondré yo que no consiga?... Pregunté con maña, indagué con cautela; con interés me entremetí en todo. Ya os conté el otro dia, que desde que habian sabido algunos de vuestros

criados la funesta suerte de vuestro hermano, que santa gloria haya, se mostraban mas expansivos y francos conmigo, y buscaban mi proteccion, no hablándome ya en el sentido mismo con que antes lo hacian. Pues bien...

Al llegar aquí hizo un jesto la maltratada Martina, contrajéronse los músculos de su semblante, y aplicó la mano al antebrazo derecho; que de tal manera le doleria á la infeliz.

—Ay!... á mi me duele mucho este brazo.

Las doncellas se acercaron y procuraron verlo para poner remedio.

Acardenalado y molido estaba el brazo de la pobre vieja...

Vendáronlo cuidadosamente, y animaron á la condolida y malparada Martina.

—Sí señora,— continuó ella con voz apagada—la Providencia, sin duda, me llevó una tardecita al punto en donde se hallaban los autores de aquel infame atentado.

—«Qué hacer ahora?»—decia uno con peor cara que sus hechos.

—«Nada, nada, los méritos contraidos son ahora perjuicios para nosotros: nuestro amo ya no ha de volver, por nuestra desgracia; es preciso declararnos ahora partidarios y favorecedores de doña Inés.»

Esto replicaba el otro con maliciosa é intencionada expresion.

—«Si llega á ser don Diego... qué remordimientos.»

—«Remordimientos no los tiene quien con su deber honradamente cumple...»

—Ah! interrumpió doña Inés, qué corazones tan viles... qué hombres tan desalmados...

—Me escabullí insensiblemente por la oscura crujía del Norte, para que nada sospechasen.

Yo, que tenia vuestra autorizacion para todo, me decidí,

con ánimo de noticiároslo cuando mas sosegada estuviéseis, á despedir ignominiosamente á esos sayones, capaces de todo lo malo. Ayer mismo llamé á los cuatro, ajustéles la cuenta, y sin decirles una palabra más, les hice la insinuación de que no hacian maldita la falta á nuestro lado.

—«Por las garras de Belcebú, vieja maldita—me dijo temblando de ira al marcharse uno de los tales:—que has de sentir con todo tu corazon haber sido la causa de nuestra despedida.»

—«Déjala... déjala... los diablos se la lleven. Nosotros la tomaremos por nuestra cuenta, y azote ha de llevar que cante la letania.»—Así decia otro, gozándose ya en lo que habia de suceder.

Es de advertir, que Martina nunca nombraba á los diablos si no se hacia cuatrocientas cruces, sin olvidar el correspondiente beso á la del rosario, qué siempre llevaba colgado á la cintura.

—«Encomienda tu alma á Dios, bruja zalamera...»

—«Lucifer te haga gigote en sus hornillas...»

—«La inquisicion te busque y dé contigo para revelar pecados ajenos.»

Y de esa manera los deslenguados sin conciencia me demostraron al marcharse. Pues ahora vereis.

Hallábase esta noche entregada á mis oraciones por el alma de nuestro pobrecillo señor, sentada junto á mi mesita, de frente á la ventana, que yo habia tenido buen cuidado de cerrar, y de pronto, oigo un ruido como si forcejearan para abrir: quedeme atónita, sin voz, sin fuerzas para levantarme del asiento.

Hacen otro esfuerzo y se abre la ventana.

Yo me ahogaba, no pude gritar al ver tres hombres, cubiertos los rostros con el embozo de sus ferreruelos.

Dirigense á la mesa, apagan la luz... y sentí sobre mis espaldas la impresion de unas disciplinas.

Por la Gra Vinda de P. F. e hijos
Eduardo Luis y Acero

Sujetáronme con sus brazos de hierro, y dándome estuvieron hasta que fuerzas les quedaron.

—«Si no procuras desvanecer las sospechas que has infundido en doña Inés sobre nosotros, tendrás un vapuleo cada noche. Ya te haremos cantar» —me dijo uno de ellos con voz ronca.

Yo entonces grité cuanto pude. Estas muchachas oyeron desde sus habitaciones el ruido y gritaron también, hasta que Fortun ha llegado.

En cuanto ellos han oído pasos de hombre hanse precipitado por la ventana al mirador, y de allí al campo, Dios sabe cómo.

Yo me quedé tendida sobre el suelo, fría como un cadáver y sin aliento casi para respirar... Fortun ha corrido por ver si rastro encuentra de su paradero... Mas en la calle se oye pronunciar mi nombre.

En efecto, con voz no desconocida llamaban á Martina desde la calle.

—Salid... salid... decían desde afuera.

—¿Quien yó? vade retro Satánas...

—Es la justicia—gritó otra voz imponente.

—El santo de mi nombre nos valga á todos.

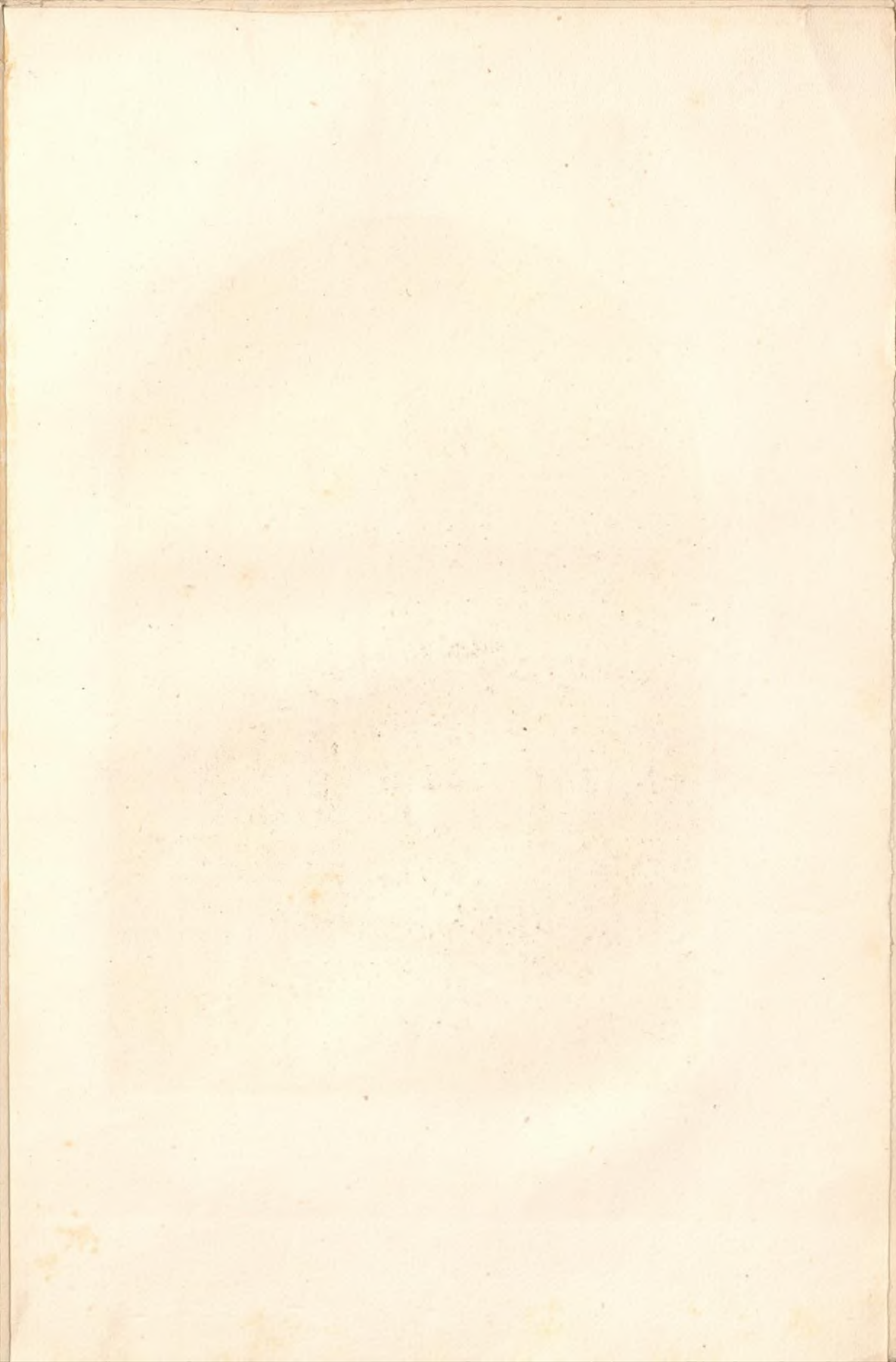
Una de las mas atrevidas doncellas salió al mirador y vió abajo muchos hombres con linternas.

Por orden de doña Inés los criados que ya estaban todos en movimiento, abrieron.

Y en un momento llenose la estancia de ministros de la justicia.

—Hola, presentad á ese hombre y que vean si le reconocen estas señoras. Hémosle sorprendido corriendo al salir de esta casa y estos son indicios que nunca han engañado á la ley.

Dijo con grave acento el que llevaba allí la voz.





Ferraz dib.^o y lit.^o

Lit.^o Heráldica.

Et... Chiton y adelante. La justicia no se equivoca nunca.

Maniatado apareció Fortun entre dos de aquellos enlutados individuos.

—Fortun!! dijeron todos con estrañeza.

—¡Ave Maria Purísima! exclamó Martina asombrada—En el nombre del Padre del Hijo...del Espíritu y...Bien hacen, señor, en decir que pueden pagarlo justos por pecadores... Soltad en buena hora á ese infeliz... bravos indicios se os han presentado por ahora... Pobre Fortun!

Y ella misma corrió á desatarle.

—Alto, señora, alto. Han de probar los que se hallan presentes que no es él.

—Ya lo veis...—murmuraba Fortun resignado.

—El ha corrido, favoreciendome á mí, en busca de esos asesinos...

—Asesinos...

—Que me han disciplinado horriblemente.

—Es cierto, es cierto—respondieron todos...

—Y ese desgraciado merece más bien, que mal de la justicia, añadió doña Inés.

—Pues desatadle y sigamos ejerciendo nuestro ministerio...

Saludaron respetuosamente y salieron de allí los representantes de la ley admirados de su torpeza y farfullando unos para otros...

—No, pues si llega á ser él, ni la bula del Santo Padre le saca de nuestras uñas.

—No era, vive Dios, que si llega á ser.

—Ya os lo decia yo: podrá ser que nos equivoquemos.

—Eh... chitón y adelante. La justicia no se equivoca nunca.

Siguieron su marcha nocturna comentando el caso, mientras Fortun referia á sus oyentes tal y como habia acaecido el raro suceso que en un raptó de curiosidad hemos presenciado.

CAPITULO XVII.

Cosas de este pícaro mundo.

Satisfactorio por demás era el estado de salud en que se hallaba el herido, y ya echaba á volar la imaginacion entre dulces y lisongeras esperanzas de volver á su casita y ver á aquel ángel del cielo que habia dejado por allá; y que sabe Dios cómo estaria con la triste ausencia que él la habia hecho padecer por sus locuras.

Por otra parte—se decia él—los sucesos han ido entrelazándose hasta el punto de vivir entre los enemigos de mi libertad, de deberles á ellos la vida. La gratitud exige de mí grandes sacrificios... pero renunciar yo á buscar el último rincón donde se alberguen mis compañeros y allí levantar el grito de independendencia... eso no. Aquí tampoco quer-

rán sofocar este sentimiento, esta idea que en mí parece que nació al respirar el ambiente de mi tierra querida.

Quedarme en esta casa como me aconsejan doña Isabel y don Diego... quedarme aquí... es imposible...

Ellos me prometen la felicidad para mí y para las personas que me rodeen, para mis padres, para todos... Y podré entonces ver á María, traerla á mi lado... Y á todos aquellos infelices que tanto me quieren, buscarles podré una suerte que no esperan.... Las ilusiones me deslumbran.... Nunca, nunca sucumbiré. Yo no sé lo que ha sido de los míos, no sé cual será su suerte. Aquí se procura no hablar delante de mí de la guerra ni de sus azares... Yo me enteraré de todo, y si Dios me dá fuerzas, allá volaré donde se hallen.

Estos pensamientos ó parecidos cruzarian por la mente del pobre Blas, mientras apoyado se hallaba en el antepecho de una ventana que caía á un jardín por la parte en que el Tormes baña á la ciudad.

Aquel jardín pertenecía á la casa del marqués.

Era la hora en que el sol lanzaba sus últimos destellos, reflejando sus pálidos fulgores sobre las verdes hojas de los árboles.

Las flores exhalaban sus dulcísimos aromas como para darle un adiós en aquel instante.

Los jazmines y el azahar mezclaban sus esencias, y todo respiraba misterio y armonía.

Entre el susurro de las hojas y el fresco murmurio del claro río, una voz dulce y melodiosa se oía como la emanación de un alma que responde á los suspiros de la naturaleza. Era un acento virginal y sublime que se lanzaba en alas de las brisas, concentrando cuanta poesía encerraba lo trasparente del cielo azul, lo suave del ambiente, lo armonioso de todos aquellos ecos que se desprendían de las ra-

21
Por la Gra Viuda de C. f. e hijos
Eduardo Ruiz y Alcedo

mas al contacto del céfiro, y del agua al espresar su movimiento.

Cual noche sin estrellas,

Cual día sin aurora,

El alma vive ahora

Exenta de ilusion...

Ah! corazon...

Y es triste su quejido

Y amargos sus dolores...

Cual tristes son las flores

Del pobre corazon

Sin ilusion...

Así cantaba la armoniosa voz con ese puro sentimiento que el alma trasmite á las melodías, haciendo vibrar con ellas las fibras de nuestro corazon y elevando nuestra alma hasta donde puede penetrar el pensamiento de lo misterioso y grande, de lo incomprensible é infinito.

Blas se veía transportado á otros mundos.

La poesia del cielo y de la tierra, al darse el ósculo de amor á la caída de la tarde, y aquel acento angélical emitiendo con sus compases al poético influjo de tan admirable cuadro, dejaban estático y arrobado al novel aventurero.

Cuántos recuerdos evoca á esas horas la mente fascinada por el encanto que al espíritu conmueve y arrebató!...

Los ojos de Blas se humedecían insensiblemente.

Sintió deseos de bajar al jardín, sentarse bajo las ramas de algun árbol y recordar allí las delicias de la vida que pasaba allá en los primeros años de su infancia.

Quizá algun aliento de las auras perdido entre las flores, le traeria el suspiro de su Maria... y en aquel suspiro cuánto amor cuánta dulzura...

Bajó despues de breves instantes al jardín y respiró ansioso aquellas brisas amorosas.

Volvió á escuchar la cántiga que anteriormente de tal

manera le había impresionado y miró hacia el punto por donde al parecer venía.

Una hermosa muger, cuya energía en la espresion nos da á conocer á doña Isabel la hermana de don Diego, se hallaba en un terradillo bajo, entre sus manos tenia el arpa sonora cuyos acordes poblaban el espacio.

Blanco era su vestido como la pureza de los ángeles....

Su cabello en trenzados rizos caía sobre los hombros con seductora gracia y estaba sugeto por negra cinta que cerraba en la frente con un boton de diamantes preciosísimos....

De sus negros ojos se desprendian esos destellos rápidos que el alma lanza por ellos y que toman el nombre de miradas.

Concluyó la endecha y fijó su vista en el herido.

Le miró algun tiempo y despues, levántandose de su asiento, quizá hubiera corrido á saludarle cariñosa, pero se contuvo por dignidad ó por amor propio.

Llamó á Celia y ambas salieron al jardín.

Blas contempló asombrado á la que poco antes le había arrebatado con su voz... y permaneció en su presencia sobrecogido y admirado.

—Cuidaros debais con mayor interés;—le dijo doña Isabel.

—¿Qué importa mi vida, señora, ¿qué importa, perdiéndola lejos de la defensa de la patria?

—Entusiasta sois, jóven....

—Por la libertad de España, mucho.

—¿Y no habeis visto cuán funesto pudiera haberos sido vuestro arrojo?

—Pero tambien la gloria hubiese coronado mi desgracia.

—¿Os sentís ya con fuerzas?

—Ah... mi vida entera os debo y consagrárosla os juro con la gratitud mas eterna.

—¿Sereis olvidadizo?

Por la Gracia de C. F. de Luján
Quinto de Luján y Luján

—¿Quién olvida vuestros fraternales cuidados?

—¿Pero quereis abandonarnos?

—No he de tardar mucho, señora.

—Sin que el más débil sentimiento os aqueje?

—Con la más acerba pena...

—¿De veras? ¿Sentis dejarnos?

—Muy duro tuviera el corazon para dejar de apesarmarme.

Doña Isabel suspiró y en aquel mudo lenguaje iba envuelta una frase de amor que Blas no comprendió ó no quiso comprender.

—No os vayais—prorrumpió en un arranque inevitable de esos que ocultarse no pueden con facilidad en lo recóndito del alma de adonde salen.

Y despues, como para corregir el yerro, repuso con la dulce voz de las mugeres enamoradas:—Mi hermano os ha suplicado que os quedeis; mi padre tambien ha intercedido: todos en mi casa os aprecian en lo que valeis... oh... sí...

—En más, señora, en más de lo que valgo. Un miserable aldeano que no ha visto más mundo que sus tierras: que aquellas casitas blancas y hermosas, aquel tropel de sencillos campesinos, cuyas palabras, cuyos consejos, han sido las únicas lecciones. Un infeliz que ignora á quien debe la existencia, que siente un deseo de gloria que le engaña; ese desgraciado, señora, volverá á su hogar, á las tranquilas horas de su hogar, si el clarín de la guerra no le llama otra vez para acudir en busca de los suyos.

—Bien está, Blas. bien: nada son para vos los ruegos de la amistad; nada puede para con vos mi corazon.

Y le miró algunos segundos con esa intensidad devoradora, que unos ojos como los de doña Isabel tenían á su disposicion á cada instante. Despues de observar la indiferencia con que Blas escuchaba su acento, y que sus miradas no eran correspondidas por otras ardientes y apasionadas como aquellas, continuó afectuosa y tierna:

—No habeis amado nunca?...

—Que si he amado? Preguntad si he dejado de amar alguna vez...

Cuantas más palabras salian de los lábios de Blas, mayor era el encanto que ejercia en el corazon de doña Isabel.

Era una verdadera fascinacion lo que ella sentia por aquel hombre. Hubiese dado la mitad de su vida por oirle una palabra de amor escapada involuntariamente.

Quedó largo rato triste y pensativa, arrancando algunas florecillas de las muchas que en aquel sitio embalsamaban el ambiente con su aroma...

Su situacion era difícil de comprender para muchos. Quería que adivinase el hombre á quien amaba con todo su corazon, que si miraba al cielo era por él, si un suspiro volaba perdido en el espacio era para él, y que para él era cuanto pensaba, cuanto sentia.

—Y si un acontecimiento que vos no podeis preveer llegase á estorbar vuestro viaje; y si una cosa superior á vos y á cuanto existe en la tierra impidiese vuestros proyectos de abandonarnos... No me comprendéis?... ¡ah! quizá no lo imaginais siquiera... no lo habeis conocido... no habeis notado que hace un mes que vuestra vida es mi vida... Cuán lejos estariais de creer que aquella mujer que velaba vuestro sueño y recibia vuestro aliento sintiera en su alma lo que sus ojos estan diciéndoos á voces.

—Señora... ¡ah!... Doña Isabel...

Blas cayó á sus pies y besó con profundo respeto la mano de la hija del de Astorga.

Turbado y confuso no encontraba espresiones para su asombro...

Olvidaba entonces á Maria...? Lo inesperado de aquella revelacion le habria sorprendido agradablemente?...

Doña Isabel, una muger hermosa, rodeada del fausto y la magnificencia, una muger que con inquieta solicitud le

Por la Gr^a Viuda de C. G. e hijos
Eduardo Luv y Acevedo

había cuidado, sufriendo como si de su vida pendiese la felicidad de su alma. Isabel, que con incesante anhelo pedía á Dios por la salud del herido: que ahora se veía arrastrada á impulsos del sentimiento que la dominaba, á revelar la triste verdad que ya era imposible desvanecer.

Blas permanecía sin saber cómo manifestar el tropel de pensamientos que le agitaban.

—Ay, es cierta mi ventura?... yo me considero asaz dichoso... vuestra es mi vida... más...

—Sé que nunca habiéráis osado romper el silencio: os conozco bien; era preciso que yo haciéndome superior á todo cuanto me rodea llegase hasta vos: lo queriais, pues ya lo habeis conseguido. Títulos, dignidad, preocupaciones, nada, leve sombra han sido para mí ante el sol de felicidad que empezaba á brillar en mi pecho...

—Perdon, doña Isabel... perdonadme... yo os debo la vida... y aun queréis que os deba más... Esto es un sueño... esto es imposible...

—Señora, señora... creo que os buscan—dijo Celia precipitadamente.

En efecto el ilustre marqués había llamado á su hija.

Tal vez alguna soplancilla envidiosa de Celia había dado el aviso de aquella poética entrevista.

—Adios... siempre... siempre... si?—

—Adios... vuestra es mi vida... siempre.

Despidiéronse rápidamente, y Blas quedó mirando con sorpresa á aquella muger cómo se desaparecía entre el verde ramaje.

Cual si de un ensueño despertara, frotábase los ojos, pasábase la mano por la frente, y observaba el sitio en donde acababa de despedirse... Escuchaba aun las últimas palabras de la fantástica aparición: las había pronunciado de tal modo que parecían eternas en el airecillo de la noche que ya llegaba suave y delicioso. —

En, tanto el marqués recibía á su hija en su retirada y elegante habitacion.

No dice la crónica, ni asienta minuciosamente los detalles de aquella entrevista.

Lo que únicamente podremos asegurar es que doña Isabel salió de la estancia pálida y macilenta, que los criados murmuraron á su sabor; y que en la casa y en la calle andaba un rum rum acerca de cierta escena romántica habida entre la hija del de Astorga y el herido.

El curioso Rodrigo, el paje zalamero no ha sido el último en enterarse de todo y está, á la hora en que nosotros vamos á verle, muy contento y asaz gozoso con lo acontecido.

El solo, dando paseos por la estensa galeria que dá al patio, vá haciendo los razonamientos que siguen y que pudi-mos oirle en el silencio de la noche.

—Bueno va el asunto... apenas hay enjaretamiento de cosas en esta vida... Dios es justo... Sr. Marqués... No se propuso V. S. impedir los amores misteriosos de don Diego con aquella desgraciada hermana del valiente Maldonado.? No hervia la sangre en las venas de V. S. apesar de los años, cuando de tal asunto se trataba?... pues aqui se le presenta ahora por justísimos decretos del Todopoderoso, un caso igual dentro de casa... La hija de noble alcurnia, de timbres que á los del Cid igualar quieren, la ilustré descendiente de los Astorgas se encuentra de buenas á primeras perdidamente enamorada de un aldeano sin titulos ni nombre, cuyos padres quien son se ignoran... Ah! esto marcha... Me alegro me alegro... como si á mí me hicieran caballero, como si vencido hubiera en buena lid á siete reyes moros, como aquel héroe cuya historia me referia ha pocas noches don Diego, cuando volaba mi majin por esós mundos de la caballeria.

Y mientras el pajecillo discurría de tal modo, Blas paseando por su habitacion, se entregaba á los pensamientos que á su mente traian los estraños sucesos de aquella noche.

CAPITULO XVIII.

Cómo puede cambiar una escena en un abrir y cerrar de ojos.

El señor de Astorga acababa de tener una larga entrevista con uno de los ilustres próceres con quien le unían más estrechos vínculos de amistad.

Aquella entrevista segun las consecuencias, debemos deducir que alguna relacion tenia con el diálogo que pudimos oir entre el padre y el hijo, antes de salir al campo de batalla.

Al despedirse el caballero, quedose el marqués con las mas patentes señales de furia reconcentrada.

Aprieta con sus manos el brazo del sillón en que está sentado, y con labios convulsos pronuncia el nombre de sus hijos entre suspiros del mas profundo pesar.

—Que estraña mucho, me ha dicho el de Benavente, mi afan por arreglar este negocio, cuando mi hijo... Ah!... Diego... no sabes lo que ha sufrido mi dignidad en estos momentos... Por todas partes me cerca el infortunio. Mis dos hijos... Isabel, Diego... renegais de la sangre que por vuestras venas corre... Es preciso poner un dique á tamaños desvaríos.

—Hola, Rodrigo... El pajecillo apareció con semblante risueño á recibir las órdenes.

—Mal talante es el de V. S. despues de la esperada visita que os ha venido como llovida del cielo.

—Menos charla y llamad á don Diego: le quiero antes de dos segundos en mi presencia.

—Calme el enojo de V. S.; que razon no existe para tanto, y observo que á la salud son perjudiciales arranques tan violentos.

—Oh... y cuán cansado estás, imberbe rapazuelo; cumple lo mandado.

—Nunca tratado me habeis con tal dureza, y pésame haber dado motivo para ello. Si tengo culpa, castigadme en buen hora con no dejarme salir á la calle en todo el año, con no vestir mi ropilla carmesí; pero tan ásperamente no es costumbre, ni en V. S. lo esperaba.

El pajecillo hablaba con tal espresion de candidez, que no pudo menos de afectar al de Astorga.

—Vamos—le dijo este—no andes compunjado y triste: procura no ser importuno si quieres conservar mi aprecio.

—Pero es que yo queria que V. S. comprendiese lo inútil de su enojo.

Don Diego vendrá: irritado V. S. le denostará furioso, porque tal vez no satisface los legítimos deseos de V. S., y echa por tierra planes asombrosos, ilusiones lisonjeras.

Sin embargo, hay una cosa que V. S. ignora, y que

Por la Gra Vuida de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Arbedo

es el nudo de esta trama, una cosa que ya es imposible evitar.

—Acaba, pronto.

—Pues ha de saber V. S. que don Diego y la hermana del bravo capitán Maldonado.

—También tú vienes á escarnecer mis canas... también tú... huye, huye de mi presencia.

—Huiré, señor, huiré; pero oiga V. S. lo que no sabe; lo que forma el principal asunto de la historia. Quiere V. S. oponerse á lo que Dios tiene autorizado; á lo que la religion ha consagrado con la bendición.

—Cómo... qué pronuncias, desventurado?.. la religion sin el consentimiento de un padre.

—Por desgracia, señor, están casados.

—Casados!! Horrible profanación de la nobleza de mi alcurnia... Eso es imposible.

—Es cierto, señor, es cierto...

—La hermana de un ajusticiado... por traidor al Emperador y á la patria!!

—Quedó abatido y sin aliento el marqués, mientras Rodrigo se alegraba en su interior de haber espetado la andanada tan á tiempo.

—Vete, vete y déjame para siempre. Llama á ese miserable aventurero que se enorgullece con llamarse hijo mio; es preciso que yo le vea. Casado... con esa mujer... Qué infamia!..

Y el atreviduelo Rodrigo iba haciendo para sí estas reflexiones:

—Vaya... por de pronto ya no tiene S. S. más remedio que aceptar lo que Dios ha decretado. Es padre, y su cólera desaparecerá en cuanto la serenidad venga en su socorro. Sabe ya lo principal, que tanto temian revelar. Allí veremos lo que resta.

Salió de allí el pajecillo travieso y atrevido, y á poco

entró con reposado ademán y frente serena el esposo de doña Inés Maldonado.

Largo rato estuvo contemplándole con fijeza su padre, entonces profundamente afectado. Y después de aquella expresiva pausa, habló en estos términos:

—No me atrevo á creer lo que de oír acabo hace un instante. Imagino que serán hablillas del vulgo que en algo ha de entretenerse, y nuestra honra mancha con osadía inusitada.

El de Benavente habíame prometido para tí la mano de su hija, desde que yo me atreví á indicarle que pudieran unirse las familias de este modo, así acercándonos mas estrechamente. Hoy ha venido oponiéndome el obstáculo de eso que se murmura por calles y plazas, y que yo no quiero creer ni sospechar siquiera.

—Hasta ahora, señor, el silencio ha sido la conducta que por tranquilidad vuestra he observado. Hoy ya es imposible callar. Vos no quereis la desgracia de vuestro hijo, ni la infelicidad de una virtuosa muger...

—Conque es cierta la vergüenza que me hará inclinar la frente... Conque es cierto que deseas que mis dias terminen sin enviarte mi bendicion?...

—No, no, padre mio. La casualidad, venturosa ó infortunada, hizo que conociese á una infeliz muger... La amé, señor, la amé porque el corazon me arrastraba á ella: comprendí vuestra negativa, y quise estrechar los lazos que á ella me unian...

Un sacerdote, allá en lejana ermita, pronunció las palabras de consagracion, y nuestro bienestar veíase sombreado de continuo por la triste idea de que no contábamos con vuestra voluntad. Lloró ella muchas noches, muchas: nuestra desgracia llegó á su colmo. Dios nos concedió un ángel de bendicion que consolase nuestras cuitas, y la infame osadía de unos bandoleros nos le arrebató para siempre...

—Era la espiacion: era el castigo de Dios que á todas partes os acompaña...

—Perdon, padre mio, perdon... Vuestra alma nos le concederá para mitigar nuestro desconsuelo.

—Nunca, Diego; no lo esperes jamás. Yo no transijo con la infamia.

—¿Y padeceremos siempre vuestro rigor?

—Mientras me quede una hora de existencia. Disponde á partir para Italia. La guerra llama á los valientes...

—A Italia iré... ¿Pero consentireis el desamparo de esa infeliz?

—El cielo la protegerá si habeis obrado bien.

—Desconozco á mi padre en esos momentos de injusticia.

—Yo me avergüenzo de conocer tus extravíos. Mañana el Emperador, que iba á intervenir en tu enlace con la hija del de Benavente, inquirirá, querrá saber y le harán presente tu deshonor. Tú has sido el mal ejemplo de tu hermana: tú la has llevado á soñar esas locuras que os halagan, y hoy todo el mundo habla de sus amores con el herido. Para qué me habeis dado hijos, señor, si han de ser mi martirio, mi horrible martirio!...

Yo quiero vivir solo... dejadme... dejadme y no amargueis los últimos instantes de mi vida... Vete á Italia, Diego, á Italia. Isabél á un convento, y entre extraños moriré yo mas tranquilo.

—Padre...

—Ni una palabra más... Mañana mismo, que salga ese hombre desconocido de mi casa, que se vaya lejos, muy lejos.. donde no turbe mi reposo con su presencia ..

Esas ó parecidas frases formaron parte del diálogo que medió entre padre é hijo, con lo cual darnos cuenta podemos de la altura á que se hallaban allí los asuntos domésticos.

La guerra iba entrando cada vez más en la familia.

No hubo día sereno desde la hora en que tal punto se sometió á discusion...

Y verdaderamente, todo parece que venia á estrellarse sobre la tenaz resistencia del marqués de Astorga.

Bien claro nos lo dicen los hechos, y el anterior diálogo viene á comprobarlo.

Don Diego conoció que la conducta más prudente era entonces retirarse sin escitar con sus palabras el enojo de su padre.

—Cumpliré vuestro mandato,—le dijo al salir de la estancia,—dispondré los preparativos de mi viaje y saldré de España. El cielo os aconseje lo que habeis de hacer, padre mio, en la ocasion presente.

Inclinose, tomó la mano trémula de su padre, y la acercó á los lábios con respetuosa veneracion.

El marqués tendió la otra, y abrazó á su hijo con ternura.

El corazon de un padre jamás desoye la voz del amor filial, cuando llega á herirse alguna de sus fibras.

La energia del de Astorga, el carácter indomable que manifestaba, cedió ante la humilde espresion con que don Diego supo enternecerle, y consiguió que sus ojos se llenasen de lágrimas.

—¿Por qué me habeis de pagar tan mal lo que yo os amo?

—Padre, os amamos como es imposible que á comprender llegueis.

El término de aquella escena que tan bruscamente habia comenzado, fué lo mas suave y tierno que describirse puede.

Si ahora quisiéramos echarla de psicólogos, nada mas fácil que entrar en disertaciones espirituales acerca de las impresiones del alma, y de cómo puede pasar con velocidad electrica de un estado desagradable y pesaroso á otro más dulce y grato, más bello y deleitable, por una manifestacion de otro sér.

*Por la G^{ra} Ciudad de C. G. e hijos
Eduardo Lora y Acevedo*

Pero esto sería andarnos por las ramas: el cronista nos entretenió en tan minuciosas observaciones, y nosotros hemos de seguir sus huellas paso á paso sin dejarnos llevar por impresiones que el lector podrá explicar si le place, y comprenderá, mal que le pese, si alguna vez las ha sentido.

El pajecillo esperó á don Diego á la puerta del salón, en donde este acababa de tener la conferencia con su padre.

Mirole atentamente, y exclamó con júbilo:—Buenas señales...Habeis dejado al viejo enternecido... Vivalt! Ya es nuestro!.. Dejadlo por mi cuenta!..

Don Diego le contestó con una sonrisa y una mirada cariñosa.

—Me ha propuesto marchar á Italia.

—Malo...

—Y entonces...

—Ya comprendo... Pero eso de marchar será lo que Dios sea servido disponer. No hay más que decir: márchate á la guerra, y no hay más que prepararse á cumplirlo? Oh!.. aun hay otra cosa más respetable que esos mandatos y esos deseos de obediencia. El hombre propone y Dios dispone ¿Ya sabeis vos lo que el Todopoderoso ha decretado? Mucho decir es eso. Conque dejadlo al tiempo, que allá veremos por donde salimos...

En este punto se hallaba de sus sábios consejos el jóven Rodrigo, cuando la voz del marqués que le llamaba, le interrumpió de pronto.

—Hola: centinela alerta!.. Son las seis de la tarde y querrá salir á dar una vuelta por el jardín. Allá voy: hasta mañana, señor, y Dios sea con nuestras almas.

Corrió el paje hácia el salón y esperó atentamente.

—Tengo que hablar con el huesped.

—Voy á llamarle.

—No es preciso: debo yo ir sin que él acuda.

—Adios... San Martin nos asista!.. Va á descargar la tor-

menta sobre el bueno de Blas—dijo para sus adentros el escudriñador pajecillo.

—Vamos.

Caló el marqués su gorra de negro terciopelo: levantose pausadamente, y colocando una mano en el hombro del cariñoso Rodrigo, señaló la puerta y empezó á andar.

Mas antes de presenciar este cuadro, que no está desprovisto de interés, no descuidemos acudir á otro que de importancia no carece para los que han seguido, sin perder la pista, á los personajes de esta leyenda.

A la puerta de la casa del Astorga, hallase un hombre mirando con curiosidad la parte interior del edificio. De aspecto simpático, traje sencillo y empolvado, es el recién venido, según las apariencias, uno de los muchos emigrantes que entran allí á pedir hospitalidad para que se les ceda un rincón en donde cobijarse. Tócase el sayo que viste condesciéndole con lo apuesto y cumplido de sus maneras. Hemos de rectificar nuestra opinión en este momento, porque no pregunta á la servidumbre del marqués en tono suplicante, ni es hospitalidad lo que desea. Sacude de sus calzas el polvo que las cubre, y con

CAPITULO XIX.

Un personaje desconocido.

A la puerta de la casa del de Astorga, hállase un hombre mirando con curiosidad la parte interior del edificio.

De aspecto simpático, traje sencillo y empolvado, es el recién venido, según las apariencias, uno de los muchos caminantes que entran allí á pedir hospitalidad para que se les ceda un rincón en donde cobijarse.

Tosco es el sayo que viste contrastando con lo apuesto y cumplido de sus maneras.

Hemos de rectificar nuestra opinion en este momento, porque no pregunta á la servidumbre del marqués en tono suplicante, ni es hospitalidad lo que desea.

Sacude de sus calzas el polvo que las cubre, y con

desenfado marcial da golpes con la mano á su birrete para conseguir limpiarlo.

—¿Qué busca este buen hombre!...—Preguntó el maestro-sala del marqués, mirando con desprecio al jóven.

—A otro hombre busco que no sois vos...

—¿De dónde venís?..

—Ya lo sabreis, si merecis saberlo. En esta casa se halla, segun mis informes, quien yo busco.

—Errado llevais el camino, si callando nombre y procedencia quereis entrar en esta casa.

—Busco á un herido que tuvisteis á vuestro cuidado.

—Ah!... buscáis á ese perillan que mala nube nos lloviera...

—Cómo perillan? Téngase el atrevido sinó quiere probar lo que de fuerzas queda á mi cansancio.

—Hola, hola, humos nos trae el viajero.

—Para envolveros á todos.

Y diciendo esto, acariciaba el puño de su espada vieja y enmohecida.

—Salga de aquí el osado,—esclamó el maestresala bajando un escalon.

—Alto y no deis un paso más ó tenemos una.

—Ea!... echadle á palos...

Acudieron varios criados en ademan de cumplir aquella nada suave indicacion.

Y el jóven tenia ya sacada hasta la mitad la hoja de su acero, cuando acudió al ruido, separándolos á todos, Blas que se arrojó al cuello de aquel hombre despues de haberle mirado con atencion profunda.

—Hernan!!

—Blas!!

Y quedaron largo tiempo abrazados como si dos hermanos se encontrasen despues de peligrosa ausencia.

Por la Gra Vuida de C. y hijos
Eduardo Irujo y Acevedo

Los circunstantes se sorprendieron y enternecidos admiraron aquella patética escena.

Dulce emoción sintieron los dos amigos, hasta el punto de no poder pronunciar sus labios más que sus nombres.

Después de transcurridos aquellos instantes en que el sentimiento nos hace enmudecer y en que no hay lugar más que para los latidos violentos del corazón, para la respiración agitada que nace de la sorpresa, Blas miró á Hernán con fijeza extraña, como para cerciorarse de aquella halagüena realidad.

Hernán, por su parte, no dejaba tampoco de mirarle, y en su rostro aparecía el sentimiento agradable que le dominaba.

—Aquí está —decía— aquí está la persona á quien yo buscaba. Y en cuanto á aquella palabrita que dejasteis escapar, ya nos veremos, señor cancerbero al uso.

—Perdone si le he ofendido —respondió el que antes se habia conducido tan bruscamente, procurando ahora mostrarle respeto por las manifestaciones de amistad que habia visto en Blas hacia él.

Blas era allí respetado por la servidumbre como un individuo de la familia cuando estaba presente, por que cuando nó ya hemos oído alguna palabrita que nos indica lo contrario.

Los dos amigos subieron las anchas escaleras, atravesaron estensas galerías y llegaron por último á la cámara destinada á Blas.

—¡Corpo di Baco! —como decía un italiano que militaba en nuestras filas —magnífico departamento. Ricos tapices de Holanda... mullido lecho, flores que embalsaman el ambiente, ventanas al hermoso jardín... A fé que no es esta la casucha de la pobre María... Hola, parece que se colorea el semblante al recordar á aquel ángel... Qué sabes de aquellas honradas gentes?

—Nada... nada... —dijo Blas profundamente conmovido.

—Y no piensas ir allá?..

—Cuanto ántes me sea posible.

—Y aquí te han tratado?...

—Como no merezco.

—Como merece un valiente aun para sus mismos enemigos; pero debes salir de aquí muy pronto. Nos queda que respirar algo todavía el humo de la pólvora.

—Y qué ha sido de tí? habla: siéntate, siéntate y descansa: yo no sé nada de lo acontecido. En esta casa el silencio más sombrío se ha observado con respecto á la suerte de los nuestros. Los valientes capitanes...

—No sabes?... ah... funesta desgracia los ha perseguido. Venganza pide su noble sangre vertida en el cadalso.

—En el cadalso?—preguntó horrorizado el pobre Blas.

—Sí: al recordarlo mi corazón se estremece: tiemblo y desfallezco.

Juremos, juremos no dejar impune esa injusticia... Toledo está defendiéndose tenazmente: allí nos queda aun para nuestros deseos un rincon en donde saciar nuestra sed de venganza.

—A Toledo... sí, á Toledo, querido Hernán — exclamó Blas tendiendo la mano y estrechando la de aquel—no en la inacción vivamos de los cobardes que en nada estiman la gloria, la libertad de su patria. Pero dime... dime cómo pudiste tú escapar de aquel tropel que te cercaba...

—Vive Dios! que yo mismo lo ignoro.

—Y tu herida?

—Pardiez que en poco estuvo para mí el dejar este mundo.

—Malo, malísimo te dejé entre los escuderos del marqués.

—Trajéronme luego aquí en una litera y me han cuidado como á un hijo... Ojalá no hubiese entrado en esta casa..!

—Cómo es eso? Más vale que sí; porque tu vida es sobre todo...

—Pero es que mi estancia envuelve un misterio...

—Con misterios andamos? Aventurillas tenemos.

—Ya lo sabrás...

—Ba... ba... ba: déjate ese aire patético y extraño.

—Cuéntame los azares de tu vida hasta que la suerte nos ha vuelto á reunir: refiéreme cuánto has sufrido.

—Tristes son las horas de mi vida que pasé entre los crueles enemigos de nuestra libertad.

Soy muy distraído, Hernan,—interrumpió Blas levantándose y llamando á alguno de los criados, que muy pronto volvió con excelentes manjares y preparando una mesita, colocó sobre ella aquel refuerzo para el debilitado estómago de Hernan.

—Anda, anda: y adquiere las perdidas fuerzas, y reanima ese espíritu abatido.

Hernan no se hizo rogar mucho tiempo y empezó sus operaciones digestivas.

—Toma.—Lacrima Cristi... Borgoña...

Llenó una copa Blas y se la ofreció á su amigo.

Brindemos!...—esclamó Hernan!

—Por el triunfo de nuestras armas en Toledo—dijo Blas verdaderamente henchido de entusiasmo.

—Por la gloria que alcanzaron nuestros valientes capitanes.

Y aquellos dos jóvenes, ardientes defensores de la libertad, evocaron patrióticos recuerdos que llenaron sus ojos de lágrimas.

—Tú quieres oír la triste relacion de los hechos que ignoras. Dios me dé la serenidad suficiente para poderte referir con ánimo fuerte lo que tanto ha de asombrar al mundo.

Has de saber, pues, querido Blas, que apenas te dejé contra mi voluntad, vi ya cercado á mi señor y Capitan nuestro, por los cobardes enemigos que en calidad de prisionero le llevaban, arrancándole con voraz encono el traje que vestia. Pedí por favor que me dejasen acompañarle hasta la prision, y no fueron tan crueles que me lo negaran. Llegamos á Villalba en cuyo castillo habia dispuestos los calabozos más

húmedos para los vencidos que tan noblemente habían presentado el cuerpo á sus contrarios. La soldadesca feroz gozó con nuestras penas: pidió nuestras cabezas al momento.

—Mi pobre señor con esfuerzo sin igual dirigióse á mí para encomendarme algunos encargos. Entre ellos me dijo que si me perdonaban la vida, viniese á Salamanca, buscase á su hermana y le hiciese entrega de esta escarcela que aquí ves.

—La conozco—dijo mirándola Blas con sentimiento.

—Al siguiente día fuimos conducidos á Villalar. Al pasar por la plaza, antes de llevarnos á la cárcel que se nos tenía destinada, mostrarnos quisieron el enlutado aspecto de un tablado que allí se había concluido de levantar entonces.

—«Para los traidores»—dijo el alcaide de la fortaleza de Villalba que aun nos seguía.

Erizáronse mis cabellos: paró de circular mi sangre: quedé sin fuerzas, Blas.

Pasmado admiré la serenidad con que miraron al punto que les señalaban, los esforzados capitanes don Juan de Padilla y el valiente Bravo. Don Francisco Maldonado tornó hacia allí la vista y despues hacia mí con la resignacion de un mártir.

Sabida su llegada, vino un mensajero suspendiendo la sentencia de muerte de nuestro amo y capitán.

Figúrate, Blas, cuál sería mi sorpresa. Creí que soñaba y hube de contener la impresion que semejante noticia me causara.

Disponíase que don Francisco Maldonado fuese conducido á la fortaleza de Tordesillas, y que en su lugar se ejecutase á don Pedro Maldonado y Pimentel.

—Y se salvó don Francisco... se salvó por fin?—preguntó Blas con filial interés.

—Oye, oye todo el relato, si es posible que lo oigas con calma.

—Don Diego, el hijo del dueño de esta casa, habia dicho

*Por la Gra Viuda de C. F. e hijos
Seduardo Brun y Acevedo*

que no me separasen del que era entonces mi padre, y á quien tanto debo: cumpliase así. Camino de Tordesillas andábamos ya fuertemente escoltados, y encontramos á un tal Ortiz, conocido de don Francisco, el cual al verle así tan maltratado quiso darle ropas y dinero y compadeció su mala suerte, aunque no tan mala que no le quedase la vida para contarla.

En esto llegó por nuestra espalda á escape, montado en un potro overo el dominico Fray García de Loaisa, general de la comunidad religiosa, y empezó á grandes voces de «alto» deteniendo la escolta. (1)

—Alto... por orden de los gobernadores—esclamó sin poder respirar casi.

Y detúvose la escolta, hasta saber la causa.

—Está condenado á pena de muerte el prisionero que llevais, por habersé indultado á otro de los que iban á sufrirla. En vez de don Pedro Maldonado y Pimentel hará la justicia su oficio en el otro capitan salmantino que á Tordesillas conducíais.

El espanto y el horror se reflejaron en el semblante de Blas, que palideció al oir tales palabras...

—Apenas escuché la orden, tú comprenderás lo que sentiria mi alma despues de haber creído libre de tal suplicio á aquella persona para mí tan querida.

Balmaseda, gefe de la escolta, dió órdenes para retroceder y volvimos atrás.

—Vamos allá, pues que tal es mi destino. Gloria es sufrir la suerte de mis compañeros.—Estas fueron las palabras del capitan Maldonado.

A mí sentenciáronme á presenciar el suplicio, dándome la más cruel de las penas.

(1) Histórico.

Chas. H. ...
...



JUAN BRABO.

Cuando llegamos á Villalar, ya sobre el tablado se hallaban tendidos los cuerpos de los que tan nobles habian sido en la pelea.

Sus cabezas estaban clavadas en horroroso espectáculo sobre la picota. Y un confuso tropel de pueblo volviase por no mirar tan terrible cuadro.

—Eso es cruel, muy cruel Hernan.

—Refiriéronme la entereza y el espíritu de las dos víctimas que habian caído ya al golpe del hacha homicida...

Dicen que caminaban en sendas mulas enlutadas hácia el cadalso: que al llegar el pregonero á decir: «Mándanlos degollar por traidores...» interrumpió Bravo:—*Mientes tú y aun quien te lo manda decir.* Y como le mandase callar el alcalde Cornejo, replicó el segoviano: que en ser celosos del bien público consistia la culpa de ellos.

Que el alcalde le dió con su vara de encuentro en las espaldas y que exclamó Bravo:—Qué atrevimiento es ese!

—Y con gran entereza prorumpió Padilla, alta la frente y sereno el espíritu:—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; pero hoy es de morir como cristianos (1).

Y añaden que llegados al patíbulo, quiso Bravo ser el primero en la muerte por no ver la del *mejor caballero que quedaba en Castilla.*

Y al indicarle el verdugo que se tendiese, reusó hacerlo, esclamando con valentia:—Tomadme por fuerza vosotros, que yo de mi voluntad no he de recibir la muerte.

Y el hacha fatal segó su garganta.

—¡Qué horror!— murmuró Blas impresionado amargamente.

Cuando me narraron estos hechos lloraba quien me los referia.

(1) Histórico.

Después dijeron que se acercó Padilla y mirando el cuerpo de su compañero de armas y de suplicio, pronunció:—Ahí estais vos buen caballero.

Y alzando su vista al cielo dijo algunas palabras en latín, postrose de hinojos y doblgó el cuello ante el verdugo que no tardó en separar su cabeza.

Don Enrique de Sandoval recibió algunas reliquias del gran capitán con el encargo de llevarlas al cuello mientras durase la guerra y las entregase á su esposa doña Maria cuando terminase aquella.

—No tardó mucho en llegar el denodado salmantino que nos guió en la pelea.

Convirtió hacia mí sus ojos en señal de despedida, al pasar por mi lado... Mi aflicción fué, como puedes imaginar, estremada.

Bajé hácia el suelo los humedecidos ojos sin atreverme á mirarlo cuando subiera la horrible grada.

Uno de aquellos sayones que se encargaron de conducir la mula en que iba el desgraciado don Francisco, vióme así, y dandome un golpe, hizome levantar la frente para que mirase aquel espectáculo.

—Infame... exclamé sin poder pronunciar más palabras.

—Mírate en ese espejo de traidores—replico el inhumano.

El grupo que me cercaba hizo alejar de allí á aquel hombre...

Nunca se apartará su semblante de mi memoria.

Dijéronme que me llamaba la pobre víctima... y temblando me acerqué al cadalso.

Encargome su última voluntad encarecidamente y me abrazó por la postrera vez.

Aquí llegó Hernán y no pudo continuar. Miró á Blas y cojiendo las manos de este, las estrechó fuertemente entre las suyas.



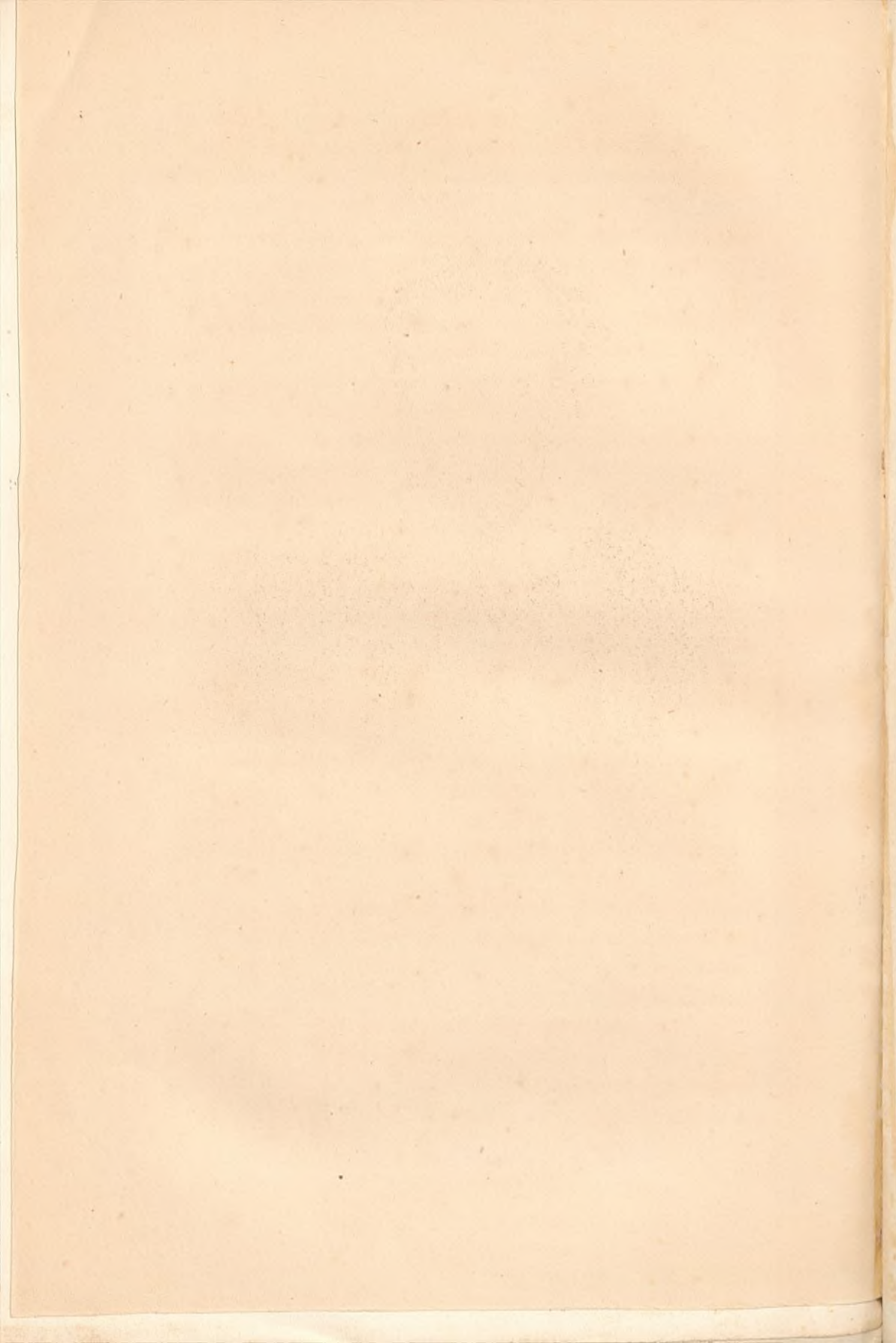


FRANCISCO MALDONADO.



Lit. Heráldica.

JUAN DE PADILLA.



—Al bajar yo del tablado se dió la señal: sonó el clarín... y rodó su cabeza por el suelo...

—Señor... Señor... tú le habrás recibido en tu santa gloria y sabrás en tu inquebrantable justicia hacer que caiga esa sangre sobre la frente de sus verdugos.

Estas palabras pronunció Blas en el colmo del sentimiento, interrumpidas por los suspiros de dolor que su alma exhalaba con la mas profunda amargura.

Ah... más me valiera no haber oído tu relato. Horribles sombras envuelven mi imaginacion calenturienta. Triste ejemplo nos dan esos heroes, pero glorioso y sublime... ¿Y á ti como te dejaron libre?

—Encomiando la noble clemencia del Emperador, dijeron que á los que no habian figurado como gefes, se les perdonaba la vida, y que en mí querian demostrarla concediéndome la libertad... Con gusto hubiera hecho el sacrificio de mi vida al lado de aquellos que tan gloriosamente defendieron el pendon de Castilla.

Salí de aquel pueblo cuyo ambiente me sofocaba y oprimia mi corazon: dejé aquel cielo sombrío y encapotado por el velo de la muerte.

Abandoné aquella plaza en donde quedaba un ser á quien habia amado tanto y cuyo recuerdo me seguirá á todas partes, aquella triste plaza en donde los defensores de nuestra libertad habian sucumbido indefensos pero con la gloria del martirio.

Padilla, Bravo, Maldonado, vuestra memoria alentará nuestro espíritu mientras quede sangre que verter en nuestras venas.

—¿Y ahora?

—Ahora me acompañarás á la casa de doña Inés Maldonado, porque voy á cumplir la mision que me encargó su desgraciado hermano.

—Dispusiéronse á salir al instante: pero el pajecillo anun-

Por la Gra Vnida de C. G. E. hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo

ció á S. S. el Marqués de Astorga, y los dos Comúneros aguardaron con estrañeza aquella visita inesperada para ambos.

El silencio que reinó por algunos instantes, aseguraba la tempestad que despues habia de estallar sin duda.

Con la espresion que á sus ojos daban los tres personajes allí reunidos, conociase la posicion que cada cual ocupaba en la extraordinaria escena que ahora presenciaremos.

— ¡Ah... mas me valiera no haber oido lo relato. Horribles sombras envuelven mi imaginacion calenturienta. Triste ejemplo nos dan esos heroes, pero gloriosos y sublimes... ¿Y á ti como te dejaron libre?

— Recomendando la noble clemencia del Emperador, dijeron que á los que no habian figurado como reos, se les perdonaba la vida, y que en mi querian demostrarme condescendencia. Con gusto hubiera hecho el sacrificio de mi vida al lado de aquellos que tan gloriosamente defendieron el pendon de Castilla.

Salí de aquel pueblo cuyo ambiente me sofocaba y oprimia mi corazón: dejó aquel cielo sombrío y encapotado por el velo de la muerte.

Abandoné aquella plaza en donde quedaba un ser á quien habia amado tanto y cuyo recuerdo me seguirá á todas partes, aquella triste plaza en donde los defensores de nuestra libertad habian sucumbido indolentes pero con la gloria del martirio.

Padilla, Bravo, Maldonado, vuestra memoria atormentará nuestro espíritu mientras quede sagrado vuestro lugar en nuestras venas.

— ¿Y ahora?

— Ahora me acompañarás á la casa de doña Inés Maldonado, porque voy á cumplir la mision que me encargó su desgraciado hermano.

— Dispúsanse á salir al instante: pero el pajeillo aun no

CAPÍTULO XX.

Una escena dramática.

Estraño y muy estraño, era para el pobre Blas ver entrar á aquellas horas al Marqués en su habitacion. No atinaba ni podia sospechar siquiera el objeto de tal entrevista y allá en su imaginacion creaba fatales acontecimientos. Miraba con sorpresa á Hernan, y este no comprendia el asombro de su compañero. No sabia que desde que Blas estuvo casi restablecido, el de Astorga no habia pisado aquellas alfombras contentándose con enviar al pajecillo para enterarse del estado de su salud. Ignoraba tambien las escenas habidas á los misteriosos fulgores de la luna clara y hermosa. No tenia indicios de que en aquella casa habia una jóven cuyo corazon latia á impulsos de una pasion inspirada por su ami-

go, y lejos estaba de creer que se hallase bajo aquel artesonado techo una rival poderosa de la sencilla y encantadora Maria.

A quien de todo esto noticias no tuviese le parecería muy natural y lógico el acto en que el marqués llegase á visitar á su valiente huésped.

Sorprendido quedó el de Astorga al dirigir una mirada al personaje que él encontraba por primera vez allí.

Hernan sostuvo aquella mirada investigadora con indomable fiereza, con imperturbable serenidad.

Después de las respetuosas saluciones de costumbre, el marqués tomó asiento indicando á los dos comuneros que le imitasen.

— Señor marqués, la persona que tengo á mi lado es un amigo, es un hermano mio, diré mejor; seguí sus pasos en la guerra y me aparté con él de la tranquila y solitaria casa en donde quedaron mis padres adoptivos, mis amigos de la infancia.

— El asunto que me trae á vuestra presencia no requiere testigos: no puedo consentir que los haya, y volveré en otra ocasion mas propicia.

— En ese caso, por qué no se moleste de nuevo V. S. dejaré libre el campo— dijo Hernan con resolucion y desenfado.

Levantose rápidamente, saludó con finura cortesana y salió mirando de reojo al Marqués y diciendo para sus adentros— mal pecado si le trae cosa buena á este señor...

Apenas quedaron solos, con una sonrisa humillante y despreciativa empezó así el noble campeón de los tercios imperiales.

— No habeis desmentido en vuestros hechos lo que sois: ni deja de conocerseos la bastarda procedencia de vuestra cuna...

— Señor marqués— exclamó Blas levantándose con la mayor confusion y sin saber á qué atenerse...

—Sentaos, sentaos. No he querido que viniéseis vos á mi cámara, porque nunca dejaria de haber criados imprudentes que os viesen entrar en ella y supiesen que os llamaba, despues de los rumores temerarios que circulan entre ellos y por todas partes: rumores á que vos habeis dado motivo y que demuestran cuán poco hay en vuestra sangre de noble y caballero.

—Esas palabras...

—La ley del hospedaje exijia en vos proceder más digno y pundonoroso...

—Por mi honor juro á V. S.

—Por vuestro honor jurais?... por vuestro honor? Cuando á él faltais con tamaña vileza...

Blas reprimia en lo posible la ira que empezaba á encenderse en su corazon: sus ojos brillaban desmesuradamente, hervia su sangre agolpándose á las sienes, y pálidas sus mejillas daban á conocer la impresion que ejercian en él tan insultantes palabras.

—Yo debia haber encargado á dos de mis escuderos para que llevasen á cabo mi proyecto de arrojaros ignominiosamente de esta casa.

—Señor marqués, la causa... pronto, la causa...

—Y aun la pregunta tu descarado enojo.

El de Astorga le hablaba ya en esos términos por agotar todo género de insultos sobre aquel hombre.

—Sabes—le decía—lo mucho que por tu vida hemos luchado: que no se ha perdonado recurso para salvarte: que fuiste aquí conducido porque el bueno de don Diego, mi generoso hijo, llegó á admirar tu sin igual bravura... y no quiso que murieses olvidado en el campo de batalla... No sabia que los villanos pagan como villanos los beneficios... No sabia que vuestra sangre á bajas y viles obras os arrastra.

—Procure V. S. reprimirse, y dé treguas á su injusto furor: no me obligue con sus descompuestas palabras á des-

Por la Gra Vinda de C. f. e hijos
Eduardo Luv y Arce

plegar el que en mi alma está naciendo, y crece con cada acento...

Temblaba al decir esto el desgraciado Blas.

El marqués miró con altivo orgullo al infeliz aldeano, y continuó de esta manera:

—Mucha audacia es la tuya, y tu soberbia grande: modera, modera tu altanería, y oye como vil esclavo lo que me digno decirte.

—Esclavo! cuando he luchado por la libertad con los que por ella han sucumbido... Esclavo! cuando mi pensamiento vuela libre por el espacio: cuando Dios mismo vino á destruir con su doctrina la esclavitud. Esclavo!! y es mi alma como la del noble mas grande que haya en la tierra: cuando mi alma es capaz de obrar el bien y la virtud lo mismo que la del Rey...

En los lábios de Blas hablaba el sentimiento más íntimo, la conciencia de lo que era ante otro hombre, de lo que le habian enseñado desde que ébrio de entusiasmo se lanzó á seguir con noble anhelo la bandera de las Comunidades.

El marqués contemplaba con indignacion á Blas, y sus ojos destellaban rayos de implacable saña.

—Y por eso has osado dirigir una mirada á la hija de tu noble bienhechor: por eso has creído que llevabas en tu condicion miserable bastantes títulos para exigir la mano de mi hija, y has procurado aventurarte intentando llegar con tus halagos hasta su corazon... No te ha deslumbrado el brillo de su nobleza: ni has mirado siquiera que nos debias la vida y que así faltabas á lo que la ley de la caballeridad prescribe... Sé que has apelado á todos los medios: sé que has logrado interesar á la incauta doña Isabel, y que has conseguido hacer que piense en tí, olvidándose de quien es, renegando de su elevada estirpe. Y esto es lo que te dictaba tu ruin y envilecido corazon. Digna recompensa de quien á villanos favorece!

Blas no sabia cómo contestar á tantos improperios y á tan atroz calumnia. Si revelaba la verdad, acusaba á doña Isabel ante su padre por su lijereza, si es que puede así llamarse aquella pasion volcánica que la dominaba. Y por otra parte, ¿cómo habia de ser creído él, que tan mezquino concepto merecia al ilustre marqués?

Terrible situacion era aquella para el jóven comunero.

—Creerá que eso es cierto—murmuraba para sí con lábios convulsos—lo creerá y pasará á sus ojos por un ruin villano...

Y permaneció de pié, apoyada una mano en el respaldo del sillón, mientras el marqués fijaba en él sus ojos escudriñadores, sentado violentamente como queriendo levantarse á cada instante.

—Ya te he dicho la causa. Esta noche misma sales de esta casa, cuyas habitaciones has profanado con tu inmundicia. Olvídate de que hemos sido tus bienhechores, huye de nuestro lado: corre á unírte á los tuyos, pues tan digno de ellos eres.

—Ah... no debo consentir semejantes imprecaciones contra los míos... Esto es demasiado... V. S. abusa de la posición en que me vé y eso no indica nobleza ni hidalguía...

—Mal nacido... ¿Quien eres tú para hablar en esos términos... Quién son tus padres...? quién... Responde...

Blas levantó al cielo los ojos, cruzó las manos y exclamó conmovido:

—Señor, tened compasión de mí: dadme resignación para poder sufrir este martirio.

—Toma: ahí tienes esas monedas... ya tienes para el viaje.

Le arrojó un bolsillo á los piés...

—No faltaba más que esto á tanta humillación. Señor marqués de Astorga—dijo con voz robusta el aldeano.—No valen los títulos de V. S. ni la nobleza de corazón ni la de todos

los que le precedieron en su nombre, más que la honra de este miserable á quien tan cruelmente se insulta en esta casa. Día vendrá en que llegue V. S. hasta mi humilde persona, pidiendo el olvido de estas injurias.

—Pobre y soberbio.

—Humilde y noble soy.

—Vete, vete de mi presencia—esclamó en el colmo de la ira el de Astorga levantándose—ó mi mano humillará tu villanía cual merece.

—Fuego del infierno!!—gritó Blas al observar la actitud del marqués.

Anciano... Dios te contenga para bien de los dos.

Al oír estas palabras que ya ciego y sin sentido habia pronunciado Blas, abrióse una de las puertas secretas de la estancia, y de improviso aparecieron dos personajes en ella. Y levantando el tapiz que cubría á la de entrada, otro penetró en la habitacion y colocándose al lado de Blas, gritó con fuerza reconcentrada.

—¡Alto los caballeros: paso al pueblo!...

Los dos primeros eran don Diego y doña Isabel.

El último, no hay por que decirlo, era Hernan que habia estado por las galerias inmediatas esperando la terminacion de la entrevista y al llegar en uno de sus paseos, cerca de la susodicha puerta, habia oido el animado diálogo.

Doña Isabel se arrojó á los piés de su padre esclamando ajitada:

—Perdon, padre mió, perdon... le amo con toda mi alma...

—El de Astorga la rechazó de su lado diciendo con iracundo acento.

—Estás loca...

Don Diego tendió la mano á Blas quien la estrechó fuertemente.

El pajecillo habia dado aviso á los dos hermanos de que ya iba á estallar la tormenta sobre la frente de Blas, y ellos

se dirigieron al aposento de éste y esperaron hasta el momento en que los vimos salir.

De sorpresa y admiración fué para el marqués el instante en que los tres personajes entraron impidiendo el desenlace que podía preverse en aquella escena.

A Hernan le parecía un ensueño todo aquel aspecto dramático que se presentaba á sus ojos con tan negros colores.

Este era el misterio—decía para sus adentros.—Ya me pagarás á mí todo el mal que ocasiones á la pobre María...

Don Diego levantó del suelo á su hermana para quien no habia ni una mirada compasiva de su padre.

—Es mi destino ser desgraciado por mis hijos—decía el marqués.

Blas miraba atónito á cuantos le rodeaban y creía que le dominaban las aterradoras sombras de una pesadilla.

Abría los ojos cuanto le era posible: los fijaba en Hernan, y una espresion de dolor concentrado y terrible aparecía en su rostro.

—Creo que no tendré que repetiros lo dicho...

—Ni tampoco hubiera yo dado lugar á que V. S. lo dijese cuando mi voluntad es partir desde hace mucho.

—No conocíamos entonces la vileza que abrigabas.

—Señor marqués—dijeron á un tiempo Blas y Hernan. Este último dió un paso hácia adelante, y frunció las cejas imprimiendo á su semblante un aspecto terrible y altanero.

—Padre—pronunció doña Isabel implorando piedad.

—Señor—dijo don Diego interponiéndose.

—Apartad... apartad.

—Qué culpa ha cometido ese infeliz?

—Diego... silencio.

—No se irá, padre mio, tan ignominiosamente.

—Como merece saldrá de este recinto.

—La dignidad de V. S. anda arrastrada por la alfombra

Por la Gra Uuida de C. J. e hijos
Eduardo Brun y Arcedo

en este momento —dijo con serenidad envidiable el buen Hernan.

—Atrevido! —esclamó el marqués dando una mirada á su hijo.

Don Diego quiso pronunciar algunas palabras en defensa de su padre, pero la razon le cerró los labios.

Blas recojió en pocos segundos la espada que don Diego le habia regalado, colocola en el cinto y se aprestó para la marcha. Tendió sus manos á don Diego y á doña Isabel, y pronunció conmovido estas palabras:

—La suerte ha querido que llegara á conoceros: más me valiera haber espirado en el campo de batalla. La vida os debo, y no sabeis aun cuánto es capaz mi corazon de la gratitud y el reconocimiento.

A dios—murmuró entre sollozos doña Isabel.

—A dios—dijo don Diego ofreciéndole un abrazo á Blas que fué á recibirlo, pagándole con otro tierno y cariñoso.

El marqués dió un paso para marcharse de la habitacion, cuando ya su indignacion crecia hasta un punto extraordinario.

—Parece imposible:—decia queriendo infundir á sus hijos con sus miradas, la soberbia que en él se encerraba.

Hernan cojió por un brazo á Blas y mirando con altivo orgullo al marqués, le dijo con despreciativa entonacion.

—Oh.. sí; debe salir de aquí: es indigno de estar al lado de V. S., que solo con sus iguales en nobleza de corazon alternar puede.

La intencionada sonrisa con que Hernan pronunció aquellas palabras fué un dardo dirigido al alma del de Astorga que quiso hablar, pero á quien la rabia no dejó articular ni un acento siquiera.

Apenas hubieron salido los Comuneros, acercaronse los dos hijos y con voz suplicante empezaron á dirigirse al marqués.

—Este levantose irritado y exclamó indicándoles que se al-
jasen:

—Hijos como vosotros no deben ser oídos por su padre.

Cambiáronse los dos una triste mirada y cayeron á sus
pies.

Breves momentos de silencio sucedieron entonces, para
cuya descripción no nos creemos con bastantes fuerzas de-
jándola á juicio de los que ya comprendan la gravedad del
asunto.

CAPITULO XXI.

Consecuencias del que antecede.

La anterior escena tuvo resultados de larga duracion.

Al siguiente dia, poco antes de anoecer, habia una litera en la puerta falsa de uno de los conventos de la ciudad, una dama cubierta con negro y tupido manto salia de la litera y fué recibida por la madre superiora que la saludó con cariñosa ternura.

Cerróse la puerta. Sonaron los cerrojos.

Y se oyó un suspiro.

En la casa del buen marqués de Astorga reinaba el más profundo silencio.

El pagecillo no cantaba risueño y jugueton.

La servidumbre andaba con recato y sin entablar como antes aquellos diálogos de tanto bullicio y algazara.

Celia, la linda doncella, á quien muchas veces Rodrigo dirijia miradas espresivas, habia salido despedida de la casa.

El asunto se iba, segun parece, complicando y los personajes colocados en tercer término, alcanzaban las consecuencias del nudo principal.

Don Diego estaba pensativo y triste; acababa de llegar de la calle y se dejó caer en un sitial como abrumado por una grave pena.

—Pobre Isabel—esclamó, apoyando la frente en una de sus manos—cuánta desgracia sobre los dos en un momento!.. Rodrigo.—

El pagedillo apareció con la frente anublada por la melancolía.

—Ves cómo nos persigue el infortunio?..

—Ya lo veo, señor; pero no hay porqué abatirse.

—Yo voy á disponer mis preparativos para la guerra...

—Eso no puede ser.

—Y tanto es así, que mañana recibirá mi padre cartas en que le participan el dia de la expedicion.

—Feliz idea—dijo Rodrigo dándose una palmada en la frente.

—Cuál?

—No vais á Italia.

—Y qué hacer ya; se herirá mi amor propio; se dirá que por las caricias de una muger abandono la gloria de la guerra.

—Eso dirán los que no os conozcan, los que no sepan el estrecho lazo que á doña Inés os une... pero yo he ideado un magnífico remedio.

—Dí, vivaracho y atreviduelo page.—

—Digo pues, que Toledo y Valencia van á necesitar fuerzas para su asedio muy pronto, porque ofrecen resistencia á la ley y al católico Emperador. Toledo con doña Maria de Pacheco y Valencia con las esforzadas huestes de la comunidad presentarán á los imperiales obstáculos en su carrera triunfal.

Por la Gr^a Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Cruz y Acuña

—Y tú, entremetido y sabidor de todo, cómo has llegado á alcanzar esas noticias?

—Porque yo soy la palomita que vuela por delante de todos cuantos vienen de allá. Que un emisario acaba de apearse en el patio... la palomita se entera de lo que pasa y sabe cuanto sucede. Ahora se me ha ocurrido el feliz pensamiento de que en vez de entregaros á ese viaje á remotos países, podeis, sin salir de España, seguir probando vuestro arrojo. Toledo, Valencia, ahí las teneis... marchad á rendirlas y haced allí victorioso alarde...

Conque no hay más que decir: no salir de España. Vaya, pues no faltaba otra cosa!

—Eres un diablillo familiar.

—Ese es el nombre con que me honra la vetusta Martina, hace poco apaleada y magullada...

—Y cómo he de mostrar ahora que mi proyecto varia?

—Nada más fácil; y soy yo quien vá á habérselas con vuestro irritado padre.

—Rodrigo.

—Nada; lo dicho.

Y el apuesto y garrido pagecillo arregló su jubón, ladeó su birrete, retiró un poco las rubias melenas, se frotó las manos en señal de satisfaccion, y dióse á correr por la crujía que franqueaba el paso para la habitación del marqués. Iba nada menos que á colocarse frente á frente del de Astorga, cuando se hallaba éste menos dispuesto á oír impertinencias y niñadas, palabras que dirigia con frecuencia á nuestro arriesgado pagecillo.

Dejémosle aquí y á don Diego confuso y distraído en sus meditaciones, y acompañemos á los dos Comuneros que van cruzando calles y calles, hasta llegar á la casa de doña Inés Maldonado.

—Esta es la casa, Hernan...

—Tiemblo al pensar el estado en que se hallará la desconsolada hermana de mi señor.

—Sube: que aquí te espero—dijo Blas indicándole á su amigo la escalera.

—Y por qué no has de acompañarme tu?

—Si te place, subamos.

En el primer rellano estaba Fortun recibiendo órdenes de su señora por conducto de Martina.

—Mirad, mirad á quien tenemos en casa, al herido, al huésped que don Diego tuvo en la la suya. Cuantas veces le he visto paseando con él á las orillas del río, he simpatizado con su carácter franco y expansivo. Hola... quién será el otro que lo acompaña...? Várame Dios y la vírgen Santa, qué pálido y constrictado viene.

No veis en el semblante del jóven Blas, que así creo que se llama, un parecido tan próximo á nuestro don Diego Osorio?..

Tan diverso era el asunto de la charla de Martina que Fortun no tuvo tiempo de contestar por lo menudo de la lluvia de observaciones y preguntas que dejaba caer sobre él.

—Doña Inés?—preguntó Hernan.

—En su cámara la he dejado bordando una riquísima banda,.. Quereis que la diga que la buskais? A quién voy á tener el honor de anunciar, gentil mancebo?

—A... Hernan!!

—Ay San Martin de mi alma.!! El escudero de don Francisco... Es verdad? miradle Fortun, miradle bien. Quién habia de conocerle con esa tremenda barba?

Y tantos años que pasaron sin verle. Allá cuando vivíamos en Valladolid... qué tiempos... qué tiempos!.. y hoy...

Martina se echó á llorar, suspirando y nombrando santos y santas.

Fortun estrechó entre sus brazos á Hernan con cariñosa efusion.

Reinó el silencio por algunos instantes, dando á conocer el dolor con que aquellos fieles servidores se recordaban la desgracia que en aquel recinto habia tendido sus melancólicas sombras.

—Voy... voy á preparar á mi señora. Dios poderoso... Hernan en nuestra casa... el pobrecito Hernan!!! vamos, la Providencia nos lo trae.

Realmente, Hernan estaba desconocido. Su semblante habia adquirido ese tinte de dureza que el sol de las batallas imprime con sus rayos. Negra la crecida barba, y el enlutado traje que vestia, le daban un aspecto imponente y gentil. No parecia él, ni era el barbilampiño escudero que al despertar la aurora pedia hospitalidad en la casa del honrado Pascual...

¡Cuántas vicisitudes habia sufrido desde entonces!..

Ahora que hemos evocado aquellos recuerdos, se nos viene á las mientes tambien que el lector querrá visitar aquella morada, y no pagar con la ingratitud del olvido á los sencillos aldeanos, tan dignos de cariño y amistad. Pero... ¿cómo ha de ser? sufra con paciencia que por tales caminos le llevemos, y no tema un desengaño por nuestra parte. Ya iremos allá, y veremos, si aún están por aquellas tierras, á María, á su padre, á los de Blas, á Pablo, y á la desventurada loca, si es que vive.

De el *Chato* nada sabemos por ahora. Dios quiera que le encontremos algun dia.

Saltando este paréntesis de explicaciones, reanudemos el hilo de nuestra historia.

En el tiempo que hemos empleado recordando épocas felices, han subido la escalera los dos inseparables amigos, y están en presencia de doña Inés.

Apartemos los ojos del triste cuadro que forman los personajes que aquí se hallan reunidos.

Y contentémonos con oir los tristes suspiros de la her-

mana del valiente capitán Salmantino; y alguna que otra palabra entrecortada, que pronuncia el desconsolado Hernán al dar cuenta de su dolorosa misión.

Pero alguna curiosilla lectora, nos arrastra y nos hace abrir los ojos para no perder ni un detalle de la patética escena.

No podemos resistir á sus deseos y entramos en la habitación.

Sentada en magnífico sillón cincelado está doña Inés, cubierto el semblante con las manos que oprimen el blanco pañuelo de finísima holanda.

Ante ella, de pie y con la frente inclinada, mirando la negra pluma de su birrete, Hernán discurre tristemente, y recuerda quizá las últimas palabras de su señor.

Blas respira con ajitación, y no aparta los ojos ni un momento de la dolorida doña Inés.

Una especie de encanto mágico hace palpitár su corazón y humedecer sus ojos...

Doña Inés le mira, y por un impulso irresistible, fija también en él los suyos...

—¿Quién es el jóven que os acompaña...

—Un amigo y compañero de armas.

—Un pobre campesino que siente en su alma el deseo de combatir á los enemigos del pueblo de Castilla, y que siguió los pasos de vuestro hermano, porque Dios había decretado que asistiera yo al acto en que su estrella se eclipsase para siempre.

Martina, que aun estaba enjugándose los ojos, se dirigió á su señora diciendo:—¿es verdad que le tiene algun aire, que en su mirada dulce y espresiva se parece á don Diego?

—Cierto, Martina... Y se llama Blas...

Entonces se esplicó doña Inés el misterioso impulso que había despertado la simpatía hácia aquel jóven en su corazón.

Por la Gra Vnda de ²⁶ C. F. e hijos
Eduardo Guo y Acuña.

Su edad, su nombre, su parecido á la persona á quien ella amaba más en el mundo, todo cuanto le rodeaba, habian hecho pasar por su imaginacion la memoria de que aquella sería la edad de su hijo, tal vez aquella su gentileza y donaire... Y una madre colocada en las circunstancias de doña Inés cree ver en todas partes algo que á su memoria traiga la felicidad con la efimera y lisonjera ilusion de encontrar á su perdido hijo... Aquel jóven era un campesino, habia dejado á sus padres en su tranquilo hogar... la ilusion llegaba á oscurecerse.

Doña Inés volvió á recobrar la calma que por un momento habia alterado la presencia inesperada de Blas...

Hernan entregó la escarcela, pero por orden espresa de don Francisco, habia reservado un pliego con la condicion de leerlo cuando la guerra terminase. Hasta entonces habia de correr él muchos azares y de nada serviria cuanto se le mandase en aquel documento.

Doña Inés preguntó á Blas porisab el la hermana de don Diego...

Blas no pudo contestar y Hernan se atrevió á decir que con razon callaba. Todo lo sabia.

—Dicen—repuso Martina—que ayer mismo entró en un convento.

—Callad, señora, callad sobre ese punto—dijo Hernan como eludiendo la conversacion.

—Y don Diego?—preguntó con vivo interés su esposa.

—Aprestándose á marchar á la guerra de Italia.

—Dios mio... —esclamó la infeliz— á la guerra mi esposo...

—Su esposo!—dijeron sorprendidos y casi á un tiempo Blas y su compañero, al escuchar aquella palabra que se habia escapado en un arranque de dolor á la virtuosa doña Inés...

—No irá, señora mia, no irá—repetia Martina consolándola.

—Quién lo asegura? El implacable furor del marqués le hará partir por apartarle de mi lado.

—Rodrigo, Rodrigo me lo ha dicho...

—Y qué puede hacer él?

—No sabéis de cuanto es capaz ese diablillo: él ideará, él inventará alguna trama. El ha sido quien ha dicho que sois esposos, por él ha suspendido sus proyectos el marqués, de enlazar á su hijo con la del señor de Benavente.

—Y crees que conseguirá ahora?..

—Cuanto se proponga...

—Dios lo quiera... Hernan, desde hoy quedaos en casa. Martina, manda que se le prepare habitacion. A vos, jóven, qué os puedo decir si estais hospedado en casa del señor de Astorga, y allí os cuidan con cariñosos desvelos.

—Pues qué no sabéis? vaya... vaya: es verdad; como no habeis visto á don Diego ayer ni hoy, no es extraño que lo ignoreis. En la casa del de Astorga ha habido una zambra endemoniada. El jóven que en vuestra presencia se halla, ha salido de allí jurando no pisar más aquellos umbrales si no se le pide perdon de las injurias que ha sufrido.

Blas hacia señal de asentimiento á cuanto referia la dueña.

—Pues porqué, decidme, ha ido á parar á un convento doña Isabel? Por ciertas cosillas que se contaban de aventuras amorosas y cantares apasionados entre los encantos de la noche solitaria.

—Buen olfato es el vuestro, abuelita —esclamó el leal Hernan, en un rasgo de su antiguo buen humor, al oir el charlatanismo de Martina.

—Yo todo lo sé... Conque haré que os preparen á los dos habitacion, y dejad correr el tiempo, que dia vendrá en que todo vuelva al ser y estado primitivo.

La Providencia nos enviará lo que nos tenga deparado, y hasta entonces, resignacion y paciencia.

—Poco tiempo permaneceremos á vuestro lado, — dijo Hernan.

—Os vais tan pronto?

Mientras ondee el pendon de las Comunidades, á su sombra correremos.

—Y no os sirve de doloroso ejemplo, el que os ofrecen los mártires que han caído bajo el hacha del verdugo?

—Antes nos dá aliento y nos infunde valor.

—Pobre hermano mio!!

Blas seguía fascinado por aquel poderoso móvil que le llevaba á no separar sus ojos de los de la esposa de don Diego.

Un sentimiento de respeto y veneracion, le hacia desear la mirada de aquella muger.

—Os empeñais en seguir los azares de la guerra: olvidais quizá que vuestras madres estarán esperándoos traspasadas de dolor y de amargura... que su corazón os aguarda para vivir tranquilo y sosegado: que llora vuestra ausencia alguna muger querida... Y vosotros lo dejais todo por el sonido del clarín de las batallas... Seguid... seguid, si os empeñais, vuestro arriesgado propósito.

En tales términos se espresaba doña Inés aconsejando á aquellos dos arriscados aventureros, sin que sus palabras llevaran el convencimiento á sus denodados pechos.

Ella los vió retirarse á su habitacion y entristecida recordó el horroroso fin de su desgraciado hermano.

—Dios proteja vuestro esforzado aliento por tan justa causa: Dios os libre de la fatal cuchilla que ha segado las cabezas de vuestros capitanes.

Martina secundó tan sinceros votos y acudió á su rosario.

Doña Inés quedó sumida en tristes meditaciones hasta que el toque de el Ave-Maria la hizo levantar de su asiento y dirigirse al oratorio.

Toda la servidumbre aguardaba á la puerta.

Y á los pocos instantes se elevaban sentidas oraciones hácia el cielo, por las almas de las desgraciadas víctimas de su noble propósito.

Entre los que allí postrados de hinojos oraban, levantáronse dos al final del rezo y uno de ellos pronunció con voz conmovida:

—Señor: ampara á tu pueblo: haz que tiemblen sus perseguidores, y que oculten entre el polvo la frente, manchada con la noble sangre inhumanamente vertida.

Con profunda emocion terminó aquellas palabras y con asombro de los que le escuchaban.

—Blas, Dios oiga tus palabras—dijo Hernan que era el que á su lado se hallaba, abrazándole con frenético entusiasmo.

En la casa de doña Inés Maldonado quedaron por algun tiempo los dos Comuneros impacientes por volar á Toledo y mostrar allí su denodada bizarria.

Vieron en muchas ocasiones apesarado á don Diego, al recordar el instante en que su ilustre padre obligó al infortunado Blas á abandonar aquel recinto.

Y una mañana al salir el sol, estaban en el mirador la misma doña Inés, su esposo, la rezadora Martina con sus negras tocas y su rosario inolvidable.

Dos personas salian por aquella portezuela que no desconocemos ahora, y dirijian sus ojos á los que desde el mirador los saludaban con muestras de ternura.

Doña Inés, con el blanco cendal hacia aun señales de despedida cuando ya se iban alejando.

Ellos se pararon en una eminencia y dieron el último adiós.

Allí los esperaban dos hombres con caballos prevenidos.

Espresaron su agradecimiento de la manera mas afectuosa.

Por la Gra Uinda de C. P. e hijos
Eduardo Lora y Arnedo

Uno de los personajes que tenían los caballos de la brida era el pajecillo rapazuelo, que se había brindado á ello alegre, por estrechar la mano de sus dos amigos.

—Guie Dios vuestros pasos: aquí queda quien hará que se os respete en la ausencia... Acaríceos la fortuna más que hasta lo presente, y la Providencia nos reuna otra vez como yo deseo con toda mi alma...

—Adios... leales y valientes castellanos—dijo Blas halagando con la sinceridad de su acento el amor propio de Rodrigo y de Fortun.

—Adios, valientes Comuneros—esclamaron ellos, henchido el corazon de entusiasmo y convulsos los lábios por el sentimiento...

Y los caballos emprendieron el escape hasta una larga distancia.

Fortun y el pajecillo volvieron á la casa de doña Inés: refirieron su despedida y lo mucho que les habían encargado que manifestasen su eterna gratitud, los dos jóvenes que corrían en busca de la gloria cuando tal vez la muerte les esperaba entre los últimos destellos de la estrella que había fulgurado en Villalar.

Ahora que han de recorrer un gran trecho y que han de encontrar mil inconvenientes para penetrar en la Imperial Toledo, se nos presenta una ocasion propicia para llegar hasta nuestros antiguos amigos los pobres habitantes del caserio de Pascual y allá volamos con el deseo más vehemente y la voluntad más decidida.

CAPITULO XXII.

En el cual las ilusiones vienen á visitar á algunos personajes de esta leyenda.

Afortunadamente sabemos que Andrea, la infeliz loca á quien dejamos con tal crueldad, sumida en letal parasismo, no sucumbió al imprevisto golpe que la sorprendiera en el momento de presentarse ante su vista el soldado de la comunidad, el entonces recién llegado Pablo.

Por una de esas transformaciones prodigiosas de la naturaleza, que tan maravillosos resultados obran, y que pasan á los mismos sacerdotes de la ciencia, la razón volvió á recobrar su fuerza en la mente de la aldeana.

Y como nosotros estamos persuadidos de que si la desgraciada hubiera muerto, las culpas y la responsabilidad se

desplomarian sobre nuestra inocente cabeza, nos alegramos como si algo muy de cerca nos tocara.

María, la desconsolada amante de Blas, que no la ha abandonado ni un instante, dá gracias á Dios con toda la efusion de su espíritu, y siente en su corazon uno de esos placeres que van mezclados con lágrimas.

Pascual, Andrés, Magdalena, el hermano adoptivo de Blas, todos están reunidos en casa de Andrea, y un sinnúmero de aldeanos, despues de algunos dias de conocerse el milagroso suceso...

La cuidadosa Juana, lo atribuye á que Pablo la ha deshechizado, y no hay quien la haga ceder un punto de su estraña opinion.

Se ha resuelto solemnizar el fausto acontecimiento con una romería á la ermita, baile despues, y una espléndida comida en la era.

—Si estuviera mi Blas —decia la pobre Magdalena mirando á Andrés.

Y María suspiraba y dirijia al cielo su triste mirada...

—Pobre Blas—repetia Juana con sentimiento profundo...

Y no hubo uno solo de los presentes que no recordase al ausente hijo de la aldea.

Andrea habia recobrado los rasgos de su fisonomía enérgica y espresiva...

Sus ojos no se apartaban de los de Pablo.

Con su sonrisa le decia: Bendito sea Dios que nos ha vuelto á reunir...

Determinaron la romería para el domingo siguiente.

Y las muchachas prepararon sus sayas de colores más preciosos: guardaron con cuidado los capullos que habian de dar para aquel dia mas bellas flores, y gozaron ya con la idea de que iban á divertirse, y que el regocijo y el contento habia de reinar como otras veces.

—¿A que no sabéis quien falta para coronar la fiesta?—

decia una de las mas bulliciosas á sus compañeras, cuando se dirigian á sus casas.

—Quién... vamos á ver?...

—El decidor y nunca bien ponderado *Chato*...

—Es verdad, es verdad...!! exclamaron todas consagrando un recuerdo á aquel pobre infeliz...

María desde la puerta de su casa las contemplaba apenado el corazon y triste la mirada.—Felices vosotras!.. ay! nunca veais desaparecer ese encanto que os hace mas risueña la vida que lo es la aurora de un dia sereno para los pajarillos que la aguardan entre las ramas cantando. Hubo un tiempo en que yo con vosotras saltaba y triscaba alegre como el cabritillo en la montaña... entonces el cielo me sonreia, las flores me acariciaban y el aura me traia palabras de consuelo y de bendicion... Hoy todo son nubes en el cielo y gemidos en el aura y suspiros en la fuente... Ese sol que va á esconderse entre los montes, ha visto mi ventura como hoy vé mi amargo y triste infortunio... Ay! para qué te conocí, para qué me dijiste que no habia en ti más esperanza que mi amor... Blas... si envuelto entre nubes de vencedora gloria me has olvidado, Dios te lo perdone: si has encontrado la muerte combatiendo á los enemigos, mírame desde la otra vida: llámame á tí... y que vuele mi alma á reunirse con la tuya...

El anciano Pascual estaba oyendo aquellas palabras y llegó hasta ella, sorprendiéndola extraordinariamente.

—Ah... hija mia—balbuceó con tristeza—ya no hay ni un recuerdo siquiera para tu padre... Deseas huir de mi lado, abandonar á este anciano cuyo consuelo eres... Tú que haces más placentera para mí la vida, tú en quien está concentrado mi afan, mis esperanzas... morir... desear la muerte...

María bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon con ese candoroso carmin que demuestra en un semblante como el

Por la Gra Vuida de ²⁷ C. f. e' hijos
Eduardo Cruz y Acevedo

de aquella criatura, el arrepentimiento de la que creen una falta.

Sí, para María, eran aquellas palabras una falta imperdonable.

Pero Pascual comprendió perfectamente el estado de aquel corazon enamorado y puro, y si bien habia proferido tales palabras, conocia que la pasion ciega la dominaba y era perdonable en circunstancias tan tristes como las que habian sobrevenido.

La cándida niña, se arrodilló apenada á los pies del anciano y pidió con suspiros, el perdón que sus labios no se atrevian á implorar.

—Vaya, vaya... siempre de lloriqueos y pesares...—dijo la buena Juana saliendo á su paso y haciendo levantar del suelo á María, en quien su padre tenia fijos los ojos humedecidos por el llanto.

—Bueno es esto—continuó haciendo esfuerzos por parecer alegre—nos descuidamos un poco y ya la tenemos contristada... Hija, hija, no llores, que Dios castigar puede tu poca resignacion... Vaya un alma contrita... No asi quiere el Señor á los tristes, antes bien los desea resignados y sufriendo los trabajos que el les envia.

Mira no más que tienes á tu lado personas que solo viven contentas cuando tu lo estás: que el dia que ven lágrimas en tus ojos, sufren un horrible martirio. Angel de nuestra felicidad, la madre de Dios, que es tan buena, volverá la alegría á tu corazon... Espera, espera en su clemencia... Ella es la protectora de las almas inocentes...

Y diciendo esto la dió un beso en los labios.

María se abrazó á la venerable muger y dijo entre sonrisas y suspiros:—pues ya no lloraré más; ya no lloraré para no veros tristes.

Tendió una mano á su padre y besó la de este.

Andrea llegó en aquel instante gozosa y alborozada.

—María... María...

—Andrea de mi alma...

—Buenas tardes, señor Pascual: buenas tardes Juana.

—Bendito sea Dios que á nuestro lado os trae...

—Vengo muy alegre, porque mi dicha se va á resolver hoy mismo.

—De veras...?

—Se ha dispuesto que el domingo, el día que la romería se celebre, recibamos Pablo y yo la bendición del cielo...

—Dios envíe sobre vosotros la felicidad que os deseamos—dijo Pascual.

Y María manifestó el placer que tal noticia la causaba, con una sonrisa de satisfaccion y de júbilo, pero en la cual no se dejaba de advertir el recuerdo que siempre la entristecía...

Cómo habia cambiado la escena para las dos jóvenes!

María ya no salia al amanecer á su ventana, ni sonreía al ver las encantadoras escenas de la naturaleza: no corría como antes por la orillita del arroyo ni oía con plácida efusion el canto de las avecillas; su mirada era melancólica, su sonrisa triste.

Andrea, por el contrario, llevaba en su frente el símbolo de la felicidad: sus ojos brillaban como si viesén por todas partes la esperanza acariciándola con un porvenir venturoso.

—Mira, María, procura no caer en ese abatimiento profundo que dá las tristes consecuencias que á mí me arrastraron á tan terrible situacion.

Vamos, ven, ven á vivir conmigo: deja estos sitios que él frecuentaba y en donde su imágen se aparecerá cada instante á tu memoria... Ven...

Y Andrea y María, enlazados sus brazos por el cuello con infantil ternura, y acompañadas por Juana, salieron de allí en direccion á la casita próxima...

—A mi casa... á mi casa—dijo Andrea...

—Los labradores que entonces volvían de sus faenas, abrieron paso á las doncellas y empezaron á chancearse con Juana, que contestó con su sempiterna charla.

—Miren la hechizada—decía uno—y cómo se ha deshechizado en cuanto pareció el sujeto.

—Callad, callad, lenguas de Lucifer...

—Anda, anda; y fué ella la que nos dió las noticias.

—Porque...

—Porque entonces todo el mundo lo creía...

—Y ahora...

—Ahora... ahora... no quiero deciros lo que sé.

—Vamos, vamos; cuente, cuente, y descuide el secreto en nosotros.

—Que se alejan las palomitas...

—Ya están cerca de la casa de Andrea—esclamó uno de los mas curiosos, formando con los demás grupo al rededor de Juana.

—Pues vaya: que Andrea se casa...

—Hola, hola... habrá caldera y pan de boda, y baile.

—Viva... viva...—gritaron todos.

—Vivan los novios—repitieron los alegres campesinos.

Uno solo pareció amohinarse al ver aquello: su rostro se contrajo y apretó los puños con fuerza.—Se casan?—dijo con dolor... y se apartó del grupo marchándose hácia una especie de barranco que habia á corta distancia del arroyo.

Juana dejó á los alegres aldeanos y corrió á unirse con las dos muchachas.

En tanto ellos se formaban mil placenteras ilusiones y se prometían larga broma y jaleo no pequeño.

Pablo iba entonces en direccion á la casa de Andrea y saliéronle al paso sus compañeros acusándole unos de reservado, otros de mal amigo y los mas felicitándole por su próxima ventura...

El, acogió satisfecho las indicaciones de todos porque

eran hijas de la franqueza y de la leal amistad.

—Y Perote, dónde está Perote?—preguntó Pablo.

—Aquí estaba con nosotros—respondieron algunos.

—Miradle, miradle allá al borde de aquel barranco... gritó un jóven señalando el punto en donde Pablo se hallaba taciturno y triste.

—Vames á él... vamos á él... Y tú, Pablo, á tu obligacion: anda á ver á tu enamorada doncella y cuidado que el dia de la boda dejes que baile primero con ella otro que no sea yo... eh?... Señores: yo voy á tener la dicha de bailar primero con la novia... Y mira: mañana te esperamos para que nos refieras alguna de aquellas hazañas que tanto han hecho brillar en la guerra á los soldados de las Comunidades... Anda, anda y con las glorias no olvides las memorias: que siempre los buenos amigos conocerse deben... Y que sea muy enhorabuena, afortunado mancebo... Garrida es la zagalá y apuesto el galán...

Pablo se despidió contento de sus honrados camaradas y tomó la senda que á la casita de su amada conducia.

Los pobres labriegos se dieron á correr por el campo hasta llegar á la presencia de Perote, quien no bien los hubo visto se levantó como apesarado de que le sacasen de su meditacion...

Era un jóven robusto y gallardo, á quien todos trataban con franqueza, pero que no inspiraba simpatías de tal modo que pudiera considerarse querido por todos ellos.

Su carácter apático y sombrío le alejaba con frecuencia de la compañía de sus amigos y habia ocasionado graves disgustos á su padre. Razon por la cual tambien era mirado con cierta prevencion por los habitantes de la aldea.

Si alguna pendencia se promovia, Perote era la causa. En cierta ocasion habia insultado al anciano Andrés, al padre adoptivo de Blas, porque aconsejaba á sus hijos que no le imitasen entonces en lo pendenciero y atrevido.

*Por la Gra Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Lora y Arcevedo*

Y habia quien aseguraba que al salir de su casa Andrea una tardecita, antes de su enfermedad, Perote le salió al encuentro diciéndola al oído palabras que hicieron caer el cántaro que llevaba bajo del brazo la pobre niña.

Añadiendo algunos, que habia sido gran parte para el trastorno que en su razon habia sufrido Andrea.

Esto era lo que se murmuraba, y esto lo que se dió por cierto despues cuando observó algun curioso el efecto que habia producido en él la noticia del próximo casamiento de Pablo.

A su pesar, hubo Perote de abandonar sus meditaciones y no le quedó más recurso que admitir la compañía que sus camaradas ofrecíanle sin recelos.

—Pero... voto al rabo de Luzbel!—dijo uno de los que más atrevidos eran en esto de votos y ternos, porque habia corrido mucho con las armas en la mano —no sabremos aquí tu retirada quién la motiva; qué es eso que asi te retrae y acobárdate de tal manera?

—Alguna mala noticia, ó acaso se le hayan muerto algunas cabezas de ganado, ó sea mala siembra la suya, ó en fin... no prometen gran fruto las tierras de su huerto.

—No es nada de lo que imaginando estais. Habeisme antes dicho que tendremos el domingo boda y romeria.

—Sí, y mal año si hay alguno triste en aquella fiesta.

Volvió á su meditabundo ademán el sombrío Perote, y despues de larga pausa, levantó al cielo los ojos, tomó su semblante una espresion diabólica é indefinible y prorumpió en una exclamacion que indicaba haber encontrado la idea que afanoso queria se le ocurriese.

Y despues de mirar con regocijo y satisfaccion á sus compañeros, dijo animado por un sentimiento que no parecia nada bueno.

—Vamos... vamos á donde querais y... viva la zambra y el bullicio.

Todos se encaminaron hacia una era en donde se habia determinado celebrar el baile para el siguiente domingo.

—Desde aquí se divisa la ermita. Mirad, mirad que color de rosa toman sus paredes con los últimos rayos de sol que la iluminan. Qué puros y hermosísimos aparecen los contornos de las montañas en el horizonte. Cuando llega esta hora y os veo á todos reunidos se me oprime el corazón. El baido de las cándidas ovejas que vuelven á su redil; todo eso que hay en el airecillo, en el cielo, en los montes, en los pajarillos que vuelan, todo eso que yo no sé explicar, pero que siento y sentís vosotros, me trae á la memoria el recuerdo de mi Blas... Qué será de él? Cuando vuelva, tal vez no me verá...

—Ea, dejad, dejad á un lado esa melancolía, tío Andrés...

—Padre, bueno es no olvidarle, pero eso os entristece y acabar podrá con vuestra vida antes de los pocos años que os quedan.

—Tiene razon Gil, tiene razon que le sobra: á vivir, buen viejo, á vivir...

—Y que nos cuente alguna de aquellas historias que él sabe.

—Sí, sí... Ea, formad rueda y á sentarse.

Sentáronse en el suelo formando un semicírculo alrededor del anciano, cuyo aspecto de bondad y de dulzura era gran atractivo para todos los que le vieran por primera vez.

Aquella frente espaciosa, aquella mirada franca y suave, y aquella sonrisa de lealtad, de ternura, le habian asegurado el cariño de todos los comarcanos en muchas leguas á la redonda.

Allí sentados, teniendo por techumbre la bóveda celeste y por alfombra la tierra: iluminada la escena por los últimos destellos del sol, estaban los pobres campesinos oyendo al-

guna de las aventuras de que habia sido testigo el anciano, cuando recorrian aquellos campos partidas de los mismos señores de las tierras que invadian las de sus contrarios, tallando y quemándolo todo: entregándose á la rapiña y al botín.

Pero como esto no es para nosotros de gran interés, y en el domingo de la romería creemos que ha de acontecer algo notable y digno de mencion, volemós en las alas del tiempo y lleguemos al día de la festividad en la comarca.

CAPITULO XXIII.

De cómo la romería tuvo un final inesperado.

Amaneció un hermoso día de primavera con todos sus encantos. ¿A qué llenar páginas y páginas con una cansada descripción que no podría bosquejar siquiera el magnífico y armonioso cuadro de la naturaleza?.. Figuraos allá en vuestra imaginación cuanto haya de mas poético y admirable en una mañanita serena de la estación de las flores. Suponed por un momento que percibís los aromas de las florecillas; que el jazmin y el azahar os envían sus perfumes en las alas transparentes del cefirillo juguetón: que le oís susurrar entre las verdes hojas al compás del fresco murmurio del arroyo que entre juncias se desliza: que veis coloreadas las cabañas, los montes, y el cielo con las indefinibles tintas que

Por la *Pro Vnida* de C. J. E. Luján
Eduardo Luján y Múñedo

todo lo embellecen: figuraos todo eso, y añadid luego la animacion que infundia á tan brillante escena el grupo de zagalas y mozos del caserío, que entre voces y cantares, y el sonido del añafil y la gaita zamorana, el ruido de las sonajas y los rabeles, recorrían el ameno valle, y tendreis una idea aproximada de la vida que allí se respiraba, del armonioso conjunto que presentaba aquel paisaje.

Y no os pese venir con nosotros allá, para distraeros del ruidoso estrépito que nos aguarda en Toledo, cuando á esta ciudad vayamos conducidos por nuestro deseo de saber lo que es de Blas y de Hernán en el terrible aprieto en que se lanzaban con temeraria osadía...

No nos llameis cansados y fastidiosos porque así os llevamos de aquí para allí, como decirse suele; que todo tiene su objeto, y que agradecérmolo tendreis al fin, porque os hemos entretenido sin daros una ración de venenos y puñales, y combinando lo que la historia nos dice con lo que la leyenda os refiere.

Demos punto á las observaciones, y vayamos con las frescas y sonrosadas doncellas, vestidas como en día de Pascua, y llenas de flores que armonizan con los vistosos trajes. Diríense en busca de la novia, y una lleva riquísimos bizcochos, otra la miel que en los panales de su casa habían labrado las solícitas abejas: esta le trae una tórtola amorosa, como símbolo de ternura conyugal: y todas, en fin, van á ofrecer sus dádivas de amistad á la novia.

María es la primera que con infantil lijereza corre presurosa á presentarle un riquísimo jubón de seda azul, con bordados de plata.

Las demás la miraban, y se decían unas á otras:—Cómo estará la pobre...

Qué recuerdos llevará en su alma... Desdichado Blas... Dios le haya en su santa gloria...

—Amen, contestaron todas con melancólico acento.

Abrióse la puerta de la casa de Andrea, y las voces y los cantares dejáronse oír alegres en el espacio.

Entraron todas y comenzaron á felicitarla.

Andrea lloraba de alegría.

Los mozos iban en distinta dirección á buscar á Pablo.

Perote era el único que faltaba.

Cuatro días hacia que salió de su casa sin que de él hubiese rason alguna.

Los mozos de la aldea apuestos y bizarros, luciendo las mangas de sus camisas blancas como la nieve, y vistiendo los jubones de seda, los sayos de vellorí y las calzas mas finas, formaban un grupo en donde reinaba la mas franca alegría.

Al llegar á la casa de Pablo el sol asomaba su disco entre dos montañas deslizandole sus primeros rayos á través de las ramas de los olivares.

El de mas edad de los de la comitiva hizo la señal para que callasen los instrumentos pastoriles y quitándose el sombrero dijo con emocion:—El sol.

Todos se descubrieron ante el astro luminoso como en accion de gracias á la Providencia que les enviaba su bienhechor consuelo.

Echaron los sombreros al aire y saludaron despues al novio que les abrió la puerta.

—¿Quién ha ido á la ermita?—preguntó Pablo, despues de contestar á las felicitaciones de ordenanza.

—La ermita—respondió el hermano de Blas—estará á estas horas engalanada y dispuesta como novia en día de boda.

Todos los jazmines de mi huerto han ido á parar al altar mayor: la Virgen tiene más flores que nuestros campos dán: el mirto y el romero cubren el suelo: cien luces arderán ya por toda la cornisa interior: en fin, es un ramillete hermoso, una tacita de plata. Martin está encargado de ayu-

dar la misa á Fray Mateo que nos ha dicho que se dispusiera todo cuanto antes.

—Anda, anda, viva... viva: ya vá á principiár la fiesta—decia aquel rapazuelo que ya hemos visto en otra ocasion entre los aldeanos; aquel que tanto sintió la despedida de el *Chato*.

Y saltaba y corria removiéndolo todo y armando él solo más ruido que un batallon de chiquillos.—Vamos, vamos, que yo tambien me caso hoy y que viva la boda...

—Y el padrino?—preguntó Pablo.

—El tio Andrés? Ya estará en camino de la ermita, montado en la jaca torda y acompañado de los mozos de la branza.

—Por allí pasa: miradle, miradle—dijo el muchacho señalando hácia una senda de las muchas que cruzaban aquellos campos.

Y en efecto, caballero en una jaca torda, el tio Andrés iba hablando con los mozos, de la hermosura de la mañana, de las grandezas del Criador.

Al poco rato la comitiva bulliciosa salió de la casa de Pablo.

Y no tardó mucho en encontrarse con la que á la novia acompañaba y que venia en opuesta direccion por la vereda que al camino sale.

No hay para qué decir que las canciones se sucedian con frecuencia y los gritos de júbilo resonaban en el valle.

El tamboril y los demás instrumentos formaban la melodiosa orquesta de la funcion.

La campana de la ermita señaló el tercer toque para la misa de matrimonio.

Entraron por órden de edades los aldeanos en aquel pequeño recinto, morada del que es Infinitamente Poderoso.

Muchos quedaron á la puerta.

Dominados todos por el sentimiento religioso se arrodillaron.

Los novios ocuparon las dos gradas que antes del altar habia.

El espectáculo era tierno y conmovedor.

Empieza la misa y antes de dar su bendicion el sacerdote... óyese una voz lejana que grita:—Deteneos... deteneos...

El asombro reina entre los circunstantes.

El ministro del Señor queda atónito.

La voz se aproxima cada vez más...

Pusiéronse de pié los campesinos y miraron aterrados hácia el punto por donde aquella voz se oía.

Suspendió el sacerdote la ceremonia religiosa y todo fué consternacion y asombro.

Andrea fijó los ojos en los de Maria como diciendo: hasta en el momento mismo de mi felicidad he de ver la sombra de la desgracia.

Pablo se hallaba sorprendido y estupefacto ante aquel suceso inesperado y al parecer sobrenatural.

De pronto, un murmullo sordo se oye entre los aldeanos que á la puerta de la ermita habíanse quedado.

—Perote, Perote—esclamaron todos en reconociendo al jóven, que abriéndose paso atravesaba la distancia que le separaba del altar.

Subió las dos gradas.

El rostro pálido, los ojos desecados, el traje descompuesto y el siniestro ademán, hicieron temblar á muchos.

Llegado al altar, con ajitada respiracion y voz ahogada, esforzándose estrordinariamente, dijo entre el pismo de los circunstantes:

—No acabeis de celebrar este acto: ese hombre está casado ya!!

*Por la Gra Viuda de C. y hijos
Eduardo Cruz y Arvedo*



—Casado!!... exclamaron con horror cuantos le oían.

Y señalaban á Pablo.

No es para narrado lo que allí pasó ni pudiérase dar una idea del efecto que causaron tan terribles palabras.

Volviéronse todas las miradas hácia Pablo.

Andrea dejó caer su frente abatida entre los brazos de María.

La indignacion y el despecho se apoderaron de muchos...

El respetable sacerdote levantó su voz entre los murmullos de los campesinos.

—«Huye de la casa del Señor, que has profanado... huye; el arrepentimiento y la penitencia podrán algun día hacerte digno de implorar la misericordia de ese Dios infinitamente bueno. Mira cómo has desgarrado el corazon de esa infeliz criatura... No te hacia estremecer la idea del mal que causabas? Hijos, tened compasion del pecador... Misericordia, Señor, misericordia...

—Padre... padre... ese hombre...—replicó temblando con lo imponente de aquella escena, el desdichado Pablo.

—Este hombre—dijo en alta voz Perote con firme entonacion—este hombre ha corrido hasta el lugar en donde tú, en secreto, pronunciaste el sí perjuro para otra desgraciada...

—Es falso... falso... amigos míos—se esforzaba en repetir el pobre Pablo.

—En tanto, amados míos—dijo el sacerdote dirigiéndose á los aldeanos—es imposible que la Iglesia envíe su bendicion hasta asegurarse de lo incierto de tal noticia.

Una sonrisa de satisfecha venganza vagó por los labios de Perote.

Cuán distinto era el cuadro que entonces se presentaba en el sagrado recinto.

Pablo aturdido y confuso, no se atrevia á creer tanta maldad en aquel hombre que habia llegado á sombrear su ventura.

Veíase su imaginación combatida por encontrados pensamientos.

Sobre él caía desde entonces el desprecio de sus camaradas: el horror con que se miraba entre ellos al hombre malvado.

Ya no podía vivir en la aldea. A qué puerta se acercaría que fuese bien recibido? á quién saludaría que le devolviese el saludo con cariñoso afecto?..

María, que conocía á fondo la honradez y las virtudes de Pablo, pugnaba por no dar crédito á tamaña revelación. Sabia, por otra parte, cuanto acontecido habia con Andrea, el odio que despertara en el ruin corazón de Perote, y se obstinó en dudar, ó por mejor decir, en no creer aquellas palabras.

Pablo pidió para besar la mano al sacerdote, y salió de la ermita con el alma dolorida y comprendiendo cuán inútiles serian á la sazón sus esfuerzos por defenderse...

Todos le miraban como á un sér de quien habian de huir en adelante...

Solo Gil, el hermano de Blas y su mejor amigo, con lástima le contemplaba diciendo: — Es imposible... imposible...

— Quién lo habia de decir — murmuraba una doncella.

— No quiera Dios que seas como él — decia una madre besando á su hijo.

Horrible era la situación de Pablo.

Perote habia conseguido su intento: el casamiento de Andrea habiase suspendido, y tal vez en el alma de la infeliz criatura nacia el aborrecimiento para el hombre que la engañaba.

En silencio desfilaron por las distintas sendas los aldeanos y la tristeza los dominó profundamente.

Apagáronse las luces de la iglesia.

No volvió á escucharse una cancion en aquel dia.

Tal fué el inesperado término de tantas esperanzas, de tantas risueñas ilusiones.

Y aquí suspendemos el entrar en mas pormenores acerca de lo que allí sucedió, para acudir á presenciar la tenaz resistencia que la imperial Toledo opuso á los enemigos que la cercaban, y que á toda costa reducirla pretendian.

CAPITULO XXIV

Lo que en Toledo ocurría.

Antes de comenzar la narracion, tomando por donde la dejamos, la hilacion de los hechos, acertado nos parece sentar algunos antecedentes respecto al estado de las cosas en la memorable ciudad, teatro del denodado aliento de la viuda del gran Padilla.

Y retrocederemos algun tanto en el curso de la historia, para darnos mejor idea del origen de las alteraciones de Toledo.

El Obispo de Zamora, el famoso don Antonio Acuña, salió de Valladolid enviado por la junta á ocupar el arzobispado de Toledo, que vacante quedaba por muerte del sobrino de Mr. de Jeures.

Por la Gra Viuda de ²⁹ C. J. e hijos
 Eduardo Mur y Arce

Diéronle en esta ciudad magnífico recibimiento, proporcionáronle mas gente y artillería de la que consigo trajo, y en Alcalá de Henares tomó seis tiros que estaban en el castillo de Alcalá la vieja.

El Prior don Antonio de Zúñiga, su contrario, tambien contaba con fuerzas considerables.

Así es, que viniendo ambas partes á encontrarse en el corral de Almaguer, dieron tan recia batalla, que el Prior, obligado por el menor número de los suyos, retirase al susodicho corral de Almaguer, en donde encerrado estuvo por espacio de muchos dias, y cercado por el Obispo.

Concedidas treguas, salieron las tropas sitiadas, con gran secreto, y sorprendieron el descuido de la retaguardia del campo del Obispo.

Peligrosa lid y encarnizada en extremo fué la que hubo á la sazón, dejando al Prior malparado con pérdida de cuatrocientos hombres.

Por este tiempo, la desgraciada villa de Mora, á consecuencia de tales revueltas, sufrió el terrible incendio en que murieron, segun se afirma, cerca de tres mil personas.

Tantos eran los estragos y las calamidades que España soportaba en aquel tristísimo pero glorioso periodo de su historia.

El Obispo se dirigió á Toledo, entrando en esta ciudad solo y en secreto, y dejando su gente á tres leguas. Apenas hubo llegado, dióse á conocer y fué grande el alborozo con que le recibieron, llevándole en hombros hasta la iglesia y sentándole en la silla arzobispal.

Contra la voluntad de Acuña hiciéronse tan ostensibles manifestaciones, puesto que él empezó á vocear, dirigiéndose á la muchedumbre, cuando desmontándole del caballo en la plaza de Zocodover, ébria de entusiasmo le aclamó padre y señor de la patria y hasta arzobispo de Toledo.

Pero la fortuna habia vuelto la espalda á las Comunida-

des y cada vez se oscurecia más el astro que habia iluminado sus victorias.

Acuña, valiente y bizarro, no bien llegó á saber el desastre de la villa de Mora, salió animoso á esijir reparacion de tamaña crueldad. Yermaba entonces el territorio de Illescas, saqueando las casas de los hacendados y quemando las cabañas de los pastores, un destacamento de caballeria de las tropas de Zúñiga. Estas emprendieron la retirada hácia el cerro del Aguila no bien advirtieron la direccion de su pujante y esforzado enemigo.

Mas no obtuvo el valeroso Acuña el resultado que esperar debia, sin que por eso desalentase en su propósito de seguir abriendo camino á través de los contratiempos y desgracias.

Inútiles fueron sus esfuerzos: en vano quedábase pasando la noche junto á los artilleros y sufriendo las fatigas del campamento.

Consiguió con las bocas de fuego abrir un portillo en el fuerte de los contrarios.

Las culebrinas vomitaban de continuo la metralla que tantos estragos hacia; y ya las tropas del Prior hallábanse apretadas estrechamente y próximas á sufrir el asalto á que se preparaban algunos decididos Comuneros.

Un ardid valió á los contrarios.

Oyese dentro de los muros un ruido como de gente que huye á la desbandada ó se precipita al acometimiento.

Reina el sobresalto entre los de Acuña y la confusion no deja obrar más que para lanzarse por las laderas del cerro.

Y era que las tropas del Prior habian soltado las reses, robadas en sus correrias por Illescas, considerando este buen recurso para salir del conflicto que les amenazaba.

Y así fué. No volvieron á reunirse los dispersos y al reconocer el engaño y al recobrar el aliento que con la zozobra menguara, era ya tarde.

Acuña encontrose casi desamparado. No tuvo más reme-

dio que volver á Toledo hasta recuperar su quebrantada salud,

Y así andaban las cosas contrariando las pretensiones de los hombres que tan heroicamente mostraban su oposicion al yugo de Carlos de Gante.

Comenzaron á llegar los dispersos en Villalar tristes y abatidos.

Terrible impresion hicieron á la viuda de Padilla las desastrosas noticias de la rota sufrida por los Comuneros....

Rezando estaba en su oratorio acompañada de una dueña y de la esclava baza cuando penetró uno de los guardias de la puerta con tan desgraciado aviso.

En Toledo reinaba la confusion y desórden promovido por tan siniestras nuevas.

El mismo correo que trajo las cartas que á su ciudad querida y á su esposa dirigia el animoso mártir de Villalar, enteró de cómo no habian llegado los recursos por traicion de los que el encargo llevaban de hacer la entrega, segun dejamos indicado en otro capítulo (1).

Los dos vizcainos Aguirres quizá conducidos por los remordimientos al ver cómo habian contribuido á cambiar de tal modo el porvenir de la causa popular con su tardanza y traidora villanía, entraron en Toledo. Llamados á la presencia de la infortunada doña Maria Pacheco, no supieron responder á los cargos que se les hacian y al pisar el umbral del alcázar para salir de él, atrevido y tumultuario el populacho los asesinó á estocadas.

—«Mueran... mueran los traidores,» era la única voz que resonaba en el agitado oleaje de los grupos.

Y ciegos de coraje los toledanos, entregáronse á la feroz venganza.

(1) Véase la nota al fin del libro, en donde insertamos íntegras las susodichas cartas, como documentos dignos de ser conocidos y admirados.

Arrojados desde el muro los cadáveres de los traidores, fueron presa de la muchedumbre con cruel encono.

Y la imperial Toledo de gloriosa memoria, la ciudad en cuyo seno reuniéronse los célebres concilios, principio de nuestras Cortes, la conquistada por Alfonso VI y en donde adquirió este monarca el título de emperador; la gran Toledo veíase invadida por el desenfrenado furor del pueblo y próxima quizás á ser asaltada por los imperiales.

Mucha era la bizarría y el valor de la viuda de Padilla, y no se necesitaba menos para sostener aquella lucha.

Apenas llegó á su noticia la desgraciada suerte de su esposo, lágrimas de dolor inundaron sus mejillas: oprimido el corazón, y con lábios convulsos aunque sin perder su denuevo vigoroso, dió órdenes para salir á la iglesia.

Sobre una mula enlutada, llevando en los brazos á su hijo y delante de sí una bandera en donde se veía pintado el suplicio de Padilla y sus compañeros, recorrió las calles de Toledo escitando á la tenaz resistencia, á la defensa de aquella ciudad (1).

El pueblo correspondía á aquellas manifestaciones gritando desesperadamente, y dando vivas entusiastas á Padilla y á las Comunidades.

Aquella muger, cuyo espíritu fuerte la hacia mas admirable á los ojos de los toledanos, cada vez adquiria mayor ascendiente, cada vez era mas respetada. Sus virtudes de esposa y madre la colocaban á una altura inmensa y daban á su frente esa aureola divina, ante la cual se inclina el hombre con veneracion.

Su figura majestuosa y sublime contribuia en gran parte á la indisputable influencia que ejercia sobre los demás.

Ejemplo de abnegacion patriótica, de glorioso heroismo

(1). Histórico.

*Por la Gra Viuda de C. F. e hijos
Guillermo Cruz y Alvedo*

que se repite pocas veces en la historia de los pueblos, parecía imposible tanto vigor en la delicadeza de su sexo.

Ni las fatigas en las veladas, ni el continuo afán de proveer de todo lo indispensable para la resistencia, ni aquellos cuidados de un buen jefe militar, nada debilitaba su valor, nada amenguaba sus fuerzas.

Y cada día se renovaban los encuentros bajo los muros de la ciudad.

En uno de ellos, los populares vieron introducirse en sus filas á un hombre que salía como flecha disparada del campo de los contrarios.

Acometiéronle resueltos, para reducirle á prision, ó hacer con él un ejemplar castigo, cuando desabrochando el colete sacó el lazo que distinguía á los soldados de la Comunidad.

—Es de los nuestros, de los nuestros—repitieron gozosos los que contra él iban primeramente.

—Viva... viva—clamaron con entusiasta alegría.

—Pero mi camarada...

—Venía otro contigo?—preguntó un valiente veterano.

—Y gran disgusto me causa no verle junto á mí.

—De qué ciudad...?

—Hemos estado en Villalar en donde fui herido gravemente, á las órdenes del capitán salmantino D. Francisco Maldonado.

Pronunciar este nombre y mirar todos con respetuosa admiración al reciénllegado, todo fué uno.

Ahora le abrazaban estos cordialmente y con patriótica emoción: luego otros le estrechaban la mano afectuosos...

—Y tu camarada?

—Mi camarada ha sido escudero de don Francisco.

Aquí me teneis dispuesto á compartir con vosotros las fatigas de la guerra. De mi aldea salí con harto dolor de mi alma porque dejaba allí seres para mí muy caros, y juré no

volver á sus hogares mientras quedase un eco en defensa de nuestra causa, mientras hubiese un rincon en donde alentasen los pechos valerosos contra la intervencion de los extranjeros, que han acabado con nuestro oro, con nuestra sangre y ¡vive Dios! con nuestra paciencia tambien.

Resonaron los aplausos y los gritos de alegria y aprobacion. Será inútil dar el nombre del personaje que á Toledo acaba de llegar; el compañero de Hernan, nuestro amigo, ha conseguido su objeto.

Blas se encuentra en aquel baluarte de las Comunidades, y solo le inquieta el pensar si habrá salido mal Hernan con su proyecto.

Al alcázar... al 'alcázar!! dijeron muchos toledanos, llevando en triunfo á Blas.

Y le condujeron á la presencia de doña María Pacheco.

Asombrado y atónito permanecía el bueno de Blas ante la imponente figura de doña María.

El Obispo de Zamora estaba á su lado, taciturno y embebecido en meditacion profunda:

—Esta es,—decia para sí,—esta es la heroína á quien los siglos nombraran con respeto y admiracion. Esta es nuestra gloria.

Al presentarse Blas á la viuda de Padilla, acudieron muchos de los que en Villalar lucharon, y que habian ido llegando despues de algunos dias.

Hé ahí un valiente—esclamó uno de ellos con verdadero júbilo, y saliendo del grupo para estrecharle entre sus brazos.

Sentada estaba doña María presenciando aquel cuadro, y conmovida en gran manera, oyó las palabras que á Blas le dirigian.

—Con cinco á la vez le ví en desigual contienda. Valiente brazo, gallardo mancebo!

—El primer puesto en nuestra compañía—gritó entonces un jóven levantando la alabarda.

—Que elija él—repuso con grave y seguro acento doña Maria.

—Siendo el último entre los leales defensores de Toledo, me consideraré tan honrado como si en jefe mandase las fuerzas de esta muy noble ciudad.

—Bien... bien,—murmuraron satisfechos los concurrentes.

—El toque del clarin impuso silencio en aquel grupo. Anunciábase una acometida por parte de las tropas sitiadoras.

Tal vez habian detenido estas algun convoy de comestibles, y advertido por los Comuneros pretendian salir á rescatarlo.

No esperaron los valientes á que los trompeteros avisasen por segunda vez, y en tropel salieron de aquel recinto precedidos por el obispo que repetia con reconcentrada ira:

—Probaros hémos, caballeros, á cuánto llega nuestra tenacidad en la defensa. Mal parado quedé en el cerro del Aguila; mas, ¡ay de vosotros si nos presentais el frente en estos dias!

Sin embargo, aun cuando esto decia el Comunero Acuña, su espíritu iba ya decayendo con tanto como habia esforzado su aliento vigoroso.

Y á quién no abate una y otra desgracia cuando llegan tan duramente á ensañarse?

Almas del temple de la de doña Maria de Pacheco, son escasas en número, aun entre los varones mas esforzados.

A una de las ventanas del alcázar asómase esta con frente serena, y mirada tranquila. Contempló el marcial apresto, y parecia seguir con los latidos de su corazon los movimientos de las ordenadas filas de los Toledatos.

Prepararon dos tiros los artilleros para aquella salida,

porque habia noticias de que se aproximaba un destacamento de los enemigos.

Y por la puerta de Visagra emprendieron la marcha, dejando gran refuerzo en los muros, y no sin guarnición la plaza.

Acuña caminaba al frente de los suyos con osada intrepidez.

Nubes de polvo ofuscaban allá á lo lejos la vista; y algunos disparos se oían entre el confuso clamoreo.

—A ellos... á ellos!...—gritó el obispo aguijoneando á su caballo—una vanguardia de caballería!... Dad la señal de que á socorrer vamos á los que nos traen los bastimentos. Ellos son. Hoy se esperaban... Somos perdidos si dejamos en manos de los imperiales nuestras provisiones.

A estas palabras, precipítase la caballería á cubrir la vanguardia: enciérranse las culebrinas en el centro: empieza el sonido de las trompetas á poblar el espacio: dispáranse al aire algunos mosquetes: chócanse las partesanas y las armaduras: y entre los gritos desesperados de la gente, y el relinchar de los caballos, y el estrépito de las cureñas, lánzanse á la carrera, suben al aire nubes de polvo, y aquel confuso torbellino midió en pocos minutos una gran distancia.

Avistadas por las tropas del Prior las de la Comunidad que iban de refresco, cesa la acometida por su parte, y retroceden rápidamente.

La lucha habia sido grande y encarnizada. Las cajas de los bastimentos, cercadas ya por los imperiales, estuvieron á pique de caer en sus manos.

—Pero el arrojo y temeridad de un jóven, que saliendo de las filas de los imperiales, pasó á las de los comuneros, entre el silbido de las jaras y las pelotas lanzadas por las bocas de fuego, salvó á estos de una derrota cierta antes que llegase el refuerzo.

—El prisionero... el prisionero... que se escapa—gritaron

30
Por la Gra Viuda de C. L. e hijos
Eduardo Cruz y Nevedo

muchos al verle correr hacía los contrarios.

—No: no me escapo—replicó él—venid conmigo y vamos á dar una lección á esos malsines...

—Vamos... vamos...

—Y lanzáronse tras él.

Los Comuneros asombrados, no acertaban á dar una en el blanco, y el prisionero, con una lluvia de proyectiles, llegó hasta donde estaban las cajas de los bastimentos.

Mil golpes se asestaban contra él, pero notaron que los suyos iban dirigidos á los soldados del Prior, que cercaban las cajas.

Ayudadme, camaradas, ayudadme,—*Padilla y la Comunidad.*

El intrépido jóven tenía un brazo herido.

Crece el furor de los Comuneros al ver que aquel soldado era un prisionero escapado de las contrarias filas.

Caen dos de los que ya habíanse apoderado de una de las cajas.

Oyese el clamor de los que al socorro llegaban, y entonces fué el entusiasmo y el asestar golpes sin cuento.

Apercíbese á la sazón la gente del Prior del destacamento que venia á marchas forzadas, y toman la retirada como mejor parecer.

La sangre corria por el brazo izquierdo del bizarro jóven: un oficial le dá su banda y se la ciñe para restañar la herida.

Su valor no decae: con aquel medio vendaje, monta su caballo y se arroja á la acometida, persiguiendo á los fugitivos que habian tomado los pies como medida provisional para escapar con vida.

Unense las dos fracciones de las Comunidades, cámbiase el santo y seña. La bandera de Toledo ondea orgullosa en manos de Acuña á cuyo lado cabalgaba en arrogante alazán el valeroso Blas, ya armado, y calado un casco en cuya cimera, dos plumas blancas se mecían.

Después de los vivas y aclamaciones naturales en casos como este, el jefe de la sección que conducía las provisiones y algunos pertrechos necesarios, dirigiéndose á Acuña exclamó satisfecho:—tenemos un valiente más, un prisionero que en sus garras tenían los imperiales.

—¿Dónde... dónde está?

—Este es...—y el capitán señaló al herido.

No bien hubo Blas puesto sus ojos en el jóven, arrojose del caballo y corrió á buscarle—gritando: Hernan... Hernan...

—Este se dejó caer de su cabalgadura y recibió en los brazos á su camarada.

El es!!—dijo dirigiéndose á los toledanos Blas.

—El escudero de D. Francisco...—esclamaron algunos...

—Viva... viva!!...

Y los dos amigos fueron objeto de aclamaciones y vítores unánimes.

Refiriéronse uno á otro sus aventuras, durante la marcha á Toledo, y las tropas de Acuña hacíanse lenguas de tanto valor de tan extraordinaria bizarria.

CAPITULO XXV

Cómo cambiaron las cosas para los dos bandos.

No continuó el asunto para los Comuneros tan ventajoso como en el último encuentro se había presentado.

Cada día mas estrechados por los sitiadores, agotábanse los recursos en gran manera.

Corría la noticia de que el marqués de Villena había sido llamado á la ciudad por algunos, para tratarse de la paz arreglándose á ciertas condiciones.

Mostrose Acuña opuesto á tan vergonzoso propósito; y previendo cuanto acontecer podia y viendo la tenacidad con que llevarlo á cabo quisieron algunos, tomó el partido de ausentarse sigilosamente para llegar á Roma.

Tal resolucion concebióla, adquirió un disfraz que á cu-

bierto le pusiera de las asechanzas enemigas y vestido con calzas de una tela basta y con un jubon largo de paño blanco, armado de su azcona salió de la ciudad; y avezado á los contratiempos y á la desgracia, no sintió los rigores de aquella caminata y pensó ganar el territorio francés atravesando toda Castilla y entrando por Navarra.

Pero en Villamediana fué cogido por un oficial que le condujo al castillo de Navarrete.

Viéronse los Toledanos sin aquel caudillo que á tantas victorias los habia conducido y á quien en tanto tenian; pero quedábales aun la heroica resolucion de la mujer valerosa, como llamaban los toledanos á doña Maria. No desmayó esta al saber la ida del obispo y antes firme y denodada probar quiso su valor y de cuanto era capaz por la defensa de Toledo.

Cada dia aumentaban los peligros para alcanzar la introduccion de comestibles que tanta sangre derramar hiciera y cada dia corrian más los sitiados el riesgo de dividirse y dar motivo sobrado á los sitiadores para entrar triunfantes en Toledo. Ya habia distintos pareceres. Unos optaban por la rendicion, otros manteniendo la opinion contraria promovian encarnizadas discordias, hasta que un dia al amanecer salieron tres grupos por distintas calles de la ciudad viniendo á desembocar á la plaza de Zocodover gritando desaforados: «Viva el rey.» A estas voces poblaronse de gente armada los muros del alcázar; y desde ellos y dentro en sus salones contestaron voces de *Padilla y la Comunidad*; y en son de guerra movianse los dos partidos y las cureñas recorrían las calles y todo auguraba lid horrorosa y sangrienta.

Doña Maria Pacheco acompañada de los que en el alcázar habianse quedado, hizose llevar en una silla de manos.

Y con voz que llegó á los corazones, dijo:—Paz, paz:—volviendo á restablecerse la calma á influjo de su poderoso acento.

*Por la Gra Vnda de L. G. e hijos
Eduardo Lora y Acosta*

Unidos de nuevo los de Toledo por tan prodigioso móvil, arriesgaronse á dar una salida hasta el Priorato de San Juan con el fin de abastecer de mantenimientos al vecindario.

Cara les costó tal temeridad, aunque llegaron á penetrar en el monasterio donde tenian el real los imperiales; pues hubieron de retroceder á la desbandada y entrar en Toledo como de huida.

Blas se habia esforzado por contener á los que á sus órdenes tenia, animándoles con ardiente entusiasmo; pero las tropas del Prior recibieron refuerzo y acometieron por distintos lados hasta estrechar desmesuradamente á los Comuneros.

En la plaza de Zocodover, centro de las grandes reuniones populares donde fermentaban los proyectos de guerra ó de paz, en donde el pueblo manifestaba su voluntad, cundia el desaliento, pues cinco meses contábanse ya de resistencia y los recursos se agotaban.

Varios grupos habianse formado en la susodicha plaza, y en todos una misma idea circulaba.

—¿Qué es esto?—decia Blas, acercándose á uno de ellos y levantando la voz con energia—donde están los valerosos toledanos que han sabido mantener sus fuerzas contra el enemigo por espacio de cinco meses. ¿No veis aquella bandera que os representa el sacrificio de un hijo de vuestro pueblo, de un caudillo que por la libertad sucumbió con animoso aliento. Nada dice á vuestro corazon valiente y arriesgado la incontrastable fiereza de esa heroina que ha sabido representar dignamente á su desgraciado esposo? ¿Treguas quereis—Paz pedis? Sabeis lo que os espera tras esa paz que anhelais? El yugo mas opresor, las cadenas y el suplicio para los que hoy son héroes.—Guerra, toledanos, guerra á los que han derramado la sangre de los hijos del pueblo...

—Guerra... guerra... Resistamos con brio:—Esclamaba

Hernán al verse rodeado de gente armada y oyendo á su compañero.

—Guerra... guerra...!—gritaron unos.

—Resistamos hasta que una gota de sangre quede en nuestras venas.

Y aumentaban los gritos y crecía la confusión estrordinariamente.

Doña María satisfecha oyó aquellas manifestaciones del pueblo y creyó por un instante que aun era posible la resistencia.

Pero acercábanse más los sitiadores, el aparato bélico era imponente y hallábase á la vista de los sitiados.

Siguió algunos días la resistencia, pues al fin aviniéronse los vecinos de la imperial ciudad á entablar negociaciones.

El marqués de Villena entró, por último, en Toledo con el consentimiento de los vecinos y comenzola á poner en camino de desistimiento. (1)

Sin embargo, no pudieron mirar los toledanos con sangre fría y corazón sereno la entrada del de Villena y la gente de á caballo que traía el marqués de Oropesa; y hubo un alboroto como pocos por lo amenazador y agresivo.

A escape tuvieron que apelar á la salida el marqués y los suyos.

Otro tanto aconteció á don Diego de Cárdenas, adelantado de Granada y duque de Maqueda. Aquella situación parecia que no había de tener un término jamás.

Confirmáronse por fin las negociaciones ajustadas en el monasterio de la Sisla el viernes á 25 de Octubre de 1521. Y llevándolas á debida realización, entró á los seis meses de sitio, en Toledo el Prior de San Juan. El Arzobispo de Bari, don Esteban Gabriel Merino, se posesionó de su Gobierno.

(1) Sandoval.

Doña Maria Pacheco, observando lo pactado, pasó á su casa, quedándose con artilleria y gente armada.

No duró mucho tiempo esta paz ficticia.

En ocasion en que se celebraban los festejos solemnes por la eleccion de Pontifice que, por la muerte de Leon X, habia recaido en Adriano de Utrech, ardia Toledo en algazara y contento. Recorrian juntos las iluminadas calles los que poco antes habian combatido con encarnizada rabia en opuestos bandos.

Estrañas mascaradas corrian por plazas y calles, entre el brillo de las antorchas y los disparos de las salvas. Músicas bulliciosas, cánticos de alegria y animacion se escuchaban por todas partes. Quién hubiera dicho que Comuneros é imperiales eran los que danzaban y cantaban al compás de unos mismos instrumentos y envueltos por el humo fugaz de unos mismos hachones.

Pero estaba decretado por la Providencia que no habia de ser duradera aquella situacion.

En medio de las exclamaciones y el contento, saltaba un muchacho hijo de un menestral forastero, y entre los videntes al papá oyóse el suyo que dijo:

—¡Viva Padilla!

Los otros muchachos que formaban rueda, prorrumpieron en un «viva» que llamó la atencion de los imperiales.

—A él, á él—gritaron algunos de estos.

Y apoderándose de la inocente criatura, azotáronla bárbaramente.

Su padre tomó venganza en los que le maltrataron con tal crueldad, siguiéronle algunos hijos del pueblo y lo que antes fué teatro de algazara y gozo, trocado se vió en ensangrentado campo de batalla.

Rodaban ya las cureñas para armarlas: corrian á casa de doña Maria sus parciales.

—Blas con ojos desencajados é hirviendo en ira, esclama-

ba frenético.—Qué os decia yo: mirad la paz, mirad la paz!!
—Vamos á arrancar á ese pobre padre, de la enemiga sa-
ña—gritaba á su vez Hernan.

—Vamos, vamos,—respondian los Comuneros.

Nada bastó á aplacar el enojo de los imperiales, y el
menestral fué ahorcado en la plaza pública, tomando las
avenidas y pertrechados para la defensa ambos partidos.

Horroroso y cruel era el aspecto que Toledo presentaba.

Doña Maria habia luchado con la oposicion de su cuña-
do Lopez de Padilla y su hermana la condesa de Montea-
gudo, para salir en persona á evitar el suplicio.

Pero fueron en vano cuantas reflexiones les hizo para
que la dejasen. Aquella sublime mujer se hallaba en su ca-
sa como en una cárcel.

Durante la porfiada contienda que por lanzarse á la ca-
lle habia doña Maria, promovido fué cuando el menestral
entregó su espíritu á Dios entre el belicoso clamor que iba
tomando cuerpo en las calles circunvecinas.

—En nombre del Emperador... alto!...alto!...—gritaron
los gefes de los toledanos queriendo contener el impetuoso
torrente que llegaba por todas las callejuelas que desembo-
caban en la plaza.

—En nombre del Emperador... adelante... á ellos... á
ellos!!... decian las tropas del Arzobispo de Bari:

Y los Comuneros dispararon su artillería, haciendo en
el enemigo horribles estragos.

Tronaron las bocas de fuego sembrando la muerte y la
desolacion, y terminada la acometida primera, hubieron de
pasar á las manos trabándose terrible combate. Chocaban
los aceros con espantoso ruido acompañado de ese rumor
que parece en las batallas el soplo de la muerte.

Hernan miraba el arrojó de Blas y no quedaba corto en
imitarle.

—Compañero, aquí tenemos uno de aquellos prisioneros

Por la Gr. Vnida de C. y E. hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo

en Villalar—dijo con feroz acento un soldado de catadura siniestra, mientras descargaba furibundo mandoble á su contrario, que era Hernan.—Veamos si te escapas ahora...

Y el amigo de Blas con aterrador silencio se defendia y atacaba con brío.

—A fé de *Tigre* que te he de dar una señal como la que cruzó mi cara en otros tiempos.—Y su rostro tomó una expresion diabólica, ensangrentado el ojo izquierdo y cerrado el derecho por algun golpe, se asemejaba por su rabioso empuje á uno de esos tipos que Ercilla nos pinta en su *Araucana* entre los salvages de América. Un golpe dirijido á la cabeza de Hernan iba á terminar con sus días porque le encontró desprevenido. Hendiole el casco, y á la suerte debió sin duda el apartarse hácia la izquierda, dejando pasar la espada sin tocarle mas que en el hombro en donde recibió un^a herida no muy leve. Pero ardiendo su sangre y sin apercebirse de la herida, hizo describir á su acero un semicírculo y alcanzó con su extremo la garganta de su contrario. La sangre salió á borbotones y debilitó las fuerzas del enemigo, haciéndole caer desplomado y pronunciando estas palabras.—Ah... valiente eres... maldicion sobre mí!!!...

Las masas se habian ido retirando y sosteniendo la encarnizada lid: pocos eran los que rezagados quedaban allí donde estaba Hernan doliéndose de la angustia del moribundo que á sus pies tenia.

—Oye... oye... siento que la muerte está muy cerca de mí: no es posible que me alcance la confesion aunque la pida... pero tengo un gran delito de que acusarme... yo he arrebatado una inocente criatura á su madre que maldecirá mi detestable accion. Si oyes referir algun dia esa historia, dí que conociste al bárbaro autor del crimen, pero que se arrepintió... en la hora de su muerte... dame la mano.

Aquella mano estaba yerta... Hernan la estrechó y dió

una mirada compasiva al hombre que espiraba dominado por el arrepentimiento...

—¿Y dónde fué?

—En una... especie... de venta que nosotros llamábamos de Magdalena le dejamos...

Hernan no sabía ni un detalle, ni la historia siquiera de un hecho parecido á aquel y que recordamos perfectamente.

—Por fin te encuentro—esclamó Blas llegando á donde estaba su compañero...

Vamos, á la pelea: no oyes, no ves?... como está por esas calles batiéndose el cobre... Qué es eso? te andas en contemplaciones...?

—Mira... le respondió Hernan señalando al moribundo.—ese hombre que ves, acaba de confesarme, en medio de su agonía, un delito atroz... arrebató un hijo á su madre...

—El... un hijo... á su madre... y en dónde?... interrumpió con rapidez y asombrado Blas.

—En una especie de venta que se llamaba de Magdalena...

—¡Cielo santo!... ¡Justicia de Dios!... ¡Oh!... es preciso que no se muera ese hombre...

Hernan quedó admirado al ver la transformacion que Blas experimentaba en su semblante, y que arrojando la espada se inclinó á hablar al moribundo.—El es... el es uno de los raptos y morirá sin revelármelo todo... Hernan... Hernan... Dios es justo...

Como acometido por un acceso de locura, pronunció aquellas palabras Blas ya inclinado hácia el hombre cuya voz queria escuchar atentamente.

—Yo soy... yo soy el hijo que tu robaste: yo soy el que arrebataste de la cuna mientras la dama y su esposo corrian en ligeros corceles, sin saber vuestro delito.

—Ah... respiró el *Tigre* con una espresion indefinible... Vos, sois, vos... Perdon, perdon...

—Pero mis padres... mis padres... la encubierta... la conocías?..

—Ah... sí... era... per... don... Cerráronse sus lábios lívidos, contrajéronse los músculos de su cara.

En vano Blas y Hernan impidieron que saliese mas sangre por la ancha herida... La palidez de la muerte sobrevino, y espiró el aventurero entre la desesperacion de Blas y la estrañeza de Hernan que creia demente á su compañero.

—Pero Blas, tu has perdido la razon...

—Hernan... Hernan... desgraciadamente es muy cierto cuanto de oir acabas. Nada sabias; esperaba yo mejor ocasion para comunicártelo. Has sido, sin saberlo, mi vengador, pero he perdido la esperanza de saber á quien debo la existencia.

Las campanas tocaban á rebato: los clarines de los imperiales anunciaban próxima la victoria.

—Hernan... á ellos...—gritó Blas oyendo el tropel y la confusion que reinaba en Toledo y como ahuyentando las sombrías ideas que aquel acontecimiento inesperado habia hecho brotar en su mente. El golpe que habia llevado Hernan tenia sin movimiento su brazo derecho, pero no obstante corrió al peligro, valiente y arriesgado.

Llegado el medio dia, que era el de San Blas, segun los datos de la crónica, viéronse intimados los toledanos á rendirse deponiendo las armas á los pies de los imperiales...

—Nunca... nunca: la muerte primero—respondian á la intimacion.

Y Lopez de Padilla, corriendo entre uno y otro bando, procuraba templar los ánimos acalorados, sosegar aquel desordenado estrépito... entrar en vias de capitulacion á los encarnizados partidos. Por último llegado el apaciguador magnate pudo conseguir que dejasen las armas los Co-

muneros, mas obligándose á permitirles salir libres de la ciudad aquella misma noche.

Y los defensores de la libertad habian hecho el último esfuerzo porque no agonizase esta ignominiosamente. No cual cobardes abandonaron su causa; antes bien briosos y decididos espusieron sus vidas por salvarla de la muerte: no cedieron humillándose con infamia, pero sí con nobleza y valor pelearon hasta los últimos instantes como dignos hijos del pueblo de Padilla, Bravo y Maldonado.

Acallose el grito de guerra, sonó la trompeta que treguas anunciaba. No se oyó un «viva» siquiera, en uno y otro bando. La sangre manchaba todavía el teatro de lucha tan espantosa. Mandaron retirar los cadáveres y darles sepultura.

Toledo veía sucumbir la libertad con tanto valor defendida por sus hijos: sus calles solitarias y tristes, aflijan el espíritu mas sereno. Llegada la noche de aquel tremendo día, en silencioso orden esperaban ver pasar los vencedores á sus contrarios, pero pocos ó ninguno vieron, porque para evitar aquella especie de humillacion, evadiéronse esponiéndose á ser arcabuceados, saltando las tapias y encaminándose cada uno á donde su fortuna le deparara.

Entre los Comuneros, no habian apelado á la fuga Blas y Hernan. Al lado de doña Maria aguardaban la suerte que cupiese á esta heroína.

—Salid, salid de Toledo, amigos míos, —les decia ella con acento compasivo, — volved á vuestros hogares. Hora es ya de que vuestras madres y vuestras esposas os reciban en sus brazos.

—Caando os veamos libres de enemigas asechanzas, entonces os dejaremos; entre tanto, vuestra suerte será la nuestra.

—Maria... Maria—esclamó para sí Blas—la muerte va á decidir si volveré á estrechar tu mano. Todo lo he sacri-

*Por la Gta Viuda de C. y sus hijos
Eduardo Bravo y Acuña*

ficado por la libertad de mi pátria, la paz del hogar, el amor, todo: solo me queda la vida: veremos si ha llegado ya el momento de entregarla tambien.

Gutierre Lopez de Padilla dispuso salvar á su cuñada, para lo cual hízola penetrar con algunos de sus parciales y su hijo en un convento de Santo Domingo que estaba en comunicacion con la casa de esta por un pasadizo. Cuando segura la consideró fué con generoso espíritu y noble dignidad á evitar que fuesen insultados los Comunereros que quedaban, por los soldados del Arzobispo.

Honroso y leal comportamiento que alabanza merece cuando tan indigno fué el de los demas vencedores.

Y todo quedó en tal manera hasta el momento en que emprendió su viaje de incógnito la heroína con los pocos que la acompañaban entre los cuales estaban el escudero del valiente Maldonado, y su amigo y compañero.

Veamos de que modo salieron del peligro y cual fué el medio de que hubieron de valerse para escapar de las pesquisas de los vencedores.

CAPÍTULO XXVI.

La escolta de la heroína y un preso por sospechas.

Era el anochecer de un día nebuloso cuando salieron de Toledo parte de los que habian de servir de custodia á la viuda de Padilla. Dispuesto por Gutierre Lopez estaba el plan que habia de seguirse para tan peligroso viaje.

Y en aquella cuadrilla caminaban al frente, Blas y sus inseparables camaradas. El primero habia recibido instrucciones de Gutierre Lopez y andaba como el gefe de aquel destacamento avanzado. Variaron sus trajes por los de mercaderes vallisoletanos algunos de ellos: otros adoptaron distinta vestimenta y asi pudieron escaparse, pues difícil les hubiera sido lograrlo con los trajes de servidores de doña Maria. A tres cuartos de legua de Toledo y camino de Escalona estaba designado el punto para apostadero.

Siguieron camino arriba sin descansar evitando encuentros con las gentes de armas que de cuando en cuando se veían en dirección á Toledo.

Llegados al punto señalado, hicieron alto y esperaron con ansiedad terrible el momento de ver á la fingida labradora.

Doña Maria Pacheco, triste y angustiada salió de la ciudad imperial, pálido el semblante, la mirada triste y abatida. Con una basquiña forrada de martas, corpiño de labradora con manga corta y sayas y sayuelo de burriel encima, y con sombrero para mitigar las inclemencias del sol y de la humedad de la noche, habíala vestido la esclava baza poco antes de emprender el fatigoso camino.

La esclava con lágrimas en los ojos, cuentan que acabó de vestir á su señora á quien amaba con entrañable cariño.

El alcaide de Almazan, sobre un caballo, precedía como avanzada á la estraña comitiva.

Dícese que doña Maria volvió el rostro hácia Toledo, no bien estuvo fuera de la puerta del Cambron y que suspiró amargamente, dando un beso á su hijo á quien tomó en brazos con una espresion de dolor y de maternal ternura. Aquella última mirada hácia la ciudad teatro de su heroico valor y del esforzado aliento de su esposo, enterneció á los leales servidores de su comitiva.

Un soldado de los que de custodia estaban en la puerta por donde salió la fingida labradora, conocióla y con nobleza de espíritu volvió á otra parte el rostro y entretuvo á sus compañeros. Digno comportamiento que la historia recuerda con justicia.

Grandes fueron los peligros á que se esponían cuantos acompañaban á la viuda de Padilla en su estraña expedicion.

Ahora atravesaba el camino un destacamento que contenia su paso ante aquel grupo, y que detenía á los fugitivos.

—¡Alto... alto!!!—se oyó una de las veces en que esto aconteció.

Paráronse los caminantes: cambiáronse preguntas y respuestas y por último el destacamento de los imperiales quedó satisfecho y convencido de que el objeto de aquellos expedicionarios era asistir á alguna de las ferias que por entonces se celebraban en los pueblos vecinos.

Entre los soldados de aquel destacamento llevaban, al parecer, algún preso.

—Anda... anda: ya las pagarás todas juntas, espía de los diablos.

—Pero sepan vuestras mercedes que yo no soy tal espía ni cosa que lo valga; si pregunté con interés por la suerte de los Comuneros; si busco á los salmantinos con tanta prisa es porque hay entre ellos personas que me son tan caras como mi propia vida. Déjenme en paz, por todos los santos; que poco vale la presa que han hecho apoderándose de mi persona...

—Yo digo que mucho: conquese...adelante, y ya verás que bien custodiado ha de tenerte el Arzobispo.

—Miren por caridad que yo no soy tal espía: que en mi aldea, que está en la provincia de Valladolid, soy conocido por el *Chato* y que allí tengo mis amos y que de allí salí creyendo encontrar á uno de mis camaradas...

—No valen coplas: ya le contarás al alcalde la farsa... Adelante, adelante con el villano.

Y el *Chato* despues de su aventurera correria en la cual nada habia conseguido, vejase entre las garras del enemigo, espuesto á ser atenazeado y magullado por sospechas en apariencias fundadas...

Venia entonces de Salamanca, en donde segun sus averiguaciones estaba herido Blas, pero que no encontrándole, se dirigió á Toledo en cuyo punto le indicaron que se hallaba su camarada. En el camino de esta ciudad viéronle sentado, hablando con un campesino acerca de la desgraciada suerte que cupo en Villalar á los Comuneros. Enredáronle con

32
Por la Gra Viuda de C. G. e hijos
Eduardo Lou y Acevedo

preguntas sutiles y al fin, como sospechoso, maniatado le conducian á la ciudad misma en donde pocos momentos antes se encontraba su amigo Blas.

—Déjémosle caminar suspirando y clamando á todos los santos y diciéndo para sí: como yo tropezara por ahí al valiente Hernan, entre los dos echábamos á rodar todas estas cabezas en menos que canta un gallo... Pues no digo nada si Blasico nos ayudase... Pero sabe Dios en donde estaran ahora. Qué será de mí, Señor, entre estos caines... Dios me la depare buena... No, pues como yo me arriesgue, tomo por ahí, por una senda de esas, me escurro... y á correr no han de ganarme estos rufianes.—Asi iba para su sayo discurrendo mientras llegaban á la puerta por donde habian salido algun tiempo antes Blas y su compañero con la comitiva de avanzada.

—Anda, malandrin aventurero, ya puedes oler á sogá y á cadena; que cerca vas llegando del sitio en donde te las preparan—le decia uno de los individuos del destacamento que le custodiaba.

—Pero en qué lengua habré de decir á vuesas mercedes que yo no he sido espia ni cosa que lo valga? En Dios y en mi conciencia que habeis cazado valiente gazapo con cazarme á mí. Pensad de una vez que haceis un negocio como por los cerros de Ubeda.

—Calle el contrahecho!—gritó uno con sarcástica burla.

—Silencio tenga el gazapo!—repitió otro con socarroneria.

Y el infeliz objeto de tanta mofa, estaba para dejar estallar su cólera que ya se manifestaba en sus ojos y en el temblor convulsivo de sus labios...

—Ja!...ja!...ja!... que cara va poniendo el amigo... ni un murciélago tendria comparacion con él...

—Deslenguados faltábaos ser para ser buenos.. Oh! cómo hubiera aqui dos no más con los brios de las personas que yo busco, habiais de quedaros mas amargos que la retama....

Reid, reid: día vendrá en que vuestra risa se trueque en llanto; malos espíritus, endemoniados de Luzbel... no siempre habéis de tener buen año: que Dios es justo y dará el mal á quien lo merezca... Si vuelvo á mi aldea hacedme la merced de pasaros por allí un par de horas... y mala cosecha nos dé el año si no os habiais de arrepentir de lo que conmigo haceis ahora.

—¡Hola hola... cuerpo de Dios! y qué humos trae el aborto de la naturaleza.

—A él... á él...—esclamaron algunos dirigiéndose al Chato de la manera más agresiva, llegando uno de los soldados á levantar la mano para darle en el rostro.

—Si: si...—murmuraba el malaventurado— de árbol caído bien podeis cortar leña, judíos desalmados sin ley ni Dios.

En esto llegaban á la calle de Santa Leocadia y el gefe de aquella tropa se apercibió de la actitud imprudente de los soldados para con el mísero campesino, reprendiéndoles con acritud semejante villanía.

A la casa del alcalde lleváronle como detencion preventiva; y despues veremos cual fué su buena ó mala ventura, porque ahora hemos de seguir las huellas de los fugitivos á quienes dejamos caminando, por retroceder y darla vuelta á Toledo.

Esperando estaba Blas con los suyos en el punto que dijimos, con muestras de impaciencia no poca y creyendo ya sin duda á la heroína doña María sufriendo los rigores de la enemiga saña.

—¡Vive Dios!... que la habrán conocido y á estas horas la infeliz, resignada espera su sentencia... Válame la espada de san Jorge! y cuánto estamos apurados por nuestra desdichada suerte...

—Silencio... silencio... no ois algun ruido?...—interrumpió con voz baja Hernán.

—Gente parece que hacía nosotros llega...

—No hay que atortolarse! ¡voto al alma de Herodes!... Somos unos mercaderes que á vender paños vamos á la feria.

—Veamos si se distingue la señal.

—Nada... nada... á pesar de la oscuridad de la noche— exclamó uno de los individuos de la comitiva.

—Ah...—gritó por fin Blas—mirad allá, por la direccion que os señalo... mirad atentamente... veis un chispazo... otro... otro... Ahora mismo oireis el silbido... aguardad un poco para contestar.

En efecto, un silbido agudo é intenso dejase oír.

—Contesta—dijole al que cerca de sí tenia.

Y al instante el jóven cumplió lo mandado. Hizo chocar un pedazo de hierro con un pedernal y saltaron chispazos repetidos. Encendió una hacha de viento y aplicando á sus lábios un silbato, resonaron varios silbidos fuertes y penetrantes.

El silencio mas sepulcral reinaba entre ellos. Los que de Toledo venian, se hallaban próximos ya.

Al reflejo misterioso del hacha veianse algunos rostros, y en ellos se observaba manifestamente la alegría y la satisfacción.

El alcaide de Almazan llegó al puesto.

Blas salióle al encuentro: hablaron algunos instantes y sin detenerse un punto emprendieron el camino cuyo itinerario llevaba ya trazado el buen alcaide.

Pensais seguir todos—preguntó este con curiosidad.

—Todos... todos...

Doña Maria oyó aquellas exclamaciones, y al fulgor de la antorcha brillaron sus ojos y dos lágrimas surcaron por sus mejillas.

—De buena nos hemos escapado—prorumpió el alcaide.

—Buen riesgo habeis corrido—centestó Hernan...

—No perdamos tiempo: en marcha, señores,—esclamó el alcaide y prosiguió la narracion de los sustos porque habian pasado.

Habéis de saber amigos míos—decía, mientras caminaban—que en la angostura del camino de Toledo, hallábanse los guardadores del tránsito forzoso y detuviéronme sin más ni más. Aquí fué Troya, esclamé para mis adentros en vista de tamaño encuentro. Moliéronme á preguntas y más preguntas; pero por fortuna el detenerme á mí dió alas al conductor de la caballería en que cabalgaba nuestra sublime y aflijida labradora, y pasó, gracias á Dios, como si tal cosa se nos hubiera opuesto. Salvóme mi serenidad á toda prueba; y que yo soy hombre al agua en cuanto veo la galera á punto de naufragar. Buen piloto... buen piloto...

—A fé á fé que el nauta genovés os hubiera apreciado en mucho.

—A Escalona... á Escalona... dijo torciendo el paso á su cabalgadura el buen alcaide y siguiéndole los demás, llevando á Blas al un lado y á su camarada al otro.

—Quién nos hubiera dicho, amigo mio, allá cuando estabas tú en la aldea el punto en que nos hallamos, los graves peligros que hemos corrido y lo mucho que nos queda por correr... Ya echaste al olvido, cuerpo de Baco, las estrellitas dichosas de aquel cielo de hermosura que Maria tiene por nombre. Quizá nos haya esperado y sin quizá nos tenga por muertos y muy muertos...

—No se olvida fácilmente todo aquello entre las nubes de pólvora...

Blas se entristecía por momentos.

Y con la cabeza inclinada sobre el pecho se entregó á profundas meditaciones que le apartaron del sitio en que se hallaba, llevándole á otros mundos de amor y de poesia, de colores brillantes, de trasparente cielo y mágicos aromas.

Por la Gra Vinda de C. f. e hijos
Eduardo Lora y Acevedo

Una série de recuerdos dulcísimos y puros como la mirada de los ángeles debe serlo, le tenia abstraído.

Hernan, por su parte, entró tambien en el horizonte de los recuerdos: la imágen de su noble señor se le presentaba de continuo, animándole á seguir con resignacion las penalidades de esta vida... El no habia conocido á sus padres, estaba en el mundo sin familia ni hogar. El único amparo suyo era, desde que á su servicio entró, don Francisco Maldonado. Hoy vivia á la ventura sin más nombre ni arrimo que el bueno de Blas. Y este no podia ofrecerle otra cosa que su amistad íntima y su cariño fraternal.

Tales eran las reflexiones que vagaban por la mente del aventurero Hernan.

Doña Maria, abatida y triste miraba de cuando en cuando á su dormido hijo á quien la esclava en sus brazos conducia...

La oscuridad de la noche, el silencio tan solo interrumpido por los ladridos de los perros que anunciaban la presencia de los fugitivos á aquellas horas, ó por el canto lúgubre de algunas aves nocturnas: todo el misterio que rodeaba á la cabalgata de incógnito si bien no hacia decaer su presencia de ánimo, era gran parte para aumentar su melancolía.

Difícil por demás seria y no poco enojoso, el presentar escritos los pensamientos que llevarian en su mente los fugitivos viajeros, y más que difícil, imposible; por ende propósito hacemos de seguirlos en el camino de Escalona, pero no en el de sus imaginarias creaciones.

Poco antes de llegar al pueblo susodicho, envió doña Maria un mensagero á su tío el marqués de Villena pidiendo hospitalidad para sí y para los suyos.

Quando volvió el mensagero esperado con tanta ansiedad; — Señora, —le dijo humildemente— vuestro tío se niega á daros albergue y hame dicho que bueno es que safráis, ya

que desoisteis sus instancias cuando estuvo á tratar de la paz...

—Ruindad y villanía incomprensibles —esclamó Blas en el colmo del despecho.

Doña Maria por única contestacion miró al cielo.

—En cambio la señora marquesa compadecido se ha de la crudeza de vuestra suerte —replicó el mensajero—y os envia estos trescientos ducados y la mula de paso que os traigo para continuar el camino.

Frosiguiéronlo animosos dirigiéndose á la Puebla. Brindoles, don Alonso, hermano del marqués de Villena, hospitalidad cordial y franca, aun esponiéndose á la ira de los que tratar querian á los vencidos con rigor injusto.

Desde allí, á la mañana siguiente, despejado el cielo, dulce y suave el cefirillo, encantador el trino de las avecillas y puros y transparentes los sonrosados resplandores de la aurora, partieron los desventurados Comuneros agradeciendo con lágrimas en los ojos el noble proceder de aquel caballero y de su familia.

—Preciso es que al atravesar yo la frontera disminuya la escolta para no infundir sospechas peligrosas. Asi, hijos míos—prorumpió doña Maria amargamente, haciendo parar la comitiva—dejad, dejad que vaya á regar con mis lágrimas otro suelo distinto del que presencié el heroismo y la bizarria de mi desdichado esposo... Dejad que mire por última vez ese cielo que resplandeció puro y hermoso en mis felices dias y... volved á vuestros hogares: id á recibir el abrazo de vuestras madres que os esperan. Cuanto por la patria habeis hecho, las venideras generaciones os lo recompensarán con glorioso recuerdo. Adios... Toledo mia... Campos de Castilla... adios.

Señor, no consentas que la tiranía subyugue largo tiempo á la aguerrida España. Sea todo lo grande para su venturoso porvenir: los fulgores de la estrella que alumbró la

rota de Villalar inspiren al pueblo el deseo de imitar á los caudillos que allí sucumbieron. España mia, patria querida... adios...

Cuadro conmovedor era aquel, que hubiese enternecido el corazon mas duro. La fingida labradora habia subido á una leve eminencia del terreno y desde allí como inspirada por su espiritu sublime, pronunció aquellas palabras que dejaron absortos á los que las escuchaban conmovidos en sumo grado.

—Todos... todos vamos—gritaron con triste acento.

El alcaide les aconsejó el mejor partido y convencidos quedaron de que era el menos peligroso para doña Maria el dejarla marchar con dos ó tres hombres y la esclava. Har-to lo sintieron aquellos á quienes la suerte habia designado para ir por distinta ruta.

Blas y Hernan estaban entre ellos, y apesarados y tristes recibieron la órden de dejar allí á la heroína de Toledo.

Dispúsose todo en buena guisa; y dividióse al instante en dos grupos.

Doña Maria no pudo pronunciar una palabra... Con el cendal se despedia haciendo cariñosas señales, y no hubo un solo hombre que no enjugase sus ojos al contemplar á la valerosa muger, próxima á salir de la misma España por quien tanto habia luchado y sufrido tan cruelmente.

—Señores,—interrumpió el alcaide con rostro compun-jido—ahí teneis lo que son las cosas de este mundo. Esa mu-ger sublime á quien ayer victoreabais, hoy con un tosco dis-fraz se aleja de su patria, condolida el alma y fatigado el cuerpo...

Quizás no tarde mucho en dejar el mundo en que vivi-mos, no quedando en él más que su recuerdo. Aquellos ar-riesgados capitanes que á la pelea os conducian, víctimas han sido de la ira vencedora... Vosotros, volveréis á vuestras

casas ahora, y Dios sabe las mudanzas que hallareis... Ea... este es el punto de partida...

Diéronse tiernos abrazos mutuamente, y se ofrecieron recordar aquella escena mientras les quedase un suspiro de su vida.

Y en aquel punto se dispersaba la escolta, tomando cada cual su camino hácia donde la suerte feliz ó la desgracia quisieran llevarlos.

CAPÍTULO XXVII

Por la Gra Vinda de C. ³³ f. e hijos
Eduardo Cruz y Acvedo

CAPITULO XXVII.

En que se refieren hechos que no deben omitirse.

En tal estado se hallaban las cosas en Castilla, cuando el Emperador determinó venir á España para enterarse por sí mismo de cuanto en ella ocurría. De esperar era que á su entrada, haciendo uso de la gran prerrogativa de los reyes, mitigase con un perdon general el quebranto y la desolacion que á la infeliz España tenían abatida y agoviada. Entonces volverian tranquilos á sus hogares los que escapado hubiesen de la feroz venganza, y llegaria un momento de calma despues de la tempestad que se habia cernido sobre las ciudades castellanas, sembrando el luto y la desventura en las familias.

Carlos de Gante desembarcó en Santander allá por el 22

de Julio de 1522 acompañado de un cuerpo de *cuatro mil alemanes*. Por Burgos llegó hasta Palencia en donde le esperaba gran parte de la nobleza de Castilla.

Allí hubo fiestas y gran contento para celebrar la llegada; y entre las aclamaciones, las músicas y los vivas que debían resonar en su corazón amargamente, dispuso que se hicieran algunas justicias en diversos puntos.

En Toledo había hecho ya el Prior de San Juan lo bastante para que la magestad imperial se diera por satisfecha. Muchas eran las cabezas que habían allí caído al golpe del hacha homicida.

En Burgos fué sentenciado Alonso de Sarabia, en cumplimiento de providencia imperial dictada en Palencia. Siete de los procuradores, presos al apoderarse los próceres de Tordesillas, fueron igualmente sentenciados en Medina del Campo, contándose entre ellos el madrileño Pedro de Sotomayor.

El alguacil Pacheco y el licenciado Rincon en Valladolid; en Salamanca el pellejero Valloria. Cabiendo tan triste suerte á otros muchos cuyos nombres serán siempre manchas de sangre que empañen la gloria del victorioso Carlos.

Y no se diga que la legalidad imperaba en los procesos. Aseguran en este punto los que han leído la sentencia de Alonso de Sarabia, que todo el formulario se reducía á presentar al procurador fiscal el pedimento en que nombraba al que notoriamente hubiese figurado en las Comunidades: se le tomaba confesion: no se le permitía defensa, y sin usar de preámbulos, fallaba el Consejo real el pleito criminal pendiente entre el presunto reo y el acusador. Y tal era el procedimiento que se empleaba cuando se pedía el sosiego y la tranquilidad del reino: cuando se esperaba la clemencia para todos.

En Palencia asistieron al recibimiento del Emperador, entre otros magnates, los marqueses de Astorga y de Villena

el conde de Osorno, el de Benavente y otros cuya enumeración fuera prolija.

Las salvas y el estrépito llenaban el viento de continuo. El Emperador mostróse afectuoso con los próceres, si bien las deferencias y distinciones para los suyos era cosa que á los castellanos llegaba al alma y en gran manera les heria.

Pero nada es para nosotros todo eso, y poco nos incumbe si el Emperador atendia ó no á nuestros magnates y si con esto considerábase ofendida la grandeza de Castilla; nada, repito, nos importa eso para que descuidemos acudir á donde mas nos interese á fin de no cortar el hilo de esta madeja.

En la plaza de Palencia ocurre algun suceso que merece gran consideracion.

Atabaleros y trompetas dan al viento acompasadas notas; á sus ecos llénanse ventanas y balcones de curiosos y alarmados vecinos.

En uno de estos, una figura simpática ha aparecido con muestras claras de impaciencia.

—Por vida de todos los diablos... Como me llamo Rodrigo, que esto de pregon tiene trazas, y á fé que no me estuviera yo aqui si el viejo no me llamase dentro de algunos instantes...

Y diciendo esto nuestro pajecillo movia los pies al compas del atambor.

—Oigamos— exclamó con curiosidad, y prestó atencion.

El pregonero subió sobre un tablado que en el centro de la plaza habíase construido al efecto y leyó el pregon en nombre del Emperador.

La muchedumbre que le rodeaba guardó un silencio sepulcral durante la lectura; despues solo algun viva apagado y lánguido se oyó entre los hijos del pueblo. Los vivos eran lanzados por los alemanes y por los que al Emperador estaban sujetos inmediatamente.

—Anda... anda... pues me gusta el perdon. Ah... don Diego, don Diego: venid, venid acá.

Don Diego, Ossorio atendió al pajecillo inquieto y salió al balcon atraído tambien por la curiosidad. Su traje de riquísimo terciopelo negro adornado con encajes de Flandes, el negro birrete con broche de diamantes, dábanle un aspecto grave y una gallardía sin igual.

—Ahi teneis... ahi teneis: hablábaisme ayer de perdones é indultos, de imperial clemencia: pues mirad si os agrada lo que acaba de pregonar aquel mochuelo.

—Nada menos que por el tal pregon están condenados los Comuneros ocultos en Castilla, á que donde quiera que sean habidos se les encarcele, y despues se les saque dentro de un seron tirado por dos mulas que les llevaran al rollo, y allí se les ahorque y haga cuartos, los cuales se pondrán en sendos palos por los caminos públicos para que á los delinquentes sean ejemplo; y los que á tierras estrañas emigren sean entregados por los monarcas estrañeros al de Castilla. Ya veis si tiene sombra de acabar esto en algunos años. Me acuerdo mucho de aquel jóven aldeano que en nuestra casa estuvo herido, y me hace pensar qué será de él y de su gallardo camarada á estas horas ¿Creis don Diego, que asi se haga el Emperador venerado y querido por su pueblo?

—Silencio, silencio, curioso rematado: no es cosa esa que te incumbe saber. En buen hora que recuerdes á los desgraciados que pueden caer bajo esas órdenes severas; justo es que la compasion te inspire tan hermosos sentimientos; pero entrar á formar juicios acerca de la conducta del monarca.... eso no es dado á tu edad ni á tu irreflexion.

—Bueno, bueno, me callo, pero seguro estoy de que vos allá en vuestra conciencia tales juicios formado habeis, que en nada desemejen de los de este barbilampiño doncel.

Don Diego hizo esfuerzos por que no asomase á sus lábios

*Por la Gr^a Vinda de C. G. e hijos
Eduardo Lur y Acuña*

la sonrisa que ya pugnaba por salir, al admirar la perspicacia de Rodrigo.

—Me conoce más que yo mismo — murmuró para sí.

Nada hay perdido: cállome por lo que toca á lo grave del asunto; pero no podreis inpedirme que discurra acerca de vuestra situacion. S.S. vuestro enojado padre, habia dispuesto vuestra partida á Italia: preséntome yo, empiezo hablarle de la soledad en que se hallaria sin tener á su lado la benéfica sombra de un hijo...

Doña Isabel en un convento... vos en la guerra espuesto á perecer sin que la mano de un padre os cerrase los ojos... Por fin, que combinando palabritas de esas que llegan al corazon y pensamientos tiernos y conmovedores, llegué á dominarle por completo, y cuando vi que me tendia una mano y con voz entrecortada por los suspiros me dijo — «Llama á don Diego... que no disponga nada para su marcha» — esclamé satisfecho: — ya es mio ¡viva! ya es mio. De manera que vuestra temida separacion no se llegó á realizar: que vuestra esposa no tuvo que lloraros ausente y que yo logré cuanto anhelaba gracias á mi osadia que nunca desmentir pude.

Así, con tal donosura charlaba el pajecillo, mientras asomado al balcon estuvo con el esposo de doña Inés Maldonado, y este le escuchaba con un interés creciente como que se trataba de un asunto que era para él como su vida.

—Y qué... no ha vuelto á mostrárseos opuesto S. S?

—No abandona la idea de que parta yo muy lejos... Sabe Dios si ahora dejará que vuelva á Salamanca.

—Esto nos faltaba para llegar al *finis coronat*... Entonces montaba yo mi sobérbio potro overo, y á carrera tendida, llegado Salamanca, me presentaba á vuestra esposa. — Disponéos á partir, señora. En cuatro minutos todo arreglado y en un sancti-amen doña Inés á vuestro lado para siempre.

—Locuras, Rodrigo.

—Todos mis pensamientos pueden calificarse así; pero yo me atengo á ellos y obro.

—No llegará ese caso.

—Hola... llamada: él está pronunciando mi nombre... A su edad aun viene á estas solemnidades.

—Qué mucho, no vino á la guerra tambien?

—Es verdad, ánimo fuerte, espíritu bizarro.

—Pero que tú ablandas cuando quieres haciéndole torcer por donde mejor te acomoda.

—Allá lo veremos... Voy... voy... que llama.

Don Diego siguió con sus ojos al apuesto pajecillo mientras satisfecho decia:—buen corazon late en tu pecho: digno eres del cariño que te profesamos; no en balde te distinguimos entre todos.

Estuvo largo tiempo observando el efecto que el pregon habia producido en los hijos del pueblo. Formábanse diversos grupos en donde se hablaba con calor aunque no dejaba de verse que temian llamar la atencion de los imperiales.

Si don Diego hubiese bajado á la plaza, tal vez oyera el confuso rumor que habia y las palabras sueltas que se escapaban aquí y allí.

—No decias tú, Sancho, que iba á pregonarse el perdon?

—Mal metrallazo nos disperse si no lo creia así.

—Buen perdon nos dé Dios... al fin, al fin, extranjeros.

—Como si nosotros no tuvieramos en España quien dig-no fuera de gobernarnos.

—Silencio... silencio.

—No callo.

—Pues águarda y verás que vanguardia de tudescos viene á recorrer la plaza.

—Se han apercibido de nuestro ademan... Oh!... mala culebrina!...

A tambor batiente llegó la seccion de tudescos, y ha-

ciendo varias evoluciones, recorrió la plaza en su circuito, disolviendo los apiñados grupos.

Hizo alto en el centro, desplegándose luego hacia los cuatro ángulos.

—Viva el Emperador!... gritó el gefe de los alemanes.

—Viva!!—contestaron los súbditos.

Pero el pueblo calló.

Solo alguno muy tímido pronunció una aclamacion que parecia arrancada por la fuerza.

El oficial dirigió una mirada de rabia á los palentinos que iban poco á poco volviendo las espaldas á los satélites del Emperador sin chistar siquiera.

Quedó desierta la plaza en un momento y ocupada solo por la fuerza de las armas tudescas.

Pero en el interior de las casas fermentaba la conspiracion.

En una de ellas, de ruin aspecto, de pobre apariencia, habia reunidos muchos menestrales, el más respetable de ellos hallábase á la cabeza manteniendo el orden en los agitados espíritus.

—Es preciso impedir tamaña crueldad si en esta plaza se intenta ajusticiar á alguno...

—Venganza, venganza!...—gritaron sin poder contenerse todos.

—Calma... silencio,—pronunció el mas entrado en años.

Eran las once de la noche: la campana de la iglesia acababa de enviar sus vibraciones á los moradores de Palencia.

La ronda recorria las calles afanosa y solícita.

La reunion iba tomando cuerpo: llegaban de continuo personas á tomar parte en ella.

Cuando ya creyeron estar todos, el que allí llevaba la voz y era escuchado con gran respeto, habló de esta manera:

—Amigos: temeridad seria y audacia que cara podria costarnos la de querer levantar ahora nuestras débiles fuerzas,

cuando Toledo, Valencia y todas las ciudades que han sostenido el empuje de los imperiales han tenido que doblegar la cerviz. Nuestra ciudad está dominada por completo. Qué movimiento hacer podríamos que al punto no fuese atajado por nuestros feroces dominadores?

—Morir... morir debemos antes que consentir á estos verdugos extranjeros que sacian su sed de sangre en nuestros infelices hermanos, —dijo un jóven, con energía levantándose y dando á sus ojos una espresion de entusiasmo que impresionó á sus compañeros.

En esto llamaron con tiento dando tres golpes en la puerta.

Miráronse con asombro, porque segun ellos no faltaba ninguno.

—Quién va? preguntó uno de los circunstantes.

—Burgos y la Comunidad! —contestó el recién llegado despues de examinar si podría ser oído y con una voz muy baja.

Corriose el cerrojo: apagose la luz que iluminaba la estancia, y antes de cerrar la puerta, dijo el que acababa de llegar: —El burgalense Urrós.

En hora buena llegue el buen licenciado —respondió el gefe de los honrados parentinos.

—Casualidad y no pequeña es la de hallaros reunidos cuando tan amenazados estais.

Así que volvió á resplandecer la luz de la lámpara, vióse á sus fulgores el traje de franciscano que llevaba Urrós.

Creis que vengo tranquilamente, pues no, amigos míos, no, vengo huyendo de las pesquisas del alcalde Ronquillo que corre á mis alcances.

—Buena ave de rapiña para los nuestros.

—En un convento guarecíme cuando ya cerca de mí llegaba: era el convento en donde estaba un hermano del ajusticiado en Simancas, Pedro Maldonado Pimentel, que milagrosamente habia escapado del rollo de Villalar. El di-

Por la Gra. Viuda de C. ³¹ y hijos
Enrardo Luv y Acvedo

cho hermano, conmovido y triste, protegió mi fuga, y á favor de este traje he podido llegar hasta Palencia. He preguntado por la casa de Alvaro de Quiñones y aquí me tenéis que os encuentro reunidos cuando se espera al Emperador.

—No se espera, sino que está aquí.

—Y así os estáis sin temor alguno?

—Quieren hacer la última prueba—dijo el llamado Alvaro.

—No os lo aconsejo—replicó el licenciado Urrós—Nada alcanzaríais sin exponer vuestras vidas, manchar con vuestra sangre las calles y las plazas: ensañar al león que deseoso viene de sangre española. Mirad á Valladolid, á Toledo, á Simancas: ved tantas víctimas injustamente sacrificadas. Basta, basta ya, hermanos míos, no hay que dar mas presas á la hiena de Gante... Más meritorio será para todos y de alabanza digno, que á vuestros hijos enseñéis el odio á los tiranos que escarnecen á la humanidad. Enseñadles á respetar los nombres de los que por el pueblo han sucumbido con heroico aliento. Y haced de vuestros hijos buenos ciudadanos. Nada conseguireis privándoles de la benéfica sombra del padre, de vuestro cariñoso abrazo, no, no: desistid para bien de la patria, para bien de vuestros hijos y de vuestras atribuladas madres.

Respetuoso silencio sucedió á las palabras de Urrós.

Había impresionado á los oyentes de una manera profunda.

Veíase en los semblantes de todos el efecto que había producido aquella sencilla manifestacion dictada por un sentimiento leal, por una conciencia recta y bien templada.

Nadie se atrevió á levantar allí su voz para impugnar tan sentido como justo razonamiento.

Aquel hombre había sido conducido á la reunion de los palentinos como por via Providencial, sin duda. Tal vez, sin el poderoso resorte de sus palabras hubiéranse lanzado

atrevidos á la calle con temerario empeño para pagar con la vida tanto arrojó.

Determinada la conducta que habia de seguirse en adelante, despidiéronse afectuosamente; y unos por la puerta del patio y otros por la que á la calle daba, fuéronse dispersando detenidos algunos á veces por los individuos de la ronda para preguntarles lo que en tales casos es preciso.

Lo cierto es que ni el Emperador ni los suyos, tenían gran confianza en la seguridad del orden público: que con el terror quisieron mas bien consolidar su dominacion; y si bien lo alcanzaron en la apariencia, moralmente era tan odiosa como merecia serlo.

A la mañana siguiente se buscaba al licenciado Urrós de quien se sabia que habia dormido la noche anterior en Palencia.

No escasearon los registros y allanamientos. Decíase que andaba disfrazado pero no se sabia cómo.

Y el que calmó la efervescencia de aquel pueblo, era buscado como reo de alta traicion.

No pudo ser habido por entonces, porque Alvaro le ocultó con gran riesgo por su parte, procurándole despues la fuga entre algunos compañeros suyos.

Pero por algo hemos venido nosotros á Palencia, por algo llevamos y traemos á los que este libro leen, y no sin razon les hemos conducido á esta ciudad.

El aldeano aventurero y su garrido camarada sabemos y nos consta que despues de haberse despedido de doña Maria Pacheco, intentaban llegar de regreso á la aldea, buscando senderos ocultos y desconocidos matorrales que á cubierto los pusiesen de los perseguidores ministros de la justicia.

Empeñados en el arriesgado trance de su fuga los dejamos, y no sabemos cuando y de que manera los volveremos á encontrar.

Quince días lo menos há ya que les perdimos la pista.

Pero nos distraemos demasiado y abandonamos á la ciudad, estancia entonces del Emperador y en donde siempre tendremos algo que ver aun cuando no sea más que la magnificencia y esplendor que á costa de nuestro pueblo, rodeaba á la magestad imperial.

Corren presurosos los palentinos en diversas direcciones hácia las afueras con afanosa curiosidad.

Un destacamento que habia salido á cumplir las órdenes que en el pregon se publicaron, vuelve á la ciudad y segun se asegura ha llenado su cometido con admirable eficacia.

Inmediatamente se dispone que las guardias aseguren las desembocaduras de las calles para evitar algun tumulto.

El alcalde seguido de los suyos, va á presenciar la entrada por si hay alguna víctima que presentar á los jueces.

—Míralos, míralos: allá por la cruz de piedra estan ahora,—decia una mujer que habia salido con una infinidad de gente á saciar su curioso deseo.

—Pues sí que traen algunos... los ves, los ves?...

—Pobrecillos...

—Que los suelten, que los dejen—quiso gritar un chiquillo á quien su madre subia en alto para que los viese venir.

—Calla, perverso...—replicó la madre mirando en derredor con zozobra y espanto.—Hijo mio de mis entrañas... no quiera Dios... ¡ah! primero me dejaba pisotear el corazon que verte en poder de esos milanos... La inocente criatura de Toledo... ¡ah!... no... no!... calla, hijo mio, calla—repetia temblando la asustada madre y recordando al hijo del menestral toledano.

—Alvaro estaba con algunos otros hijos del pueblo formando grupo al ver como se aproximaban ya los que custodiaban á los presos.

—Y el licenciado?—le preguntaron con temor algunos.

—En salvo.

—Quiera Dios que no le veamos entre estos.

Rodrigo no habia podido dar punto á su impaciencia y se lanzó á la calle, atravesó la plaza corriendo, subió calle arriba hasta la salida del pueblo en donde tanta gente habia.

Una guardia tudesca hizo con sus alabardas abrir paso á los que ya llegaban á la ciudad.

Larga cuerda de infelices, sorprendidos en el regreso á sus hogares ó en el seno de sus familias venia allí.

De pronto, Rodrigo da algunos saltos porque la fila de hombres que delante habia no le dejaba ver con facilidad; sostenido con las puntas de los pies devoraba con sus ojos á los presos. Su inquietud era extraordinaria; se le escapó una exclamacion que oida por los que tenia delante no pudieron menos de decirle:—Pasa, buena alhaja, pasa...

Y en llegando á verse sin obstáculos que le impidiesen la vista, dióse á correr hacia uno de los aprehendidos.

—Blas... Blas...—gritó frenético abalanzándose al cuello de uno de los que allí venian.

Nadie se atrevió á oponerse á aquella manifestacion.

Un murmullo de aprobacion para el paje, se oyó entre la muchedumbre.

Rodrigo!...—pronunció con asombro Blas, pues no era otro el que habia motivado la repentina impresion que tanto conmovió á nuestro pajecillo travieso.

—Como así?...—replicó este.

—La desgracia que me persigue...

—¡Oh! y no es poca la que ahora os acomete.

—Lo sé, Rodrigo.

—Pero... ó valgo yo poco, ó ¡Vive Dios! libre habeis de salir.

—Y don Diego?

—Aquí está con S.S. el marqués. Lo triste, lo tristísimo es que tal vez partamos esta noche ó mañana lo mas tardar.

Por la Gra Viuda de C. f. e hijos
Eduardo Lora y Acevedo

—Cúmplase la voluntad del Omnipotente.

La trompeta de atencion sonó por espacio de algunos minutos.

—Un heraldo anunció desde el balcon á donde solia asomarse el Emperador que iban á leerse los nombres de los que pronto á ser sentenciados se hallaban en Toledo. Y á pocos instantes apareció un notario y leyó en alta voz un sinnúmero de nombres.

Con misterioso silencio se escuchaba á aquella voz.

Lo último que se oyó fué—«Pero Ramirez conocido por el *Chato*, delito de espionaje».

La exclamacion de Blas sorprendió á cuantos le rodeaban.

—Rodrigo! Rodrigo... haced que don Diego interceda por ese último... el delito de que se le acusa es imposible en él... Que tomen mi vida por la suya: sería la mayor de las inhumanidades... ¡infeliz!... El que es tan bendito, tan honrado.... Quién sabe como habrá sido preso...

—Cuanto me encargais haré...

—Dios os lo premie joven.

—Y vuestro compañero Hernan,...

—Pudo escabullirse por la falda de un montecillo. Mas afortunado que yo...

—Pero Ramirez es el nombre de esa persona por quien os interesais...

—En la aldea le llaman el *Chato*.

—No se me olvidará. Ahora os llevarán á encarcelaros... No quiero que esteis un instante entre oscuridad y hierros. Corro á decirle á mi señor este suceso y á ver si consigue un salvo conducto para que marcheis libre á vuestra aldea... Dijisteis que una enamorada Maria os esperaba... Quiera Dios que llegueis á oir su dulce acento... Adios... Blas: ventura y prosperidades.

—Concedaos á vos tales bienes la Providencia.

No corrió, más que volar fué lo que hizo el simpático Rodrigo.

Llegó á la casa, subió á la estancia de don Diego sin pararse en nada, y comenzó á referirle lo acontecido,

No se detuvo un punto el hijo del de Astorga y se dispuso á salir en busca del prisionero.

En compañía de Rodrigo atravesó las tortuosas calles hasta llegar al sitio en donde se había encerrado á los presuntos delincuentes.

El alcaide que de su custodia se encargó, al ver la apostura y dignidad del noble salmantino descubriose respetuosamente y con humilde actitud accedió á cuanto se le esijia.

Al oscuro y húmedo departamento los condujo él mismo.

Bajaron una angosta escalera solo iluminada por un rayo de tibia claridad que por un agujero estrecho venia de la calle.

Blas oyó el estridente ruido del cerrojo y escuchó atentamente.

Después observó que la puerta se abría y que dos hombres entraban en el calabozo.

—Blas—esclamó don Diego tendiéndole los brazos y corriendo á estrecharle con cariñoso ademan.

—Señor... sois demasiado bueno para mí.

Su entrevista fué larga y el noble se convenció en ella más y más de que aquel jóven encerraba en su pecho sentimientos generosos; que su alma era grande y sublime. Comprendió el arrebatador entusiasmo que le había arrancado de su hogar doméstico.

Ni una palabra dijo Blas acerca de su nacimiento, porque creía que entonces tal vez amenguara el puro afecto que hacía él arrastraba á don Diego.

—Mi padre, mi anciano padre me espera... y mi buena madre llorará mi ausencia yéndose en cada lágrima un año de su vida.

—Descuidad: aun cuando no hubiérais cautivado mi cariño con vuestros nobles sentimientos, llevais un nombre para

mí muy simpático y de recuerdos que me abaten y en los cuales paso embebecido muchas horas del día.

Calló don Diego y Blas le miró con una espresion de lástima y de tristeza.

De pronto, el noble esposo de doña Inés Maldonado, como poseido de un recuerdo súbito, vuelve á abrazar al preso prorumpiendo enternecido:

—No hay que perder tiempo: vos y vuestro amigo Pero Ramirez estais bajo mi amparo. Agotaré mis recursos; cuanto puedo y cuanto valgo con el Emperador, poco me parecerá aun para lo que deseo hacer.

—El cielo os bendiga, Señor, —inclinose y besó con respeto las manos de don Diego.

Rodrigo no había estado ocioso durante el diálogo.

Con extraordinaria maña empezó la difícil operacion de desligar los complicados nudos que apretaban las manos de Blas; y despues empleando sus fuerzas, que no eran pocas para su edad, habia logrado abrir el candado de la argolla que sujetaba los pies del jóven aldeano.

—Ea—esclamó con satisfaccion imposible de describir,—asi se hace...

—Llamad al Alcaide, Rodrigo.

Y lo cumplió el paje.

El alcaide, gordinflon y cari-redondo, entró lentamente.

—Ni un cordel ni un hierro para este jóven.

—Infringiré la ley por V. S.—replicó respetuoso el alcaide porque creyeran que prestaba asi un servicio de los más dignos de recompensa.

Y de las manos de don Diego pasó á las del paje y de las de este á las del cancerbero, un bolsillo con algunos maravedís de plata.

—Mi empleo rechaza tales ofertas,—dijo el alcaide en voz alta para que lo oyese don Diego, y ya los tenia en la mano, deslumbrado con el brillo del metal.



C. Mugica, lit.

Lit. Heraldica.

...había logrado abrir el candado de la argolla que sujetaba
los pies del joven aldeano.....

—Esto es una gratificación; no es que pretendamos compraros: ya sabemos aquí á cuanto llega vuestra honradez y lealtad en el desempeño de tan altas funciones.

—Gracias, garridito doncel: buen pico tienes: creo que no has de dejar en paz á nadie en casa de tu señor...

Esta conversacion tenian aparte paje y alcaide y terminado la habian, cuando despidiéndose don Diego de Blas, llamó la atencion de Rodrigo, quien se acercó tambien, separándose de su interlocutor.

—Nunca podré agradeceros bastante lo mucho que habeis por mí que tan poco merezco...

—Os conocí por vuestro valor, os aprecié por vuestra bondad, y os tiendo los brazos del amigo, porque digno sois de llevar este nombre. La lealtad y la nobleza son vuestros distintivos. Dejadme, pues, que así proceda con quien sufrió una humillacion vergonzosa é injusta en mi casa misma y por los lábios de mi propio padre.

—Todo lo olvidé, señor, porque comprendí que era un arrebató hijo de su carácter enérgico y pronto, y de la altivez de su estirpe.

—Sois como leal generoso, y honrado como valiente...

—Juzgaisme así, por que vuestro noble y magnánimo corazón os lo aconseja.

—Blas, no he de perder el tiempo. Veré ahora mismo al Emperador, le pediré la libertad para vos y para vuestro amigo el que en Toledo se halla, y si lo consigo, habré hecho cuanto debo y cuanto deseo con afán.

—El cielo os guie, señor.

—El os proteja, valeroso jóven!..Rodrigo, ya sabes á donde vamos.

—Si, señor. Todo está dispuesto y hablado para que se tenga con la mayor consideracion al preso.

—Pues, ahora á la imperial morada.

—Que Dios proteja vuestros nobles deseos.

33
Por la G^{ra} Viuda de C. F. e hijos
Eduardo Ruiz y Arcebo

Y dicho esto abrazó á Blas el travieso pajecillo con inesplicable ternura.

Y salieron de allí señor y paje, el primero ideando el medio de escitar la clemencia del Emperador, y el segundo imaginando recursos para hacer salir de allí libre á su amigo, si don Diego no llegaba á feliz cima en sus generosas pretensiones.

El Emperador estaba aquel día entregado á sus proyectos hostiles con Francia y queria á toda costa el triunfo de las armas españolas. Meditaba el medio de sacar recursos de los pueblos para saciar su orgullosa sed de soberanía.

Habia determinado salir aquella noche para Valladolid con toda su corte.

Enterado el hijo del de Astorga del estado de sombría meditacion á que se hallaba entregado el Emperador, creyó inútil toda tentativa de intercesion en aquel caso; y desesperado é impaciente, no abandonó ni un instante la idea que le dominaba.

Abatido y confuso anduvo todo el día sin que la tranquilidad llegase á su espíritu, sin que la esperanza de liberar á sus dos protegidos pudiese brillar por un instante en el confuso caos de su pensamiento.

Al anochecer estaba ya todo dispuesto para la marcha.

Rodrigo corrió á participar á Blas la mala noticia, que este escuchó con resignacion—Soy tan desgraciado que nada me aterra ni me conmueve ya... Lo único que me desalienta y abate es la suerte de mi desgraciado amigo, del infeliz Chato...

—La Providencia velará por todos, Blas...

—En ella confio, que de tan crueles trances me ha sacado.

Despidiéronse por última vez y el alcaide casi casi llegó á simpatizar con el preso, cosa no muy fácil por lo áspero y descontentadizo del auxiliar de la justicia.

El intrépido Rodrigo parose á la puerta del calabozo un

instante y llamó al cari-llo alcaide, diciéndole con misteriosa espresion:

—Seria fácil que vos...

—Cómo!.. ¿cómo?... Que quieres decir?

—Ese desgraciado es inocente...

—La justicia lo dirá.

—Ya sabeis vos como anda en nuestros dias eso de la justicia...

—Poco á poco, doncel: yo represento...

—Lo sé; pero vuestro carácter... vuestras buenas intenciones... y la recompensa que siempre queda en el alma... la satisfaccion de haber obrado bien como Dios manda...

—Je... je... te entiendo, picarillo... te entiendo... Todo, menos esponer mi pellejo...

—Ya sabeis que mi señor consigue de S. M. cuanto quiere.

—Pues más en mi favor; que alcance la libertad para...

—Eso no es fácil ahora...

—Oh... tampoco lo seria el salvar á mi cuerpo de la separacion de su cabeza.

—¡Voto á la espada de san Jorge!—esclamó dando con el pie en el suelo, el atrevido paje.

—Es imposible, jóven, imposible... no os canseis.

—Nos hemos lucido—murmuró para sí—Con que lo hemos de dejar de tal modo?... preso... Quedarme en su lugar seria fácil...

El alcaide oyó la última parte de la meditacion y dió una carcajada estrepitosa...

—Ya se de qué os reis... Soy muy simple, muy necio—dijo el paje con las lágrimas en los ojos. Y dando una última mirada al calabozo en donde Blas se hallaba, salió con lento paso de aquel lugar lóbrego y triste.

Carlos de Gante y sus secuaces partieron aquella noche de Palencia.

Entre los próceres veíase á don Diego al lado de su padre, meditando y con la mirada inquieta como lleno de zozobra el espíritu, y el corazon atormentado por la desesperacion más terrible.

En la servidumbre iba el impávido Rodriguillo, y contra su natural propension á charlar sin tasa, notaban sus compañeros el aspecto sombrío y silencioso del entremetido paje.

CAPÍTULO XXVIII.

El grito de la conciencia.

Ahora que en este punto quedamos, preciso nos es volver á reanudar el hilo de la narracion de aquellas tristes escenas que comenzamos á ver en la aldea de Pascual. Confesamos ingenuamente que no nos quedaban deseos de entrar de nuevo en ella por el aspecto que iban tomando allí las cosas.

Pero seria faltar abiertamente á los que tienen el mal gusto de seguirnos, si dejásemos suelto el cabo de aquellos acontecimientos.

Hemos de retroceder hasta el punto de no considerar transcurrido el tiempo en que los sucesos de Toledo se han verificado; porque mientras tanto, ocurrían los que en esta ocasion presenciaremos.

Por la Gr^a Unión de C. F. e hijos
 Eduardo Cruz y Acuña

Grande fué la consternacion que produjo entre las sencillas gentes de la aldea el trágico desenlace de la romería.

Pablo pasaba los dias en su casa taciturno y abatido. Algunos de sus compañeros ibanle á ver, entre ellos el hermano de Blas que le animaba en su penosa situacion.

Perote miraba satisfecho á Andrea cada vez que esta salia á la fuente y cuando la encontraba por casualidad en el camino de la ermita, en los dias festivos.

Ella, la desgraciada, buscaba siempre á Maria; porque era el consuelo único que le quedaba en su angustiosa desventura.

Por mucho tiempo fueron objeto de todas las conversaciones, los personajes de aquel cuadro triste; y el desdichado Pablo, sufrió el desprecio de muchos y la animadversion de las personas más respetables.

Un dia levantose desesperado, horriblemente desesperado.

Pensó en mil medios de acabar tantos tormentos, tan cruel infortunio.

La venganza no llegó ni una vez siquiera á sombrear su frente.

—Es un mavado:—se decia con una espresion de amargura indefinible—compasion mereee y lastima, no aborrecimiento y deseo de que algun mal le acontezca, no; Dios le inspire mejores pensamientos que los que ha llevado á cabo en estos dias... Qué dirá Andrea?... La puerta de su casa se cierra cuando paso alguna vez. Sus padres habrán maldecido mi nombre. Pero ella no me aborrecerá... No me aborrece: Maria, la triste Maria me lo ha dicho, sus labios angelicales me han aconsejado calma y tranquilidad... Ah!... es imposible... ¿Y esas madres que me miran con horror y que me presentan á sus hijos como ejemplo de maldad?... Debo salir de aquí, para siempre. Padres mios cuya sepultura miro desde este sitio de mis desdichas, dad-

me, con vuestro recuerdo, resignacion para sufrir los dolores amargos que la calumnia vierte en mi alma.

Esta noche cuando todo repose en silencio, huiré de aquí, abandonaré el lugar que encierra los venerables restos de mis padres... abandonaré á esa mujer infortunada, pura como los ángeles del Señor y perseguida por la desgracia.

Tales ó semejantes eran los pensamientos que á Pablo agitaban de continuo.

La vida de Maria era invariable: levantábase con el sol; solia ir á cuidar las florecillas de su jardin: miraba como siempre al sitio por donde Blas solia aparecer. Trabajaba sentada junto á la puerta y escuchaba con tristeza las conversaciones de guerras que referia alguno de los viejos aldeanos al anciano Pascual.

Juana rezaba cada vez que se nombraba á Blas: y recibia un beso de Maria por tan laudable accion.

Por las tardes la hija de Pascual iba en busca de su amiga, de la desolada Andrea y recorrian juntamente la pradera acompañadas de la buena Juana.

Veian reflejar con pálidos fulgores los rayos del sol poniente en las paredes de la casa de Blas, mientras en ella Andrés y Magdalena sentados bajo el emparrado contemplaban á las dos criaturas angelicales, recordando á su hijo á quien ya tenian por muerto,

Las dos amigas eran el encanto y la admiracion de todo el caserío.

—Tú aun tienes la esperanza de que puede volver—decia sin aliento Andrea.

—Cuando no esta aquí ya... qué debe esperar mi alma sino la soledad y el desconsuelo?

—Pero yo, engañada por el hombre á quien he amado como se ama á los diez y ocho años: engañada...

Los ojos de Andrea tomaban una espresion igual á la que tenian en el triste periodo de su enfermedad.

—No, vida mia, no: tú misma me has dicho que el infame Perote en mil ocasiones te ha revelado su pasión y hasta ha jurado la venganza.

—Es verdad.

—Pues no lo dudes, no, él es la causa de todo... él ha venido á anublar tu ventura.

—Pero la duda, Maria, la duda asesina como aleve puñal.

Y lloraba lágrimas de acerbo dolor cuando esto decía.
—Llora, Andrea, llora; pero cree en su lealtad. Yo he oído su juramento contra esa calumnia...

—Ea, ea, plañideras, basta de lagrimitas... Bueno es esto; cállense ya y piensen en divertirse y gozar; que es gran lástima ver á dos querubines que entre nubes de rosas habian de vivir, siempre angustiados y con el corazón apenado. Vaya, ¡vaya!... nada de lamentos; á reír, á reír: que no han de pasarse los abriles como riguroso invierno.

Así se espresaba la honrada Juana.

—Allí está el malvado—dijo Andrea señalando á una de las sendas por donde Perote iba en dirección á su casa.

Y las dos amigas, entrelazados los brazos, se encaminaron hacia la casa de Maria en compañía de la anciana que miraba de reojo á Perote aun cuando estaba á una distancia considerable.

Perote en vez de entrar en su casa, entró en la del cura.

Y las muchachas con su guardia de honor llegaron á la de Maria en donde eran esperadas con afán.

La noche tendió su manto de estrellas sobre la tierra: los suspiros del ángel del silencio mecían las hojas de los árboles. Era dulce el murmullo del arroyo, hermoso el trasparente azul del cielo, la luna clara y brillante, las armonías de la naturaleza más puras que jamás lo habian sido.

La calma y el misterio llenaban el ambiente, y el alma respiraba tranquila.

Horas de paz y de dulzura, que el espíritu anhela para remontarse á la contemplacion del infinito.

Horas en que los ojos se convierten hácia el cielo y el alma asciende hasta sus puertas en alas de las auras y entre las melodias que entonan los séres de la creacion con misteriosas voces.

Entonces se comprende el mas allá; el éxtasis en que el espíritu queda, desprendiéndose de la tierra con invisibles alas, tiene el poderoso influjo de hacernos penetrar las grandezas y la sublimidad del infinito.

A estas horas sería cuando Pablo, cerrando la puerta de su casa, la miró tristemente y levantando despues sus ojos al firmamento, exclamó: —Noche amiga y compañera de los tristes, guia mis pasos... Señor, si el ángel que vela por los desgraciados descende á la tierra para consolar á alguno, yo te suplico que lo envíes para mí: su consuelo necesito...

La espresion que Pablo dió á esas palabras no cabe en los medios materiales que están á nuestro alcance para darla á conocer: viéndole á él, oyendo la dulce y simpática entonacion con que pronunció las palabras, es como pudiera juzgarse.

Pasó por delante de la casa de Andrea y no es del caso tampoco advertir que su sentimiento no tendria limites.

Ya algo distante del caserio, sentóse en el mismo punto en donde Andrea tenia por costumbre pararse á contemplar la cristalina corriente del arroyo cuyas aguas reflejaban el fulgor de las estrellas.

Una cuadrilla de mezos de la aldea se habia propuesto en aquella noche divertir la tristeza, saliendo con instrumentos pastoriles á dar música á las zagalas del caserio. Resonaban en el campo los alegres ecos y las canciones amorosas con esa espontaneidad y ese natural encanto que el pueblo sabe dar á las manifestaciones genuinas de su espíritu.

Pablo prestó oído á aquellos cantares que su corazón

36
Por la Gra Viuda de C. F. E. hijos
Eduardo Luv y Acevedo

lastimaban y quiso continuar su marcha hacia la montaña próxima.

No faltó algún compañero de los de la ronda alegre, que observase la dirección de Pablo y llamase la atención de sus camaradas.

—Mira, Gil, mira á Pablo, que parece que lleva trazas de ausentarse para siempre ó de hacer alguna locura extraordinaria... Mala siembra recoga yo, si su intención es buena. Tanto tiempo aislado como un huron en su madriguera... y ahora...

Gil hizo callar á los músicos campestres, miró con curiosidad suma, y sin detenerse un punto, corrió en busca de Pablo, diciendo—Pues tienes razón... no hay que perderlo de vista: vamos á hacerlo venir entre nosotros.

—Hombre—murmuró uno haciéndose el reacio—no os acordáis del paso de la ermita?... No sabéis que un hombre así es indigno de vivir en la aldea; dejadle en buen hora que se vaya á donde no le conozcan.

—Y si es falso todo; y si ese Perote... replicó otro con franca desenvoltura.

—Eso... eso: mirad que yo sé cosas del tal Perote...—dijo el hermano de Blas.

—Bien puede ser: que yo tampoco le tengo gran fé á ese mal hijo...

Pues á buscar á Pablo...

Y corrieron todos á detener los pasos del desgraciado mancebo.

—Alto: alto!—le dijeron amistosamente y con infantil alegría.

—Dejadme: dejadme terminar mi camino: yo debo vivir lejos de vuestra compañía; me creéis un infame.

—No, no:—respondieron todos como queriendo persuadirle.

—Es que yo no debo, hasta probar que no soy culpable,

respirar el puro aire de la aldea... Yo volveré, dejad que me vaya...

—No seas caviloso, Pablo... Ya llegará día en que la verdad se averigüe y tú recobres la alegría de tu alma.

—Muchas fueron las razones que se emplearon para hacer cambiar de proyecto á Pablo; pero al fin quedó resuelto á volver á su casa, aunque desesperado y abatido.

Los honrados mozos empezaron á tocar de nuevo los instrumentos y á cantar alegres.

—Vamos.. vamos; música al padre Mateo..—esclamó uno.

—Si... si, música, música... que á él le gusta vernos divertidos honestamente y no es la primera vez que ha oído satisfecho los cantares de Gil..?—y os acordais cuando cantaba el *Chato*, con que gana se reía de sus ocurrencias...

—Sabe Dios que tal vida pasará el pobre...

—Vamos: nada de recuerdos tristes: á cantar!

Aun no habian empezado el jolgorio y la zambra nocturna que preparaban, cuando la ventana de la casa del padre Mateo se abrió y como estaba poco menos que al nivel del suelo, vieron asomarse al buen sacerdote.

—Entrad, entrad; la Providencia os ha conducido aquí: bendita sea.

Los mozos con el mayor respeto y la mas reconocida humildad, apenas se les abrió la puerta, entraron y con asombro y admiracion encontraron á Perote allí: estaba arrodillado y confuso á los pies del sacerdote.

—Buscad á Pablo—les dijo este—buscadlo: haced que venga ese desventurado jóven.

—Venía con nosotros—dijo Gil mirando en derredor—pues, ya se ha escapado.

Y algunos salieron y le hallaron reclinado sobre la puerta de la casa de fray Mateo..—Entra; entra: el padre Mateo te llama.

Los compañeros de Pablo estaban atónitos, sin saber en

qué vendría á parar aquella escena misteriosa.

Entró Pablo, pálido el semblante y triste la mirada: en la serena frente parecía llevar grabados los sublimes rasgos de la inocencia.

Perote, en tanto, no se atrevía á levantar los ojos del suelo.

—Ven, hijo mio, ven, la conciencia de este infeliz ha respondido por fin; con las crueles penas del remordimiento ha vivido desde que en el templo, y ante el ara del Señor, se atrevió á calumniarte.

—Perdon, padre, perdon... Pablo... perdóname—esclamaba, arrastrando por el suelo las rodillas, con triste y desconsolado acento.

—Hijos míos: ved aquí la mano del Omnipotente. El inocente se vió por algun tiempo envuelto entre las tinieblas de la calumnia... y acosado el culpable por los remordimientos que despedazan el alma con horrorosos suplicios, ha llegado á buscar en la religion la misericordia, el amparo. El mismo me ha suplicado que cuanto antes, os revelase su arrepentimiento, que os llamase á todos... Que habia sido arrastrado por los celos, y la razon no tenia en el imperio... Ahí le veis: él mismo ha sido juez de su delito: él mismo quiere borrar publicamente la falta grave que en malhora cometió.

Los campesinos mirábanse unos á otros maravillados y no pudieron menos de adelantarse en tropel á dar un abrazo á su compañero, despues que este habia levantado del suelo á Perote consolándole en su afliccion.

La alegría, el placer mas intenso dominó á Pablo; su alma parecia querer escaparse en aquellas miradas dulces y penetrantes: su frente resplandecía como iluminada por la aurora de la felicidad.

—Es preciso que Andrea lo sepa, que lo sepa en el acto.

Corramos, corramos... que lo sepa todo el mundo.—Esclamaba frenético Pablo.

—Sí... sí... y que Dios me perdone —murmuró entre suspiros Perote.

—Dios te perdone como yo te perdono... pronunció Pablo con dulce acento.

De allí presurosos corrieron á casa de Andrea.

Prolijo seria enumerar aquí los detalles de aquel cuadro poético y admirable, en que los honrados labriegos con un entusiasmo indefinible llevaron á Pablo á la casa de la que habia de ser su esposa, para revelar una declaracion que volvia su honor á aquel y la bienandanza y el sosiego á muchos corazones atribulados.

No diremos nada de la sorpresa con que oyeron Andrea y sus padres la señal que Pablo acostumbraba á hacer para llamarla: ni tampoco molestaremos la atencion refiriendo el verdadero asombro con que recibieron á aquellas gentes.

Nada absolutamente queremos decir acerca de la impresion, inesperada por lo dulce y satisfactoria, que les produjo el relato de cuanto habia acontecido pocos momentos antes en la casa del padre Mateo.

Pablo recibió en sus brazos á los padres de Andrea y sus ojos vieron las lágrimas de placer puras y hermosas que surcaban las mejillas de esta sensible criatura.

Los semblantes de todos espresando la conmocion y el júbilo: los suspiros que el gozo hacia exhalar á Andrea, la dulce mirada de Pablo al estrechar la mano de su amante y la de sus padres queridos; el ver entrar en la reducida estancia á Maria y al anciano Pascual seguidos de la buena Juana y de aquel chicuelo que tanto sintió la partida del Chato, y que habia ido como el rayo veloz á noticiarles lo ocurrido y á hacerles venir á la casa de Andrea: el tierno y significativo abrazo de esta y de Maria, y la espresion su-

*Por la Grā Vinda de C. G. e hijos
Guillermo Cruz y Acuña*

blime de Pascual cuando observó el cuadro que ante sus ojos tenía: el dulce afán con que recibió á Pablo entre sus trémulos brazos y el beso que este imprimió en sus venerables canas. Todo este conjunto digno de admiración y de estudio no cabe en las páginas de un libro: hay algo en él de grande y de sublime que rechaza los medios materiales de que el hombre ha de valerse para dar forma al pensamiento... Y en la imposibilidad de hacerlo siquiera con algun rasgo de belleza, reusamos describirlo, y lo dejamos á la consideración de los lectores.

La alegría fué tomando cuerpo entre los personajes de aquella sublime escena.

Y todos en comparsa se encaminaron á la casa del padre Mateo.

Las estrellas anunciaban las nueve de la noche.

—Ya debías estar durmiendo, Estebanillo,—dijo la honrada Juana á aquel muchacho que no los dejaba, aunque fueran á caminar doscientas leguas.

—Quién, yo dormir?... Ajá, qué risa me dá... Pues qué yo soy algun muñeco?... hola, hola!... No me conocéis aun cuando tal cosa decís. Música por la calle y yo sobre la cama: para eso observo buena conducta en mi casita y soy bueno para mi madre y me deja salir con Gil los domingos con el vestido nuevo, y cuando hay rondas de música, me permite andar con ellas.

—Garrido mozo para muchachas casaderas y anda en músicas y rondas.

—Si no lo soy lo seré: que mi madre me lo dice á toda hora del día.

Llegaron á casa de Fray Mateo y aun estaba allí Perote confuso y conturbado pidiendo á todos perdón y causando lástima á todos.

Se dispuso celebrar la ceremonia religiosa para dentro de tres días y la esperanza renació en unos por que veían

proxima su felicidad, en otros porque soñaban divertirse mucho y gozar para un año en el día de campo que les esperaba, en las danzas y el jaleo que se armaria si el cielo no se cubria de nubes y les rociaba con benéfica lluvia.

Esto sucedia por la época en que Toledo aun se resistia firmemente y cuando por algunas provincias aun se dejaban caer los imperiales talando y destrozándolo todo.

Perote determinó variar de conducta, y el padre Mateo hizo, con las impresiones de aquel momento, una sentida exortacion á los circunstantes que la oian con veneracion y respeto. Sus palabras caian como bálsamo sobre el corazon y se filtraban en la inteligencia por el gran ejemplo que ante la vista se presentaba.

Retirose cada cual á su casa, esceptuando los rondadores que hasta el amanecer anduvieron por aquel caserío, poblando el espacio con sus músicas y sus cantares llenos de sencillez y de encantadora gracia.

CAPITULO XXIX.

Mas nubes en el horizonte.

Cuando la desgracia llega á apoderarse de nosotros y nos ha hecho ver alguna vez las negras sombras de su manto, sucede con frecuencia que no se deja esperar mucho tiempo sin que venga á aparecer por completo destruyendo hasta nuestras últimas esperanzas, apagando los últimos destellos de la aurora de nuestra ventura.

Este es un ligero precedente que nos vemos obligados á dejar sentado antes que lleguemos á dar comienzo al capítulo en su parte narrativa.

No sabemos si tendrá su aplicación en este porque no hemos tocado aun el fin. Esperemos á que llegue y entonces nuestra filosófica aseveración tendrá ó no tendrá á la esperiencia por argumento.

Deslizábanse tranquilas y apacibles las horas en el case-
río de Pascual: reinaba la calma y todo anunciaba que aque-
llas moradas sencillas y humildes eran el centro de la bienan-
danza en la tierra.

Para Maria, en aquella calma habia siempre la dulce me-
lancolia del corazon que todavia siente renacer algun destel-
lo de esperanza, aun cuando sea remoto y envuelto en el
misterio.

Hacíanse los preparativos para la boda, y el placer con
que se hacian era mayor por cuanto circunstancias tristes lo
habian impedido antes.

Todo era júbilo y alegría. Cintas y coronas blancas ve-
íanse en las manos de una doncella: la otra habia recogido
un magnifico ramillete: un mozo preparaba su escopeta pa-
ra cuando saliesen de la ermita atronar con la salva el ca-
serío, con cuyo objeto habian ya pedido licencia al que re-
presentaba al alcalde.

Otro obligaba á su madre á que le tuviera bien limpias las
hebillas y asi andaba todo, mientras dejaban el trabajo y
las labores del campo á la caída de la tarde.

Aproximábase el dia, echando cada cual sus cuentas y
soñando felicidades.

Pablo estaba al frente de los trabajos agricolas en la casa
de Pascual y en la de los padres de Andrea. La cosecha de
aquel año debía ser pasmosa segun anunciaban los viejos,
si algun cambio atmosférico no destruia tan risueñas espe-
ranzas.

Y unos calculando á cuanto ascendia la recolección y
otros llenos de júbilo porque iban aumentando los jornales
y podrian echar sus cuentas para ir á la ciudad y comprar-
se un traje para lucir en los dias festivos y otro para el in-
vierno con su tabardo por añadidura, pasaban deliciosamen-
te las horas de meditacion.

En una palabra, la satisfaccion dominaba á aquellas al-

Por la Gr^a V^{da} de C. G. e. hijo³⁷
Eduardo Cruz y Acuña

mas sencillas que solo se acongojaban al pensar en los ausentes.

Una tarde venian de su trabajo en distintas direcciones los mozos de la aldea, con los instrumentos de labranza al hombro y cantando con todos sus pulmones.

El mastin que guardaba la casa de Pascual, salióles al encuentro y empezó á acariciar á Gil y á Pablo que juntos venian por la misma senda.

Nunca has estado tan cariñoso desde que mi hermano se alejó de nosotros—pronunció Gil como extrañándose de aquellos halagos.

—Si la entremetida Juana lo viese, algun presagio tendríamos que hiciera llorar á un canto—replicó Pablo sonriendo.

—Mira, mira á la casita de los jazmines y déjate de otras cosas... ¿Qué ves allá en la puerta y debajo del emparrado?... Parece que te interesa lo que has visto. Vaya con la muchacha y como te conoce desde que sales del olivar: haces bien en quererla como á tu vida. Y la otra? desgraciada Maria!... mi hermano con sus deseos de correr mundo, la dejó ahí triste como esa tórtola solitaria que oímos hace poco al pasar por debajo de aquel álamo.

De repente el mastin se para en la mitad del camino y dirige sus ojos penetrantes á la montaña.

—Gil, ¿has visto la actitud de *Receloso*?

—Gente vamos á tener muy pronto cerca del caserío.

Receloso empezó á ladrar desaforadamente.

Y á poco rato una nube de polvo se levantaba en la parte del camino que está á la falda del monte.

—Mira, mira Pablo...lo ves? caballos y no con poca prisa, se dirigen á este sitio.

—Malo, malo...

La trompa anunciaba cada vez más la proximidad de los ginetes.

—Y no son pocos?

—Es un destacamento de los imperiales.

—Y vendrán á pedirnos alojamiento.

—Claro está.

—Mala hoz acabe con esa espiga.

Ya se habian apercebido tambien de aquello los demás mozos, que vinieron al punto á reunirse con los dos que hemos visto conversando.

—Hola, hola: gineticos tenemos—decia uno.

—Y Esteban, el chicuelo intrépido, saltaba y corria imitando el sonido de la trompa, que oia con atencion.—Guerra, guerra... ¡viva, viva! exclamaba sin poder contenerse.

Míralos míralos... enemigos son de los defensores del pueblo—decia Pablo profundamente conmovido.

Las mugeres acudieron al sitio en donde estaban los mozos y miraron aterrados al grupo de ginetes que hacia allí corrian á escape tendido.

Pablo dijo algunas palabras al oido de Gil y este á su vez las dijo á sus compañeros.

Y á los pocos momentos retirábase cada cual á su casa.

Pascual y Andrés que vieron la actitud de los jóvenes, nada favorable para los que iban á llegar, aconsejaron la prudencia y el silencio.

Apenas habia escondido el sol sus rayos bienhechores, con ruidoso tropel llegaron los ginetes entre los cuales habia algunos alemanes.

El sargento pidió con imperiosos modales hospitalidad por aquella noche dirigiéndose al más anciano de los labriegos, al buen Pascual que no tuvo más remedio que meditar como se distribuirian en el caserio. Consultó la voluntad de todos los habitantes y encontró alguna resistencia si bien por ser él quien lo pedia accedieron al fin.

El sargento, hombre de aspecto antipático, y bruscos ademanes, era una de esas caricaturas vivientes que peor se re-

presentan, altas y escuálidas de largo bigote y nariz prominente: brazos interminables y de un aire tan opuesto á la marcial apostura, que no faltó picaresco aldeano que le llamase tejedor flamenco.

El ala de su sombrero gris levantada por delante y sujeta por un broche de acero descubría lo rugoso de la frente y lo insultante de su mirada.

Tocole la casa de Perote por alojamiento.

—No tardarán mucho los dos en andar á cuchilladas... bonito genio el de aquel y bellaca apariencia la de este alemán—murmuró Juana para sus adentros.

En todas las casas con aspecto de chozas de que podían disponer los ginetes encontraron las mismas demostraciones de antipatía.

Aquella sociedad no podía valerse de hipócritas halagos que en otras menos francas, menos sencillas hubieran encontrado.

Pablo estaba ardiendo en deseos de hablar con el que en su casa había, y de desahogar el enojo que le causaba la despótica manera con que se presentaban aquellos soldados.

En la casa de Andrés había tres de los recién venidos: ya sentados al rededor de una mesita estaban á la hora en que Pablo tenía la costumbre de ver á su amada que á la ventana salía. Cuando en su amorosa plática á sus ilusiones daban ancho campo, oyéronse gritos descompasados en la parte interior.

—Fuego del cielo!!...esclamó Pablo—ya lo decía yo...alguno ha de empezar.

Los tres huéspedes habíanse entregado á las delicias de Baco y saboreaban el espirituoso vino que se cosechaba en aquellas tierras.

No estaban sus cerebros muy tranquilos, dando lugar á votos y ternos á palabras insultantes para los pobres aldeanos y á propasarse con descomedidos actos.

Uno se levantó balanceándose y pugnó por acercarse á la puerta que daba entrada á la habitacion en donde Andrea estaba hablando con su amante.

—Guardaos de hacer el más leve esfuerzo por entrar en esa estancia—dijo el padre de aquella.

—Bueno... me alegro... ja... ja... que divertido eres, viejo Noé...

—Pablo, Pablo... qué es lo que pasa?

—Lo que yo temia: entran como en país conquistado estos malandrines; pues cara les ha de costar la jugada.

Y apartándose un poco de la ventana preguntó á Andrea, —estan ahí los mozos de labranza?

—Antes los vi entrar á recogerse—respondió ella temblando.

—Pues si todos han podido cumplir mi encargo, larga será la sarracina que tengamos.

Y llevando á los lábios una bocina, dió al viento el sonido particular de aquel instrumento.

Corrió presuroso á la casa que habitaba, y por la puerta del corral le esperaban ya tres mozos armados de arcabuces: diéronle el suyo á Pablo quien se dispuso á recorrer todas las casas, que como sabemos, eran pocas y las habia unidas de dos en dos.

Comenzó por la de Andrea.

En la de Perote se habia trabado desigual contienda, entre este y dos de los soldados flamencos.

Perote habia defendido tenazmente á los Comuneros en la cuestion que se suscitara y no se dejó esperar el choque entre los dos caracteres opuestos.

Empezó la lucha con las armas, y la fuerza con que Perote descargaba culatazos sobre el soldado imperial hicieron tomar parte al otro camarada.

No duró mucho tiempo. Los labriegos, que ya tenian aviso de Pablo, habianse apoderado de los mosquetes y ar-

*Por la Gra Viuda de C. F. e hijos
Eduardo Ruiz y Suñedo*

cabuces de los imperiales que eran en número de ocho: y los que en la casa de Perote trabajaban lo pudieron verificar sin riesgo.

En el punto mismo en que sonó la bocina, penetraron en el sitio de la desigual pelea.

Y tomando segura puntería—alto, alto!—esclamaron disponiéndose á hacer fuego.

—Traicion! traicion!...—dijeron los flamencos con ira concentrada.

Afuera!... afuera de la casa, gavilanes!

Y hubieron de salir por temor de perder la vida si no lo hacian.

El sargento quiso gritar.

—Silencio!—dijo Perote dando gracias á Dios por el inesperado socorro de aquellos infelices.

—Ya teneis los caballos dispuestos, atados á los árboles que cercan la era. Conque á escape... y lejos de nosotros...

—Nuestras armas!...

—Esas están en nuestro poder. Con despótica altanería habeis querido avasallarnos insultando nuestra honradez: mal os salió la cuenta.

Y en los cuatro grupos de casas que formaban la aldea, habia sucedido otro tanto.

En la de Pascual no quisieron el local que se les destinaba, comenzaron á denostar al anciano y á votar y maldecir hasta el punto de mayor exaltación.

Y á la señal convenida, presentáronse los campesinos con las armas que silenciosamente les cogieran.

No estuvieron tranquilos en la de los padres adoptivos de Blas, pues tambien movieron gresca con Gil.

Cuando Pablo llegó á la de Andrea ya los cuatro mozos habian cumplido su encargo y tenian al sargento y á su camarada á la parte de afuera de la casa.

—Bien, bien: me habeis entendido gritó Pablo.

Los aldeanos eran en número de veinte todos armados, unos con sus propias escopetas, otros con los arcabuces de los imperiales.

Sin dejar de dirigirles la puntería de sus cañones, hiciéronles llegar hasta donde tenían sus caballos.

Los obligaron á reunirse, atáronles las manos con correas á unos, á otros con cordeles y después que los vieron sobre sus respectivos caballos:

—Miserables villanos!—esclamaba furioso alguno.

—A escape, á escape! dijeron satisfechos los campesinos.

Golpearon á los caballos que emprendieron el galopé por aquellos campos entre los gritos y la algazara.

Perote estaba con todos y tenía la mano derecha herida á consecuencia de la lucha.

—Hoy hubiera querido la muerte, defendiéndoo á todos: mañana partiré lejos de vosotros.

—No, no:—repitió Pablo abrazándole.

Y cada cual volvió á su casa, tranquilizando á los ancianos y á las mugeres que en ellas quedaban.

El padre Mateo pedia al cielo en su retiro que Dios corriese en aquel trance á los aldeanos, y cuando supo que sin una gota de sangre de imperiales, se habia terminado la lucha, elogió el comportamiento de los hijos de la aldea y admiró la ingeniosa ocurrencia de Pablo que les habia librado de grandes peligros.

Sintió que hubiesen herido á Perote y procuró todos los medios para curarle cuanto antes. Dijéronle que pensaba marchar lejos de todos sus amigos y desaprobó el pensamiento achacándolo á poca resignacion.

—Padre,—contestó él—necesito vivir lejos de las personas á quienes hice desgraciados algun tiempo. Será mi consuelo encontrarlos después cuando haya yo sembrado mucho bien sobre la tierra.

—Piénsalo mucho, Perote y Dios ilumine tu entendimiento.

Retiráronse todos á sus casas algunos con dos armas; y asegura la crónica que fueron recibidos con alegría por los que impacientes esperaban, lo cual podríamos nosotros figurarnos sin que la crónica tuviese que decirlo.

Las nubes iban cubriendo el espacio inmenso con sus oscuras sombras, la noche mediaba y hacia lo menos ocho horas que tuvo efecto la aventura de los imperiales.

Descansan, no muytranquilos aun, los hijos de la aldea.

Pero nosotros velamos.

Y el caso es que no nos es posible avisarlos si algo ocurriese porque estamos muy lejos y no nos oirían.

Si prestamos atento oído escucharemos en el interior de la casa de Pascual el ahullido de *Receloso* y una especie de ladrido sordo y apagado.

En la oscuridad de la noche han llegado hasta la casa de Pascual con sigilo y misterio cinco ó seis hombres.

No pronuncian ni una sola palabra, por señas se entienden.

Se disuelve el grupo que formaban y van dos á cada una de las casas.

Veamos si llegamos á saber quienes son.

No pudimos seguir á los flamencos, pero nos consta como cosa cierta que algunos de ellos pudieron deshacerse de las ligaduras que les sujetaban y dar libertad á los demás.

—Tomemos venganza de esta villanía—dijo el sargento.

—Chiton... á caballo!!! No estarán muy satisfechos mañana; os lo juro por las barbas de Judas.

—Maldicion sobre ellos... astutos y viles.

—Bien mirado, camaradas,—replicó el mas jóven, nosotros hemos entrado allí con un despotismo y un aire irresistible.

—Que sufran y callen!

—Nosotros en su lugar qué hubiéramos hecho?

—Calle el entremetido lenguaráz.

—Señores, á caballo!—esclamó el sarjento... Ah... teneis en los bolsillos mechas de arcabuz?

—Yo tengo.

—Y yo.

—Pues basta.

Corrieron rápidamente en direccion á la aldea y cuando estuvieron á una distancia respetable—¡pié á tierra!—dijo el sarjento. Pedernal y eslabon. Encendamos unas cuantas mechas! Ellos se habrán encerrado ahora en sus chozas para guardarlas mejor. Esploremos el campo, y si hay vigilante se le prepara con estas armas un buen almuerzo.

—Cuidado no caigamos en sus garras ahora.

—Qué temeis? ¿No hemos cogido cuantas escopetas hallamos á mano, al regresar á esta aldea, en todas las casas que hay en el camino? Que vengan ahora.

—Vamos...

—Chiton... vamos!...

Y tomaron la direccion que hemos visto, yendo cada uno al grupo de casas que se le designó.

Amontonaron gran cantidad de hojas secas junto á las paredes, que en su mayor parte eran de troncos y de cañas: con algunas ramas de árboles, formaron una especie de pira y con las mechas empezaron su operacion. No se olvidaron de interponer el auxilio de la pólvora, y en pocos minutos lograron su objeto; el vientecillo les ayudaba.

Cuatro hogueras ardian ya junto á las paredes de las casas.

Volviéronse á reunir los incendiarios y esperaron algun tiempo.

Aguardaron que el horroroso efecto de las llamas diera principio,

—Ya está, ya está aquella—dijeron viendo que la casa de Pablo empezaba á ser presa de las llamas

38
Por la Gra Viuda de C. y f. e hijos
Eduardo Ruiz y Acevedo

—En las cuatro partes hemos cumplido bien—pronunció con satisfaccion el sarjento.

Disponianse á montar en sus corceles, cuando apercibidos del incendio los habitantes de la aldea, comenzaron á levantarse, y saliendo de sus moradas á los gritos de ¡traicion! ¡los imperiales nos acometen! en breves momentos impidieron la fuga de los incendiarios, acometiéndoles con cuantos instrumentos encontraban.

—Fuego, fuego! gritaba una voz en casa de Perote, saliendo este horrorizado y corriendo con espantosa desesperacion.

La lucha, mas terrible que la primera vez, mezclaba flamencos y españoles, y ardía el ódio en los corazones con la intensidad misma que el incendio devoraba las pobres casas, donde momentos antes reposaban los sencillos moradores.

La escaramuza terminó; la victoria quedó segunda vez por los moradores de la aldea; pero el incendio abandonado á sus efectos, consumia las miserables propiedades de tan heroicos combatientes.

Los imperiales derrotados, heridos unos y mal parados todos, volaban que no corrian, por aquellos campos, semejan-do chispas salidas del incendio.

Horrible cuadro!

Gritos de espanto oíanse por todas partes.

Aquí salía una madre con su hijo en brazos: y pálida y atribulada corria con él al campo.

Allí el joven conducía al anciano á donde lejos del peligro estuviese.

—Padre... padre... —gritaba Maria. —Juana, Andrea.

—Y unos á otros se llamaban los pobres aldeanos á quienes la desgracia perseguía.

El padre Mateo, tambien horrorizado, salió de su casa y mirando al cielo exclamaba con acento lastimero—Señor, Señor, que no perezca ninguno: que no perezca...

Las llamas iluminaban con su siniestra luz el campo... Con poca intensidad que tuviesen, era bastante para acabar con las sencillas moradas de los labriegos.

La noche oscura hacia brillar más aun el resplandor horroroso del incendio.

A la ermita! á la ermita!... la han perdonado las llamas...

—Gil—dijo Pascual—has visto si falta alguno.

—Ninguno falta, todos se han salvado!

—Gracias, Señor, gracias...

—Andrea y Maria estaban al lado de sus padres abrazadas como dos ángeles que lloraban aquella devastacion.

—Y el *Receloso*... dónde está?...dónde está?... pronunció Maria buscándole con sus ojos.

—Pobrecillo... y tal vez haya sido victima de las llamas.

—Allá viene, allá viene... miradle...

El infeliz animal traia entre sus dientes un sombrero.

De ellos es... de ellos es... se les habrá caido en la carrera...

—Nuestras casas...nuestras haciendas... todo desaparece. Clemencia... Dios misericordioso! clemencia!

Y estaban viendo, sin poder hallar remedio, como las llamas destruian los hogares en donde habian nacido, en donde tantas ilusiones se habian soñado. Y el humo denso envolvía en negras nubes aquellas tranquilas habitaciones, centro de esperanzas y de tranquilidad doméstica.

En la ermita, Estebanillo hacía resonar la campana para que acudiesen los circunvecinos á socorrer tanta desgracia.

—Y mi hijo... Dios mio, mi hijo, gritaba desesperada su madre.

Dios le libre de mal...¿dónde estará?...

—Es el que está tocando la campana de la ermita.

Angel de mi alma—replicó la madre tranquilizándose.

Y aun el fuego reducía á cenizas el pobre caserío, cuan-

do á los rojizos resplandores encamináronse á la ermita los aldeanos pidiendo á Dios misericordia y dándole gracias por haberlos salvado á todos.

Allí estuvieron elevando á Dios las oraciones mas sentidas mezcladas con lágrimas del corazon apenado.

Cuadro triste de horrorosa devastacion. En un momento desaparecia todo para ellos.

Llevaron consigo cuanto pudieron sacar de sus casas.

Y despues de la plegaria tiernísima, las sombras del porvenir negras y tristes se presentaron á sus ojos. Instantes de atribulacion y abatimiento, penosos instantes en que nada era mas fácil que entregarse á la desesperacion. Pero en medio de su agonía, fray Mateo, con su carácter angelical parecia inspirado por Dios.—Iremos, como las familias errantes hasta que se cumpla lo que la Providencia tiene decretado. Pediremos de puerta en puerta hasta que Dios sea servido consolar nuestra aflictiva situacion. Caminaremos hácia Toledo, en donde existe un hermano mio, cuya bondad hará por vosotros cuanto pueda hacer. Señor, dá fuerzas á los ancianos para soportar las inclemencias de esta peregrinacion.

¿Veis cuan espuestos nos hallamos á ver cambiadas las rosas de esta vida en espinosos zarzales?

Ibais á ser felices dentro de algunos dias con la festividad que se tenia que celebrar y ved hijos mios cómo nos encontramos en estos instantes... Sin hogar en donde cobijarnos, sin techo que nos abrigue para el invierno...

Cada vez conmovia más á los aldeanos el acento sublime del sacerdote.

Calló su voz y dispusieronse á partir en busca de mejor suerte.

Preparáronse algunas caballerías para los ancianos y las mujeres.

Y como aquellas tribus que la Biblia nos describe vagan-

do por la tierra sin consuelo, así aparecían en aquel punto los desgraciados hijos de la aldea, con los ojos de lágrimas enchidos y rebosando el corazón de luto y agonía.

Con cuánto dolor abandonaron aquel suelo que ellos habían regado con el sudor de su frente!

¡Con cuanta amargura volvían el semblante hacia las nubes de humo entre las cuales brillaban las chispas del incendio!

—Adios, casita mía... convertida en humo te alejas de mis ojos... todo ha huido como tú... Nada ha vuelto... Contigo se van las últimas flores de mi ventura, los últimos rayos de mi aurora... Andrea... Andrea... la desgracia se ensaña contra nosotros demasiado. Esto dijo María con acento desgarrador y lastimero.

Y entre amargos suspiros y tristísimas quejas, fueron poco á poco alejándose de aquel lugar desolado entonces y en donde las llamas resplandecían con fulgor siniestro, quizá para alumbrarles en el principio de su dolorosa peregrinación.

—¿Y si no ha muerto?... si acaso vuelve... quien le dirá mi paradero,—murmuraba la hija de Pascual mirando aun los restos humeantes de la casa de Blas.

—Dios guiará sus pasos, hija mía,—replicó el anciano con voz entrecortada por la pena más terrible.

Juana enjugaba sus ojos—y exclamaba con terror,—mi corazón estaba anunciándome ayer esta desgracia.

Y así iban todos entregados á su dolor y á los recuerdos que allí quedaban sepultados.

Triste espectáculo era el de aquellas familias, que sin hogar habían quedado, caminando por las mismas sendas que antes hollaron alegres y satisfechos al volver á sus casas.

Donde antes reinaban las ilusiones y el júbilo, ahora tendía el infortunio sus negras alas, y exhalaba entre los estallidos de la madera que ardía, horribles quejidos, desgarradores ayes.

*Por la Gra Viuda de C. G. e hijos
Eduardo Cruz y Acevedo*

CAPITULO XXX.

De cómo el fugitivo tenía en su mano, sin saberlo, el desenlace de esta leyenda.

Hemos visto á Blas desgraciadamente entre las garras del enemigo, y sabemos, porque él lo dijo, que Hernan había podido tomar un vericuesto oculto y flanqueando un montecillo le fué posible ocultarse entre los peñascos hasta verse fuera de las peligrosas asechanzas.

—Si acaso dan con nuestros cuerpos, procura si puedes salvarte, y corre, por Dios, á mi casa... díles á todos que vivo: y á Maria... á Maria...

No pudo continuar el aventurero doncel y entonces fué cuando la partida de los milanos del Emperador los divisó desde lejos y corrió en su persecucion.

—Dios nos proteja—esclamó Hernan tomando la direccion

que antes hemos dicho y corriendo por el interior de una acequia, con agua á la rodilla: las márgenes le cubrían completamente y esa fué su fortuna.

Blas cayó en poder de los imperiales y fué conducido á Palencia en donde le hemos visto encarcelado.

No tenemos la culpa de que vaya lloviendo sobre los personajes de esta historia tal nube de acontecimientos nada afortunados, que hagan desear al lector el término de tantas desventuras: ahora como siempre repetimos que así se nos presenta y que no somos dueños de variar ni una coma de lo escrito.

Hernan es el personaje que por ahora aparece á nuestra vista.

Perdido ya por aquellas veredas y encrucijadas, las recorrer con ansiedad sin tino certero, sin saber hácia donde dirigir los pasos.

Confuso y anonadado sentose frente al césped cuando llegaba ya la noche.

Pues señor, bien... nos hallamos perdidos por estos valles, preso el uno, sin guia el otro... ¿Qué pecado estaremos espiando sobre la tierra?...

Ni las apariencias de mercaderes nos han valido... Par diez, qué olfato tienen esos lebreles... Qué hago yo ahora... Extraño en este pais, quizás acechado.

Ni sé donde estoy... Mis trazas son de fugitivo; lleno de barro hasta las rodillas, el sayo hecho girones, este sombrero que parece prestado... vaya, vaya... como la suerte me depare á algunos de esos amiguitos del alma..

¡Hernan! ni la bula te salvará del caso.

Asi discurría por el mundo de las reflexiones el buen Hernan sin olvidarse de la suerte que correrian sus camaradas, cuando oyó allá á lo lejos una voz y prestó oído atento con el interés de quien tiene su vida en peligro.

—Por las barbas de Judas!! que alguien se acerca, pero no me parece de los sospechosos... y aunque sea, si es uno... allá nos veremos seor imperialillo!...

La voz iba acercándose más cada vez.

—Con alguien habla el que llega... ¡Voto va! Voz de mujer... Por ahora podemos considerarnos libres de grave riesgo...

Escuchó atentamente y sonrió satisfecho y con alegría.

—Oyes, Lucía, ruido parece que hay entre las hojas secas.

—Paréceme que no te engañas, Bato, y tal miedo me acucia que cojera el corderillo acuestas y corriera desalada hasta llegar á nuestra choza.

—No tiembles mujer: mírame á mi ¡lo vés! ni siquiera me he inmutado.

Y el bueno del pastorcillo no podia tenerse de temblor.

—Cualquiera diria que no puedes andar...

—Eso es de valor, Lucía, de valor... y no más.

En esto levántose Hernan y dirigió sus pasos hacia los pastores.

—Válanme la Magdalena y la Virgen Santísima—esclamó Lucía acercándose á su marido, al ver la catadura del desfigurado Hernan.

—Muchacha, no tengas miedo—farfullaba el conyuje acercándose á ella...

—Afuera, afuera temores!—gritó con simpático acento el que tanto habia asustado á aquel bendito matrimonio--yo soy el que debo temer aquí...

—Los pobres campesinos ni siquiera se atrevieron á desplegar los lábios.

—Dejad, dejad ese miedo que os acosa, soy cristiano de paz y mala culebrina descargue sobre mi molido cuerpo, si no necesito vuestro auxilio... He sido soldado, han ajusticiado á mi señor.

—En el nombre del Padre, del Hijo—esclamó haciéndose cruces la aldeana.

—Ave Maria Purísima—pronunció ya mas sosegado el marido.

—Pues bien, éramos dos compañeros; el uno ha caído en poder de los enemigos y yo he podido escabullirme y busco un albergue para esta noche; que mañana Dios dirá y san Jorge nuestro patron.

—Pobrecito! —murmuró con acento compasivo Lucia.

—En buen hora os hemos encontrado, mancebo! nuestra choza está ahí cerca y podreis descansar. —Me gusta su desenfado y su franqueza.

—Dios premiará el beneficio que yo no puedo pagaros.

Soltó el corderillo Lucia, y echaron á andar hasta llegar á la puerta de la choza.

—Mirad, mirad nuestro palacio...cuatro cañas y palos cruzados, un pedazo de madera para cubrir la entrada y ahí está todo. Dormireis, eso si, mejor que en el campo y contando con nuestra buena voluntad.

—Y decidme, buenas gentes, ¿está muy lejos de aquí Valladolid?..

—Aun, aun habeis de correr algunos dias para verle.

—Sabeis por ventura vosotros hácia donde cae el caserio de Pascual?

—Miráronse marido y mujer como preguntándose el uno al otro.

—Mañana lo sabreis. Nosotros no hemos salido de aquí—dijo él como sintiendo no poder contestar satisfactoriamente.

—Conque habeis sido soldado?... vaya... vaya—decia la pastora despues de haber encendido una especie de candil que colgó por medio de un cordel, del techo. Luego avivó la lumbre del hogar que estaba en el suelo y puso á calentar algunas viandas.

—Muchas veces han pasado por ahí, por el camino y se han detenido en la próxima aldea, destacamentos de gente armada, y nosotros hemos tenido nuestros recelos de salir de aquí.

—Y hácia qué punto me hallo?

Por la Gr^a Vuida de C.^h é hijos³⁹
Eduardo Ruiz y Acuña

—Estais entre la provincia de Valladolid y la de Zamora.

—Pues entonces debo yo conocer algo este terreno. Mañana al ser de día veremos si conozco el punto.

Cenaron en santa paz, y mientras tanto les referia Hernan cosas que les hacian temblar de estupor y de espanto.

—Cuánto debemos agradecer á Dios el no haber salido de este sitio para nosotros más grato y risueño que la sonrisa del niño para la madre.

Con tal ternura se espresaba la pobre campesina, que Hernan se conmovia con tan sencillas palabras.

—Y son felices... felices...—decia para sí—benditos sean!..

—Nada sabemos de lo que pasa en el mundo. Unos vienen y nos hablan de la guerra, otros dicen que ha venido el Emperador, á quien Dios guarde de mal, pero ni nos importa otra cosa que nuestro atillo y esas tierrecitas, ni queremos ver más que el sol que nos consuela y la lluvia que nuestros campos baña. La aurora es nuestra amiga, buscámosla con afan y saltamos de la cama para verla; la noche vela por nosotros y la luna, que es el centinela de los misterios.

—Hola, hola: miren que discreteo de rústicos aldeanos...

Cuando hubieron concluido la frugal cena, los dos campesinos le indicaron que alli donde estaba era su alcoba, y su lecho el monton de hojas secas de maiz, cubierto con un lienzo que habia tendido sobre el. Ellos se retiraron á su departamento, separado de este por un tabique de cañas entrecruzadas.

—El huésped es de buen corazon, dijo Lucia.

Y le dejaron, despidiéndose antes con la natural franqueza que tanto le habia prendado.

Apenas quedó solo, miró al improvisado lecho y como si una idea rápidamente le asaltase, echó mano al cinto en donde tenia una especie de bolsillo de cuero, y con acento doloroso pronunció estas palabras:

—Hora es ya de cumplir tus deseos, señor. La guerra ha concluido: veamos cual es el encargo que he de llevar á cabo por tu mandato último.

Sacó del bolsillo un papel con muchos dobleces, estendiólo sobre sus rodillas, quiso empezar á leer, pero hubo de suspender un momento su propósito, porque le era imposible soportar la pena que le acongojaba.

Después de breves instantes, miró al cielo con esa expresión que dá á los ojos el dolor acerbo del alma, y comenzó la lectura.

La sorpresa se dejó ver en su rostro con todos los rasgos que la distinguen, en cuanto leyó algunas líneas.

Su voz iba debilitándose cada vez más.

Un placer intenso, una satisfacción estremada le dominaban por completo.

—Dónde estará él ahora!... Blas!... lo que tú anhelabas con inconcebible ansiedad estaba en mi mano... Parece imposible... El padre y el hijo se han encontrado en el combate... y Dios no ha querido que llegase á tener un término horrible.

El padre y el hijo se han querido sin conocerse!...

Blas, Blas!... no esperas tú saber lo que yo ansío revelarte.

Gracias, Dios mío, gracias te doy por haberme hecho instrumento de tu clemencia infinita.

Iluminad mi entendimiento; inspiradme, Señor, inspiradme, para que emprenda el camino más cierto y pueda revelar á un hijo en dónde está su padre, quien es la mujer que le llevó en su seno y le llora perdido con terrible angustia.

Cumpliré tu último encargo, señor... ah!... porqué no he abierto antes el misterioso pliego? Era preciso que diese exacto cumplimiento á sus órdenes.

Tú confías este secreto á quien más te debe sobre la

tierra... Sí desde la otra vida se alcanza á ver á los que en la tierra quedamos, desde ella verás mi corazon oprimido por el dolor, verás mis ojos llenos de lágrimas al pronunciar tu nombre... Descansa en paz!

Llegó á tal punto la exaltacion del doncel, que los buenos aldeanos levantáronse por el temor sobrecojidos y quisieron salir de su improvisado departamento, pero se contuvieron asustados al ver la actitud de Hernan.

—Qué haré, ¡Dios bondadoso, qué haré!... Si llego hasta la aldea, pierdo el tiempo... si voy á Palencia á donde sin duda llevarian á Blas preso, corro peligro de caer tambien en las manos de los imperiales que me incomunicarán y tal vez pierda toda esperanza de revelar el secreto... A Salamanca... á Salamanca, desde allí don Diego en cuanto sepa lo que á costa de su vida desea saber... ¡oh! mi mente desvaria... el placer me enloquece y al mismo tiempo el terror me anonada con la duda de la suerte que Blas correrá en estos momentos... Señor!... dá feliz término á tantas desventuras !Ah! doña Inés..Doña Inés: la felicidad os espera... Señor marqués de Astorga, V. S. ha humillado á uno de sus legítimos descendientes y habrá de arrepentirse algun dia... Justicia de Dios, tu poder nunca se hace esperar mucho tiempo. Venid, los que os atreveis á dudar que existe el Ser infinitamente justo: venid y doblegad la frente ante los efectos de su grandeza.

Hernan estaba enteramente inspirado. Sus ojos destellaban rayos de ventura y emocion: sus lábios temblaban con la convulsion que manifiesta la agitacion del espíritu.

Qué hora será?...Qué felicidad para mí, es la de ser mensajero de tan venturosa nueva... Pero ay! me alucina el deseo... tal vez mis perseguidores alcancen su propósito dando conmigo. Es necesario que yo salga.

—A dónde quereis ir á estas horas?—esclamó saliendo de su escondrijo el buen pastor... Dejadlo para cuando la aurora dé alegría con su luz al campo.

Voto á cien malos lobos! que no sé como os atreveis á echar por esos vericuetos solo para nosotros conocidos. Creo yo que si no es por la bendita Providencia que nos ha traído por el mismo sendero en donde oculto estabais cuando volvimos de encerrar el ganado, aun andais sin tino entre los jarales...

—Es cierto...

—Pues entonces, calmaos un poco; mira, Lucia, no tengas miedo alguno, que nuestro huésped está en su cabal juicio gracias á Dios.

—Acaso vuestra linda compañera creia...

—Ni mas ni menos que estabais algo ido de magin...

—Hernán dijo sonriendo dulcemente:—Si vosotros supierais la causa de la impresion que acabo de recibir... Ea!.. buena Lucia, salid aqui sin miedo, que no he perdido la razon, aun cuando bien pudiera con el arrebató impetuoso del sentimiento que en mí se despertó á la sola lectura de esas líneas.

Pero á qué interrumpir vuestro descanso?...

—Mi mujer queria salir á buscar una planta que para esto de las congojas y los sustos y las opresiones del alma, como la que vos teneis, valen mas plata y oro que la que dicen que de América traen los que allá van...

—Dejaos ahora de medicinas ni enjuagues: lo que yo deseo es que el alba asome los sonrosados colores: que anuncien las alegres avejillas la llegada del dia...y...

Hernán respiraba con dificultad... El placer y el temor le dominaban...

—Lucia, Lucia: anda y mira que se nos pone muy enfermo el huésped: sal y enciende el fuego del hogar... Yo voy á buscar esa planta y en un soplo me teneis de vuelta.

Abrió la fragil puerta y salió corriendo.

Lucia salió cumpliendo los deseos de su carísimo conyuje y miraba con temor al hombre que ella creia demente.

Por la Grta Viuda de C. J. e hijos
Eduardo Lruiz y Avelar

El con la frente inclinada hacía la tierra, permanecía sentado en el sitio y absorbido en aquellas ideas que en su mente se revolvían confusas y en tropel.

—A poco rato, el solícito pastor entró de nuevo después de haber encontrado lo que buscaba.

Prepararon entre él y su mujer aquel medicamento campestre.

Y creyeron de buena fé que era tal su virtud que al momento hacía cesar la congoja y el sobresalto.

—Hernán lo tomó complacido por la buena voluntad que le mostraban los sencillos aldeanos y después de reponerse algo de su agitación, díjoles más tranquilo.

—Y cómo hareis para proporcionarme otro traje distinto del que llevo?

—Quereis otra vestimenta... no teneis que apuráros por nada: en la caja tengo un pellico para los Domingos, calzones de lo fino y un sombrero y un cayado que os han de dar apariencias de un pastor, aunque vuestro porte desmiente el hábito.

—Bien está! pero una condicion te exijo.

—Decidme... ah no, eso no: vais de oculto y sabe Dios...

—O me marchó así y me espongo á perder la vida sin...

—Válame Santiago mata moros—¡esclamó el pastor!—dejaos de nada de eso.

Hernán sacó algunas monedas de plata del bolsillo de cuero y dejolas caer sobre la mesa que con tres pies y apoyada en la pared se sostenía.

—Lucía y su marido, se arrodillaron conmovidos profundamente.

—Ah!... señor dijo... ella—por compasión os pedimos que recojais ese dinero, que os hará más falta que á nosotros.

—Quiero que os compreis buenos trajes para ir al pueblo los domingos: que tengais con el tiempo ganado que os pertenezca.

Las manos de Hernan se vieron humedecidas por las lágrimas de aquellos dos infelices que no levantaron las rodillas del suelo, hasta que vieron desahogados sus corazones de aquella inesperada impresión que les oprimia.

—Alzad...alzad... El beneficio que me habeis hecho ni con la vida se paga.

Lucia y Bato se miraban sin atreverse á desplegar los lábios.

—Bendito, bendito sea!— decian con voz entrecortada por los suspiros. Y levantáronse del suelo despues de largo rato.

—Sabed que voy á devolver un hijo á su madre...

—Sois un angel de bendicion para todos.

—Y por eso ansio partir cuanto ántes: yo tengo en mi mano el tesoro de esa revelacion. Un hijo que ha estado á punto de cruzar su espada con la de su padre, sin conocerle.

—Ave Maria!!—esclamó aterrada la pastora.

—Dios del cielo!—murmuró Bato en el colmo del horror.

—Y tal vez hoy firman la sentencia de muerte del hijo, los mismos cuyo bando sigue el padre...

—Callad, callad... yo no puedo oir esas cosas—dijo la sensible Lucia, cubriéndose el rostro con las manos...—Y su madre... su madre.

—Su madre le ha tenido á la distancia en que vosotros y yo estamos.

—Clemencia del Señor... y tampoco le conocia.

—Le arrebataron cuando niño unos aventureros.

—Mal rayo los hubiese partido antes.

—No digas eso, Bato: mejor hubieras dicho otra cosa: el mal ni aun para los enemigos se desea.

—Tienes razon, Lucia... tienes razon, pero cuando uno oye ciertas cosas...

Asi conversando unas veces, y otras refiriendo Hernan sus aventuras, pasaron horas y horas hasta que el deseado

crepúsculo de la mañana llegó á verse con la última estrella que brilla en el cielo. ¡Qué puro estaba el ambiente y con qué plácida efusion lo respiró Hernan, saliendo á la puerta de la choza completamente transformado en pastor con un tabardo por añadidura.

A los pocos instantes Bato salia tambien; que habia prometido servir de guia al fingido pastor.

Lucia, llorosa y sin consuelo, abrazó á su marido como si le diese el «adios» para no verle más.

Hernan comprendia el sacrificio que hacian los dos, separándose por él, y se esforzó cuanto pudo por impedirlo.

—He dicho que he de acompañaros hasta donde quiera que vayais y antes faltará ese sol que vá á salir, que yo dejar de cumplir mi deseo. Yo llevo mi verdadero traje y me es más fácil burlar con él á los que duden de si el vuestro á ajena persona corresponde.

—Te empeñas, Bato, y no hay medio de hacerte retroceder.

—Mira: que dés acá pronto la vuelta Batico de mi alma: ya sabes que sin tu sombra no vivo... y que...—la infeliz Lucia no pudo continuar, su voz espiró en la garganta.

—Tentado estoy de quedarme por no ver esas lágrimas benditas—esclamó Hernan...—pero mi presencia hace falta en otro sitio... mi conciencia me obliga á dejaros.

—Id, id en buenhora... y tú, Bato mio, acuérdate del ansia con que te aguarda tu mujer.

—Pues no faltaba más sinó que me olvidase de que aquí se queda cuanto hay de mas querido para mi en la tierra.

Y asi prosiguieron el diálogo de despedida hasta que llegó el momento de la separacion.

—Qué cabeza la mia—murmuró Hernan, volviendo á donde se hallaba Lucia viéndolos partir—háseme olvidado encomendaros, Lucia, un encargo. Preguntad á vuestras compañeras si saben de la aldea de Pascual, y si alguno vá á

ella, que diga que Blas está prisionero en Palencia, y que salió de la herida que recibió en Villalar, mejor de lo que esperaba y... pero y si le sentenciasen... á qué dar esperanzas á aquellas sencillas gentes?... Sí, de todos modos, que sepan algo de él...

Bato, al ver que Hernan se entretenía algunos instantes tuvo ocasion de volver á estrechar por última vez la mano de Lucia.

Emprendieron su camino mientras Hernan iba pensando de este modo: —Es posible que á todas partes he de llevar la tristeza y la desventura! Desde que en hora menguada para la buena Maria pedí hospitalidad en su casa, hasta hoy que he tenido albergue en esa pobre choza, siempre he dejado tras de mí lágrimas y suspiros. ¡Ah!... pero ahora cambia de naturaleza el asunto: ahora Dios quiere sin duda que los siniestros fulgores de la estrella que nos guió en Villalar se tornen simbolos de felicidad y que alumbren escenas de inefable y venturosa calma: Dios quiere, tal vez, que yo sea el instrumento de su infinita bondad...

Un «adios» que Bato dió á su mujer subiéndose sobre un márgen, y agitando el sombrero, sacó de su meditacion á Hernan que tambien secundó á su guia.

Allá en medio del camino la desconsolada Lucia les contestaba, respirando con amargura el delicioso ambiente de la mañana.

Al pasar por una de las eras vió Hernan reunidas á una multitud de zagalas donosas, y asombrado quedó al reconocer en alguna de ellas á la que él miró con mas predileccion cuando allí descansó en compañía del valiente y malogrado capitan salmantino.

Y esto le entristeció sobremanera.

Cuán distinto era su estado la vez que por aquel sitio pasó y cuán triste la consideracion que venia á recordarle aquellos tiempos de ilusiones y esperanzas, de triunfo y de

Por la Gr^a V^{da} de C. J. e hijos
Eduardo Cruz y Acevedo

afan de gloria alcanzada en el combate.

—En hora buena vayais, Bato y el compañero...

Hernan no se atrevió á decir: yo soy aquel que os prometió collares y encajes flamencos: yo soy el que esperaba triunfar, y he visto apagado el brillo de mis esperanzas.

Hablábanse unas á otras al oído y cuchicheaban curiosas porque no sabian quien era el pastor que tan de mañana salia con Bato, asi como para largo viaje.

Contentáronse con nombrar á todos los mozos de la aldea y comparar su apostura con la gallardia de Hernan, y nada, como es natural, consiguieron.

Lucia cumplió su encargo, respondiéndole alguna que si sabia á donde estaba tal caserio y que por él habia de pasar cuando fuese con su madre á la casa de un su pariente lejano.

Transcurrieron muchos dias y Bato no llegaba.

Antes llegó la aldeana que se habia encargado de cumplir lo que Lucia le encomendó y mal rato hubo de gozar la Infeliz cuando supo que solo quedaban restos de un incendio en la aldea de Pascual. Como ella sabia parte de la historia por el relato de Hernan, se estremeció al considerar el desenlace que podia tener aquella dolorosa narracion.

Los viajeros iban camino de Salamanca; y segun dice la leyenda, no tuvieron tropiezo alguno en muchas leguas. Solo al llegar á Peñaranda, les detuvo una compañía de imperiales; pero sin riesgo pasaron y pudieron seguir andando su camino con la ayuda de Dios que los guiaba.

CAPÍTULO XXXI.**Vicisitudes de la vida.**

Y antes que llegase Hernan á Salamanca, podriamos llegar nosotros, ya que sin fatiga ni peligro lo conseguiriamos con solo la voluntad.

Mas porque no se nos diga que hemos abandonado á los desgraciados aldeanos que á Toledo se encaminaban, volemós en su busca.

Ya se hallaban en la imperial ciudad en donde han sabido del aventurero Blas, que estuvo allí luchando con heróico valor: que despues salió con doña Maria de Pacheco y su comitiva: que se tenia noticias de que presos se hallaban en Palencia algunos de los que la custodiaban; que iban y venian correos con las declaraciones para alcanzar datos suficientes y castigar á los culpables.

Los infortunados hijos de la aldea trabajan allí en las obras de un camino que se está recomponiendo y así pasan la vida lejos de su hogar. Las mujeres han podido encontrar trabajo que no era posible alcanzar en aquellos tiempos en que las artes y la industria dormían al rumor de los combates.

El padre Mateo tiene en su compañía á los ancianos y en sus largas conversaciones ha oído narrar una historia al buen Andrés.

—Y decís que se llamaba aquel niño Blas...—preguntó un día el sacerdote con un interés sin límites.

—Cierto, padre mio...

—Justicia de Dios! á donde quiera te admiro grande y sublime!...

—Porqué lo preguntais, padre?

—Es un misterio que ahora no podeis saber: algun día sí, llegareis á penetrarlo.

El padre Mateo respiraba satisfecho, aunque temblando, tal vez porque ignoraba tambien la suerte de Blas.

Vivia en casa de su hermano que habia proporcionado trabajo á los desgraciados y que afanoso buscaba un destello de esperanza para que pudieran sonreírles la fortuna.

—Es preciso, es preciso... Andres!... mañana á Salamanca: conozco allí una señora muy caritativa y de noble corazón que tendrá á su lado como si fuesen hijas á Maria y á Andrea. Vamos, vamos, dispóngase todo: este viaje es necesario. Pablo vendrá tambien y no le faltará en que ocuparse.

—Qué bueno es,—dijeron á un tiempo las dos cándidas criaturas.

Y sorprendidos y atónitos el honrado Andres y el buen Pascual mirábanse estupefactos en vista de tales disposiciones de marcha.

Todo se arregló de manera, que á los dos días iban ya

en direccion á Salamanca los desventurados aldeanos.

El padre Mateo era para ellos el ángel que la Providencia habia designado como consuelo de sus aflicciones, como puerto de salvacion en sus amargas calamidades.

Y en aquellos tiempos en que segun las crónicas refle-
ren, Acuña tenia muchos imitadores en uno y otro bando,
era sublime la paz y la tranquilidad que dominaban en el
espíritu del buen sacerdote, ministro del bien, ejemplo de
la humildad cristiana.

Era de ver cuan satisfechos estaban los infelices labrie-
gos solo con una palabra de bendicion que pronunciase el
venerable sacerdote.

Encamináronse, pues, contentos y gozosos hácia la in-
mortal Salamanca.

Adelantémonos ahora que es ocasion oportuna y veamos
cuanto ocurre en la ciudad, antes que se nos obligue á to-
mar otro rumbo.

La noticia de la victoria alcanzada en Pavía hizo gran
impresion en los pechos españoles por más que distintos
fueran los partidos, por más que hubiera el resultado fu-
nesto de la dominacion extranjera.

En Salamanca se celebran con gran voltear de campa-
nas, salvas y regocijo público.

Aprovechando la coyuntura favorable de tan fausto su-
ceso, hubo quien se atrevió á implorar entonces la soberana
prerrogativa de los reyes al Emperador, hubo quien pidió
en Valladolid el perdon para los desgraciados á quienes la
ley condenaba ó á alejarse por siempre de la madre patria,
de la patria que habia recibido su primer suspiro de amor
á la libertad, de la patria que se habia visto regada con
sangre de sus hijos, ó á pagar con su vida tan nobles deseos.

No se consiguió gran cosa intentando despertar la cle-
mencia imperial, ni con discursos inspirados por la nobleza

*Por la Gta Vinda de C. y E. hijos
Eduardo Ferrer y Alvedo*

de almas elevadas, ni con frases que pudiesen por lo tiernas llegar al corazón y predisponerle á perdonar.

Lo único que se alcanzó fué la absolución de algunos, cuyos nombres se pregonarían en cuanto el tribunal lo resolviese por no encontrar causa asaz grave y justificada en las declaraciones.

Y entregado el pueblo salmantino al júbilo más entusiasta, discurría por plazas y calles, aunque no con aquella espontánea alegría que nace del corazón.

Dejémosle correr afanoso buscando algún consuelo en el bullicio de la fiesta: que allá entre una divertida mascarada, hay una persona para nosotros conocida.

Eran estudiantes los que la rodeaban, vestidos de arlequines y otras rarezas; y cantáronle al compás de las guitarras y demás instrumentos propios del caso, la siguiente copla:

La dueña mas relamida
la de barba irregular,
los candiles de tus ojos
qué pronto se apagarán!...

No es oportuno pintar el coraje que aquella copla hizo nacer en el alma de la pobre dueña.

—Malandrines! insolentes! murmuró para sí la vieja Martina.

—Veis!—dijo uno de tantos jóvenes traviesos—no quiere la verdad.

Si Garcilaso estuviera entre nosotros, con su imaginación y su decir sabroso, hubiera poetizado las vetustas proporciones de la dueña: hubiéranos improvisado alguna melodiosa endecha pastoril.

—Garcilaso! amigo á quien todos lloramos; dardo enemigo acabó en la torre de Frejus con su preciosa vida.

Al nombre de Garcilaso concluyó allí la charla y las agudezas: su recuerdo había impresionado amargamente á aque-



C. Música lit.

Lit. Heraldica.

La dueña mas relamida
la de barba irregular,
los candiles de tus ojos
qué pronto se apagarán !....

llos jóvenes entre los cuales se hallaba Rey de Artieda, el que satirizó á los poetillas de su época con tanta gracia, el que siguió tambien el bullicio de las armas embrazando la adarga y al silbido de los proyectiles.

Continuó aquel festivo tropel y llegada la noche aparecia la ciudad envuelta en una aureola de luz fantástica, iluminados con profusion los balcones y ventanas; llenando el espacio las músicas y los cantares, los gritos de la juventud alegre, y rebosando en júbilo aunque fuese momentáneo y fugaz.

Hernan y Bato casi no se atrevian á entrar cuando notaron la animacion y el movimiento que habia en la ciudad: pero despues reflexionaron que era la mejor ocasion, y decidieronse, viniendo por la orilla del rio y entrando por el delicioso paisaje que Melendez immortalizó despues con su melíflua y encantadora musa. El Zurguen era el punto á que nos referimos.

Bato no pudo por un instante dominar su asombro y — adonde vamos—dijo con verdadera admiracion.

Llegaron por callejuelas tortuosas, hasta la casa de doña Inés Maldonado, y de pronto sepárase Hernan del hombre que le habia guiado y corre á estrechar entre sus brazos á otro, exclamando: ¡Fortun, Fortun!...

Este no tuvo tiempo más que para recibir el abrazo y devolver otro cordial y afectuoso, porque su sorpresa fué de las pocas.

—Don Diego?—Preguntó Hernan—dónde podré hallarle?

—Ahora no está aquí.

—Dios mío! escuchad mis fervientes votos.

Es preciso que yo le vea... que yo le vea...

—Ese traje?...

—Ignoras que voy huyendo de la justicia como si fuese un malhechor... Acércate, Bato, acércate y no temas... pero yo necesito ver á Don Diego y á doña Inés... les traigo la felicidad, la felicidad, Fortun.

—Parece imposible, la felicidad para ellos. Doña Inés está hoy en su casa de campo: la hemos tenido en peligro, en mucho peligro. Don Diego no sabemos cuando volverá de la corte en donde está con su señor padre.

—Será que no he de ver cumplidos mis deseos?

—Cálmate Hernan y sube para no dar lugar á que os observen. Espera á mañana, que tal vez entonces verás á la dolorida doña Inés.

Subid vos, buen campesino, que no menos cansado vendreis.

—Yo me marchó; que mi Lucia me espera como las ave-cillas al alba para cantar su alegría.

Pudieron convencerle y subió tambien con la condicion de regresar á sus tierras tan pronto como asomara el sol del dia siguiente.

Hernan refirió á Fortun y á la pasmada Martina que no paraba de restregarse los ojos y auxiliarlos con los cristales, para cerciorarse mejor de todo lo ocurrido al desgraciado Blas.

La dueña habia quedado al frente de la casa en ausencias de su señora y alli todo iba á punta de lanza. Portose admirablemente con los recién llegados, lloró como acostumbraba, cuando le dijeron que Blas estaba preso, y curioseó hasta el infinito al saber que Hernan traia una comision que á grandes resultados habia de dar orijen.

Y al siguiente dia, cuando aun no asomaba el sol, partió Bato, sintiendo dejar á su simpático amigo, pero alegrándose al pensar que pronto habia de ver á su Lucia. Hernan propuso que le encaminasen á donde estaba doña Inés; dijéronle que tardar no podia, pues habian llevado una litera para conducirla desde la casa de campo. Y esperando impaciente, pasó un dia y otro dia hasta que ya no hubo quien le contuviera y se dispuso á marchar. No le arredró el temor de que pudiesen conocerle, aunque llevaba ahora el traje de la servidumbre de la casa y eran conocidos todos los que la componian por las gentes de Salamanca.

Al salir ya por la puerta del gran edificio, entraban en él algunas personas que le preguntaron si era aquella la casa de los Maldonados.

Largo rato quedó Hernan sin contestar á la pregunta; abrió cuanto pudo los ojos, miró con ansiedad inesplicable, recordó algo y por último arrojose con frenética alegría en los brazos del más anciano de los que venian en aquel grupo.

Dios del cielo! — exclamó cuando el gozo le dejó respirar mas libremente... vosotros aquí!... No me habeis conocido?

Maria fué la que primero dijo entre lágrimas y suspiros. — ¡Hernan... Hernan!

— El padre Mateo estaba asombrado sin saber á que atenerse.

Para él aquella escena era inesperada como para todos.

Cuando Hernan pasó por la aldea de Pascual aun no via allí el buen sacerdote.

Gil dió un estrecho abrazo al escudero de don Francisco.

Pablo temblaba de placer y su corazon palpitaba violentamente.

Maria y Andrea lloraban en aquellos momentos felices, la una por el recuerdo de su amante, la otra por que era imposible no conmovirse ante aquel cuadro.

La primera pregunta de Maria no hay por que decirla y al contestar que la desgracia le habia hecho caer prisionero, murmuró sollozando y con una espresion de plácida sorpresa — ... pero vive... vive... Ah... Señor... cuan infinita es tu bondad!...

Venid... venid — dijo á sus amigos Hernan — venid, padre, si buskais á doña Inés, que yo iba ahora á su encuentro, y ya esperaré á que venga, pues no ha de tardar segun dicen.

Subieron á un desahogado departamento y la vieja Martina miró detenidamente á todos con curiosidad, mas cuando vió al padre Mateo, prorrumpió en una exclamacion indescribible...

Por la Gr^a Vinda de C. J. e hijos
Eduardo Ruiz y Acuña

—Refirió el buen sacerdote cuanto en la aldea habia acontecido y el triste suceso que á implorar la clemencia de doña Inés para aquellas criaturas desgraciadas, le habia hecho emprender el viaje, con otro objeto que aun mas le impulsaba á buscar á la desventurada hermana de don Francisco.

Y en este punto del diálogo se hallaban, cuando se oyó rumor en la escalera y sonó la campana de aviso. La servidumbre salió formando respetuosamente dos filas y recibiendo las demostraciones de cariñosa afeccion que á doña Inés daban tal ascendiente y que hacian más simpática su esbelta figura.

Pálido y demacrado su rostro, apareció en él la huella del dolor con mas intensidad que cuando la vimos en otros dias.

Al llegar al departamento en donde esperaban los infelices aldeanos, miróles con una espresion de lástima que la hacia parecer sublime y magestuosa.

El sacerdote, en quien aun no habia fijado su mirada doña Inés, sale de entre los campesinos.

La esposa de don Diego le mira con asombro y—padre...—grita con el corazon oprimido, y arrojándose á sus piés.

—Hija mia, levántate!... El cielo os ha escuchado. Dios quiere que llegue para vos la hora de la felicidad.

—Ay padre mio, me queda mucho que sufrir en este mundo.

—No lloreis, no lloreis. Mirad: esos desgraciados dan á los demás mortales ejemplo de resignacion. La aldea en donde moraban ha sido presa de un voraz incendio... Ahí teneis á esos dos ancianos que sorprendidos por el infortunio esperan en la misericordia infinita: mirad esos dos ángeles benditos... Ven, Maria, acércate á la señora; tú Andrea no te avergüenzas. Las dos han sido muy desgraciadas...

—Hijas mías—dijo con dolorosa emocion doña Inés—venid... venid: á mi lado vivireis como al lado de vuestra madre... sí. Enjugad esas lágrimas.

Los que podemos hacer el bien en la tierra debemos buscar al desgraciado y consolarlo en su desventura. Cuanto poseo lo dividiré con vosotros...

Los dos ancianos vivirán en mi casa de campo, allí tendrán vida más tranquila y sosegada. Vosotras conmigo: aquel joven sustituirá al mayordomo que salió hace algun tiempo de esta casa.

Pablo se inclinó respetuosamente.

¡No has dicho, Fortun, que necesitabas un compañero que te ayudase?... pues allí le tienes—y señaló á Gil, al hermano adoptivo de Blas.

No sería posible dar una idea del cuadro que presentaba aquella escena tierna y conmovedora. La gratitud y el reconocimiento por una parte; la satisfacción de obrar el bien que en los ojos de doña Inés brillaba, por otra; y todo el conjunto, en fin, era digno de mejor pluma ó de sublime pincel.

Terminada la escena, el padre Mateo dijo con acento inspirado por el anjel que consuela á los afligidos:—Ahora que tanto bien nos ha hecho esa alma caritativa y misericordiosa, os toca á vos oír lo que la Providencia tiene decretado. A una insinuacion del padre Mateo retiráronse los aldeanos y quedó Hernan por que habia dicho al venerable sacerdote que tenia que hacer una revelacion importante delante de él á doña Inés.

—Señora, vuestro hermano al espirar en el cadalso, confió un misterioso secreto á este su servidor leal... Estais casada con don Diego Ossorio?...

—Mira aqui al sacerdote que nos bendijo. Repuso doña Inés.

—Cielos, sois vos, padre Mateo?...

—El mismo...

—Pues bien: vengo á deciros... que...

—Hernan no podia articular, ni una palabra.

—Acaba... dí.

—Que... vuestro hijo, vive.

—Vive... vive... Madre Santísima! Vive mi hijo...

—Sí,—repuso el padre Mateo—y ese es el principal objeto que me traía á vuestro lado...

Doña Inés no respiraba siquiera, su alma habia recibido una impresion repentina que la dejó sin sentido... que hizo estremecer su corazon...

Vive! vive—repetia con voz ahogada por los sollozos... ¿Donde está? donde?...

—Calmaos, señora, calmaos,...

—Ah... Diego mio... nuestro hijo podrá recibir aun los abrazos de una madre, las bendiciones de su padre!—Habla, habla, Hernan, mi espíritu, mi vida está en tus palabras... Perdonadme, Señor, este frenesí que me arrebató... Vive mi hijo!

—Vive y le habeis tenido en vuestra presencia.

—Cielos!...

—Y ha estado en la casa de su padre, herido y casi moribundo.

—Virgen mia... Virgen mia... esto es un ensueño... un ensueño que me hace feliz por un instante para desvanecerse luego... ¡Ay!... corre, vuela, Hernan, búscale por todo el mundo, dile que su madre le espera... Blas mio... tú junto á tu madre, tú junto á la que tanto ha llorado por ti?... Yo estoy loca... loca!... Ah!... venid todos, todos... mi hijo vive! el hijo de mis entrañas... Y él no sabrá que su madre le espera para morir de alegría en sus brazos... Sí, sí, Dios mio, traedle y que venga la muerte luego... pero decidme si mi felicidad es un ensueño tan solo, decidmelo por compasion.

Doña Inés cayó sobre un sillón desfallecida.

Vinieron á su socorro cuantos habia en la casa, y al volver en sí, Fortun anunciaba al señor don Diego Ossorio.

Acababa de llegar á Salamanca en compañía de su pa-

dre, que venia doliente y achacoso. No bien hubo dispuesto en su casa lo necesario para que preparasen las habitaciones en donde el anciano marqués habia de vivir tranquilo y sosegado, lanzóse á la calle y se encaminó á la morada de su esposa.

Rodrigo quedó entreteniendo con su charla al noble señor de Astorga.

No parecia el tal paje muy satisfecho con el resultado de sus correrías.

—Allá veremos como queda toda esta Babel de idas y venidas. Mi buen amigo. Blas no tiene esperanza... voto á cien bombardas y arcabuces...

Este voto llamó la atencion del marqués y suspendió el discurso de Rodrigo.

Pero lo que ahora nos interesa, es seguir los pasos de don Diego.

Cuando penetró en la estancia en donde hemos oido anunciarle, paróse perplejo y aturdido... Tantos personajes desconocidos para él; el padre Mateo allí, y Hernan con el traje de la servidumbre de la casa.

—Inés...—fué su primera palabra, —¿qué es esto! dijo en elcolmo de la sorpresa más triste.—Hernan, qué pasa?...

—Silencio, hijo mio, silencio!—le respondió el padre Mateo llevando la mano á los lábios para indicarlo.

Largo espacio de tiempo duró aquella situacion; hasta que abriendo los ojos doña Inés, encontrase á su lado á don Diego. Y un suspiro nacido de lo profundo del corazon hizo ver á este el estado de su alma...

—Nuestro hijo...

—Calla, Inés, calla... siempre ese delirio...

—Vive... vive...

Don Diego, creyendo en aquellas palabras la alucinacion de una madre desgraciada, miró con dolor á los que se hallaban presentes y dijo con voz angustiosa —pobre madre!...

*Por la Gra Viuda de C. F. e hijos
Eduardo Cruz y Acuña*

—Es cierto... es cierto;—repitió fray Mateo.

—Cierto—repuso Hernan—esto me ha hecho venir: esto ha obligado tambien á fray Mateo á pisar estos salones.

Don Diego volvió á mirar á los circunstantes y creyó por algunos momentos que su razon se estraviaba.

—Es más... le habeis tenido en vuestra casa.

—¿En mi casa?...

—Sí, Diego, sí—repitia doña Inés reponiéndose de su primera impresion.

—Providencia del Señor!... Blas...

—Vuestro hijo!

—Mi hijo... ah!... corred... volad á Palencia... Ningun servidor mio acude... no es posible...

—Fortun!—gritó frenética doña Inés...

—Ah... sí, Fortun... un caballo, al momento: á Palencia! decia don Diego, dominado por una de esas impresiones que parece que en un minuto han de agotar las fuerzas vitales, que precipitan los latidos del corazon oprimido, y ofuscan la razon. Sí, vuela, Fortun, vuela!... en la cárcel está mi hijo... mi hijo!.. Blas. Toma: con este salvo conducto te dejará entrar el alcaide... Yo desvario, iré yo mismo le arrancaré de aquel oscuro calabozo.

—En un calabozo... él?... Cielo santo!—esclamó doña Inés con el más intenso dolor.

Maria en cuanto oyó tambien la desdichada suerte de su amante, no pudo contener las lágrimas que rodaron por sus mejillas encendidas con el color mas puro.

—Hijo mio...—pronunció suspirando amargamente el buen Andrés—Blas mio!... Si, señores, yo soy el que le ha servido de padre: este infeliz anciano le ha cuidado en su infancia... y vos... ¡ah! vos sois su padre... y vos... Dios mio, Dios mio... cuán grande es tu misericordia!

La honrada Magdalena y su esposo cayeron de rodillas ante doña Inés y don Diego y besaron cariñosos sus manos.

El padre Mateo oraba en silencio por la felicidad de aquellas almas virtuosas.

Pablo y Andrea miraban con lástima y ternura á la desgraciada Maria.

Martina creia un ensueño cuanto estaba viendo con sus diminutos y pasmados ojos.

Juana se le acercó y estuvieron ambas charlando con asombro, y pronunciando cada Ave Maria Purísima que daba contento oirlas y verlas.

El esposo de doña Inés no habia podido resistir la impresion que acababa de recibir en su alma.—Tú has guiado mi mano, Dios Poderoso, tú me hiciste retroceder cuando mi propio hijo venia casi indefenso á acometerme con sin igual bravura. Tú me inspiraste la idea de que fuera conducido á la casa de los Astorgas... á la casa de su padre...hijo mio.. Fortun, Fortun...

—Ya ha salido, señor, á todo escape en su alazan.

—Un correo... un correo...

—Yo mismo, yo mismo seré—dijo presuroso Hernan, adelantándose.

Y los jóvenes aldeanos Pablo y Gil se disputaban tambien la preferencia.

Don Diego sentose y con trémula mano escribió algunas lineas, firmolas, cerró el pliego, y como á impulsos de un prodigioso móvil, Rodrigo llegaba entonces á los umbrales de la estancia.

—S. S. el marqués sigue empeorando cada instante—dijo con triste acanto el pajecillo.

—Ah... mi padre... Voy... voy al punto. Este pliego importa que vaya á las manos del Emperador... Rodrigo, busca un correo.

—Vuestro humilde servidor es el mejor correo;—y tomó aturdido el pliego, de las manos del hijo del de Astorga—pro-

nunciando despues estas palabras, abrazado cariñosamente al cuello de Hernan:—Voto va á los malos espíritus, que no os habia conocido aun! En hora buena seais venido, valiente camarada...

Hernan se alegró de ver al jóven Rodrigo cuanto es de suponer y despues de algun tiempo, dijo este verdaderamente entusiasmado.

—A Valladolid... á entregar este pliego al Emperador!.. Mi caballo es una alhaja para esto de correr.—Adios buenas gentes...

Y antes de todo fué á besar la mano del sacerdote que le dió su bendicion.

Salieron de allí á los pocos instantes don Diego y el intrépido Rodrigo.

El primero corrió presuroso á ver á su padre cuya vida peligraba en aquella enfermedad. El segundo montó en su caballo que emprendió una carrera como si deseoso estuviese de probar su fogoso aliento.

—Mirad, mirad el rapazuelo—gritó con voz gangosa Martina, llamando á todos la atencion, y saliendo á la ventana:

Todos se agruparon con curiosidad é interés y vieron al brioso paje, cuya rubia melena era juguete del viento. Y la negra pluma del birrete parecia querer escaparse del argentino broche que la sujetaba.

—Va á caer... va á caer... San Martin le asista—repetia Juana.

—No caerá, no;—repuso Gil: vale ese doncel más que todas las riquezas que encierra el mundo...

—Asi es... tiene el corazon más bueno y más anjelical que podais imaginaros.

—Dios mio!... que consigan el objeto de su viaje:—esclamó temblorosa y acongojada doña Inés.

—Ay!! que lo consigan—pronunció entre dolorosos suspiros la angustiada Maria...

Y después fueron retirándose, cada cual al departamento que se le habia designado.

Maria trémula y agitada no quiso abandonar á doña Inés en toda la noche. Andrea tambien quedó acompañándola, y era tierno y admirable el cuadro que presentaba la noble dama cuyas manos se veian de continuo bañadas por las dulces lágrimas de la más pura gratitud, del más vivo reconocimiento...

—Es nuestra madre;—decianse las dos sencillas criaturas.

Y ella las miraba con esa dulcísima espresion que la virtud da á los ojos; y pronunciaba esas palabras que la caridad inspira.

Andrea le refirió su historia que muchas veces hizo verter lágrimas á doña Inés.

Y cuando llegó Maria á comenzar la suya, apagose la voz en su garganta, el color de la grana subió á sus tersas mejillas y tuvo Andrea que pedir á doña Inés que la dispensase por causas que en otra ocasion sabia.

En aquella casa, como vemos, hallaron su puerto de salvacion los pobres aldeanos que impacientes aguardaban la vuelta de los correos por saber el resultado de tantas y tan extraordinarias desventuras.

Lo cierto es que tardaron bastante, haciendo crecer la inquietud y el desasosiego.

Al anoecer de un nebuloso dia, un mensajero que enviaba el alcalde famoso, el cruel Ronquillo al señor de Astorga, dió parte de algunas ejecuciones verificadas en Palencia. La noticia cundió en un instante y la amargura y el desconsuelo llevaron su triste suspiro hasta los intranquilos corazones de los que aguardaban con ansia ó una noticia terrible y desgarradora ó ilusiones y esperanzas más dulces que cuantas pueden soñarse en dias venturosos y apacibles.

Y así pasaron horas y horas de sufrimiento, y salia un sol y otro sol volvía á aparecer sin que los que á las ventanas

Por la Gr^a Viuda de C. J. e^h hijos
Eduardo Cruz y Acevedo

y al mirador salían para dar la señal de que alguno de los correos llegaba, pudieran cumplir su encargo y su buen deseo.

Don Diego hacía sus salidas á caballo hasta el camino por donde habían de llegar, y cada minuto era para él, como para doña Inés y María, una eternidad de dolores alimentados por la horrible duda.

Al volver una tarde de su expedición, halló gran novedad en su casa.

Iban y venían los criados. El doctor entraba apresuradamente, y el hijo del de Astorga se estremeció á la sola idea de si su anciano padre habría empeorado en su dolencia.

Corrió frenético al atravesar la galería: temió preguntar á nadie: todos le miraban con tristeza...

—Mi padre!— exclamó por fin, dirigiéndose á uno de los escuderos.

—Corred, señor: os espera ansioso... ha querido que se le trasladase al sitio mas retirado de la casa.

Don Diego entró presurosamente en la estancia en donde se hallaba el doliente marqués, sentado en un magnífico sillón.

La voz del anciano era trémula y una tos convulsiva le ahogaba por momentos...

—Hijo mio—murmuró al verle,—acércate... ya ves... mi estado... la vida se estingue... El doctor... quiero un remedio que la prolongue... que la prolongue algunos instantes...

—Ahí está el doctor, padre mio—dijo besándole la mano don Diego.

Un golpe de tos sobrevino por los esfuerzos que hacía, y sus labios quedaron cárdenos, su rostro pálido, sus ojos vidriosos y sin expresión...

El doctor, con rapidez extraordinaria, dispuso los medicamentos que habían de servir para aquel accidente.

—Ah... su vida... su vida... doctor!... salvadle... por cuánto más querais en la tierra!...

—Separaos un momento: yo os llamaré cuando vuestra presencia sea necesaria.

Don Diego miró con intensa amargura á su anciano padre, volvió á besar su mano y salió de la cámara diciendo desconsolado á uno de los escuderos:

—¡Al convento! mi padre se muere: es preciso que vea á Isabel. ¡Oh!... si; que la vea: que nos bendiga á los dos...

Y penetró en su estancia, entregado á los tristes pensamientos que en aquellos instantes debían sombrear su espíritu.

CAPITULO XXXII.

En donde llegan á su término los sucesos.

Continúa la casa del de Astorga en el estado de agitacion en que la dejamos.

El marqués ha reusado salir de la estancia en que le vimos porque desea ver desde ella los últimos rayos del sol.

—He sido muy severo contigo... ahora lo comprendo, ahora que Dios va á pedirme cuentas— decia con dificultad á su hijo.

—Callad, padre, callad!

—En mis meditaciones y oyendo á ese rapaz, á Rodrigo, que parece un ángel enseñándome la verdadera senda, he podido ver cuán injusto fui tambien con el valiente jóven que aqui se hospedó por encargo tuyo.

—Y si supiéseis... ah! estais muy agitado.

—Habla... habla...

—Calmaos padre mio... buscad el descanso en el lecho.

—No, yo no me muevo de aquí... quiero ver el cielo, el rio, los últimos rayos del sol que alumbren mi vida... Abre más, abre más esa ventana y continúa, continúa... siéntate cerca de mí...

—El joven á quien de tal manera menospreciasteis en aquel dia fatal...

—Qué?... sigue... sigue.

—Era... mi hijo...

—Dios poderoso!—esclamó con voz lastimera y dolorosamente impresionado.

Hubo unos momentos de silencio en que el marqués, cruzadas las manos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, pensaba lo inmenso del daño que ocasionara.

—Y tú no le conocías?—preguntó con interés y respirando agitadamente.

—La Providencia le trajo á mi lado después de graves peligros.

—Ah! que venga, que venga... quiero verle, pedirle perdón!... Isabel tambien... tambien... todos, sí... hijos míos, hijos de mi alma. Perdon Dios mio!... perdon... ¿Y tu esposa, esa pobre mártir á quien con loco orgullo é injusta soberbia, he privado de la tranquilidad de la familia, de la ventura del hogar doméstico. Quiero veros á todos reñidos... Mi bendicion, mi bendicion para todos... Diego, no esperes más... Un sacerdote... un sacerdote!...

El de Astorga, iba presentando en su rostro los síntomas de la muerte.

Don Diego habia mandado llamar á fray Mateo que esperaba ya en la antecámara.

—Aquí está—respondió entrando el venerable anciano, —aquí está el que dió la bendicion en nombre del cielo á vues-

*Por la Gra Vnida de C. F. e hijos
Suardo Prer y Acuedo*

tro hijo y á su esposa, y viene á prestaros en el último suspiro, los consuelos de la religion.

—Clemente Dios!...

Quedaron un instante solos el padre Mateo y el marqués.

Doña Isabel no tardó mucho en ser conducida á la casa de sus padres y encontré en ella el quebranto y la desolacion. No la dejó su hermano penetrar en la cámara en donde su padre estaba próximo á espirar.

Circulan rumores de que acaba de llegar un correo.

Es Rodrigo que busca á don Diego con frenéticas demostraciones de arrebato.

—Qué ocurre? habla, Rodrigo, habla...

El paje se sentó rendido y sin poder respirar.

—Fortun, Fortun...—decia con medias palabras y señalaba á la escalera—habeis mandado llamar á doña Inés... ahí está.

—Pero Dios mio qué noticias traeis de él... de mi hijo?

Rodrigo no podia hablar; parecia aun afectado por alguna escena tierna y sublime.

Doña Isabel estaba aturdida y sin consuelo.

Un escudero anunció en voz baja á doña Inés Maldonado.

Prestábala apoyo con su brazo un jóven que con una de sus manos oprimia la de la sencilla aldeana, llorosa y agitada por el placer más intenso aunque dominada por el ambiente melancólico que se respiraba en aquella casa.

Ver don Diego al jóven, y arrojarle en sus brazos con delirio, todo fué uno.

Doña Isabel oyó pronunciar á su hermano el nombre de «hijo» para aquel hombre á quien ella habia amado y amaba tanto, y la sorpresa de tan violenta impresion la hizo prorumpir una exclamacion indefinible.

Solo presenciándolo, puede formarse idea exacta de cuadro como el que entonces se realizó. Las palabras harian perder cuanta sublimidad y belleza lo caracterizaban.

Los suspiros de un padre que estrecha con arrebatador frenesí al hijo á quien creia no abrazar jamás, á quien habia tenido á su lado en circunstancias muy tristes, sin conocerle; este, por su parte creyendo una ilusion tanta ventura: la especie de mágica fascinacion con que la madre que tambien creyó no ver más á su hijo, contempla el tierno abrazo: el dulce éxtasis de la mujer enamorada que vé al objeto de sus esperanzas, despues de horribles dudas, rodeado de seres tan queridos para él como la existencia que les debia!... el angustioso afan con que lo observaba todo la mujer que amó y que mira al hombre en quien concentró sus ilusiones vanamente, al lado de su amada, y presencia una misteriosa escena de familia con admiracion y asombro; todo este conjunto y la atmósfera triste que lo rodeaba por el desgraciado acontecimiento que acaso no tardaria en suceder, daban un aspecto sublime á uno de esos cuadros ante los cuales enmudece el lábio y solo hablan los latidos del corazon conmovido.

La escena algo semejante á esta y que habia presenciado Rodrigo en la casa de doña Inés Maldonado, pocos momentos antes, no era menos digna de una descripcion detallada, si las descripciones pudieran dar forma al pensamiento cual se desea en estos casos.

Blas, habia encontrado allí reunidos á los ancianos que le sirvieron de padres.

Recibió el primer abrazo de su desconsolada madre, con el sentimiento que solo una madre en aquellas circunstancias puede interpretar fielmente.

Lágrimas de plácida emocion, suspiros suaves, purísimos como el sentimiento que los hacia exhalar. Besos de una madre para un hijo, palabras mal articuladas por el gozo inefable.

Maria, aturdida y no pudiendo contener los latidos de su corazon. El anciano Andrés, cayendo de rodillas á los pies

de la madre de Blas. Hernan con los ojos preñados de lágrimas. Martina con su eterna Ave-Maria; y Juana queriendo lanzarse á dar un abrazo á Blas gritando desesperada: dejadme... dejadme abrazar á ese bieavenido mozo; Gil bendiciendo á la Providencia, Andrea respirando el aura deliciosa de aquella feliz escena.

Todo esto era para Rodrigo cosa que no podia resistir sin enjugarse los ojos—¡Por vida de... no sé qué! pues no estoy llorando como un chiquillo...—decia con voz temblorosa por la conmocion.

—Dios mio... mi madre... mi madre!... ah... voy á morir de felicidad!... y aqui Maria, el buen Andrés... Pascual, la madre Magdalena... Gil... todos!... ay... esta es demasiada ventura después del suplicio que acabo de sufrir en aquella oscura mazmorra... Yo quiero ver á mi padre... vamos á verle!...

—S. S. el marqués de Astorga se halla en los últimos instantes y llama á doña Inés Maldonado—dijo un escudero entrando en la sala.

—Ven, hijo de mi alma... ven: el infeliz anciano habrá oido la voz del Señor...

—Yo... que fui escarnecido con sin igual ultraje...

—Por el amor de tu madre, ven...

Y entonces fué cuando se dirigieron á la casa del de Astorga, aconteciendo pocos momentos después la escena que presenciámos de ventura y dolor á un tiempo.

El padre Mateo anunció al moribundo la causa Providencial que habia reunido allí á todos los que debian recibir su bendicion.

Y el marqués quiso levantarse del sillón para correr á su encuentro.

—Ah! es imposible!—esclamó desfallecido y volvió á caer sobre el asiento.

Los últimos rayos del sol reflejaban en la triste cámara

dando al azul de sus paredes un color misterioso y admirable.

La madre de Blas, entró oprimiendo con una de sus manos la de su hijo y con la otra la de su esposo.

Doña Isabel se adelantó llorosa y abatida y corrió á los piés de su padre.

—Hija... hija mia!... Ah vosotras tambien... Blas... hijo... perdon... Inés, no me aborrezcas ni te inspire ódio mi memoria... Séd todos felices... Benditos seais por el Señor que me aguarda para pedirme cuenta de mis actos... Diego... sé fiel al Emperador y á la patria...

Iba estinguiéndose su voz: la tos seca y tenaz le acometió, quiso tender las manos hácia el grupo que á sus pies se hallaba, y ya le fué imposible. Crispáronsele los dedos estrechando las manos de sus dos hijos: entreabrió los lábios cárdenos, levantó al cielo una mirada ya sin espresion y respiró por la última vez dilatándose su pecho para caer exánime sobre el sillón.

Y así terminó la vida el noble marqués rodeado de todas las personas á quienes habia causado tan graves disgustos y por quienes él sin causa habia sufrido tantos.

Al siguiente día se celebraron las honras fúnebres con gran aparato y solemnidad.

Doña Isabel volvió al convento. Profesó segun despues se supo, y oró mucho por la felicidad de Blas y de la cándida criatura cuyo nombre pronunciaba aquel en su delirio y á quien habia conocido afortunadamente. Blas comprendió la amargura de la hermana de su padre y la compadeció en el fondo de su alma.

Transcurridos algunos meses, en un convento de Salamanca se celebraba la union indisoluble de dos séres.

Entre las esposas del Señor, que rogaban por la felicidad de los que recibian la bendicion, una voz triste y simpática se oia más que todas y llegaba al corazon de Blas como en otros tiempos y en distintas circunstancias. Era doña Isa-

43
Por la Gra Vnida de C. G. e hijos
Seduardo Cruz y Acevedo

bel. Blas y Maria acababan de enlazarse, previa licencia imperial, con los vínculos de la religion, y un numeroso gentío presenciaba tan venturoso cuadro.

Los aldeanos estaban alegres como unas pascuas. Los ancianos que sabian la triste historia, lloraban de júbilo.

En la casa del de Astorga, celebráronse las bodas. Don Diego y doña Inés vivian ahora felices si bien la memoria del difunto marqués amargaba algunas veces su ventura.

Y ya vamos á tocar el término de la leyenda, puesto que todo va entrando en el orden natural y lógico de los sucesos de la vida. Dan fin las desventuras y los sinsabores y se realizan soñadas esperanzas. Como se comprenderá fácilmente, influencias poderosas arrancaron á Blas del poder de la justicia y logró su libertad en la época en que le vimos ya.

Casi todos aquellos seres á quienes hemos seguido en la série de sus azares, viven ahora felices en cuanto es posible serlo en la tierra. Los que en la eternidad hallaron su reposo, habrán encontrado tambien premio ó castigo en la infinita justicia.

CAPITULO XXXIII.

En que para concluir se pasan por alto algunos años, como un parentesis del tiempo transcurrido.

En Castilla aun se sienten las terribles consecuencias de la dominacion extranjera.

El conde de Salvatierra ha muerto horrorosamente en un castillo.

Acuña está procesado por haber dado muerte violenta á su carcelero con el breviario, y el alcalde Ronquillo se ha encargado de activar el proceso, con lo cual se ha dicho que no tardará mucho el castigo del Obispo. (1) La tradicion refirió

(1) Deseaba el Obispo de Zamora salir á toda costa de la prision y viendo inútiles sus esfuerzos, le atinó al alcaide Noguero! terrible golpe en la cabeza, con el guijarro metido en la bolsa de cuero, que por su corte parecia breviario. Un momento de desesperacion agravó la situacion del preso, hasta el punto de ser condenado á muerte.

luego un cuento maravilloso en el cual figuraba por mucho el alma de tan célebre alcalde.

Doña Maria Pacheco ha terminado sus dias en extranjero suelo recordando á su querida España.

Han transcurrido algunos años desde la muerte del marqués de Astorga.

La aldea de Pascual está desconocida. Un magnífico edificio se levanta majestuoso como un palacio. Dos ó tres casas de recreo le rodean á cierta distancia. Solo queda del antiguo caserío la ermita modesta y humilde como el gran principio que representa.

Jardines deliciosos con graciosísimos cenadores adornan el paisaje encantador.

Veamos de seguir al personaje que llega ahora á la ermita y que observa admirado todo lo que le rodea al fulgor misterioso de la luna que brilla en un cielo diáfano y puro.

—¡Donde estoy yo!—esclamaba nuestro hombre frotándose los ojos.—La casa de Pascual, la del viejo Andrés... qué es esto, Señor...yo sueño... me habré extraviado...

Y de repente, calándose el sombrero de anchas alas y arreglándose un poco el traje, que á la verdad no era muy nuevo ni libre de polvo se veia—!Eh!... chico... jóven—gritó llamando al que entonces se dirijia á una de las lindas casas de campo.—Quien vive en ese palacio?...

—Los descendientes de la casa de Astorga... pero ó mis ojos me engañan ó esa estatura, esas trazas, ese ademan... Chato... no me conoces? Dame un abrazo! soy aquel chicuelo lloron á quien prometiste un almete y que sé yó cuantas cosas.

El Chato abrazó enternecido á su interlocutor y estuvo largo tiempo sin poder articular una palabra... Por vida de... Buena la hize con no conocerte... pero dime, dime, qué pasa, que ha ocurrido aquí?

—Ahora lo sabrás. Apenas vas á llevar gusto.

—¿A donde vamos?

—A la casa del marqués y su hijo...

El mayordomo, que era Pablo, miró y remiró al extraño personaje hasta arrojarle en sus brazos. Y despues cuando este llegó á la estancia del hijo del marqués y vió á Blas y á Maria quiénes, segun él dijo despues de su asombro, parecian reyes; —Válgame Jesus bendito! —esclamaba con lágrimas en los ojos... Bendito seas Señor!.. He pasado sujeto al remo cuatro años, pero me importa nada aquel trabajo para lo que aqui me depara mi buena ventura... un abrazo!... mil! Vamos á ver á los viejos...

Blas y Maria acompañaron con una alegría indefinible al buen *Chato* que estaba pasmado y confuso y refirió todos sus sinsabores, cómo habia sido preso y cuánto padeció cumpliendo la sentencia. Andrea le abrazó con permiso de Pablo que ya era su marido. Bendijeron todos á la estrella que los habia reunido afortunadamente y para eternizar la triste historia supuesto que Maria habia nacido en Villalar, y para que recordasen tan extraños sucesos los hijos de la antigua aldea, llamaron á Maria *La Estrella de Villalar*. En este nombre, sin querer tal vez, concentraban los pobres campesinos la funesta historia del periodo más calamitoso de las Comunidades de Castilla, con él enlazaban la narracion de los sucesos que forman el nudo principal de esta leyenda. Y este nombre simboliza para las generaciones presentes y para las que han de seguirnos, el rayo de gloria y libertad cuyos fulgores no se oscurecen nunca.

Oigamos antes de finalizar lo que dice el *Chato* que ha visto en Simancas.

—Al atravesar la plaza, la gente se agolpaba en direccion á la torre del castillo, porque decian que alli dentro se iba á ajusticiar á un sacerdote.

Los que oian al *Chato*, incluso Juana, Martina y Rodrigo que simpatizó mucho con él, estaban atónitos.

Por la Vta Vinda de C. F. e hijos
Eduardo Cruz y Acevedo

—Si, señores, la curiosidad y el espanto me sobrecogieron y á los pocos instantes un cuerpo pendia, por medio de una cuerda, de lo alto de la torre; todos volvieron el rostro horrorizados.

—«¡Acuña!»—esclamaron unos y el viento repitió aquel nombre.

Así terminó sus días el último comunero de renombre contra quien podía vibrar Carlos V el rayo de sus venganzas. (1)

Pero el grito que las Comunidades habian levantado, repetianlo despues como un eco los nobles mismos que tan encarnizadamente las persiguieron. Las Córtes de Toledo de 1538, hacian oir las mismas peticiones que antes entablaron los perseguidos Comuneros.

La nobleza misma llevaba en sus palabras y en sus deseos al monarca, iguales reclamaciones en su mayor parte, que las que habian motivado la sangrienta lid que tan desastroso resultado obtuvo en Villalar.

La nobleza se veia obligada á tratar con justicia el recuerdo de los mártires que por la independendencia y el bienestar del pueblo sucumbieron.

¡Era la justicia de Dios, que se dejaba oir sobre la tierra! —Mírate en ese ejemplo:—le dijeron á Blas algunos de los circunstantes: no pienses más en la defensa de una causa que tantas víctimas ha ocasionado.

—Gloria es ser víctima cuando la causa es noble..Maria... no tiembles no nos separaremos ya: madre mia, calmad vuestra angustia; siempre me vereis á vuestro lado.

—Asi sea!— repitieron Martina y Juana.

Y el leal *Receloso* saltaba de puro contento aunque ya viejo y sin fuerzas.

(1) D. Antonio Ferrer del Rio.—Decadencia de España.

Andrés y Magdalena vieron sus ilusiones realizadas.

Pascual gozó con la felicidad de Maria.

Don Diego y doña Inés hallaron el iris de paz y de ventura.

Y todo fué bienandanza y reposo en el antiguo caserio de Pascual.

Hernan y el *Chato* pasan las horas muertas discutiendo puntos de agricultura práctica. El escudero de don Francisco es propietario de una sencilla casita compartiendo con el *Chato* su envidiable tranquilidad y sosiego. Perote se embarcó en una galera y llegó hasta el Perú.

Y á cualquiera de los cuatro edificios á que os dirigieseis poco despues y aun años y años transcurridos, os narrarian la historia de *La Estrella de Villalar* del modo que yo os la he referido estractándola de los papeles y pergaminos que la contenian detalladamente.

FIN.

NOTAS.

I. Dignos son de especial mencion los buenos y valerosos castellanos que acaudillaron el patriótico levantamiento de las Comunidades. Sus nombres merecen ser bien conocidos de la posteridad, para su veneracion y aplauso. En la imposibilidad de saber y anotar tantos como hubo, dignos de loa, damos una relacion, aunque incompleta, de los Procuradores y Capitanes de las ciudades que hicieron el mas importante papel en aquella jornada. Asi se comprenderán mejor algunos pasajes de nuestro romance.

Procuradores de Burgos.

Pedro de Cartagena.
Gerónimo de Centro.

Idem de Leon.

D. Antonio Quiñones.
Gonzalo de Guzman.
El M. Fr. Pablo, prior del monasterio de Santo Domingo.

Idem de Toledo.

D. Pedro Lasso de la Vega.
Pedro Ortega, Jurado (1).
Diego de Montoya, id.
Francisco de Rojas.
El doctor Muñoz.
Pedro de Ayala.

Idem de Salamanca.

Diego de Guzman.
El Comendador Fr. Diego de Almaraz, de la órden de S. Juan.

(1) Los Jurados tenían cargos concejiles de las antiguas municipalidades.

Francisco de Maldonado.

Pedro Sanchez.

El doctor Zúñiga.

Procuradores de Avila.

Sancho Sanchez Cimbron, regidor.

Gomez de Avila.

Diego del Esquina.

Idem de Segovia.

El doctor Alonso de Guadalajara.

Alonso de Arellar.

Idem de Toro.

D. Bernardo de Ulloa.

Pero Gomez de Valderas, abad.

Pero Merino.

Pedro de Ulloa.

Idem de Madrid.

Pedro de la Sondax.

Pedro de Sotamayor.

Diego de Madrid.

Idem de Valladolid

Jorge de Herrera, regidor.

Alonso Sarabia.

Alonso de Vera.

Idem de Sigüenza.

Juan de Olivares.

Hernan Gomez de Alcocer.

Idem de Soria.

D. Hernando Diaz Morales, dean.

D. Carlos Luna y de Arellano.

Hernando Bravo de Sarabia.

El licenciado Bartolomé Rodriguez de Santiago.

Idem de Guadalajara.

Juan de Orbita, regidor.

El doctor Francisco de Medina, id.

Diego de Esquivel.

Idem de Zamora.

Hernando de Porras.

Capitanes de Toledo.

Juan de Padilla.

Pedro Lasso de la Vega.

Hernando de Ayala.

Hernando de Avalos.

44
Por la Gracia de C. G. e hijos
Eduardo Prar y Acvedo

Capitanes de Zamora.

El Ilmo. Obispo Acuña.

Lares.

Idem de Madrid.

Juan de Zapata.

Idem de las Merindades.

El conde de Salvatierra.

Idem de Toro.

D. Fernando de Ulloa.

Idem de Salamanca.

Juan Bravo.

Pedro Maldonado.

Pedro Pimentel.

Francisco Maldonado.

Idem de Medina.

Alonso de Quintanilla.

Idem de Leon.

Ramiro Nuñez de Guzman.

Idem de Soria.

Cárlos de Arellano.

Idem de Valladolid.

Diego de Quiñones.

Juan de Mendoza.

Idem de Guadalajara.

El conde de Saldaña.

Idem de Burgos.

Anton Cuchillero.

Bernal de la Fija.

Idem de Avila.

Suero del Aguila.

Capitanes en jefe.

El infante de Granada.

Don Pedro Giron.

Juan de Padilla.

Otros Capitanes y Comuneros principales.

Don Juan de Figueroa.

Diego de Vera, jefe del cuerpo de tropas llamado de los Gelves.

Pedro de Mercado.

El abad de Complado.

IV. Ya que algunos escritores apasionados, han dicho que los Comuneros eran todos gente despreciable y baladí, bueno será que alguna vez se vea lo que tiene de verdad aquella menguada invencion, y que los nombres de aquellos leales hijos de Castilla respondan á los aduladores de la Córtez, y á quien quiera que imbuido en sus errores sea tan injusto y poco generoso para con aquellos valerosos campeones de las públicas libertades y antiguas franqui-

cias, que la posteridad ha inscrito con letras de oro en el Santuario de las Leyes. y que deben pronunciar con respeto todos los que en algo tengan las glorias del país.

Pues aunque los Comuneros, para ser ilustres y grandes, no han menester otros blasones que su alto merecimiento, sin parar mientes en que cuanto más humildes hubiesen sido sus personas, más elevadas serian sus acciones, como aquel argumento se hace como en son de ofensa y aire de desprecio hácia los defensores de aquella Santa Causa, vencida por la traicion y la perfidia, es cosa de salir al paso á tan mezquina malevolencia, y ver las cosas á la luz de la razon, la verdad y la buena fé histórica.

Bien que los aristocráticos vilipendiadores, van en ello contra su propia causa, y hacen bien poco favor á la nobleza, que, segun ellos, estuvo en las filas realistas, prefiriendo el Emperador á su país, la servidumbre á la libertad, el interés á la gloria, la causa del extranjero á la defensa de la patria, á la ley y al honor nacional. Y dan tambien á entender, que ó el pueblo valia mucho, ó que el César y la Corte y la nobleza valian muy poco. De otra suerte no se conciben la importancia y la consecuencia de aquella cívica insurreccion. No vamos, como deciamos, á defender á los Comuneros. Su gloria les basta, y no han menester nuestra defensa. Ni queremos tampoco tratar como arma de buena ley el argumento de calidad personal. Cosa es esa bastante vieja y gastada y no hay escritor realista que haya dispensado de ella á sus lectores, desde que el Cronista imperial obtuvo ante la Cesárea gracia los honores y el privilegio de invencion. Pero es preciso explicar lo que es y lo que vale tan mezquino reproche, en la buena inteligencia de las palabras y de las cosas.

Que la alta nobleza no estuviera al lado de los Comuneros puede ser, y se explicaria perfectamente. Sus privilegios, sus intereses de clase, su posicion y preocupaciones la separaban de los pueblos y la acercaban á los reyes, de cuyas mercedes, honores y privanzas participaban, y con quienes por muchas circunstancias y conveniencias estableció alianza y mancomunidad. Era, pues, bajo este punto de vista, la cosa más natural del mundo, que los Príncipes, que gozaban los favores de la Corte, y no participaban de las necesidades, sufrimientos y privaciones de la Nacion, se fuesen con el dueño del poder y dejasen el lado de los oprimidos. En todos tiempos hubo políticos de conveniencia.

Pero aun concediendo (y es cuanto hay que conceder) que la nobleza, con pocas, aunque gloriosísimas escepciones, no formára en las filas de las Comunidades. no por eso quiere decir que tengan razon los menospreciadores y maldicientes.

La cuestion era del pueblo, y el pueblo debia ser su defensor. Mas entendámonos. En ese pueblo no habia tan solo la gente menuda, de que tan prolija y poco caritativamente se mofan los paniaguados del Emperador, queriendo por la parte pintar el todo. Sofisma de mal arte y peor intencion: pero que no engaña á nadie. En ese pueblo, en el antiguo y buen pueblo de Castilla, estaba el *estado llano* que era un poder del Estado, un elemento de la constitucion del país, y una institucion social de aquella época. Por eso tenia en los municipios sus diputados, sus síndicos, y alcaldes especiales;

por eso en las Córtes era uno de los brazos legislativos; por eso en las leyes gozaban tan importante representacion. Pues bien: ese *estado llano*, igual á la nobleza como entidad política de la Monarquía, era el pueblo de las Comunidades; y si bien en su seno estaban los hombres que ejercian las profesiones mecánicas, ni ellas son dignas de tan gárrulo desden, ni los empleados en su ejercicio eran, por ende, gente pésima y ruin. De modo que la tacha de *menestrería* del piadoso cronista es una maliciosa vulgaridad; y como por otra parte la nobleza se limitaba á poseer sus títulos y vivir á su manera, al *estado llano* estaban reservadas las carreras útiles, los merecimientos personales, las conquistas de la aplicacion y de la inteligencia. En el *estado llano*, pues, podian estar los sábios, los artistas, los hombres de mérito, de verdadera importancia social; y todo esto se hallaba en el campo Comunero, representando los grandes intereses políticos, morales é intelectuales de la Nacion.

Y cae por si propio, en consecuencia, el reproche de los disfamadores. Pues ese *pueblo* que estaba en las Comunidades eran los hombres de la agricultura, de la industria, de la ciencia y del comercio; eran las clases útiles, productivas é inteligentes; era el *estado llano* de Castilla, el nervio del Estado la mayor y mas importante parte de la Nacion.

De modo que, aun dando por cierta la ausencia de la pobleza titulada, en las huestes Comuneras, todavía no hay razon para tenerla en poco, y tentar de humillar su condicion y nombre; y mucho menos en un país como Castilla, donde el municipio siempre estuvo más alto que la feudalidad; donde los *Fueros* no cedieron nunca el terreno á los señorios, y donde nunca fueron los concejos y behetrías menos influyentes y poderosos que las nobiliarias instituciones. Consecuencias todas de nuestro antiguo y popular poderío municipal y patriarcales constituciones.

Aparte. en fin, de eso, y de que la bondad de la causa es la mejor calidad de sus defensores, siempre tendrán los Comuneros de su parte el voto y aplauso de la posteridad, la legitimidad de aquella heroica demanda, la razón de los demás sobre los menos, y la justicia del pueblo castellano contra la temeraria y desatentada violacion de sus soberanas y veneradas leyes.

Carta de Juan de Padilla á su mujer.

«Señora: si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dán ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os qui-

so. A Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Sosa como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y asi quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

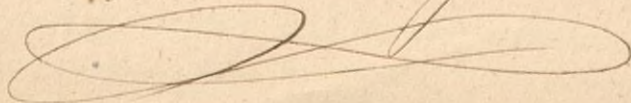
Carta de Juan de Padilla á la ciudad de Toledo.

«A tí corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí que por derramamientos de sangres estrañas como de las tuyas, cobraste libertad para tí, é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué de mi mala dicha, y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí, de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna, que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos morí por tí; é que tú has criado á tus pechos, á quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aunque yo no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo, que temor de mi pena.»

FIN DE LAS NOTAS.

Por la Gra. Ciudad de C. P. i hijos

Eduardo Ruiz y Arce



ANTES DE CERRAR EL LIBRO.

Al dar por terminada la novela que con el título de LA ESTRELLA DE VILLALAR he escrito, justo es que procure disculpar su osadía el que llegó á profanar lo sublime del acontecimiento histórico, creando personajes novelescos para urdir el primer ensayo en tan difícil género de literatura. Las circunstancias que precedieron á la formación de este trabajo, serian bastantes para atenuar los rigores de la crítica más severa; pero pues á nadie le es lícito guarecerse con tales disculpas, séame permitida al menos esta especie de justificación. No he querido hacer una continuacion de la novela del Sr. Escobar ni á tanto llegan mis pretensiones: he proseguido, sí, la hilacion histórica, refiriéndome á la época de la decadencia de las *Comunidades de Castilla*, al espíritu dominante á la sazón, á las vicisitudes de algunos de los personajes que la historia nos presenta; y al hacerlo, he procurado descartar todo género de digresiones históricas que pudieran dar languidez y monotonía al asunto. Cuantas veces ha corrido la pluma sobre el papel otras tantas el sentimiento patriótico la ha guiado: los defectos de que adolece culpa son de mis escasas fuerzas, pero no de falta de entusiasmo y amor á nuestras glorias.

Si esta franca manifestacion puede servirme de algo, agradezco á quien la tome en cuenta, su benevolencia estremada, si son palabras vertidas en el vacío, este será el castigo de mi atrevido propósito.

E. Llofriu.

Indice de los capitulos que contiene esta obra.

Capitulos.	Páginas.
I..... En donde el autor sin andarse por las ramas, entra en materia.	5
II..... Ayes del alma.	13
III.... Una historia interesante.	20
IV.... Se despeja una incógnita.	28
V..... Alarma.	34
VI.... Una sorpresa.	43
VII.. ¿Volverá?	53
VIII.. Aun en Torre-lobaton.	65
IX.... Se complica la trama.	72
X..... El padre y el hijo.	88
XI... El día de San Jorje.	101
XII.. De cómo puede suceder en un día lo que en un año no sucede.	118
XIII.. En donde se empeora el asunto.	129
XIV.. Extraordinarios sucesos que engranan con el principal.	134
XV... Cuyo final es un beso.	143
XVI.. De cómo puede una dueña ser participe fisi- camente en los dolores ajenos.	151
XVII. Cosas de este pícaro mundo.	160
XVIII Cómo puede cambiar una escena en un abrir y cerrar de ojos.	168
XIX... Un personaje desconocido.	176
XX.... Una escena dramática.	187
XXI... Consecuencias del que antecede.	196
XXII.. En el cual las ilusiones vienen á visitar á algunos personajes de esta leyenda.	207
XXIII.. De cómo la romeria tuvo un final inesperado.	210
XXIV. Lo que en Toledo ocurría.	225
XXV.. Cómo cambiaron las cosas para los dos bandos.	236
XXVI. La escolta de la heroína y un preso por sospechas.	247
XXVII. En que se refieren hechos que no deben omitirse.	258
XXVIII El grito de la conciencia.	277
XXIX. Mas nubes en el horizonte.	288
XXX.. De cómo el fugitivo tenía en su mano, sin sa- berlo, el desenlace de esta leyenda.	302
XXXI. Vicisitudes de la vida.	315
XXXII En donde llegan á su término los sucesos.	332
XXXIII En que para concluir, se pasan por alto al- gunos años, como paréntesis del tiempo trans- currido.	339

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LÁMINAS.

	Páginas.
Y aplicaba el oído de cuando en cuando con afanosa inquietud.	6
Andrea estaba en frente de la casa de Pascual.	37
¡Santiago y Libertad!—gritaba desesperado.	105
Eh... chiton y adelante. La justicia no se equivoca nunca.	159
Juan Bravo.	183
Juan de Padilla.	184
Francisco Maldonado.	185
Había logrado abrir el candado de la argolla que sujetaba los pies del jóven aldeano.	272
La dueña mas relamida	
la de barba irregular.	318



